VENDETTA DE CRISTAL

Un Romance Oscuro de Mafia Rusa



VALERIA R. M.

VENDETTA DE CRISTAL

Un Romance Oscuro de Mafia Rusa (Captive & Enemies to Lovers)

© 2026 Valeria R. M.

Publicado por Ediciones Fuego Negro, Madrid, España.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito de la editorial, excepto en el caso de breves citas incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos y locaciones son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

NOTA DE LA AUTORA

Queridas lectoras,

Si buscáis un príncipe azul con una armadura brillante y un romance teñido de rosa, os habéis equivocado de libro. Por favor, cerrad este archivo ahora mismo.

Este es un descenso a la oscuridad. Aleksei no es un héroe; es un monstruo vestido de Armani, y la historia que estáis a punto de leer está plagada de decisiones cuestionables, moralidad gris y una pasión que quema hasta dejar solo cenizas. Aquí no hay salvadores, solo supervivientes.

Cread vuestro propio refugio, poneos los auriculares y dejad que la oscuridad os envuelva, porque en las páginas siguientes, no hay escapatoria.

Con amor y un poco de veneno,

Valeria R.
M.

Para las que saben que los monstruos también pueden amar...
siempre y cuando estés dispuesta a sangrar por ellos.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela es un **Romance Oscuro (*Dark Romance*)** dirigido estrictamente a un público adulto (+18). Contiene situaciones que pueden resultar perturbadoras. Leed bajo vuestra propia responsabilidad.

Los temas incluyen, pero no se limitan a:

- Violencia física y psicológica explícita.
- Dinámicas de secuestro, cautiverio y Síndrome de Estocolmo.
- Cuestionamiento del consentimiento (*Dub-Con*) y manipulación emocional.
- Lenguaje soez y vulgar constante.
- Uso de armas de fuego y sangre.
- Escenas de contenido sexual altamente explícito.
- Abuso de poder y relaciones tóxicas.

Si eres sensible a alguno de estos temas, por favor, prioriza tu salud mental y no continúes.

PLAYLIST OFICIAL

1. *Earned It* – The Weeknd
2. *Malamente* – Rosalía
3. *Goth* – Sidewalks and Skeletons
4. *Do I Wanna Know?* – Arctic Monkeys
5. *Bury a Friend* – Billie Eilish
6. *Aute Cuture* – Rosalía
7. *I See Red* – Everybody Loves an Outlaw
8. *Toxic* – 2WEI (Cover)
9. *Gangsta* – Kehlani
10. *Hentai* – Rosalía
11. *I Wanna Be Your Slave* – Måneskin
12. *Desire* – Meg Myers
13. *Twisted* – MISSIO
14. *Criminal* – Fiona Apple
15. *Blood in the Water* – grandson
16. *Bad Guy* – Billie Eilish
17. *Candy Shop* – CryJaxx (Dark Cover)
18. *De Plata* – Rosalía
19. *Dark Horse* – Katy Perry
20. *Mount Everest* – Labrinth
21. *Call Out My Name* – The Weeknd
22. *Crazy in Love* – Sofia Karlberg
23. *Play with Fire* – Sam Tinnesz
24. *Dákiti* – Bad Bunny & Jhay Cortez
25. *Way Down We Go* – KALEO

«El infierno está vacío y todos los demonios están aquí.» — William Shakespeare, *La Tempestad*

VENDETTA DE CRISTAL
NOTA DE LA AUTORA
ADVERTENCIA DE CONTENIDO
PLAYLIST OFICIAL
PRÓLOGO: EL SABOR DE LA JAULA DE CRISTAL POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 1 72 HORAS ANTES: EL ARTE DE LA CAZA POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 2 LA JAULA DE CRISTAL POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 3 EL ARQUITECTO DE LA RUINA POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 4 LA MUÑECA DE SEDA POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 5 EL PESO DEL PLOMO Y EL VINO POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 6 EL CALOR DEL MONSTRUO POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 7 EL ARTE DE LA PARANOIA POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 8 FANTASMAS DE PAPEL Y NOGAL POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 9 EL CALOR DEL INVERNADERO POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 10 ACORDES DE SEDA Y CENIZA POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 11 SANGRE EN EL MÁRMOL POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 12 EL REFUGIO DEL DIABLO POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 13 EL VENENO EN LA SANGRE POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 14 EL PESO DEL PLATINO POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 15 EL PESO DE LA CORONA POV: ALEKSEI VOLKOV

CAPÍTULO 16 LA EXHIBICIÓN DE LA PRESA POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 17 EL COLOR DE LA SUMISIÓN POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 18 EL AGUA Y LA CENIZA POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 19 EL OLOR DEL ÓXIDO Y LA SEDA POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 20 EL SABOR DE LA CENIZA Y EL HIELO POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 21 LA LUZ DE LA HEREJÍA POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 22 EL ESPEJISMO DE LA LIBERTAD POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 23 EL HIELO Y LA CENIZA POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 24 EL PUENTE EN LLAMAS POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 25 LA SANGRE Y EL CRISTAL POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 26 EL VENENO EN LA SOMBRA POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 27 EL ECO DE LA TRAICIÓN POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 28 EL BAUTISMO DE CENIZA POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 29 EL OLOR DE LA LEJÍA Y EL TRONO VACÍO POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 30 EL ABISMO Y LA TORMENTA POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 31 EL RUGIDO DEL LEVIATÁN POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 32 EL ÓXIDO Y LA SAL POV: INÉS NAVARRO
CAPÍTULO 33 EL LEVIATÁN Y LA REINA DE CENIZA POV: ALEKSEI VOLKOV
CAPÍTULO 34 EL FUNERAL DE HIELO POV: INÉS NAVARRO

CAPÍTULO 35 EL ZAR Y LA REINA DE LAS SOMBRAS POV: ALEKSEI VOLKOV
ESCENA EXTRA EL INVIERNO ETERNO POV: INÉS NAVARRO
NOTA DE LA AUTORA / AGRADECIMIENTOS FINALES

PRÓLOGO: EL SABOR DE LA JAULA DE CRISTAL POV: INÉS NAVARRO

El dolor no fue lo primero que me arrancó de la inconsciencia, sino el sabor.

Un gusto espeso, cobrizo y agrio que me pastoseaba la lengua, idéntico al de morder una moneda oxidada. Intenté tragar, pero mi garganta era un túnel de lija reseca. Aspiré una bocanada de aire, buscando oxígeno, y mis pulmones se llenaron de una mezcla asfixiante: el aroma brutal y salado del mar Mediterráneo, aplastado bajo el peso de una colonia masculina absurdamente cara, notas densas de madera de *oud*, pimienta negra y un rastro de pólvora quemada.

El pánico, primitivo y punzante, estalló en mi pecho antes siquiera de abrir los ojos.

Instintivamente, quise llevarme las manos a la cabeza, que me latía al ritmo de un tambor enloquecido. El brazo izquierdo obedeció; el derecho, no. Un tirón brusco y un tintineo metálico, agudo y despiadado, cortaron el silencio de la habitación.

Abrí los párpados de golpe, luchando contra la neblina química del sedante que aún me pesaba en las retinas. La luz pálida de la luna bañaba un espacio inmenso, un mausoleo moderno de mármol negro y cristal. Estaba tumbada sobre un colchón de proporciones ridículas, y bajo mis yemas entumecidas, la fricción suave e hirviente de unas sábanas de seda negra me produjo un escalofrío. Pero fue el contraste en mi muñeca derecha lo que me heló la sangre.

Acero macizo.

Una esposa gruesa y fría me anclaba al cabecero forjado de la cama. Tiré de ella con todas mis fuerzas, un gemido gutural rasgándome la garganta. El metal se clavó en mi piel, arañando la carne, impasible.

Mi mente, entrenada para el periodismo de investigación, intentó armar el rompecabezas a través del terror ciego. El aparcamiento subterráneo en Málaga. El chirrido estridente de unos neumáticos contra el cemento. El olor químico y dulzón de un trapo apretado contra mi boca. La sensación de asfixia, la oscuridad engulléndome mientras me arrojaban al maletero de un coche.

Me habían pillado.

Había husmeado demasiado profundo en las cuentas fantasma de Puerto Banús. Creí que era más lista que ellos, una intrépida periodista tirando de la manta del blanqueo de capitales, pero solo era un puto cordero caminando ciego hacia el matadero.

Un chasquido electrónico, seco y definitivo, me paralizó.

La cerradura de la inmensa puerta de roble oscuro, al otro lado de la suite, acababa de girar. No hubo el menor crujido en las bisagras. Solo el eco grave, pesado y rítmico de unos zapatos italianos golpeando el suelo de mármol pulido.

La figura que emergió de las sombras era un eclipse masivo. Recortado contra el inmenso ventanal blindado donde las olas negras de Marbella rompían con furia contra los acantilados, su silueta exudaba un peligro letal. Era insultantemente alto, con unos hombros anchos esculpidos bajo un traje a medida que costaba más que mi vida entera.

Se detuvo a los pies de la cama. La poca luz plateada iluminó por fin sus facciones. Mandíbula cortada a cincel, pómulos altos y crueles, y un cabello rubio ceniza, casi gris. Pero fueron sus ojos los que me robaron el poco aliento que me quedaba. Eran de un azul translúcido, dos témpanos de hielo siberiano, vacíos de cualquier rastro de piedad o calor humano.

Aleksei Volkov. El zar invisible de la Costa del Sol. El fantasma que llevaba seis meses persiguiendo.

—Veo que la bella durmiente por fin ha regresado al mundo de los vivos —musitó.

Su voz era un trueno subterráneo, bajo y rasposo, envuelto en un acento ruso que arrastraba las erres con una elegancia perezosa y depredadora. La vibración de sus palabras pareció filtrarse bajo mi piel, erizando hasta el último vello de mi nuca.

Me encogí instintivamente hacia atrás, arrastrando las piernas desnudas sobre la seda, el eslabón de la cadena tensándose al máximo.

—Usted... —Mi propia voz sonó patética, un hilo roto—. Usted no puede hacer esto. Es una puta locura.

Aleksei ladeó la cabeza, observándome con la misma frialdad clínica que un forense examina un cadáver.

—Ilumíneme, señorita Navarro —respondió, dando un paso lento, calculado, por el lateral de la cama—. ¿Qué es exactamente lo que no puedo hacer?

—Esto es España, joder —espeté, clavándome las uñas de mi mano libre en el muslo para usar el dolor físico como ancla contra el terror —. Mi editor sabe en qué estaba trabajando. Sabe que venía a Marbella. La Guardia Civil...

—La Guardia Civil trabaja para mí —me cortó, su tono sin alterar un ápice—. Su editor, un hombre con demasiadas deudas de juego, cree firmemente que usted ha cogido un vuelo de última hora a Londres para seguir una pista falsa que mis hombres le enviaron hace diez horas. Y su apartamento en Málaga ha sido vaciado. Su ordenador, sus notas, sus patéticos diagramas en la pared. Todo es ceniza. Usted ya no existe.

La frase cayó sobre mí como una losa de hormigón. El aire desapareció de la habitación. Me estaba ahogando.

Se inclinó sobre el colchón. El colchón se hundió bajo su peso, acercando su calor corporal, una irradiación feroz que contrastaba con su mirada glacial. El olor a *oud* y pólvora me envolvió por entero. Antes de que pudiera girar la cara, su mano derecha, enorme y adornada con un pesado sello de platino, se cerró en torno a mi cuello.

No apretó para asfixiarme. Lo hizo para poseerme.

El metal helado del anillo presionó exactamente contra el pulso desbocado de mi carótida. El tacto áspero de sus dedos sobre mi piel sudorosa me provocó una arcada y, al mismo tiempo, una descarga eléctrica involuntaria, enfermiza y humillante que bajó directo a mi vientre.

—Usted metió las narices donde no la llamaban —susurró, su rostro a escasos centímetros del mío. Pude ver las motas doradas alrededor de sus pupilas dilatadas—. Ha jugado a ser un soldado, *moya malenkaya ptichka* (mi pajarito). Y en mi mundo, a los soldados enemigos se les destruye.

Su pulgar libre acarició la línea temblorosa de mi mandíbula. Estaba marcando su territorio.

—No le tengo miedo —mentí, escupiendo las palabras en su cara, aunque todo mi cuerpo temblaba de forma espástica.

Una sonrisa minúscula, letal, curvó la comisura de sus labios. Era el gesto de un demonio al que acaban de entregarle las llaves del infierno.

—Oh, lo tendrá —prometió, rozando con sus labios la concha de mi oreja. El roce de su aliento caliente me arrancó un jadeo ahogado—. Y cuando termine de enseñarle cuál es su lugar, suplicará por no abandonar nunca esta jaula de cristal.

El clic metálico de su encendedor de oro rompió el instante, iluminando por un segundo nuestras caras en la penumbra. El juego había comenzado. Y yo llevaba las de perder.

CAPÍTULO 1 72 HORAS ANTES: EL ARTE DE LA CAZA POV: ALEKSEI VOLKOV

El humo negro y acre del cigarrillo Sobranie se enroscaba en el aire viciado de la sala de monitores, denso, casi sólido. Le di una última calada, dejando que la nicotina áspera y el alquitrán rasparan el fondo de mi garganta antes de aplastar la colilla de oro contra el cenicero de cristal de Bohemia. El tintineo del cristal contra el metal fue el único sonido en el búnker subterráneo, aparte del zumbido eléctrico y constante de los servidores de seguridad.

Frente a mí, un muro compuesto por treinta y dos pantallas de alta definición vomitaba las imágenes en tiempo real de mi imperio. El club nocturno *Tartarus* en Puerto Banús, los muelles de carga privados en Algeciras, los pasillos de mi mansión en la ladera de la montaña. Todo bajo mi control. Todo ordenado, estéril, sumiso.

Excepto la pantalla número siete.

Me incliné hacia delante en el sillón de cuero italiano. El roce del tejido contra mi traje a medida produjo un susurro seco. Apoyé los codos sobre la mesa de caoba, cruzando los dedos, y fijé mis ojos en la imagen granulada que transmitía la cámara oculta en la terraza del *Café de París*.

Allí estaba ella. Inés Navarro.

Llevaba tres días siguiéndola a través de lentes y micrófonos, observando cómo cavaba su propia tumba con una pala minúscula y un tesón que rozaba la demencia. A través del cristal tintado de la cámara, el sol inclemente de Andalucía bañaba su rostro tenso. No

era una belleza clásica, de esas que desfilaban por mis clubes buscando patrocinadores. Tenía la piel pálida, ajena al bronceado artificial de la Costa del Sol, el cabello castaño recogido en un moño desordenado del que escapaban mechones rebeldes, y unas ojeras violáceas que delataban noches en vela alimentadas por café barato y ambición.

Llevaba una blusa de lino blanco, arrugada, y mordisqueaba el capuchón de un bolígrafo de plástico azul con una ansiedad palpable.

Moya malenkaya ptichka. Mi pajarito.

El instinto depredador, ese monstruo helado que habitaba bajo mis costillas desde mis días en las calles cubiertas de escarcha de San Petersburgo, se desperezó. Sentí un tirón físico, una opresión visceral en el bajo vientre, oscura y pesada. No era un simple deseo carnal; era la necesidad primaria, casi biológica, de aplastar algo hermoso entre mis manos solo para ver cómo se rompía.

La vi teclear furiosamente en su ordenador portátil. La lente de la cámara, manipulada remotamente por mi jefe de seguridad, hizo un zoom perfecto sobre la pantalla de Inés. Estaba cruzando datos. Los registros de las empresas pantalla en Chipre con las facturas del puerto deportivo de Marbella.

Era inteligente. Peligrosamente inteligente para una periodista independiente de Málaga que no tenía el respaldo de ningún gran periódico.

—Señor Volkov.

La voz grave e inexpresiva de mi segundo al mando, Dmitry, rompió mi concentración. No me giré. Mantuve la vista clavada en la forma en que Inés fruncía el ceño, creando un pequeño pliegue entre sus cejas.

—Habla —ordené. Mi voz sonó como grava triturada bajo una bota militar, cargada de un frío que contrastaba violentamente con los treinta y cinco grados del verano exterior.

—El contacto de la señorita Navarro acaba de llegar al café —informó Dmitry, deteniéndose a dos pasos de mi silla, manteniendo la distancia de seguridad que todo hombre racional aprendía a guardar a mi alrededor—. Es Aguilar. El contable del muelle oeste.

Un músculo palpitó en mi mandíbula. Aguilar. Un hombrecillo sudoroso, adicto al juego y a la cocaína de baja pureza. Sabía que estaba robando del fondo de pensiones del sindicato, pero lo había dejado hacer porque los idiotas son fáciles de predecir. Lo que no esperaba era que el idiota tuviera la audacia de hablar con la prensa.

En la pantalla siete, un hombre calvo y encorvado se sentó en la silla de hierro forjado frente a Inés. La cámara captó el momento exacto en que ella dejó de morder el bolígrafo. Su postura cambió. Los hombros se tensaron, la columna vertebral se irguió. Había adoptado la posición de caza, ignorando por entero que la verdadera presa en esa mesa era ella.

—¿Tenemos audio? —pregunté, sin apartar la mirada del monitor.

Dmitry pulsó un comando en la tableta que llevaba en las manos. Un segundo después, el canal de audio del micrófono direccional inundó la sala.

El ruido ensordecedor del tráfico del Paseo Marítimo, el tintineo de las cucharillas contra las tazas de porcelana, y luego, su voz.

«Llega tarde, Aguilar», dijo Inés. Su tono era cortante, profesional, pero el ligero temblor en las consonantes finales revelaba la adrenalina que le bombeaba por las venas. *«Tengo los extractos de la cuenta de Nicosia. Solo necesito que me confirme el nombre del titular final. Sé que es Volkov. Diga que es él, y este artículo acabará con el chantaje.»*

Una carcajada seca, carente de humor, rasgó mi garganta. El sonido hizo que Dmitry se tensara visiblemente a mis espaldas.

Era tan ingenua que resultaba fascinante. Creía que un artículo, un puñado de palabras impresas en papel barato, podía desmantelar un imperio cimentado en sangre, sobornos y cadáveres enterrados en

los pilares de hormigón de los nuevos hoteles de la costa. No entendía que en España, la justicia era una puta cara que solo bailaba para aquellos que podían pagar la melodía. Y yo era dueño de la orquesta entera.

«Estás loca, niña», siseó Aguilar a través del micrófono. Se le oía respirar con dificultad, un silbido asmático causado por el pánico. *«No entiendes quién es ese hombre. No es un mafioso de película. Es un fantasma. Si publicas esa mierda, no solo te matará a ti. Cortará a tu familia en pedazos y te obligará a mirar.»*

Observé la pantalla con intensidad clínica. Esperaba verla encogerse. Esperaba que el terror primitivo eclipsara esa luz obstinada en sus ojos castaños.

Pero Inés Navarro hizo algo que paralizó el aire en mis pulmones por una fracción de segundo.

Se inclinó sobre la mesa, invadiendo el espacio personal del contable. Su mano, pequeña y de dedos delgados, se cerró sobre la muñeca temblorosa del hombre.

«Mi familia ya está muerta, Aguilar», respondió ella, su voz cayendo una octava, volviéndose un susurro gélido y letal. *«Y si no me das ese nombre ahora mismo, le enviaré estos extractos a la Guardia Civil con tu firma falsificada. Tú decides a quién le tienes más miedo. Al fantasma ruso, o a la prisión de Alhaurín de la Torre donde, por cierto, sé que los cobardes como tú no duran ni una puta semana.»*

Silencio en el canal de audio.

Dmitry soltó un silbido sordo, impresionado muy a su pesar.

La rigidez en mi mandíbula se desvaneció, reemplazada por una sensación cálida, pesada e inyectada en sangre que se expandió por mi pecho. Fascinación. Pura y dura obsesión, negra como el fondo de un abismo. Acababa de chantajear a mi empleado en mis propias narices. Tenía agallas. Unas agallas suicidas e irracionales.

Ese fue el instante exacto en que firmó su sentencia. El momento en que dejó de ser una mosca molesta a la que debía aplastar, para convertirse en un objeto de deseo enfermizo. No iba a matarla. La muerte era demasiado rápida, demasiado misericordiosa, y un desperdicio absoluto de talento.

Iba a quebrarla.

Iba a doblegar esa voluntad de hierro, centímetro a centímetro, hasta que no quedara nada más que obediencia ciega y devoción. Quería ver cómo esa fachada de periodista implacable se desmoronaba bajo mi tacto, quería escucharla suplicar con esa misma voz firme, quería saborear el pánico en su lengua.

«Está bien, joder, está bien», claudicó Aguilar, pasándose una mano sudorosa por la calva. El micrófono captó el roce de un papel deslizándose por la mesa. *«Ahí tienes la matriz. La red de lavado en Marbella. Es él. Aleksei Volkov.»*

Inés tomó el papel. Una sonrisa de triunfo, genuina y deslumbrante, transformó su rostro de aspecto cansado en algo magnético. La luz del sol atrapó el ámbar de sus ojos.

Levanté la mano.

—Corta el audio, Dmitry.

El silencio absoluto regresó a la sala de monitores. Me levanté del sillón. Mi cuerpo masivo, endurecido por años de combate cuerpo a cuerpo y cicatrices cosidas a sangre fría, se movió con la precisión de un mecanismo de relojería. Me desabroché el botón de la chaqueta del traje, sintiendo el peso familiar y tranquilizador de la pistola Tokarev oculta en la sobaquera.

—¿Órdenes, señor? —preguntó Dmitry, con la vista clavada en el suelo de baldosas—. ¿Doy la orden a los limpiadores para que se encarguen de la chica y del contable? Un accidente de coche en la carretera a Málaga sería limpio.

Me detuve frente a la pantalla. La imagen de Inés guardando el documento en su bolso se reflejó en mis pupilas.

—A Aguilar, sí —sentencié, mi voz desprovista de cualquier inflexión humana—. Que parezca un suicidio. Demasiadas deudas, la presión pudo con él. Lo quiero colgado en el balcón de su apartamento de Torremolinos antes de que amanezca.

Dmitry asintió. —¿Y la chica?

Me giré hacia él. Mis ojos, fríos y translúcidos, se clavaron en el rostro curtido de mi teniente.

—La chica es mía.

La orden flotó en el aire, pesada como el mercurio. En el código silencioso de la *Bratva*, reclamar a una víctima viva significaba una sola cosa: la destrucción física y psicológica prolongada.

—Prepara a un equipo de extracción —continué, ajustándome los puños de la camisa de seda blanca—. No quiero errores. No quiero derramamiento de sangre en público. Esperad a que regrese a su piso en Málaga. Vaciad el apartamento. Borrad sus archivos físicos, los discos duros, las copias de seguridad en la nube. Que sus editores reciban un correo electrónico confirmando un viaje imprevisto a Londres, siguiendo una pista sobre las mafias rumanas.

Dmitry tomaba notas mentales, la disciplina militar de su época en los *Spetsnaz* brillando en su eficiencia.

—¿Dónde la llevamos tras la extracción, señor? ¿A las celdas del sótano de la mansión?

Un destello de irritación me cruzó. Las celdas eran frías, húmedas y olían a orina y desesperación. Eran para hombres que me habían robado, no para una criatura a la que planeaba domesticar.

—No —susurré, el sabor de la anticipación amargando agradablemente mi paladar—. A la suite principal. A la jaula de cristal. Encadénala a la cama. Usa acero sólido, nada de cuero barato. Y Dmitry...

Mi teniente se detuvo a medio camino de la puerta, girando la cabeza.

—Asegúrate de que esté sedada cuando la traigan. No quiero que se lesione durante el traslado. La quiero intacta.

Cuando la puerta de roble se cerró tras él, dejándome solo con el zumbido de las pantallas, caminé hasta el pequeño bar integrado en la pared. Me serví tres dedos de vodka Beluga puro. El líquido cristalino quemó mi garganta, un fuego estéril que no lograba aplacar el incendio mucho más oscuro que había comenzado a arder en mi interior.

Volví a mirar la pantalla. Inés se levantaba de la mesa, ajena al abismo que se había abierto bajo sus pies. Caminaba con paso firme hacia su coche viejo, un Peugeot abollado, agarrando su bolso como si contuviera el Santo Grial.

No sabía que estaba respirando aire prestado. No sabía que su vida libre acababa de terminar, y que a partir de ahora, cada latido de su corazón, cada suspiro que saliera de sus labios, me pertenecería.

Levanté el vaso de cristal hacia la pantalla en un brindis silencioso y fúnebre.

—Disfruta de tus últimas horas de sol, *ptichka*, —musité para la sala vacía, saboreando las sílabas—. Porque la noche que te espera será eterna.

CAPÍTULO 2 LA JAULA DE CRISTAL POV: INÉS NAVARRO

El silencio que siguió al cierre de la inmensa puerta de roble fue más ensordecedor que un disparo.

Me quedé paralizada, con la respiración contenida en la garganta, los pulmones ardiendo por la falta de oxígeno, mientras el eco de sus pasos —lentos, pesados, dictados por una arrogancia letal— se desvanecía en el pasillo exterior. El olor a *oud*, pimienta negra y pólvora que Aleksei Volkov había traído consigo seguía suspendido en la habitación, una niebla invisible y tóxica que se aferraba a mi piel sudorosa.

Parpadeé en la penumbra, intentando que mis ojos se adaptaran. El pánico, una bestia fría y de garras afiladas, empezó a arañarme las paredes del estómago.

—Tranquila. Piensa, Inés. Piensa, joder —susurré para mí misma. Mi voz sonó patética, un hilo de cristal roto en medio de aquel mausoleo de lujo.

Un tirón reflejo de mi brazo derecho me recordó la cruda realidad. El tintineo del acero inoxidable chocando contra la estructura de hierro forjado de la cama cortó mi monólogo interno. La esposa. Era gruesa, fría y despiadada. Me incorporé bruscamente sobre el colchón, ignorando la fricción de las sábanas de seda negra contra mis piernas desnudas. Agarré la cadena con la mano izquierda, tirando de ella con una fuerza nacida de la desesperación más pura y primitiva.

El metal mordió la carne de mi muñeca. Un dolor agudo, blanco y eléctrico, me atravesó el brazo hasta el hombro, seguido por el calor

húmedo de mi propia sangre resbalando por mi piel. Solté un gemido ahogado, cayendo de bruces contra las almohadas de plumas.

No iba a ceder. La cadena estaba anclada directamente al cabecero masivo, fundida en el metal. No era un juego erótico barato; era un anclaje de prisionero de alta seguridad.

Me obligué a calmar la hiperventilación. Inhala. Exhala. El sabor a salitre que se filtraba por los conductos de ventilación me recordaba lo cerca que estaba del mar. Giré la cabeza hacia el inmenso ventanal que abarcaba toda la pared este. El amanecer estaba empezando a romper sobre el horizonte del Mediterráneo. Una línea delgada, del color de un hematoma fresco —morado, rojo oscuro, azul ceniza—, cortaba el cielo negro.

A medida que la luz fue inundando la suite, la verdadera magnitud de mi jaula se reveló ante mí, y con ella, la crueldad psicológica de mi secuestrador.

El espacio era obscenamente grande. Mármol negro pulido en el suelo, paredes pintadas en un tono carbón que absorbía la luz, y muebles minimalistas que gritaban dinero antiguo. A unos quince metros de la cama, había una zona de estar con sofás de cuero blanco y una mesa de centro de cristal. Más allá, una puerta doble de cristal esmerilado que seguramente conducía al baño. Y allí, justo al lado de los sofás, un carrito de camarero de acero brillante. Sobre él, una jarra de cristal empañada por el frío, llena de agua con rodajas de limón, y un vaso vacío.

Mi boca, seca como un desierto de ceniza, empezó a salivar dolorosamente ante la visión.

Tragué saliva, o lo que quedaba de ella, sintiendo cómo mi garganta protestaba como si estuviera tragando fragmentos de vidrio. Me deslicé hasta el borde de la cama, calculando la longitud de la cadena. Un metro. Quizá metro y medio. Extendí la pierna, descalza, hasta que los dedos de mi pie tocaron el mármol helado. El

contraste térmico me provocó un escalofrío que me erizó hasta el último vello del cuerpo.

Di un paso. La cadena tintineó. Di otro. La tensión metálica tiró de mi muñeca, obligándome a detener en seco.

Estaba a doce malditos metros del agua. A doce metros del baño.

Me dejé caer de rodillas sobre la alfombra gruesa a los pies de la cama. Un sollozo patético, húmedo y vergonzoso, escapó de mis labios. Me tapé la boca con la mano libre, negándome a llorar. Llorar deshidrata. Llorar es debilidad. Y si algo me habían enseñado mis años cubriendo las cloacas de la Costa del Sol, era que los depredadores huelen la debilidad como los tiburones huelen la sangre en el agua.

El tiempo en aislamiento funciona de una manera retorcida. Los minutos se dilatan, convirtiéndose en horas viscosas. Me arrastré de vuelta a la cama. El sol ya estaba alto, convirtiendo el Mediterráneo en una extensión de espejos cegadores más allá del cristal blindado. La temperatura en la suite se mantenía en unos gélidos veintiún grados, perfectos para un hombre que vestía trajes de tres piezas, pero tortuosos para una mujer que solo llevaba una braga de algodón y una blusa de lino arrugada.

El zumbido del aire acondicionado era mi única compañía. Eso, y el latido desbocado en mis sienes provocado por la abstinencia de cafeína y la deshidratación.

Intenté repasar mis opciones. Aguilar. Él tenía los extractos bancarios. Si él había huido, si había logrado entregar los documentos a mi editor... No. Volkov había sido claro. *El apartamento está vacío. El ordenador es ceniza.* Si Volkov sabía todo eso, significaba que Aguilar me había vendido. O peor, que lo habían interrogado.

Un ruido mecánico, casi imperceptible, me sacó de mi espiral de terror.

El chasquido electrónico de la cerradura principal.

Me incorporé en el acto, encogiendo las piernas contra mi pecho y cruzando el brazo libre sobre mi cintura, intentando ocultar la desnudez de mis piernas temblorosas. El corazón me golpeaba las costillas con tanta fuerza que temí que se me fracturaran.

La puerta de roble se abrió con una lentitud exasperante.

No era Aleksei.

Una mujer mayor, de unos sesenta años, con el cabello gris recogido en un moño estricto y un uniforme negro impecable, entró en la habitación. Empujaba un segundo carrito de servicio. Su rostro era una máscara de piedra tallada, sin la más mínima expresión de sorpresa, lástima o empatía. Tenía los pómulos altos y afilados típicos de la estepa rusa.

—¡Oiga! —grité. Mi voz salió áspera, rasposa—. ¡Por favor! Tiene que ayudarme. Soy Inés Navarro, soy periodista. Ese hijo de puta me ha secuestrado. Si llama a la policía, le juro que...

La mujer no parpadeó. Ni siquiera me miró. Era como si le estuviera hablando a una pared de granito. Caminó con paso robótico hasta dejar el carrito justo en el límite donde mi cadena me permitía llegar, pero lo suficientemente lejos como para que tuviera que estirarme al máximo para alcanzarlo.

Sobre la bandeja de plata había un desayuno digno del Ritz: tostadas de masa madre, mantequilla francesa, mermelada de frutos rojos que parecía sangre cuajada, y una pequeña jarra de café cuyo aroma tostado y amargo casi me hace saltar las lágrimas.

—Por favor —rogué, cambiando de estrategia, sintiendo cómo la humillación me quemaba las mejillas—. Al menos, por favor, necesito usar el baño. La cadena no llega.

La mujer colocó una servilleta de lino junto a los cubiertos de plata. Luego, sacó un pequeño mando a distancia negro del bolsillo de su delantal. Apuntó hacia la pared del baño. Con un clic sordo, una de las puertas de cristal esmerilado se deslizó suavemente. Detrás, no había un retrete de lujo, sino un pequeño habitáculo integrado en el

lateral de la habitación que no había visto desde mi ángulo. Un inodoro sencillo, un lavabo metálico. Sin espejos. Sin ventanas.

Volvió a guardar el mando, dio media vuelta y salió de la suite sin haber emitido un solo sonido. La cerradura electrónica se activó, sellándome de nuevo en mi tumba de oro.

La humillación era peor que el miedo. Me habían reducido a un animal de zoológico. Alimentada a voluntad del amo, permitiéndome hacer mis necesidades solo cuando ellos dispusieran el espacio.

La ira, un fuego tóxico y necesario, comenzó a arder bajo el terror. Me arrastré hasta el borde de la cama, estirando el brazo izquierdo hacia el carrito. El aroma del café y el pan recién tostado hacía que mis jugos gástricos se retorcieran en dolorosos calambres. Agarré la jarra de café por el asa caliente.

La lancé con todas mis fuerzas contra la pared.

La porcelana estalló en mil pedazos con un ruido satisfactorio, violento. El líquido hirviente manchó el inmaculado papel pintado negro. Volqué el carrito entero de una patada, esparciendo las tostadas, la mermelada y la mantequilla por el suelo de mármol.

Respiré agitadamente, el pecho subiendo y bajando de forma errática. Quería gritar. Quería destruir cada milímetro de esa habitación perfecta.

—Una rabieta muy poco productiva, *ptichka*.

La voz, grave, rasposa y con ese inconfundible y denso acento ruso, vino desde la puerta.

Me giré bruscamente. No había escuchado la cerradura. Aleksei Volkov estaba allí, apoyado casualmente contra el marco de roble. Llevaba una camisa negra de seda, desabrochada en los dos primeros botones, y pantalones de traje de lana fría a medida. No llevaba chaqueta, lo que dejaba a la vista el arnés de cuero para el hombro y el cañón negro de una pistola semiautomática descansando contra sus costillas.

Exudaba un poder brutal. Una presencia masiva que parecía consumir todo el oxígeno del inmenso dormitorio.

Me puse de pie, a pesar de que mis piernas eran gelatina. Mantuve la barbilla alta, negándome a encogerme ante él.

—No soy su puto pájaro, Volkov —espeté. Mi voz temblaba, pero me aseguré de proyectarla—. Y no voy a comer su comida, ni a jugar a este juego de psicópata. Tarde o temprano, alguien atará cabos. Mi desaparición...

—Nadie la está buscando, Inés.

La forma en que pronunció mi nombre —con una "s" arrastrada, convirtiéndolo casi en un siseo posesivo— hizo que mis entrañas se retorcieran. Se despegó del marco de la puerta y caminó lentamente hacia mí. No miró el desastre del desayuno en el suelo. Sus ojos translúcidos, vacíos de cualquier calor humano, estaban fijos en mi rostro.

—Tú estás loco —dije, usando deliberadamente el tuteo para intentar arrastrarlo a mi nivel, para despojarle de la autoridad del 'Usted'. Fue un error de cálculo táctico monumental.

Aleksei se detuvo a un metro de distancia. La temperatura a mi alrededor pareció descender de golpe. El aire se volvió espeso, casi insoportable. Levantó una mano masiva, adornada con el anillo de platino que me había marcado el cuello la noche anterior. Antes de que pudiera retroceder, sus dedos se enredaron en mi cabello castaño en la nuca.

Tiró hacia atrás. No con fuerza suficiente para arrancarme el pelo, pero sí la necesaria para obligarme a inclinar la cabeza y exponer mi garganta.

—Me llamará de usted, señorita Navarro —su tono no se elevó, no gritó. Fue un susurro mortal, mucho más aterrador que un grito—. O le prometo que la próxima vez que intente familiarizarse conmigo de forma tan vulgar, le arrancaré la lengua y haré que se la trague. ¿Queda claro?

Mi pulso se desbocó. El miedo me inundó los ojos de lágrimas involuntarias de frustración y dolor. El olor a su colonia era embriagador y repulsivo a la vez. Tragué saliva con dificultad, asintiendo levemente, lo único que su agarre en mi pelo me permitía.

—He preguntado si ha quedado claro —repitió, apretando el agarre.

—Sí... sí, ha quedado claro. Usted.

Me soltó lentamente, dejando que su mano acariciara de forma perturbadora la línea de mi mandíbula antes de apartarse. Era la disonancia cognitiva perfecta: la violencia y la caricia, fundidas en el mismo segundo. Mi mente luchaba por procesar el terror y esa extraña, enfermiza y humillante chispa de calor eléctrico que su toque había dejado en mi piel.

Aleksei se giró, caminando hacia la pared contraria. Tomó un mando a distancia negro, idéntico al de la sirvienta.

—Es una mujer obstinada —comentó, sin mirarme—. Eso me fascina. La mayoría de los hombres a los que interrogo se mean en los pantalones antes de que haya encendido siquiera el cigarrillo. Usted, en cambio, rompe mi vajilla.

Pulsó un botón. Una sección de la pared de madera oscura se deslizó en silencio, revelando una pantalla de televisión plana de al menos ochenta pulgadas.

—Pero esa arrogancia suya nace de la ignorancia. Usted sigue creyendo que las reglas del mundo exterior aplican aquí adentro.

Aleksei pulsó otro botón. La pantalla se encendió en el canal de noticias locales de Málaga veinticuatro horas. El presentador tenía el rostro grave. El cintillo de última hora en la parte inferior de la pantalla parpadeaba en rojo brillante.

...trágico suceso esta madrugada en Torremolinos. El cuerpo sin vida de Fernando Aguilar, contable del puerto deportivo, fue hallado ahorcado en el balcón de su domicilio...

El aire huyó de mis pulmones como si me hubieran dado un puñetazo directo en el esternón.

Caí de rodillas. El mármol frío golpeó mis huesos. La imagen de Aguilar, sudoroso y aterrorizado en la terraza del café la tarde anterior, parpadeó en mi mente.

«Si publicas esa mierda, no solo te matará a ti.»

Aleksei apagó el televisor. El silencio volvió a reinar en la suite, pesado, aplastante. Caminó hasta detenerse frente a mí. Sus pesados zapatos italianos a centímetros de mis rodillas desnudas.

Miré hacia arriba. A través de la cortina de mis propias lágrimas traicioneras, vi al monstruo. No había triunfo en su rostro. Solo una fría e implacable constatación de los hechos.

—El pobre Fernando no soportó la presión de sus deudas —dijo, su voz carente de inflexión—. Una tragedia.

Un sollozo escapó finalmente de mi pecho. Había matado a un hombre. Yo lo había empujado a esa mesa, yo lo había acorralado. La sangre de Aguilar no solo manchaba las manos de Volkov; manchaba las mías. El peso de la culpa era mil veces más agobiante que la esposa de acero en mi muñeca.

Aleksei se agachó frente a mí en cuclillas, un movimiento fluido y depredador. Extendió la mano. Esta vez, la caricia de su pulgar frotando mis lágrimas en la mejilla fue casi dolorosamente suave.

—Ahora lo entiende, *ptichka* —murmuró, observando cómo me desmoronaba bajo el peso de su absoluta impunidad—. En mi mundo, yo soy Dios. Y yo decido quién respira. Conserve su insolencia, si eso la mantiene entretenida. Pero recuerde siempre quién tiene la llave de sus cadenas.

Se puso en pie y caminó hacia la puerta. Se detuvo en el umbral, mirándome por encima del hombro. La luz del sol de Marbella recortaba su figura, sumergiéndolo en las sombras.

—La señora Kovac limpiará este desastre y le traerá un almuerzo. Más le vale comérselo entero. Si tengo que venir aquí a darle de comer en la boca, le aseguro que le resultará... humillante.

La pesada puerta de roble se cerró. El clic de la cerradura electrónica volvió a sellar mi destino.

Estaba sola de nuevo. Y por primera vez desde que llegué, ya no tenía esperanza de escapar. Solo tenía la certeza brutal de que Aleksei Volkov iba a consumirme hasta dejar nada más que cáscaras vacías. Y el sabor salado de mis propias lágrimas en los labios.

CAPÍTULO 3 EL ARQUITECTO DE LA RUINA POV: ALEKSEI VOLKOV

La observé romperse.

Fue un proceso fascinante, silencioso y estéticamente perfecto. A través de la pantalla de ochenta pulgadas de alta definición de mi despacho, cada espasmo de su cuerpo, cada temblor que recorría su columna vertebral, se magnificaba. Inés Navarro estaba arrodillada sobre el mármol negro de la suite, exactamente donde la había dejado tras asestarle el golpe de gracia con la noticia del suicidio de Aguilar.

El silencio en mi santuario, aislado acústicamente del resto de la mansión, era absoluto. Solo se escuchaba el leve chisporroteo de los cubitos de hielo derritiéndose en mi vaso de cristal de Baccarat, lleno de Macallan de veinticinco años. Le di un sorbo. El líquido ámbar, espeso y turbado, quemó agradablemente mi garganta, un calor líquido que se sumó al fuego oscuro y denso que se había instalado en la base de mi estómago desde el momento en que la encadené a mi cama.

La cámara de seguridad, con su lente gran angular y resolución 4K, me permitía ver incluso la forma en que la tela arrugada de su blusa de lino se pegaba a su piel sudorosa. Estaba llorando. No con histeria, sino con una desesperación profunda, silenciosa y animal. Sus manos, pequeñas y frágiles, cubrían su rostro, mientras la cadena de acero inoxidable que la ataba al cabecero colgaba inerte, un recordatorio físico de que su libertad era una ilusión que yo había erradicado por completo.

«En mi mundo, yo soy Dios.»

Las palabras que le había dicho resonaban en mi mente. No eran una hipérbole. Eran la arquitectura misma de mi existencia. Desde que emergí de las calles cubiertas de escarcha y sangre coagulada de San Petersburgo, aprendí que el mundo se dividía en dos categorías: los que esculpen y la arcilla. Durante años, Inés había jugado a ser escultora, moldeando narrativas, hundiendo reputaciones con su bolígrafo barato y su arrogancia de periodista justiciera.

Ahora, ella era la arcilla. Y mis manos estaban ansiosas por moldearla.

Me recosté en el sillón de cuero negro de mi escritorio, cruzando las piernas. La tela de mi pantalón de lana fría susurró en la quietud de la sala. Observar a un prisionero en aislamiento es un estudio psicológico que nunca deja de intrigarme. Hay un momento exacto, un punto de inflexión invisible, donde la psique humana decide si va a morir de inanición abrazada a sus principios, o si va a claudicar ante el instinto primario de supervivencia.

La puerta de la suite en la pantalla se abrió. La señora Kovac entró empujando un nuevo carrito de servicio. Su postura era tan rígida e inexpresiva como la de un soldado de infantería. Kovac sabía mejor que nadie las reglas de mi casa. Cero interacción. Cero empatía. La sirvienta limpió el desastre del desayuno, los pedazos de porcelana rota y el café derramado, con una eficiencia mecánica, mientras Inés permanecía encogida, observándola con ojos enrojecidos y vacíos de esperanza.

Kovac dejó el almuerzo —consomé caliente, un filete de lenguado y agua mineral— al límite exacto donde la cadena se tensaba. Luego, se marchó.

Me incliné hacia delante, apoyando los codos sobre el escritorio de caoba maciza. El hielo tintineó en mi vaso. Este era el momento.

Inés se quedó mirando la bandeja de plata durante lo que parecieron horas. La cámara captó el movimiento errático de su pecho. La respiración superficial del pánico. El orgullo le gritaba que

volcara el carrito de nuevo, que se dejara morir de hambre en protesta, que me negara la satisfacción de verla comer de mi mano.

Pero la biología es una amante cruel.

Lentamente, con movimientos temblorosos que delataban el agotamiento de sus músculos, Inés extendió el brazo libre. Agarró la cuchara de plata. El metal brilló bajo los focos halógenos del techo. Hundió la cuchara en el consomé y se la llevó a los labios.

Una exhalación larga, cargada de triunfo y de un deseo oscuro y sofocante, escapó de mi garganta.

Había elegido la vida. Había elegido sobrevivir. Y al hacerlo, se había sometido, consciente o inconscientemente, a mi voluntad. Al comer mi comida, reconocía mi autoridad.

Un recuerdo, agudo como el filo de un bisturí oxidado, destrozó mi concentración por una fracción de segundo. Nieve manchada de carmesí. El sonido ahogado de una mujer tosiendo su propia sangre en un callejón detrás de un teatro en Moscú. Unos ojos castaños, obstinados y llenos de una valentía estúpida, desvaneciéndose en el blanco de la muerte. *No debiste hablar, Yekaterina.* Cerré los ojos con fuerza, apretando la mandíbula hasta que mis molares protestaron. Apreté el vaso de cristal en mi mano con tanta fuerza que temí hacerlo añicos.

Abrí los ojos y clavé mi mirada en la pantalla, en Inés Navarro tragando el caldo caliente, las lágrimas silenciosas resbalando por sus mejillas pálidas. Ella no iba a morir. No iba a permitir que esa arrogancia estúpida la matara. Iba a purgar esa valentía suicida de su sistema. Iba a desmantelarla pieza por pieza hasta que el único peligro al que temiera fuera a mí. Hasta que la única protección que buscara fuera la mía.

Terminó de comer. Dejó la cuchara sobre la bandeja y se arrastró de vuelta al centro de la cama, acurrucándose en posición fetal sobre las sábanas de seda negra. Estaba sucia. Llevaba más de veinticuatro horas con la misma ropa, sudada, impregnada del olor

del miedo y del sedante químico que mis hombres habían utilizado para sacarla de Málaga.

Era hora de concederle una misericordia. Una misericordia diseñada específicamente para humillarla.

Apagué los monitores. El búnker quedó a oscuras, iluminado solo por las luces de emergencia de los servidores. Dejé el vaso de cristal sobre la mesa, me ajusté la funda de cuero de mi Tokarev bajo el brazo izquierdo y salí al pasillo.

La arquitectura de mi mansión en Marbella reflejaba mi interior: espacios vastos, mármol frío, cristal blindado y una ausencia total de calidez. Mis pasos resonaron en los pasillos vacíos mientras descendía hacia el ala este. No necesitaba guardias armados en mis puertas interiores; la reputación de lo que les ocurría a los que entraban sin invitación era un muro más impenetrable que el titanio.

Me detuve frente a la enorme puerta de roble de la suite principal. No introduje el código de inmediato. Me quedé allí, respirando el silencio, saboreando la anticipación. La posesión es un veneno lento, y yo estaba empapado en él hasta los huesos.

Pulsé los dígitos numéricos. El clic electrónico rompió el sepulcral silencio del pasillo.

Al abrir la puerta, el olor a cerrado, a miedo destilado y a sudor seco me golpeó. Era el aroma de la vulnerabilidad pura. Inés se sobresaltó en la cama, sentándose de golpe. El sonido de la cadena metálica arrastrándose sobre el hierro del cabecero fue música para mis oídos.

Se pegó a las almohadas, abrazando sus rodillas. Sus ojos, enrojecidos e hinchados, me buscaron en la penumbra. Ya no había desafío en ellos. Había agotamiento. Había la lucidez aterradora de quien acaba de comprender que está en el fondo del pozo y que yo soy el único que tiene la cuerda.

Me adentré en la habitación con lentitud. No encendí las luces principales, dejando que la luz dorada del atardecer que se filtraba

por el ventanal pintara sombras largas sobre el mármol.

—Veo que ha sido una niña buena y se ha comido el almuerzo —murmuré. Mi voz era un trueno suave, bajo y controlado, vibrando con ese acento ruso que sabía que le erizaba la piel.

—Qué quiere —su voz era un susurro rasposo, dañado por el llanto y la sed—. Ya me ha destrozado. Ya ha matado a Aguilar. ¿Qué más quiere de mí?

Me detuve a los pies de la cama. Metí las manos en los bolsillos de mi pantalón, mirándola desde mi altura, proyectando mi sombra sobre ella.

—Lo quiero todo, *ptichka* —respondí con una sinceridad letal—. Pero por ahora, me conformaré con que recupere un poco de higiene. Apesta a miedo.

Sus mejillas se tiñeron de un rojo furioso, una mezcla de vergüenza y de rabia impotente. Bajó la mirada hacia su blusa arrugada y manchada.

—No puedo llegar al baño —espetó entre dientes, alzando la muñeca derecha, donde la carne estaba en carne viva, irritada y morada por sus tirones inútiles contra el acero.

Saqué una pequeña llave plateada del bolsillo de mi pantalón. La hice girar entre mis dedos, dejando que el metal destellara bajo la luz del sol poniente. Los ojos de Inés se clavaron en ella con una intensidad hambrienta.

Caminé por el lateral de la cama. Ella se encogió, retrocediendo todo lo que el colchón le permitió, pero el espacio era limitado. Me senté en el borde, junto a su cadera. El colchón se hundió bajo mi peso, desequilibrándola, atrayéndola irremediablemente hacia mi gravedad. El olor de mi colonia, densa madera de *oud* y especias frías, la envolvió.

Pude ver el pulso acelerado batiendo frenéticamente en la base de su garganta. Estaba aterrorizada de mi proximidad.

—Acerque la mano —ordené en un tono bajo, sin admitir réplica.

Inés dudó. Sus ojos saltaron de mi rostro impasible a la llave en mi mano. Temblando, extendió el brazo derecho hacia mí. Sus dedos rozaron mi rodilla y la vi tragar saliva con fuerza. Tomé su muñeca. Mi mano, inmensa en comparación con la suya, la envolvió por completo. Mi pulgar acarició deliberadamente la piel inflamada bajo el acero. Ella ahogó un gemido, tensándose, pero no se atrevió a apartar el brazo.

Introduje la llave en la cerradura del grillete. Un clic mecánico, seco e increíblemente liberador, resonó en la habitación.

El acero se abrió. Inés retiró el brazo de inmediato, acunándolo contra su pecho, frotando la piel marcada.

—Levántese —le ordené, poniéndome de pie, dominando su espacio visual.

Ella obedeció torpemente, sus piernas temblando por la falta de uso y la tensión muscular. Se puso de pie sobre la alfombra suave, descalza, pareciendo aún más pequeña frente a mi metro noventa.

Señalé hacia la puerta doble de cristal esmerilado al otro lado de la suite.

—El baño principal. Tómese su tiempo. Hay ropa limpia de su talla en el vestidor adyacente.

Inés me miró, incrédula. —¿Me va a dejar entrar ahí? ¿Sola?

Una sonrisa carente de todo humor curvó mis labios. Caminé hacia los sofás de cuero blanco que estaban frente al inmenso ventanal y me senté, cruzando un tobillo sobre mi rodilla. Extendí los brazos sobre el respaldo, adoptando una postura de absoluta relajación.

—Las puertas son de cristal esmerilado, señorita Navarro. No tienen cerradura. Y como puede observar, desde esta posición tengo una vista perfecta de todo el perímetro. —Mi mirada se oscureció, clavándose en sus ojos castaños, asegurándome de que entendiera la brutalidad de la situación—. Usted tomará una ducha. Yo me

sentaré aquí a escuchar el agua correr. Sabré exactamente dónde está y qué está haciendo en cada fracción de segundo.

La comprensión la golpeó. El color abandonó su rostro de nuevo. No era un acto de piedad; era una demostración de poder. Le estaba dando acceso al agua, a la limpieza, pero le estaba arrebatando su intimidad más básica. Iba a estar desnuda, a escasos metros de un monstruo, separada únicamente por una lámina de cristal translúcido que dejaría ver su silueta emborronada bajo la ducha.

—Usted es un enfermo —susurró, con la voz quebrada por la humillación.

—Soy el dueño de su tiempo y de su cuerpo —la corregí, mi tono gélido cortando el aire de la habitación—. Y le sugiero que aproveche esta generosidad antes de que cambie de opinión y decida que mi bañera es un lugar excelente para enseñarle modales en persona.

El miedo, puro e instintivo, volvió a brillar en sus ojos. Tragó el insulto que seguramente se formaba en su lengua, giró sobre sus talones y caminó a paso rápido, casi corriendo, hacia el baño.

La puerta de cristal esmerilado se deslizó, cerrándose tras ella con un silbido sordo.

Me acomodé en el cuero. Saqué una petaca de plata del bolsillo interior de mi chaqueta y le di un trago al vodka helado. Segundos después, el sonido del agua a presión golpeando los azulejos de mármol del baño llenó el silencio de la suite. A través del cristal translúcido, pude distinguir la sombra difusa de su cuerpo. La forma en que se desnudaba lentamente, la silueta de sus hombros cayendo bajo el peso del agua caliente.

Cerré los ojos, escuchando el sonido del agua, imaginando el calor deslizándose por su piel, borrando la suciedad pero incapaz de lavar la marca psicológica que yo le había impreso.

Mi respiración se volvió pesada, rítmica. La erección que se formaba bajo la tela de mi pantalón era dolorosa y pulsante. No iba a

forzarla. No tenía que hacerlo. La violencia física era una herramienta tosca de hombres débiles. Yo iba a invadir su mente, sus espacios seguros, sus necesidades primarias, hasta que ella misma, rota y reconstruida a mi imagen, viniera a arrastrarse a mis pies suplicando que la tocara.

El juego de la ruina había entrado en su fase más deliciosa. Y yo tenía toda la paciencia del infierno.

CAPÍTULO 4 LA MUÑECA DE SEDA POV: INÉS NAVARRO

El agua caía con la fuerza de un millar de agujas al rojo vivo, castigando mis hombros, mi espalda, lavando la suciedad superficial pero incapaz de arrancar la mancha profunda, negra e invisible que se había adherido a mi alma.

Me abracé a mí misma bajo el chorro ardiente de la inmensa ducha de mármol negro. El vapor espeso llenaba el habitáculo de cristal, creando una neblina asfixiante que se mezclaba con el aroma a cedro, cítricos fríos y vetiver del gel de baño que había encontrado en el estante de acero inoxidable. Era un olor obscenamente caro, masculino, ajeno. Un olor que gritaba dinero bañado en sangre.

Cerré los ojos, frotándome los brazos con desesperación hasta que la piel se tornó de un rojo furioso, irritada, ardiendo bajo mis propias yemas. Quería borrar el rastro del sedante. Quería borrar el hedor a humedad del maletero en el que me habían secuestrado. Pero, por encima de todo, quería ahogar el eco de la voz de Fernando Aguilar.

«Si publicas esa mierda, no solo te matará a ti.»

Un sollozo sordo, gutural, se perdió bajo el estruendo del agua a presión. Había muerto por mi culpa. Lo habían colgado de su propio balcón en Torremolinos para enviarme un mensaje. Yo había apretado el gatillo de su ejecución en el momento exacto en que puse esos extractos bancarios sobre la mesa del café. Mi arrogancia, mi estúpida y ciega ambición por ganar un premio de periodismo destapando la red de lavado de la *Bratva*, había dejado un cadáver real, frío y rígido, balanceándose en la brisa del Mediterráneo.

Abrí los ojos de golpe, la respiración entrecortada. A través de la mampara de cristal esmerilado que me separaba del resto de la inmensa suite, la vi.

La sombra.

Aleksei Volkov no se había movido del sofá de cuero blanco. Su silueta masiva, distorsionada por el cristal empañado y las gotas que resbalaban por la superficie, permanecía estática. Podía imaginar perfectamente su postura: las piernas cruzadas, el vaso de vodka en la mano, los ojos de hielo translúcido fijos en la forma borrosa de mi cuerpo desnudo.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura del agua recorrió mi espina dorsal. Estaba absolutamente expuesta. Él no necesitaba irrumpir en el baño y tocarme para violar mi intimidad; lo estaba haciendo con el simple peso de su mirada, recordándome que incluso mi higiene básica era una concesión de su enfermiza misericordia.

Tragué el nudo de pánico que me estrangulaba la garganta y cerré el grifo.

El silencio que siguió fue atronador, apenas interrumpido por el goteo residual de la alcachofa de la ducha de efecto lluvia. El aire frío del exterior, mantenido a esos perpetuos veintiún grados gélidos por el aire acondicionado de la mansión, se coló por la parte superior de la mampara, erizando mi piel húmeda.

Tomé una de las toallas apiladas en el estante. Era negra, gruesa, de un algodón egipcio tan pesado que parecía absorber no solo el agua, sino mi propia energía. Me envolví en ella con fuerza, asegurándola por encima de mis pechos, cubriendo todo lo posible hasta la mitad de mis muslos.

No podía quedarme allí para siempre. El vapor se estaba disipando.

Con los dedos temblorosos, deslicé la puerta de cristal.

El contraste térmico me golpeó el rostro. Aleksei seguía exactamente donde lo había visto. Había dejado el vaso vacío sobre la mesa de centro. Su mirada, oscura, pesada y carente de cualquier prisa, subió por mis piernas descalzas, se detuvo en el borde de la toalla negra y finalmente chocó contra mis ojos castaños. Sentí cómo el calor me subía a las mejillas, una mezcla tóxica de humillación y de un miedo tan primitivo que me paralizaba las cuerdas vocales.

Levantó una mano, señalando con un dedo largo e imponente hacia una puerta oculta en el panelado de madera de la pared norte.

—El vestidor —ordenó. Su voz era un ronroneo grave y rasposo, el sonido de una maquinaria letal al ralentí—. Vístase.

No rechisté. No le maldije. El recuerdo del cuerpo de Aguilar estaba demasiado fresco en mi mente. Apreté los puños alrededor del borde de la toalla y caminé descalza sobre el mármol pulido, sintiendo el frío de la piedra calar mis huesos. Cada paso que daba bajo su escrutinio se sentía como caminar por un campo de minas.

Empujé la puerta del vestidor. Las luces halógenas, integradas en los rieles del techo, se encendieron automáticamente con un zumbido casi imperceptible, iluminando un espacio que era, por sí solo, más grande que todo mi apartamento en Málaga.

Me quedé paralizada en el umbral.

No había ropa de estar por casa. No había pantalones vaqueros desgastados, ni camisetas de algodón, ni zapatillas de deporte. Las inmensas cajoneras de caoba oscura y los estantes retroiluminados albergaban un arsenal diseñado para transformar a una prisionera en un trofeo.

Avancé lentamente, mis pies hundiéndose en la alfombra de lana persa que cubría el suelo. Toqué la primera hilera de perchas. Vestidos de seda, faldas lápiz, blusas de gasa transparente que no dejaban nada a la imaginación. Las etiquetas aún colgaban de las mangas. *Dior. Balmain. Givenchy*. Ropa que costaba miles de euros la pieza. Ropa para una muñeca de lujo.

Abrí el primer cajón de la isla central. Lencería. Decenas de conjuntos de encaje negro, rojo burdeos, blanco perla y seda esmeralda. *La Perla. Agent Provocateur*. Tragué saliva, sintiendo cómo el estómago se me revolvía en una mezcla de asco y terror. Tomé un sujetador de encaje negro, apenas dos triángulos de hilo frágil.

Ochenta y cinco, copa B. Mi talla exacta.

Dejé caer la prenda como si estuviera al rojo vivo. Las bragas, de la misma talla perfecta. El calzado, ordenado por alturas de tacón en el fondo del vestidor, todo un número treinta y ocho europeo.

Retrocedí, chocando contra los armarios de madera. La bilis me subió por la garganta. Esto no era una improvisación. No me habían secuestrado la noche anterior en un arrebato de furia tras la reunión con Aguilar. Aleksei Volkov llevaba semanas, quizá meses, estudiándome. Había medido mi cuerpo desde las sombras, había calculado mis proporciones, había ordenado a alguien comprar este ajuar de pesadilla mucho antes de dar la orden de borrar mi existencia del mapa.

Estaba atrapada en la red de un psicópata clínico que operaba con la precisión de un arquitecto.

La toalla negra se sintió de repente asfixiante, pero era mi única defensa. Miré a mi alrededor, desesperada, buscando algo, cualquier cosa que no gritara sumisión. Mi blusa de lino sucia y mis pantalones habían desaparecido, probablemente tirados a la basura por la inexpresiva señora Kovac.

Fue entonces cuando lo vi.

En un rincón del vestidor, sobre un sillón orejero de cuero envejecido, descansaba un jersey masculino de punto grueso, de un tono gris marengo oscuro. No tenía etiqueta. Las mangas estaban arrugadas, como si alguien se lo acabara de quitar.

Caminé hacia él como un náufrago hacia un trozo de madera flotante. Lo levanté. La tela, una mezcla pesada de lana y

cachemira, desprendía el inconfundible aroma a madera de *oud*, pimienta negra y ese rastro metálico de pólvora que parecía impregnar todo lo que Volkov tocaba.

Era suyo.

El instinto de supervivencia es una bestia retorcida, carente de moral o de orgullo. Debería haberme repugnado. Debería haber preferido congelarme en la seda de un vestido de Balmain antes que envolverme en algo que pertenecía al monstruo que había ordenado la muerte de mi fuente y me había encadenado a una cama. Pero el jersey representaba calor. Representaba volumen. Era la única prenda en toda esa sala que podía ocultar las formas de mi cuerpo.

Rápidamente, sin darme tiempo a arrepentirme, me quité la toalla. Temblaba violentamente. Me puse un conjunto de ropa interior de algodón negro, el más sencillo que logré encontrar en el fondo del cajón, y pasé el pesado jersey gris por encima de mi cabeza.

El tejido cayó sobre mí como una manta blindada. Las mangas me sobrepasaban las manos, y el bajo me llegaba hasta la mitad de los muslos. Me ahogaba en su aroma, una invasión sensorial constante que me mareaba, pero, por una fracción de segundo, me sentí marginalmente menos vulnerable.

Respiré hondo, preparándome para la guerra. Volver a salir ahí fuera significaba cruzar la línea del frente.

Abrí la puerta del vestidor.

Aleksei se había levantado. Estaba de pie frente al inmenso ventanal, observando cómo la oscuridad caía sobre la Costa del Sol. El mar era ahora una plancha de tinta negra salpicada por las luces lejanas de los yates multimillonarios. Al escuchar el leve clic de la puerta, giró la cabeza.

Su mirada recorrió mi figura, desde mis pies descalzos, subiendo por mis piernas pálidas, hasta detenerse en el enorme jersey gris marengo.

El silencio se espesó, volviéndose sólido, pesado. Esperé un estallido de ira. Esperé que me arrancara la prenda a la fuerza por atreverme a tocar sus cosas, por negarme a jugar el papel de muñeca enjoyada que había diseñado para mí.

En su lugar, vi cómo la mandíbula se le tensaba, marcando el músculo masetero de forma prominente. Sus pupilas se dilataron fraccionalmente, oscureciendo el azul translúcido de sus iris. Un destello de algo profundamente territorial, oscuro y voraz, cruzó su rostro antes de que la máscara de frialdad glacial volviera a caer sobre sus facciones.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y comenzó a caminar hacia mí. Cada paso resonaba en el mármol, acortando la distancia, succionando el aire de la habitación.

Retrocedí un paso por instinto, pero mi espalda chocó contra la pesada puerta de roble del vestidor. No había escapatoria.

Aleksei se detuvo a escasos centímetros de mí. Su envergadura me obligó a alzar la barbilla para poder mirarle a la cara. La diferencia de tamaño entre nosotros era ridícula, absurda; un solo movimiento de sus manos, de esos dedos largos adornados con el anillo de platino, sería suficiente para romperme el cuello.

—Es fascinante —susurró, su voz cayendo en un registro tan bajo que parecía vibrar en mi propio esternón—. Creí que escogería el vestido de seda esmeralda. El color haría resaltar el ámbar de sus ojos, Inés.

Tragué saliva, intentando mantener la voz firme.

—No soy su puta —espeté. La palabra sonó vacía, frágil, carente de la furia que pretendía imprimirle.

Aleksei ladeó la cabeza. Levantó la mano derecha y, con una lentitud exasperante que me hizo contener el aliento, rozó la gruesa lana gris que cubría mi hombro. El contacto fue superficial, pero la intención tras él era abrumadora.

—No, no lo es —concedió suavemente, acercando su rostro al mío hasta que pude sentir el calor de su respiración rozando mi mejilla—. Las putas son transitorias. Son mercancía que se alquila por horas. Usted no es eso.

Su mano subió desde mi hombro, deslizando los nudillos por la piel expuesta de mi cuello. El roce áspero de sus nudillos me provocó un escalofrío violento.

—Usted me pertenece —continuó, con una calma aterradora—. Y debo admitir que mi juicio estético estaba equivocado. Se ve infinitamente mejor envuelta en algo que lleva mi olor. Le sienta bien llevar mi marca.

La humillación, cálida y ácida, inundó mis ojos. Quería gritarle. Quería golpearle en el pecho. Pero el miedo, anclado en la imagen de un hombre ahorcado, me mantenía paralizada. Era una cobarde.

—Qué va a hacer conmigo —pregunté, en un susurro quebrado, rindiéndome a la evidencia de que mi antigua vida había muerto para siempre.

Aleksei apartó la mano de mi cuello. Su expresión volvió a ser la de una esfinge tallada en hielo.

—Por esta noche, la voy a alimentar adecuadamente. Y usted va a sentarse en mi mesa y a conversar conmigo como una persona civilizada.

Se apartó, girando sobre sus talones y caminando hacia la puerta principal de la suite de seguridad.

—Camine, *ptichka*. El comedor está en el ala oeste. Y le sugiero que no intente ninguna estupidez en los pasillos. Mis hombres tienen órdenes estrictas de disparar a las rodillas si intenta buscar una salida. Sería una lástima estropear unas piernas tan bonitas.

Me apreté los puños dentro de las mangas enormes del jersey, buscando algo del calor corporal que acababa de arrebatarme, y le seguí hacia la boca del lobo.

CAPÍTULO 5 EL PESO DEL PLOMO Y EL VINO POV: ALEKSEI VOLKOV

Caminar detrás de ella era un ejercicio de contención casi doloroso.

Inés avanzaba por los inmensos pasillos de la primera planta de mi mansión con la rigidez de un prisionero de guerra marchando hacia el pelotón de fusilamiento. Sus pies descalzos no hacían ruido sobre el mármol negro y veteado de oro, pero cada contracción de sus hombros, cada respiración entrecortada que agitaba la pesada lana gris de mi jersey, resonaba en mi cabeza con la fuerza de un trueno.

El jersey.

Verla envuelta en esa prenda, una armadura improvisada que le quedaba absurdamente grande, me producía una satisfacción oscura, territorial y primitiva. Las mangas le colgaban más allá de las yemas de los dedos, y el dobladillo le acariciaba la mitad de los muslos pálidos, ocultando cualquier rastro de la lencería negra que sabía que llevaba debajo. Ella creía que, al usar mi ropa, se estaba escondiendo. No comprendía que, a mis ojos, simplemente se había etiquetado a sí misma. Llevaba mi olor. Llevaba mi marca. Y esa sumisión táctica, nacida del terror a los vestidos de seda que le había preparado, era mucho más excitante que verla desnuda.

Al girar la esquina hacia el pasillo central, las figuras estoicas de Sergei e Ivan, dos de mis guardias personales armados con fusiles de asalto compactos, se materializaron bajo los arcos de piedra.

Inés se detuvo en seco. Su espalda chocó levemente contra mi pecho.

El contacto fue fugaz, apenas un roce de lana contra el tejido de mi traje a medida, pero la corriente estática que se generó entre nosotros fue abrasadora. Pude oler el gel de baño de cedro y vetiver en su cabello húmedo, mezclado con el inconfundible aroma ácido del pánico.

—Siga caminando —ordené en un susurro grave, rozando con mis labios la coronilla de su cabeza.

Los guardias bajaron la mirada de inmediato, fijándola en el rodapié del pasillo. En mi mundo, mirar a lo que me pertenecía sin permiso era una ofensa que se pagaba con la extracción de los globos oculares. Sergei, un veterano de Chechenia con una cicatriz que le cruzaba la garganta, ni siquiera parpadeó al vernos pasar.

Observé a Inés tragar saliva. Sus pequeños puños se apretaron dentro de las mangas del jersey. En ese preciso instante, la esperanza de una fuga espectacular, de un rescate policial o de un error de seguridad, murió por entero en su mente. Comprendió que la mansión no era una casa; era una fortaleza militar, y ella estaba atrapada en el centro neurálgico.

Llegamos a las dobles puertas de roble macizo del comedor principal. Las empujé con una sola mano, revelando el espacio de techos abovedados, iluminado por una lámpara de araña de cristal de Murano que arrojaba destellos gélidos sobre la inmensa mesa de caoba.

Dmitry ya estaba allí, de pie junto a los ventanales que daban a los jardines oscuros. Vestía su habitual traje negro y mantenía las manos entrelazadas a la espalda. Al vernos entrar, su mirada clínica evaluó a Inés en una fracción de segundo —el jersey, los pies descalzos, la palidez cadavérica— antes de volver su atención a mí.

—Todo está listo, señor —informó mi lugarteniente, su voz desprovista de cualquier inflexión.

—Déjanos, Dmitry. Y asegúrate de que nadie nos interrumpa.

Dmitry asintió y abandonó el comedor, cerrando las pesadas puertas a sus espaldas con un clic definitivo. El aislamiento volvió a caer sobre nosotros, pesado como el plomo.

Caminé hacia la cabecera de la mesa, un espacio diseñado para veinticuatro comensales, pero donde solo había dos servicios dispuestos en un extremo, frente a frente. Retiré una de las sillas tapizadas en terciopelo negro.

—Siéntese.

Inés se quedó de pie cerca de la puerta, abrazándose a sí misma. El frío del aire acondicionado debía de estar helándole la sangre, pero su resistencia nacía de una fuente más profunda.

—No tengo hambre —dijo. Su voz era un hilo frágil, pero la barbilla se mantuvo alta.

Apoyé ambas manos sobre el respaldo de la silla. La madera crujió bajo mi agarre.

—No le he preguntado por su apetito, señorita Navarro. Le he dado una orden. Siéntese. O le garantizo que la ataré a la silla con mis propias manos, y esa será una experiencia que lamentará durante semanas.

El terror brilló en sus ojos castaños, sofocando la pequeña chispa de rebelión. Caminó con pasos arrastrados y se dejó caer en la silla que le ofrecía. El jersey se amontonó sobre sus rodillas. Empujé la silla hacia la mesa, acercándome lo suficiente para que el roce de mi chaqueta acariciara su hombro. Ella se encogió, apartándose de mi calor como si fuera ácido.

Fui a mi asiento, en la cabecera. La distancia entre nosotros era mínima en la inmensidad de la mesa, apenas lo suficiente para mantener una conversación sin alzar la voz.

Sobre el mantel de lino blanco inmaculado, descansaban bandejas de plata con solomillo Wellington, espárragos blancos trufados y

patatas asadas. Un festín que costaba más de lo que ella ganaba en un mes vendiendo artículos sensacionalistas.

Tomé la botella de vino que descansaba, ya decantada, sobre un posavasos de plata. Un *Rioja Alta Gran Reserva*. Un vino complejo, estructurado, con notas de roble oscuro, cuero y frutos negros. Vertí el líquido espeso y carmesí en su copa de cristal tallado y luego en la mía.

—Coma —le indiqué, sirviéndome una porción de carne.

Inés miró el plato frente a ella. Tomó el tenedor de plata maciza con dedos temblorosos, pinchó un espárrago, pero lo dejó caer de nuevo. Levantó la mirada hacia mí. Sus ojos estaban inyectados en sangre, producto del llanto anterior y del agotamiento absoluto.

—Por qué hace esto —susurró, abandonando cualquier intento de hostilidad—. Me tiene secuestrada. Sabe que no puedo escapar. Podría tenerme encerrada en el sótano como a un animal. Pero me da ropa cara, me sienta en una mesa de plata... ¿Es un juego para usted? ¿Le divierte volverme loca?

Me llevé la copa a los labios, dejando que el vino rodara por mi paladar. El sabor a roble y ceniza se mezcló perfectamente con la escena.

—No es un juego, Inés. Es una reeducación.

Apoyé los antebrazos sobre la mesa, cruzando los dedos, y clavé mis ojos translúcidos en su rostro destrozado.

—Usted ha vivido toda su vida bajo una ilusión de control. Creía que con una libreta y un bolígrafo podía desafiar a hombres que han construido imperios sobre montañas de cadáveres. Creía que el periodismo era un escudo. Yo estoy aquí para romper esa ilusión. Si la encierro en un sótano sucio y la mato de hambre, usted se convertirá en una mártir en su propia mente. Se aferrará a su moralidad. Y eso es inaceptable.

Corté un trozo de solomillo, el cuchillo deslizándose sin esfuerzo por la carne tierna y sangrante.

—En cambio —continué, masticando despacio—, si la rodeo de lujo, si le proporciono todo lo que necesita para sobrevivir, pero le arrebato la capacidad de tomar una sola decisión... su moralidad se pudrirá. Comprenderá que no es una heroína. Es solo una mujer asustada que necesita a alguien más fuerte para que la mantenga con vida.

—No le necesito —escupió ella, aunque las lágrimas volvían a agolparse en sus pestañas.

Solté una carcajada baja, un sonido oscuro que retumbó en la madera de la mesa.

—¿No? ¿Estaba segura de eso cuando Fernando Aguilar se balanceaba de una soga anoche, con el cuello roto?

El impacto de mis palabras fue físico. Inés palideció de forma alarmante, como si le hubieran extraído toda la sangre del cuerpo. Su boca se abrió, pero no salió ningún sonido. El golpe bajo, preciso y letal, había dado en el blanco.

—No intente apartar la mirada, *ptichka* —exigí, mi voz endureciéndose, volviéndose un látigo frío—. Usted le empujó. Yo solo di la orden, pero usted fue la arquitecta de su caída. Si no hubiera sido tan codiciosa, tan estúpidamente arrogante para intentar usar unos extractos bancarios que no comprendía, ese hombre infeliz seguiría respirando hoy. Sus deudas de juego lo habrían arruinado, sí, pero usted lo mató.

—¡Cállese! —gritó Inés, poniéndose de pie de un salto, la silla cayendo hacia atrás con un estrépito violento contra el mármol.

No me moví. Ni siquiera parpadeé. Mantuve mi postura relajada, observándola consumirse en el fuego de su propia culpa.

—¡Yo no quería que muriera! —sollozó, aferrándose al borde de la mesa con ambas manos, los nudillos blancos—. ¡Yo solo quería la

verdad! ¡Usted es el asesino! ¡Usted es el monstruo!

—Soy un monstruo que acepta su naturaleza —repliqué con una calma gélida—. No me escondo detrás de ideales de justicia baratos. Yo protejo lo que es mío, y destruyo lo que me amenaza. Usted, en cambio, es una hipócrita. Juega a ser la justiciera, pero cuando la sangre real salpica el suelo, se encoge y llora.

Me levanté despacio. Mi altura volvió a dominar la sala. Caminé hacia ella bordeando la esquina de la mesa. Inés quiso retroceder, pero sus piernas temblaban tanto que apenas la sostenían.

Me detuve a un palmo de su cuerpo. El jersey gris me resultaba un faro, un imán táctil. Levanté la mano y, con una suavidad que contrastaba brutalmente con mis palabras, le aparté un mechón de cabello húmedo del rostro. Ella cerró los ojos, lágrimas silenciosas desbordando por sus mejillas pálidas.

—El mundo exterior es un lugar peligroso para alguien tan imprudente como usted, Inés. Si la dejo salir por esa puerta ahora mismo, en menos de una semana se cruzará con alguien peor que yo. Alguien que no tenga mi paciencia. Alguien que no aprecie su belleza rota.

Acerqué mi rostro al suyo. Podía sentir el calor de sus lágrimas.

—Aquí dentro, en mi jaula, está a salvo. A salvo de la mafia rumana, a salvo de los cárteles... y, lo más importante, a salvo de sí misma. De sus propios errores letales.

Levanté la copa de vino carmesí de la mesa. La sostuve frente a sus labios temblorosos.

—Beba.

Inés abrió los ojos. Estaban llenos de una derrota abismal, insondable. La negación había muerto. La culpa la estaba devorando viva desde las entrañas, y yo le estaba ofreciendo el único anestésico disponible: la sumisión total. Mi control absoluto.

—No quiero —susurró, en un último, patético y minúsculo acto de resistencia.

—Beba, Inés. Es una orden. Y sabe lo que pasa cuando no obedece mis órdenes. La gente a la que conoce acaba colgando de los balcones.

La vi resquebrajarse. Fue un colapso estructural definitivo. Sus labios se separaron lentamente. Incliné la copa de cristal, dejando que el vino de La Rioja, oscuro como la sangre coagulada, fluyera hacia su boca. Ella tragó con dificultad, ahogando un sollozo, el líquido carmesí manchándole los labios pálidos.

—Buena chica —murmuré, mi pulso acelerándose ante la visión de su obediencia forzada. Dejé la copa a un lado y, con el pulgar, limpié una gota de vino que se había escapado por la comisura de sus labios.

Se dejó caer de rodillas. Ya no había fuerza en sus músculos. El jersey gris formó un charco de lana a su alrededor sobre el suelo de mármol negro. Se tapó el rostro con las manos envueltas en las inmensas mangas y lloró, rota, vacía, entregada.

Me quedé de pie, mirándola desde arriba. El instinto depredador de mi interior ronroneó, satisfecho.

Ya no había periodista. Ya no había amenaza. Solo quedaba la arcilla húmeda, lista para ser moldeada a mi imagen y semejanza en la fragua de mi obsesión.

Y la noche apenas acababa de empezar.

CAPÍTULO 6 EL CALOR DEL MONSTRUO POV: INÉS NAVARRO

El suelo de mármol negro irradiaba un frío sepulcral que se filtraba a través de la gruesa lana del jersey gris, calándome hasta los huesos. Sin embargo, ese hielo físico no era nada en comparación con la escarcha que me paralizaba las entrañas.

Estaba de rodillas. Destruida. Vaciada.

El sabor del vino de La Rioja aún me quemaba en la garganta, denso y cobrizo, un recordatorio líquido de mi claudicación. Había bebido de su mano. Había aceptado la culpa por la muerte de Fernando Aguilar, tragando el veneno de su manipulación hasta convencerme de que la sangre del contable no manchaba el traje a medida de Volkov, sino mis propias manos temblorosas.

La respiración me fallaba, fragmentada en sollozos secos que me rasgaban el pecho. A través de la cortina de mis lágrimas y del cabello alborotado que me caía sobre el rostro, solo veía las puntas de sus zapatos italianos, quietos, inamovibles, a escasos centímetros de mis rodillas.

Esperé el golpe. Esperé la burla. Esperé que me arrastrara por el pelo de vuelta a la jaula de cristal para cobrarse el premio de mi sumisión.

Pero el golpe no llegó.

En su lugar, escuché el susurro de la tela de su pantalón cuando se agachó. Una ráfaga de su colonia —madera de *oud* brutal, especias oscuras y pólvora— me envolvió, anulando el oxígeno de la inmensa sala del comedor. Antes de que pudiera encogerme, sus manos,

masivas y ardientes, se deslizaron por debajo de mis rodillas y detrás de mi espalda.

Me levantó del suelo con una facilidad aterradora, como si mis huesos estuvieran huecos, como si yo no fuera más que una de esas muñecas de trapo rotas que los niños abandonan en los callejones.

Un jadeo ahogado escapó de mis labios manchados de vino. Por puro instinto, mis manos, ocultas dentro de las inmensas mangas del jersey, se aferraron a las solapas de su chaqueta. El contacto con la lana fría de su traje contrastaba con el calor infernal que emanaba de su cuerpo masivo.

Mi rostro quedó a la altura de su cuello. Podía ver el pulso constante, rítmico e imperturbable batiendo bajo su piel pálida. No había aceleración en su corazón. No había esfuerzo. Levantar mi peso roto no era más que un trámite para la máquina de guerra que habitaba bajo ese barniz de alta costura.

—Ya está, *ptichka* —murmuró, su voz vibrando en mi propio pecho, una frecuencia grave y letal—. La tormenta ha pasado.

Cerré los ojos, sintiendo cómo la humillación cedía paso a un agotamiento tan absoluto, tan aplastante, que me dejaba sin voluntad para tensar los músculos. Dejé caer la cabeza contra su hombro. Fue una rendición patética. Odiaba la solidez de su pecho, odiaba la forma en que sus brazos me sostenían con una firmeza inquebrantable, pero en ese instante de quiebre psicológico, Aleksei Volkov era la única estructura que me impedía deshacerme en mil pedazos sobre el mármol.

Comenzó a caminar. Sus pasos eran medidos, silenciosos. El vaivén de su zancada me acunaba de una forma grotesca, enfermiza.

Abrí los ojos a medias cuando cruzamos las puertas dobles del comedor y salimos al pasillo principal. Las luces halógenas me cegaron por un segundo. Los dos guardias, Sergei y el otro gigante de rostro cortado, seguían allí. Al ver a su jefe llevándome en

brazos, ambos bajaron la cabeza de inmediato, clavando la vista en las baldosas.

En mi mente nublada por el trauma, la escena adquirió un matiz macabro. Parecía un cortejo fúnebre, o quizás algo peor: el desfile de un rey bárbaro exhibiendo su nuevo botín de guerra. Nadie me iba a salvar. Para esos hombres armados, yo no era una ciudadana, no era Inés Navarro, la periodista; era una propiedad privada. Un objeto etiquetado con el aroma de su jefe, envuelta en su ropa, rendida en sus brazos.

Subimos la inmensa escalinata de piedra curva. Cada escalón me alejaba más del mundo exterior, hundiéndome en el epicentro de su telaraña.

Cuando la cerradura electrónica de la suite principal hizo clic, el aire gélido de la habitación me golpeó el rostro. La oscuridad era casi total, apenas rasgada por la luz de la luna que se filtraba a través del gigantesco ventanal blindado que daba al Mediterráneo. Las olas negras parecían rugir en silencio más allá del cristal.

Aleksei cruzó la inmensa alfombra persa y se detuvo junto a la cama de hierro forjado.

Me depositó sobre el colchón con una lentitud exasperante. Las sábanas de seda negra, heladas al tacto, me provocaron un escalofrío que me recorrió toda la espina dorsal. En cuanto su calor me abandonó, sentí un vacío irracional, una abstinencia táctil que me asustó más que la propia pistola que sabía que llevaba bajo la chaqueta.

Me encogí instintivamente, abrazando mis rodillas contra el pecho, hundiendo el rostro en la lana gris del jersey.

Escuché el tintineo inconfundible. El acero.

Abrí los ojos justo a tiempo para ver cómo su mano inmensa tomaba mi muñeca derecha. Su pulgar acarició deliberadamente la piel irritada por mis tirones anteriores, una caricia áspera que me

arrancó un gemido involuntario. No intenté apartar el brazo. Ya no tenía fuerzas para luchar contra lo inevitable.

El grillete metálico se cerró en torno a mi carne. El clic mecánico resonó en la penumbra, anclándome de nuevo a la estructura forjada de la cama. La cadena cayó pesadamente sobre las sábanas.

Volvía a estar encadenada. Volvía a ser un animal de zoológico.

Aleksei se irguió. Esperé que se diera la vuelta, que me dejara a solas con mis demonios, la oscuridad y el aire acondicionado que amenazaba con congelarme la sangre.

Pero no se movió.

Se quitó la chaqueta del traje, doblándola con una precisión militar y dejándola sobre un sillón cercano. A la tenue luz plateada de la luna, vi cómo desabrochaba la correa de cuero de su sobaquera. Sacó la pesada pistola semiautomática negra y la depositó con un ruido sordo sobre la mesita de noche de caoba, justo al alcance de su mano derecha.

El pánico, una bestia que creía dormida por el agotamiento, despertó clavando sus garras en mi estómago.

Se estaba quitando la corbata de seda. Sus largos dedos desabrocharon los primeros botones de su camisa negra, revelando la piel pálida de su pecho, surcada por el borde de un tatuaje oscuro que trepaba desde su clavícula y antiguas cicatrices que hablaban de violencia cruda.

—Qué... ¿qué va a hacer? —Mi voz fue un crujido roto, inaudible. Me pegué al cabecero todo lo que la cadena me permitió.

Aleksei se descalzó. No respondió de inmediato. Apartó el inmenso edredón de plumas negras y se sentó en el borde de la cama, del lado opuesto al mío. El colchón se hundió, creando un desnivel que me arrastraba irremediablemente hacia su centro de gravedad.

—Es tarde, Inés. Y usted está a punto de entrar en *shock* térmico —dijo, su tono carente de cualquier inflexión lasciva o sádica. Era una

constatación médica, brutal y fría.

Se deslizó bajo las sábanas. No se quedó en su borde. Su cuerpo masivo se acercó hacia mí, acortando la distancia en la vasta cama hasta que su presencia fue un muro infranqueable.

La anticipación del asalto me hizo cerrar los ojos con fuerza. Mordí mi labio inferior hasta saborear la sangre, preparándome para el peso de su cuerpo sobre el mío, para la invasión que me destruiría de forma irreversible.

Pero el peso no cayó sobre mí.

Aleksei se tumbó de lado, a mi espalda. Su brazo izquierdo, duro como el granito, pasó por encima de mi cintura, rodeándome. Su mano grande se posó plana sobre mi vientre, justo por encima de la lana del jersey. Me atrajo hacia sí, ajustando la curva de mi espalda encogida contra el muro sólido de su pecho y su abdomen.

La posición de la cuchara. Una postura de intimidad desgarradora, de protección posesiva.

El terror colapsó, dando paso a una confusión absoluta. Estaba armada con defensas contra la violación, contra los golpes, contra el aislamiento. Pero no tenía armadura alguna contra esta ternura macabra. El calor que emanaba de su cuerpo traspasó el jersey al instante, sofocando los escalofríos que me sacudían. Olía a peligro, a hombre, a poder letal, y sin embargo... la envoltura de sus brazos era el refugio más seguro y cálido que había sentido en años.

—Relaje los músculos —ordenó en un susurro grave, su aliento rozando la caracola de mi oreja, erizando mi piel—. No voy a forzarla. No esta noche. Duerma.

La disonancia psicológica era insoportable. Era mi captor. El arquitecto de mi ruina. El hombre que había asesinado a Aguilar y destrozado mi vida. Pero allí, en la oscuridad, su abrazo era la anestesia perfecta.

Las lágrimas resbalaron silenciosamente por el puente de mi nariz, empapando la seda de la almohada. Quería odiarlo. Quería zafarme de su agarre y gritarle. Pero el cansancio era una losa de hormigón. Poco a poco, traicionada por mi propia biología, mi respiración se acompasó con la suya. El ritmo lento y pesado de su corazón contra mis omoplatos se convirtió en un metrónomo oscuro que me arrastró, sin piedad, hacia el abismo del sueño.

El olor a tabaco negro, sudor rancio y humedad fue lo primero que me golpeó.

No estaba en la mansión de mármol. El aire no estaba purificado por filtros caros. Era el aire asfixiante y estancado de un piso barato en el barrio de La Trinidad, en Málaga.

Tenía dieciséis años. Estaba de pie en el umbral de la pequeña cocina, descalza sobre las baldosas agrietadas, sintiendo cómo el terror me paralizaba las piernas.

Mi padre estaba arrodillado en el centro de la salita de estar. La luz parpadeante de la lámpara del techo arrojaba sombras grotescas sobre su rostro prematuramente envejecido. Un reguero de sangre oscura le bajaba por la comisura de los labios, manchando la camisa blanca y barata de su uniforme de conserje.

Frente a él, dos hombres inmensos, con cazadoras de cuero desgastado y cuellos tatuados.

—Te lo dijimos, Navarro —siseó uno de ellos, un tipo calvo con un acento del este de Europa que me helaba la sangre, pateando una de las sillas del comedor. La madera se astilló con un crujido espantoso—. El plazo terminó el martes. Los intereses se acumulan. Y mi jefe no es una maldita ONG.

Mi padre alzó las manos, temblando de forma espasmódica.

—Por favor... Dadme una semana. He conseguido un segundo turno. Juro por Dios que os pagaré. Solo necesito tiempo. Mi hija...

—Tu hija —le interrumpió el otro matón, girando la cabeza. Sus ojos pequeños e inyectados en sangre se clavaron en mí, escondida en el marco de la puerta. Una sonrisa podrida cruzó su rostro—. Está creciendo bien. Si no tienes dinero en efectivo, Navarro, siempre podemos llegar a un arreglo. La carne joven se cotiza muy bien en la costa.

El grito desgarrador de mi padre, un aullido de animal herido, rasgó el aire. Intentó levantarse, intentó abalanzarse sobre el hombre para protegerme, pero el calvo le asestó una patada brutal en las costillas. El sonido del hueso rompiéndose fue seco, definitivo.

Mi padre se desplomó en el suelo, tosiendo sangre, incapaz de respirar.

Yo no me moví. No pude gritar. No pude correr hacia él. El terror era un bloque de hielo que me inmovilizaba, convirtiéndome en una espectadora silenciosa y cobarde de la destrucción del único hombre que me había querido. El olor a desesperación y a sangre oxidada se fundió con la risa macabra de los usureros, inundando la habitación, ahogándome, llenándome la boca de ceniza.

¡No! ¡Papá! ¡Por favor!

Un dolor agudo me atravesó el pecho. La falta de oxígeno era real. Me estaba ahogando.

Abrí los ojos de golpe, un grito ahogado y rasposo escapando de mi garganta.

Mi cuerpo entero estaba bañado en un sudor frío, empapando el jersey de lana. Me incorporé de un salto, desorientada en la oscuridad, la cadena de mi muñeca tensándose con un chasquido violento contra el cabecero de hierro.

Una mano inmensa se cerró en torno a mi cintura antes de que pudiera caer de la cama.

—¡Shhh! —El siseo fue imperioso, firme—. Inés. Despierte. Está aquí.

El abrazo de Aleksei se endureció, atrayéndome de nuevo hacia el centro del colchón, aplastando mi espalda contra la solidez de su torso desnudo. Mi pecho subía y bajaba erráticamente, buscando oxígeno en la penumbra helada de la suite en Marbella.

El olor a tabaco barato y sangre se desvaneció, reemplazado inmediatamente por el aroma denso y sofisticado de la madera de *oud* y la piel caliente del hombre que me apresaba.

—Una pesadilla —susurró él. Su aliento rozó la nuca expuesta, apartando el cabello húmedo por el sudor—. El cerebro purgando la adrenalina. Respire despacio. Concéntrese en mi voz.

Mis manos, libres de control, se aferraron desesperadamente al brazo musculoso que me cruzaba el vientre. Clavé las uñas en su piel, buscando un ancla, cualquier cosa que me demostrara que no estaba en ese piso de Málaga, que los matones no estaban allí para llevarme.

—No... no quería... —balbuceé, la voz rota por los ecos del llanto de mi infancia y el trauma reciente—. Era sangre... demasiada sangre...

—Está a salvo —sentenció Aleksei. Su mano libre subió desde mi vientre y se enredó en mi cabello, ejerciendo una presión suave pero firme contra su pecho—. En esta habitación, no hay nada que pueda hacerle daño. Yo controlo las sombras. Duerma.

Las lágrimas finalmente estallaron, silenciosas, espesas. Lloraba por mi padre, lloraba por Aguilar, y lloraba por mí misma. Porque la verdad más repulsiva y aterradora del mundo se abrió paso en mi mente en ese preciso instante de vulnerabilidad absoluta:

Estaba acorralada en la cama de un asesino de la mafia, encadenada como un perro, arruinada profesionalmente. Y, sin embargo, mientras sus brazos me apretaban y su voz resonaba en mi oído, jamás en toda mi miserable y caótica vida me había sentido tan terroríficamente protegida.

La jaula de cristal no solo me había atrapado el cuerpo. Empezaba a infectar mi mente. Y lo peor de todo era que una parte oscura y rota

de mí... empezaba a desear que él nunca me soltara.

CAPÍTULO 7 EL ARTE DE LA PARANOIA POV: ALEKSEI VOLKOV

El alba en la Costa del Sol tiene un color particular. No es el blanco sucio y gélido de San Petersburgo, ni el gris opresivo de Moscú. Es un azul cobalto profundo, denso, que lentamente sangra hacia el violeta antes de rendirse al oro incandescente del sol mediterráneo.

Observé ese cambio de luz a través del inmenso ventanal blindado de la suite, tumbado de espaldas sobre el colchón de plumas. La habitación se mantenía en un silencio absoluto, sellada al estruendo de las olas que chocaban contra los acantilados de mármol negro cincuenta metros más abajo. El único sonido audible era el zumbido casi imperceptible del sistema de climatización y el ritmo suave, acompasado y cálido de la respiración de Inés.

Estaba pegada a mi costado izquierdo.

Durante la noche, en la inconsciencia del sueño profundo, su instinto de supervivencia había anulado cualquier rastro de orgullo periodístico o moralidad. Había reptado por la cama, arrastrando la cadena de acero tras ella, buscando la única fuente de calor en la habitación fría. Ahora, su rostro descansaba contra mis costillas. Su brazo libre, oculto dentro de la enorme manga de mi jersey gris marengo, cruzaba mi abdomen desnudo.

Giré la cabeza lentamente, sintiendo el crujido de las vértebras de mi cuello tras horas de inmovilidad voluntaria.

Mirarla en ese estado de vulnerabilidad absoluta era un ejercicio de masoquismo y de un poder embriagador. Su cabello castaño se desparramaba en un desorden salvaje sobre mis sábanas de seda negra. Las pestañas, largas y oscuras, proyectaban sombras tenues

sobre sus pómulos pálidos. Los labios estaban ligeramente entreabiertos, hinchados por el llanto del día anterior, y el rastro reseco de una lágrima brillaba tenuemente cerca de su mandíbula.

El monstruo que habitaba bajo mi piel, esa bestia forjada a base de traiciones, pólvora y sangre congelada en las estepas rusas, ronroneó con una satisfacción oscura y territorial.

Levanté mi mano derecha, la que llevaba el pesado anillo de platino, y tracé la curva de su hombro cubierto por la gruesa lana. El tejido olía a mí. A madera de *oud*, a especias, a tabaco negro. Ella estaba envuelta en mi esencia, respirando mi aire, anclada a mi cama. Era, en todos los sentidos físicos y psicológicos, una extensión de mi propia voluntad.

Y sin embargo, una grieta invisible amenazaba la estructura de acero de mi mente.

El recuerdo, afilado como una cuchilla de afeitar oculta bajo la lengua, me asaltó sin previo aviso.

San Petersburgo, invierno de 2008.

El viento aullando a través de los callejones cercanos al río Nevá. El olor a vodka barato y a gasóleo. La nieve virgen tiñéndose rápidamente de un carmesí brillante, humeante en el aire a quince grados bajo cero. Y Yekaterina. Sus ojos castaños, tan parecidos a los de la mujer que ahora dormía en mi cama, mirándome con una mezcla de acusación y terror mientras la vida se le escapaba por el tajo abierto en su garganta.

«Creí que eras diferente, Aleksei», había susurrado ella, con la boca llena de sangre. *«Creí que podías protegerme.»*

Cerré los ojos con fuerza en la suite de Marbella, apretando la mandíbula hasta que el dolor punzante en mis molares ancló mi mente de nuevo en el presente. Yekaterina había muerto por creer que el mundo exterior tenía reglas, por confiar en la piedad de hombres que solo entendían el idioma del plomo. Su valentía

estúpida la había llevado a la tumba, y mi debilidad por no haberla encerrado a tiempo la había condenado.

Abrí los ojos, clavando mi mirada azul translúcida en Inés.

No iba a cometer el mismo error dos veces. Inés Navarro no iba a morir en un callejón. No iba a ser silenciada por matones de segunda categoría o cárteles rivales. Iba a vivir, iba a respirar, e iba a prosperar... pero solo bajo mis condiciones. Iba a aislarla del mundo real hasta que la idea misma de la libertad le provocara pánico. Le enseñaría que la jaula no era un castigo, sino el único santuario viable en un universo diseñado para despedazarla.

Inés se movió.

Un pequeño quejido escapó de su garganta. La cadena de acero tintineó contra el cabecero de hierro forjado. Sus párpados temblaron, luchando contra la pesadez del sueño, y finalmente se abrieron.

El ámbar de sus ojos estaba nublado por la desorientación. Parpadeó varias veces, su mirada viajando desde el techo abovedado hasta el inmenso ventanal bañado en la luz dorada del amanecer. Luego, bajó la vista. Vio su propia mano apoyada sobre mi piel pálida y musculosa, marcada por antiguas cicatrices de cuchillo.

La comprensión la golpeó como un rayo de alto voltaje.

El cuerpo de Inés se tensó como la cuerda de un arco a punto de romperse. Intentó retroceder, apartándose de mí con un movimiento brusco, un jadeo de pánico escapando de sus labios, pero el eslabón de la esposa de acero llegó a su límite. El metal tiró sin piedad de su muñeca lastimada, obligándola a detenerse en seco y ahogar un grito de dolor.

Se quedó allí, acorralada entre la cadena y mi cuerpo masivo, con el pecho subiendo y bajando de forma errática bajo la gruesa lana gris. El miedo puro, primitivo y animal, volvió a teñir sus pupilas.

Me incorporé lentamente, apoyando el peso sobre mi codo izquierdo, sin apartar la mirada de su rostro aterrorizado.

—Buenos días, *ptichka* —saludé, mi voz profunda y rasposa por el sueño, resonando en la quietud de la habitación.

Inés tragó saliva. Sus ojos saltaron hacia la mesita de noche, donde mi pistola semiautomática negra descansaba exactamente donde la había dejado la noche anterior, emitiendo un brillo letal bajo el sol de la mañana.

—Usted... usted se quedó —susurró, con la voz quebrada. Parecía incapaz de procesar la disonancia entre la violencia de su secuestro y la perturbadora intimidad de haber dormido abrazada a su captor.

—Le dije que en esta habitación estaba a salvo —repliqué, extendiendo la mano derecha.

Ella se encogió, esperando un golpe o una caricia violenta, pero mis dedos pasaron de largo, alcanzando el manojo de llaves que descansaba junto a la pistola. Tomé la pequeña llave plateada.

El corazón de Inés parecía a punto de perforarle el pecho por la fuerza de sus latidos.

—Déme la mano —ordené. No había un ápice de ruego en mi tono. Era la orden de un zar a una sierva.

Dudó por una fracción de segundo, sus ojos evaluando si esto era otra tortura psicológica, pero la sumisión que le había inyectado con el vino la noche anterior hizo su trabajo. Lenta, temblorosamente, extendió el brazo derecho hacia mí. La piel alrededor del grillete estaba enrojecida, surcada de marcas moradas por su resistencia inútil.

Introduje la llave. El clic metálico sonó inusualmente fuerte.

El grillete se abrió, liberando su muñeca. Inés retiró el brazo de inmediato, acunándolo contra su pecho, frotando la carne lastimada con la mano izquierda cubierta por la inmensa manga del jersey. Me

miró, esperando la trampa. Sabía que en mi mundo nada era gratuito.

—Levántese.

Me puse de pie de un salto, exhibiendo la magnitud de mi altura y mi cuerpo sin importarme estar vestido únicamente con los pantalones de lana fría de la noche anterior. Inés obedeció con torpeza, sus pies descalzos tocando la alfombra persa. Se veía minúscula, frágil, tragada por mi ropa.

Caminé hacia el vestidor de madera de roble, abriendo las puertas de par en par. La iluminación halógena bañó el santuario de lujo que le había preparado.

—Quítese eso —dije, señalando el jersey que la cubría.

El pánico volvió a apoderarse de sus facciones. Retrocedió un paso, chocando la parte posterior de sus rodillas contra el borde de la cama.

—No... por favor, no —suplicó en un susurro, cruzando los brazos sobre el pecho en un gesto inútil de protección.

—Quítese mi jersey, Inés, o se lo arrancaré yo mismo y le aseguro que no seré cuidadoso con la lana —mi voz no se elevó, se volvió más gélida, cortante como un témpano de hielo—. Le estoy ofreciendo una concesión. Aprenda a aceptarla antes de que decida encadenarla al cabecero por otra semana.

Las lágrimas de frustración picaron en sus ojos, pero la supervivencia fue más fuerte. Con los dedos temblorosos, agarró el dobladillo del jersey y tiró de él hacia arriba. La pesada prenda se deslizó por su cuerpo, revelando la sencilla lencería de algodón negro que llevaba debajo. Su piel blanca se erizó al instante al contacto con el aire acondicionado de la suite. Cruzó los brazos sobre sus pechos y clavó la mirada en el suelo de mármol, negándose a encontrar mis ojos.

La visión de su sumisión forzada envió una sacudida de calor directo a mi bajo vientre, pero mantuve la expresión impasible de una estatua de mármol.

Entré en el vestidor. Ignoré los vestidos de seda transparente, la lencería roja y los tacones de aguja. Fui directo a una sección más discreta y saqué un vestido de verano de lino blanco, sencillo, de tirantes finos, que le llegaría justo por encima de las rodillas. Lo tiré sobre la cama, junto a unas sandalias planas de cuero marrón.

—Vístase. Tiene diez minutos para asearse en el baño principal. Luego, saldremos de esta habitación.

La cabeza de Inés se alzó de golpe. La sorpresa eclipsó el miedo por un segundo.

—¿Saldremos? —preguntó, la palabra sonando extraña, casi extranjera en sus labios.

Me acerqué a ella, deteniéndome tan cerca que pude sentir el calor que irradiaba su piel desnuda. Levanté una mano y, con el dedo índice, le alcé la barbilla para obligarla a mirarme a los ojos.

—Su comportamiento de anoche fue aceptable. Reconoció la realidad de su situación. Y yo recompenso a los que entienden su lugar. Ya no está encadenada a la cama de esta suite. A partir de hoy, su radio de movimiento se amplía al ala este de la mansión.

Vi cómo la chispa de la esperanza intentaba encenderse en sus pupilas. La ilusión óptica de la libertad.

—Pero escúcheme con mucha atención, *moya malenkaya ptichka* —ronroneé, inclinándome hasta que mis labios rozaron la comisura de los suyos. Su respiración se detuvo—. Puede caminar por los pasillos. Puede entrar en la biblioteca. Puede sentarse en el solárium y mirar el mar. Pero no puede cruzar las puertas dobles del ala sur. No puede acercarse a los jardines exteriores.

Apreté ligeramente el agarre en su barbilla, asegurándome de que cada palabra se grabara a fuego en su corteza cerebral.

—La casa está plagada de cámaras térmicas de alta definición. Sé dónde está y a qué ritmo late su corazón en cada segundo del día. Sergei, Ivan y diez hombres más patrullan el perímetro con rifles automáticos. Si usted cruza los límites que acabo de establecer, no la traerán de vuelta. Le dispararán a las rodillas para incapacitarla, y yo me encargaré personalmente de que no vuelva a caminar sin muletas el resto de su patética y larga vida. ¿Nos entendemos?

La chispa de esperanza se apagó al instante, asfixiada por el terror abrumador de mi amenaza. Inés asintió, un movimiento rígido y espástico, sus ojos desorbitados reflejando la monstruosidad de mi mirada.

—Sí... sí, señor Volkov. Lo entiendo.

La solté. El contraste entre la violencia de mis amenazas y la limpieza del vestido de lino blanco que le ofrecía era el cóctel psicológico perfecto. Se lavaría, se pondría ropa de verano, caminaría por pasillos inundados de luz mediterránea, y sin embargo, sentiría el peso del acero de su jaula aplastándole el pecho con más fuerza que la noche anterior.

La paranoia es un veneno lento y delicioso.

Salí de la suite para ir a mi propio baño en la habitación contigua, dejándola a solas para que se preparara. Quince minutos después, la esperaba en el pasillo.

Cuando la puerta de roble se abrió, apareció Inés. El lino blanco resaltaba la palidez extrema de su piel y las ojeras violáceas bajo sus ojos. Llevaba el pelo húmedo, peinado hacia atrás. Caminaba encorvada, como si esperara recibir un golpe invisible en cualquier momento.

Le hice un gesto con la mano para que caminara delante de mí.

Iniciamos el recorrido. La luz del sol de Andalucía entraba a raudales por los ventanales inmensos del pasillo, creando cuadrados de luz brillante sobre el suelo de mármol. El contraste era abrumador. En la literatura barata, las prisiones eran oscuras, húmedas y apestaban a

orina. Mi prisión era radiante, olía a cera de abeja y jazmín, y costaba treinta millones de euros.

La guié hasta las puertas dobles de cristal biselado al final del ala este. Las empujé, revelando la biblioteca.

Era un espacio cilíndrico, de dos pisos de altura, forrado íntegramente en madera de nogal oscuro. Miles de volúmenes, desde primeras ediciones de Dostoievski hasta tratados modernos de economía global, llenaban las estanterías. En el centro, sofás de cuero Chesterfield color coñac rodeaban una chimenea de mármol que, en verano, servía solo de adorno. La pared que daba al mar era, de nuevo, de cristal blindado, ofreciendo una vista panorámica del Mediterráneo infinito.

Inés se quedó de pie en el umbral, sobrecogida por la inmensidad del espacio.

—Bienvenida a su nuevo mundo, señorita Navarro —dije, caminando hacia un mueble bar de caoba oculto en la pared, sirviéndome una dosis de espresso doble.

Ella avanzó unos pasos, rozando con las yemas de los dedos el lomo de cuero de un libro antiguo de poesía rusa.

—¿Por qué? —preguntó de espaldas a mí. Su voz sonaba hueca, rebotando en la acústica perfecta de la sala—. Si voy a estar encerrada aquí hasta que me muera, ¿por qué molestarse en darme libros? ¿Por qué la luz? Sería más fácil dejarme en la oscuridad.

Me acerqué a ella por la espalda. No la toqué, pero dejé que mi calor corporal le advirtiera de mi proximidad.

—Porque en la oscuridad, la mente se adormece y se rinde rápido —murmuré, tomando un sorbo del café amargo y caliente—. En cambio, la luz del sol alimenta la esperanza. Los libros mantienen la mente aguda. Ver el mar todos los días, saber que los veleros navegan libres a solo unos kilómetros de distancia... eso mantendrá su tormento fresco, vivo, palpitante.

Giré su cuerpo agarrándola suavemente por los hombros. Sus ojos castaños se encontraron con los míos. El miedo que vi en ellos era exquisito; no era el pánico a la muerte, era el terror absoluto a volverse loca en una jaula de cristal.

—Yo no quiero un cadáver, Inés. Quiero que usted sea dolorosamente consciente de cada segundo que me pertenece. Puede leer. Puede mirar el océano. Pero cada vez que pase una página, cada vez que vea un barco, recordará que está aquí por su propia culpa, y que la única razón por la que respira es porque yo lo permito.

La dejé sola en la inmensidad de la biblioteca, cerrando las pesadas puertas de cristal a mis espaldas. A través del cristal, vi cómo sus rodillas finalmente cedían, dejándose caer sobre la alfombra de lana frente al ventanal, una pequeña mancha blanca de desesperación recortada contra el inmenso azul del mar.

La trampa de la paranoia estaba armada y cargada. Y yo observaría cada fase de su autodestrucción a través de los monitores de mi despacho, saboreando el veneno gota a gota.

CAPÍTULO 8 FANTASMAS DE PAPEL Y NOGAL POV: INÉS NAVARRO

El silencio en la inmensa biblioteca era denso, casi viscoso. No era la ausencia de sonido; era una presencia física que me aplastaba los tímpanos, obligándome a escuchar el latido desbocado de mi propio corazón.

Me quedé arrodillada sobre la alfombra de lana persa, el vestido de lino blanco esparcido a mi alrededor como los pétalos de una flor marchita. A través del inmenso ventanal de cristal blindado, el mar Mediterráneo se extendía hasta el horizonte, una plancha de zafiro brillante bajo el sol inclemente de Andalucía. A lo lejos, la vela blanca de un yate cortaba el agua con una lentitud insultante. Había gente allí. Gente libre. Gente bebiendo champán, riendo, ajena al hecho de que a escasos kilómetros, en una fortaleza de mármol y crueldad, una mujer estaba siendo borrada del mapa, latido a latido.

«La luz alimenta la esperanza. Ver el mar todos los días... mantendrá su tormento fresco, vivo, palpitante.»

Las palabras de Aleksei Volkov resonaban en mi cráneo, rebotando contra las paredes de nogal oscuro con la fuerza de un eco infinito. Tenía razón. El hijo de puta tenía toda la razón. Si me hubiera encerrado en un sótano sin ventanas, mi mente habría entrado en un estado de letargo, una hibernación protectora. Pero la luz del sol, la vista de la libertad intocable más allá del cristal, era una tortura afilada, diseñada con una precisión quirúrgica para volverme loca.

Me abracé a mí misma, hundiendo las uñas en la piel desnuda de mis brazos. El lino del vestido me rozaba con una suavidad irónica. Estaba limpia. Olía a gel de baño caro, a cedro y vetiver, pero por dentro me sentía cubierta por una capa de ceniza y sangre seca. La sangre de Fernando Aguilar.

Un crujido sordo rompió el silencio.

Giré la cabeza de golpe, el terror paralizándome la respiración. Mis ojos castaños escrutaron la inmensidad de la sala de dos pisos. Las estanterías repletas de tomos encuadernados en cuero, los sofás Chesterfield color coñac, la chimenea de mármol inactiva. No había nadie. Estaba sola.

Pero la sensación de ser observada era una presión física sobre mi nuca, como si docenas de agujas diminutas me pincharan la piel.

Me puse en pie con torpeza, las rodillas temblando. Caminé descalza, mis pies hundiéndose en la alfombra, y miré hacia arriba, escudriñando las cornisas de madera tallada. Allí estaba. En la esquina superior derecha, camuflada entre las sombras del nogal, una pequeña cúpula de cristal negro. Y en su interior, un minúsculo e imperceptible parpadeo rojo.

Una cámara.

Retrocedí un paso, luego otro, hasta que mi espalda chocó contra uno de los estantes. Busqué otra esquina. Otra cúpula negra. Otra luz roja. Estaban en todas partes. Me estaban grabando. Él me estaba mirando.

Podía imaginar a Aleksei sentado en su búnker subterráneo, el vaso de vodka en una mano, los ojos de hielo translúcido fijos en las pantallas, saboreando mi paranoia. El vestido de tirantes finos me dejaba expuesta, vulnerable a su escrutinio voyerista. No había privacidad. Cada vez que tragaba saliva, cada vez que una lágrima amenazaba con caer, él lo registraba. Era el dueño de mi imagen, de mi miedo y de mi espacio.

—Deja de mirarme —susurré a la habitación vacía. Mi voz sonó rota, patética—. ¡Deja de mirarme!

El único sonido que me respondió fue el suave zumbido del aire acondicionado, inyectando ráfagas de oxígeno purificado a veintiún grados exactos.

Comencé a caminar. Necesitaba moverme. La inactividad era el abono perfecto para la locura. Empecé a recorrer el perímetro de la biblioteca, deslizando las yemas de los dedos por los lomos de los libros. La textura áspera del cuero antiguo, el relieve de las letras doradas, el olor a papel viejo y polvo acumulado... Intenté concentrarme en esos estímulos táctiles y olfativos para anclar mi mente en la realidad, para evitar que la culpa me arrastrara hacia el abismo.

«Si publicas esa mierda, no solo te matará a ti.»

Me detuve en seco. Me tapé los oídos con ambas manos, cerrando los ojos con fuerza.

—No. No, por favor —rogué entre dientes.

Pero el sonido no venía de fuera. Venía de dentro de mi propia cabeza. Podía escuchar la respiración asmática de Aguilar. Podía ver el sudor perlando su frente calva en la terraza del café en Málaga. Podía escuchar el crujido asqueroso y seco de una soga de cáñamo tensándose bajo el peso de un cuerpo muerto, balanceándose en un balcón de Torremolinos.

—Tú me mataste, niña —susurró una voz a mi espalda, arrastrando las sílabas.

Me giré bruscamente, el corazón golpeándome las costillas con tanta violencia que me dolió el esternón.

Nada. Solo un sofá de cuero vacío.

Estaba alucinando. La privación de sueño, el terror constante, el secuestro y el vino de La Rioja que Aleksei me había obligado a tragar estaban colapsando mis defensas neurológicas. Me estaba

rompiendo, exactamente como él había planeado. El arquitecto de mi ruina estaba ganando la partida sin tener que tocarme un solo pelo.

Corrí hacia las estanterías de la pared norte, desesperada por encontrar una distracción, algo que requiriera toda mi capacidad cognitiva. Paseé la mirada por los títulos. Economía política. Historia de los zares. Tratados de táctica militar. Todo estaba ordenado con una precisión maniática.

Mis dedos se detuvieron sobre un volumen inusualmente grueso, encuadernado en un cuero burdeos desgastado por el tiempo. No tenía letras doradas en el lomo. Destacaba entre la perfección del resto de la colección, como una herida abierta en medio de una piel inmaculada.

Tiré de él. Pesaba más de lo que esperaba. Al sacarlo de su nicho, una nube diminuta de polvo bailó a contraluz frente a mí.

Me senté en el suelo, cruzando las piernas desnudas sobre la alfombra, ocultándome de la línea directa de las cámaras tras el respaldo alto de uno de los sofás. Apoyé el pesado libro sobre mis rodillas y abrí la cubierta.

Era un libro de poesía. Poesía rusa. El nombre de *Anna Ajmátova* estaba impreso en la página de título, en una edición bilingüe con los textos originales en cirílico a la izquierda y la traducción al castellano a la derecha.

Paseé los dedos por el papel áspero y amarillento. Era una primera edición, o algo muy cercano a ello.

Empecé a pasar las páginas sin leer realmente los versos, buscando solo el ruido reconfortante del papel frotándose entre sí. Sin embargo, al llegar hacia la mitad del libro, algo detuvo mi movimiento.

Las páginas no se abrían de forma natural. Había un abultamiento. Un objeto aplastado entre los poemas.

Con extremo cuidado, separé las hojas.

Un pequeño trozo de papel, grueso y de un color crema opaco, cayó sobre mi regazo, aterrizando sobre la tela de mi vestido. Junto a él, algo frágil y desmenuzable se deslizó hasta la alfombra: los restos marchitos y fosilizados de lo que alguna vez fue una flor. Una rosa blanca, ahora teñida de un amarillo enfermizo por el paso de los años, aplastada hasta convertirse en una oblea de tejido muerto.

Mi pulso se aceleró, pero esta vez no por el miedo, sino por el instinto periodístico, esa bestia curiosa y obstinada que Aleksei no había logrado asfixiar del todo.

Tomé el trozo de papel.

Era una nota escrita a mano. La tinta, originalmente negra, se había difuminado hasta alcanzar un tono sepia. La caligrafía era elegante, cursiva, temblorosa en algunos trazos, como si quien la hubiera escrito estuviera llorando o sufriendo un frío intenso. Estaba escrita en ruso, pero en la parte inferior, había una frase en un español rudimentario, doloroso y urgente.

El oxígeno abandonó mis pulmones al leerla.

«Aleksei. Si el invierno me traga, no me busques bajo la nieve. El frío de tus manos ya me ha matado antes. Siempre tuya, en la ruina. Yekaterina. San Petersburgo, 2008.»

Me quedé mirando el trozo de papel, los ojos fijos en ese nombre. *Yekaterina*.

Un escalofrío furioso me recorrió la espina dorsal, erizándome el vello de los brazos. Una mancha oscura y reseca, apenas del tamaño de la yema de un dedo, ensuciaba la esquina inferior de la nota. No necesitaba un laboratorio forense para saber qué era. Había visto suficiente violencia en las calles de la Costa del Sol. Era sangre vieja. Sangre oxidada.

El monstruo tenía un pasado. El fantasma de hielo que gobernaba Marbella con puño de hierro y traje a medida había amado, o

poseído, o destruido a una mujer antes que a mí.

La imagen de Aleksei tumbado a mi lado la noche anterior, su brazo rodeándome, su voz susurrándome que estaba a salvo, chocó violentamente con las palabras de la nota. *El frío de tus manos ya me ha matado antes.* Una oleada de emociones contradictorias, tóxicas y asfixiantes me invadió. Sentí horror. Yekaterina estaba muerta; la fecha, la sangre y el tono de despedida de la nota no dejaban lugar a dudas. Él la había dejado morir, o quizás él mismo había apretado el gatillo. Pero bajo ese horror, reptando como una serpiente venenosa en el fondo de mi estómago, brotó un sentimiento aún más repulsivo: curiosidad. Una fascinación oscura y posesiva.

¿Quién era ella? ¿Se parecía a mí? ¿Había llevado vestidos blancos de lino? ¿Había estado encadenada a la misma cama de hierro forjado?

De repente, la inmensidad de mi jaula cobró un significado distinto. Yo no era su primer cautiva. Yo era un reemplazo. Un fantasma nuevo diseñado para ocupar el espacio de un espectro antiguo. El trato de Aleksei, su negativa a violarme la noche anterior, su insistencia en que estaba "a salvo" con él... no era misericordia. Era culpa. Estaba intentando corregir los errores de su pasado utilizando mi cuerpo y mi mente como un lienzo en blanco.

Mis manos temblaban tanto que la nota vibraba en el aire.

El ruido metálico y pesado de la cerradura de la biblioteca me hizo dar un salto de terror.

Las puertas de cristal esmerilado se deslizaron con un siseo.

No tuve tiempo de pensar. El instinto tomó el control. Doblé la nota sobre sí misma con un movimiento rápido y desesperado, y me la deslicé por el escote del vestido, empujándola bajo la tela de algodón negro de mi sujetador hasta que quedó oculta contra mi piel, justo sobre mi corazón. Cerré el libro de poesía rusa de golpe y lo abracé contra mi pecho, como si fuera un escudo.

Dmitry entró en la sala.

El lugarteniente de Volkov vestía su inmaculado traje oscuro. Su rostro, surcado por cicatrices minúsculas de viruela y curtido por años de disciplina militar, era una máscara impenetrable. Empujaba un carrito de servicio de caoba con ruedas de goma que no emitían sonido alguno sobre el suelo.

Se detuvo a varios metros de distancia. Su mirada clínica me evaluó, sentada en el suelo, encogida tras el sofá. Seguramente las cámaras le habían advertido de mi ubicación exacta.

—El señor Volkov requiere su presencia en el solárium, señorita Navarro —dijo Dmitry. Su voz carecía del acento arrastrado y seductor de Aleksei; era seca, utilitaria, como el chasquido de un arma al cargarse—. Le he traído una infusión. Beba. Está temblando.

Miré el carrito. Había una taza de porcelana blanca desprendiendo vapor, y un pequeño plato con galletas de mantequilla.

—No quiero nada de él —espeté. Mi voz aún temblaba, pero el hallazgo de la nota me había inyectado una minúscula dosis de adrenalina, una chispa minúscula de rebelión. Ya no era solo una presa; ahora conocía un secreto. Tenía el nombre de su fantasma pegado a mi pecho.

Dmitry no alteró su expresión. Suspiró levemente, un sonido casi imperceptible de exasperación profesional.

—No le sugiero que ponga a prueba la paciencia del señor Volkov hoy. Tiene reuniones con los socios del puerto, y su estado de ánimo es... inflexible. Le aconsejo que deje el libro, beba la infusión y me acompañe sin hacer ruido. A menos que prefiera volver a la habitación y que le coloque el grillete yo mismo.

El recuerdo del acero frío royendo mi muñeca me hizo tragar saliva. La bravata se desvaneció, reemplazada por el instinto primario de evitar el dolor físico.

Me puse de pie lentamente. El roce del papel grueso contra la piel sensible de mi pecho fue un recordatorio constante de mi pequeño trofeo. Dejé el libro de Anna Ajmátova sobre la mesa de centro de cristal. Caminé hacia el carrito, tomé la taza de porcelana y bebí un sorbo. Era té de manzanilla, dulce, caliente. El líquido descendió por mi garganta, calmando ligeramente el espasmo de mis cuerdas vocales.

Dmitry asintió.

—Por aquí.

Le seguí fuera de la biblioteca. Atrás quedaban los fantasmas literarios y la rosa muerta sobre la alfombra. Mientras caminábamos por los pasillos bañados en luz solar, cada paso que daba me acercaba de nuevo al monstruo. Pero algo en mí había cambiado. Ya no le veía solo como el verdugo intocable y perfecto.

Le veía como un hombre que sangraba por las heridas del pasado. Y si sangraba, significaba que no era invulnerable.

El miedo seguía ahí, aplastante y tóxico, pero ahora estaba mezclado con el veneno de la curiosidad y la Síndrome de Estocolmo. Iba a descubrir qué le había pasado a Yekaterina. Aunque eso significara arrastrarme más profundo en el infierno personal de Aleksei Volkov.

CAPÍTULO 9 EL CALOR DEL INVERNADERO POV: ALEKSEI VOLKOV

El solárium era una anomalía arquitectónica en medio de mi fortaleza de mármol negro y líneas frías. Era una burbuja de cristal y acero forjado, orientada hacia el sur, diseñada para atrapar cada rayo del sol abrasador de Andalucía. Al cruzar el umbral, el contraste térmico era un bofetón físico. La temperatura interior se mantenía a unos constantes y sofocantes veintiocho grados, saturada por una humedad artificial del setenta por ciento que imitaba a la perfección el clima de una jungla ecuatorial.

El olor a tierra mojada, a musgo húmedo y al néctar dulzón y asfixiante de las orquídeas negras que cultivaba en el centro de la estancia, se adhería al paladar de forma instantánea.

Estaba de pie frente a la pared de cristal que daba al mar, con el teléfono satelital pegado a la oreja. Me había quitado la chaqueta del traje y la corbata, dejando los tres primeros botones de mi camisa negra desabrochados. El calor del invernadero me provocaba una fina capa de sudor en la nuca, un recordatorio biológico de que, bajo la frialdad de mi imperio, todavía corría sangre por mis venas.

—No me interesa si el cargamento fue interceptado en la aduana de Tánger —dije, mi voz bajando a un registro ronco y carente de piedad, arrastrando las consonantes con el acento ruso que siempre parecía afilarse cuando hablaba de negocios—. Tarasov era el responsable. Se le pagó para que los funcionarios miraran hacia otro lado. Si ha fallado, su utilidad ha expirado.

Al otro lado de la línea, el silencio de mi contacto en Algeciras fue espeso, cargado de terror reverencial.

—*¿Cuáles son sus órdenes, señor Volkov?* —preguntó finalmente la voz distorsionada.

—Córtale los dedos de la mano derecha. Uno por uno. Y asegúrate de que cauterizas las heridas con un soplete. No quiero que se desangre; quiero que viva el resto de su miserable existencia recordando qué sucede cuando se malgasta mi dinero. Luego, tíralo en las calles de La Línea de la Concepción. Que sirva de ejemplo visual para el resto.

Colgué el teléfono antes de recibir una confirmación. No la necesitaba. Mis órdenes no se debatían; se ejecutaban.

Deslicé el dispositivo en el bolsillo de mi pantalón y me giré hacia el centro del solárium. En medio de la exuberancia verde de los helechos gigantes y las palmeras de interior, descansaba un conjunto de sillas de mimbre oscuro y cuero, rodeando una mesa baja de cristal templado. Sobre ella, un humidor de madera de cedro incrustado en nácar aguardaba pacientemente.

Fue entonces cuando escuché el leve crujido de la grava blanca que bordeaba el camino interior.

Dmitry apareció entre la densidad del follaje artificial, su postura rígida contrastando de manera absurda con la flora tropical. Un paso por detrás de él, caminaba ella.

Inés Navarro.

La visión de su figura recortada contra la luz cegadora del invernadero me golpeó con una fuerza física que me negué a exteriorizar. El vestido de lino blanco, sencillo y desprovisto de cualquier artificio, le caía por encima de las rodillas. La tela, iluminada a contraluz, delineaba la silueta de sus piernas pálidas y la curva de sus caderas con una claridad exasperante. Llevaba el cabello castaño recogido de forma improvisada, y la ausencia de

maquillaje no hacía más que resaltar la juventud y la vulnerabilidad de sus facciones.

Parecía un fantasma frágil, una criatura de porcelana arrojada en medio de una jaula de fieras.

Dmitry se detuvo y asintió levemente en mi dirección.

—La señorita Navarro, señor. Tal y como ordenó.

—Puedes retirarte, Dmitry. Asegura las puertas del pasillo. No quiero interrupciones.

Mi lugarteniente dio media vuelta y desapareció por donde había venido. El sordo deslizamiento de las puertas de cristal al cerrarse selló nuestra reclusión. Estábamos solos.

Inés se quedó congelada a tres metros de distancia. Su postura era defensiva, los hombros encogidos, los brazos cruzados firmemente sobre su pecho, como si intentara proteger sus órganos vitales de un depredador invisible. Sus ojos castaños, enormes y oscuros, escrutaban mi rostro buscando cualquier indicio de violencia inminente.

Pero lo que captó mi atención, el detalle minúsculo que encendió todas las alarmas de mi instinto, fue su respiración.

Era errática. Rápida. Demasiado superficial para alguien que simplemente sentía miedo. El pulso latía con furia en la base de su garganta, un palpitar frenético, visible a simple vista, que delataba un estado de alerta absoluto. Su piel, habitualmente pálida, estaba teñida de un rubor febril, y una gota de sudor resbalaba lentamente por su sien, producto del calor opresivo de la estancia.

—Acérquese —ordené. Mi tono fue bajo, suave, la antítesis de las palabras que acababa de pronunciar por teléfono.

Inés dudó. El instinto de conservación le gritaba que corriera en dirección contraria, que buscara refugio entre los helechos, pero la dura lección de la obediencia ya estaba enraizada en su mente. Dio

un paso, luego otro, la grava crujiendo bajo las suelas de sus sandalias planas de cuero.

Me senté en uno de los sillones de mimbre, abriendo las piernas, ocupando el espacio con una territorialidad absoluta. Apoyé los codos sobre mis rodillas y la observé detenerse al otro lado de la mesa de cristal.

—La biblioteca parece haber alterado su sistema nervioso, Inés —comenté, inclinando la cabeza. Mi mirada azul translúcida diseccionó cada centímetro de su rostro—. Su corazón late a una velocidad alarmante. Puedo verlo desde aquí.

Inés tragó saliva de forma audible. Sus brazos se apretaron aún más contra su pecho, en un gesto protector que me pareció extrañamente desesperado.

—Hace calor aquí dentro —respondió. Su voz era un hilo tenso, vibrante de ansiedad—. Es... es difícil respirar con tanta humedad.

Una excusa patética. Conocía el miedo. Había respirado el miedo de otros hombres durante toda mi vida adulta, y el aroma que desprendía Inés en ese instante no era solo terror a mi persona. Era el pánico de un animal acorralado que esconde algo.

El cazador en mi interior sonrió en la oscuridad.

—El calor es purificador —repliqué, recostándome en el sillón de cuero y mimbre—. Abre los poros. Obliga al cuerpo a deshacerse de las toxinas. Y usted, *ptichka*, tiene muchas toxinas que sudar.

Extendí la mano derecha hacia el humidor de cedro sobre la mesa. Levanté la tapa esmaltada y extraje un puro Cohiba, grueso y oscuro. El aroma acre y terroso del tabaco cubano se mezcló con la dulzura enfermiza de las orquídeas. Tomé un cortapuros de plata maciza y rebané el extremo con un chasquido metálico.

—Venga aquí —dije, sosteniendo el puro entre mis labios.

Señalé el espacio exacto entre mis rodillas separadas.

Inés abrió los ojos de par en par. La humillación inundó sus facciones, seguida de una resistencia silenciosa que hizo que se mordiera el labio inferior con fuerza. No se movió.

—No me obligue a repetirlo, señorita Navarro. La paciencia no es una de mis virtudes, y le aseguro que la fuerza física es un recurso que prefiero no utilizar hoy. Venga. Aquí.

El terror a las consecuencias venció a la humillación. Caminó bordeando la mesa de cristal. Sus piernas temblaban de forma tan evidente que temí que colapsara antes de llegar. Se detuvo justo frente a mí, a escasos centímetros de la tela de mis pantalones. El calor de su cuerpo irradiaba hacia mí, una presencia viva, temblorosa, envuelta en la fragancia limpia del gel de baño de cedro.

Tomé la caja de cerillas largas de madera que descansaba junto al humidor y se la tendí.

—Enciéndalo.

Ella miró la pequeña caja rectangular como si fuera una granada sin anilla. Sacó una mano vacilante de su escondite sobre el pecho y tomó las cerillas. Sus dedos rozaron los míos; estaban helados, a pesar de los veintiocho grados de la estancia.

Para alcanzar el extremo del puro que descansaba en mis labios, tuvo que inclinarse hacia delante.

El movimiento la obligó a romper la distancia de seguridad. Su vientre quedó a la altura de mi rostro, y el escote modesto de su vestido de lino blanco se acercó a mi campo de visión. Inés bajó la cabeza, su cabello castaño cayendo hacia delante, ocultando su rostro tras una cortina de sombras.

Encendió la cerilla en el segundo intento. La pequeña llama naranja iluminó el espacio entre nosotros, proyectando un brillo cálido sobre su piel húmeda. Acercó el fuego al tabaco.

Aspiré. El humo acre, denso y amargo, me llenó los pulmones.

Pero no fue el tabaco lo que embriagó mis sentidos.

Al inclinarse, la barrera protectora de sus brazos había desaparecido. La proximidad extrema me permitió olerla de verdad. Bajo el cedro y el vetiver, bajo el rastro ácido del sudor nervioso, había un olor ajeno. Un olor a polvo viejo. A papel marchito. Un aroma idéntico al de las estanterías de la biblioteca.

Mis ojos bajaron, abandonando la llama de la cerilla para fijarse en su pecho. Su respiración agitada hacía que la tela de lino subiera y bajara frenéticamente.

Antes de que pudiera apagar la cerilla, levanté mi mano izquierda y agarré su cintura con firmeza.

Inés soltó un jadeo de terror, dejando caer la cerilla encendida al suelo de grava. Sus manos volaron instintivamente hacia mi muñeca para intentar zafarse, pero mi agarre era un tornillo de banco. La atraje hacia mí, forzándola a dar un paso adelante hasta que sus piernas chocaron contra el borde del asiento de mi sillón, quedando atrapada entre mis muslos.

—¿De qué huye, Inés? —susurré, mi rostro a milímetros de su vientre cubierto por el lino—. Su corazón parece a punto de perforar sus costillas.

—De usted —mintió, su voz ahogada por la proximidad asfixiante—. Le tengo miedo. Me da asco. Suélteme.

Solté una carcajada baja, un ronroneo de depredador, exhalando el humo del puro directamente contra su cadera.

—El asco es un sentimiento frío, *ptichka*. Lo que usted siente ahora mismo es fuego.

Subí mi mano derecha, la que sostenía el puro, y la apoyé sobre el reposabrazos del sillón. Mi mano izquierda, sin embargo, subió por su cintura, deslizando el pulgar por la curva de sus costillas hasta detenerse justo debajo de su pecho.

El cuerpo de Inés se quedó petrificado. Rígido como el mármol negro de mis pasillos.

Sentí el latido salvaje de su corazón martilleando contra mi palma. Era un ave atrapada en una red de acero. Podía sentir el calor de su piel a través del lino blanco, la textura del encaje de su sujetador, y luego... algo más.

Bajo mi pulgar, la tela no se sentía plana. Había una rigidez antinatural. Un contorno minúsculo, recto y afilado, oculto bajo el algodón y el lino, apretado contra la piel de su esternón.

Papel.

Mis pupilas se dilataron, el azul translúcido oscureciéndose hasta convertirse en dos pozos de agua estancada. La revelación fue eléctrica. Había encontrado algo en la biblioteca. Y fuera lo que fuera, estaba tan aterrorizada de que yo lo descubriera que había preferido esconderlo en el lugar más íntimo de su cuerpo, arriesgándose a mi ira antes que dejarlo atrás.

La astucia de su acto me provocó una oleada de furia fría, pero también, y de forma perturbadora, una admiración oscura e involutiva. No era una muñeca pasiva. Seguía siendo una periodista. Seguía buscando la fisura en mi armadura desde el interior de su celda.

Inés contuvo la respiración, cerrando los ojos con fuerza, esperando el momento en que mis dedos hurgaran bajo el escote de su vestido para arrebatarle su secreto. Sus manos apretaron mis hombros en un gesto de desesperación absoluta.

La tensión en el solárium alcanzó un punto de ebullición. El aire pareció solidificarse a nuestro alrededor.

Mantuve la mano inmóvil sobre su pecho. Sentir ese pequeño rectángulo de papel oculto bajo su ropa interior era tener la llave de su paranoia. Si se lo arrebataba ahora, destruiría su pequeño acto de rebelión, la humillaría, y ella volvería a encogerse en un rincón.

Pero si la dejaba creer que había engañado al diablo... si la dejaba caminar por mi casa creyendo que albergaba un secreto que yo desconocía, el juego alcanzaría unas cotas de manipulación psicológica exquisitas. La falsa sensación de victoria es el arma más letal que se le puede entregar a un prisionero.

Lentamente, abrí la mano, alisando la arruga del lino sobre su pecho con un movimiento deliberadamente lento, un roce casi erótico, tortuoso, que no buscaba placer, sino dominación.

Inés dejó escapar un sollozo ahogado, un sonido de alivio mezclado con puro terror ante la caricia intrusiva.

Aparté la mano de su cuerpo, agarrando el puro de nuevo, y la solté de la cintura.

—El miedo la vuelve torpe —dije con voz glacial, apartando la vista de su rostro pálido y centrando mi atención en la brasa incandescente del tabaco—. La próxima vez que le pida fuego, asegúrese de que sus manos no tiemblen, o consideraré que no es apta para realizar ni siquiera las tareas más básicas.

Inés retrocedió un paso, tambaleándose, como si le hubieran cortado los hilos que la sostenían. Sus manos volaron inmediatamente hacia su pecho, cruzándose en un abrazo protector, ocultando la zona donde yo había palpado el secreto.

—Sí... sí, señor Volkov.

—Vuelva a la habitación. La cena se servirá a las nueve. Y póngase algo más apropiado. El blanco es un color que denota inocencia, y ambas sabemos que sus manos están manchadas de la sangre de su informante.

El recordatorio cruel hizo su trabajo, destrozando la minúscula chispa de triunfo que albergaba por haber escondido la nota. Se giró sobre sus talones y caminó a paso rápido hacia las puertas de cristal, casi huyendo, desesperada por escapar del calor asfixiante del invernadero y del escrutinio de mis ojos.

La vi desaparecer por el pasillo de mármol.

Me llevé el puro a los labios y exhalé el humo hacia el techo de cristal. El secreto palpitaba en el ambiente. Ella había encontrado algo en esa biblioteca de más de diez mil volúmenes. Y solo había una sección que albergaba fantasmas con la capacidad de hacerla temblar de esa manera.

Sonreí en la soledad del solárium.

Juega tus cartas, mi pequeño pájaro. Escóndelas bien bajo tu piel. Al final, la banca siempre gana. Y cuando yo decidiera revelar que sabía lo de su pequeña nota, la caída hacia la sumisión absoluta sería devastadora.

CAPÍTULO 10 ACORDES DE SEDA Y CENIZA POV: INÉS NAVARRO

El reloj digital integrado en el espejo del baño marcaba las ocho y cuarenta y cinco de la tarde.

Llevaba más de una hora de pie frente a mi propio reflejo, convertida en una estatua de sal y terror, observando a la extraña que me devolvía la mirada. El vestido de seda color verde esmeralda no era una simple prenda de ropa; era una segunda piel, un arma psicológica diseñada por un depredador para recordarme que poseía cada centímetro de mi anatomía.

La tela, fría y fluida como el agua de un río en invierno, se ceñía a mis pechos, marcaba la curva de mi cintura con una precisión milimétrica y caía en una cascada pesada hasta rozar mis muslos. El escote delantero era modesto, casi recatado, pero la espalda... la espalda era un abismo. Un corte en "V" que descendía peligrosamente hasta la base de mi columna vertebral, dejando mi piel pálida absolutamente expuesta al aire acondicionado gélido de la suite.

Debajo de la seda, la lencería negra de encaje francés que él había seleccionado se sentía como una marca de fuego.

Él sabe mi talla. Conoce las medidas exactas de mi cuerpo mejor que yo misma.

Un escalofrío violento me sacudió. Me abracé a mí misma, clavando las uñas en la carne desnuda de mis brazos. La paranoia era un zumbido constante en mis oídos. La nota de Yekaterina, aquel trozo de papel manchado de sangre vieja que demostraba que yo no era la primera en esta jaula, ya no estaba en mi escote. Minutos antes,

con el corazón a punto de reventarme las costillas por el miedo a ser observada por las cámaras, había utilizado unas pinzas de depilar del baño para descoser un pequeño tramo del forro interior de un bolso de cuero de diseño que descansaba en el fondo del vestidor. Había deslizado el papel en las entrañas del bolso, sellándolo.

El secreto estaba a salvo. Por ahora.

Un golpe seco y rítmico en la puerta de roble de la suite me sobresaltó.

—Señorita Navarro. Faltan cinco minutos para las nueve.

La voz monocorde de Dmitry traspasó la madera maciza. No era una invitación; era la cuenta atrás para mi ejecución social.

Me pasé las manos temblorosas por el cabello, que había secado y dejado suelto en ondas naturales, y me deslicé en los tacones de aguja negros que completaban el conjunto. Cada paso que daba hacia la puerta resonaba en el mármol como el martilleo de un clavo en un ataúd.

Al abrir la puerta, Dmitry me evaluó con esa mirada clínica y desprovista de alma que le caracterizaba. Sus ojos recorrieron la seda esmeralda y la palidez de mi rostro, pero no emitió ningún juicio de valor. Solo asintió y se hizo a un lado, cediéndome el paso hacia el inmenso pasillo bañado por la luz tenue de los apliques de pared.

—Sígame.

Caminamos en silencio. La mansión por la noche adquiría una textura diferente. Las sombras se alargaban, devorando las esquinas y convirtiendo la arquitectura moderna en un laberinto gótico. El olor a cera, a flores cortadas y a ese omnipresente rastro de ozono y aire purificado me mareaba.

A medida que nos acercábamos al ala oeste, un sonido rompió el sepulcral mutismo de la fortaleza.

Me detuve en seco, la suela de mi tacón resbalando levemente sobre el mármol.

Música.

No procedía de un sistema de sonido oculto. Era música en vivo. Orgánica, vibrante, cargada de una melancolía tan densa que parecía enturbiar el oxígeno del pasillo. Reconocí la pieza casi de inmediato: el *Preludio en Do sostenido menor* de Rajmáninov. Un descenso a las tinieblas estructurado en acordes pesados, violentos y arrastrados, que exigían una fuerza física brutal para ser ejecutados con semejante precisión.

Dmitry no se detuvo, obligándome a acelerar el paso para no quedarme atrás en la penumbra.

Me guió hasta unas dobles puertas abiertas de par en par. No era el comedor donde habíamos cenado la noche anterior, sino un salón inmenso, flanqueado por ventanales que daban a un patio interior iluminado por antorchas de gas.

En el centro del salón, bañado por la luz espectral de una lámpara de araña atenuada, descansaba un piano de cola *Steinway & Sons* negro, pulido hasta alcanzar el brillo de un espejo de obsidiana.

Y sentado ante las teclas, estaba Aleksei Volkov.

El impacto visual fue tan abrumador que el aire se atascó en mis pulmones. El monstruo, el asesino, el arquitecto de mi ruina, estaba inclinado sobre el instrumento. Llevaba un traje de noche oscuro, impecable, sin corbata. Sus hombros anchos se movían en perfecta sincronía con la violencia contenida de la partitura. Sus manos, las mismas manos inmensas que habían ordenado colgar a Fernando Aguilar, que me habían encadenado al hierro forjado y que me habían acariciado la cintura en el solárium, golpeaban los acordes de Rajmáninov con una furia y una delicadeza desgarradoras.

Me quedé clavada en el umbral, hipnotizada.

Era la disonancia cognitiva en su máxima expresión. La música que brotaba del piano era sublime, una expresión de dolor y de pasión que ningún psicópata carente de emociones debería ser capaz de interpretar. Había tormento en cada nota. Había una herida sangrante en la forma en que su pie pisaba el pedal de resonancia, prolongando el eco oscuro de los bajos hasta que vibraron en la suela de mis zapatos.

Dmitry desapareció en las sombras sin hacer ruido, dejándome a solas con el depredador y su sinfonía.

Aleksei atacó el clímax de la pieza. El sonido llenó la estancia, majestuoso, opresivo, ahogando el ruido de mi propia respiración. Y entonces, con un último acorde sostenido que quedó flotando en el aire como humo de pólvora, se detuvo.

El silencio que siguió fue atronador.

Aleksei no se giró de inmediato. Mantuvo las manos suspendidas sobre el teclado durante unos segundos, la espalda recta, la respiración pausada. Luego, bajó las manos, cerró la tapa del piano con un chasquido suave, y giró el rostro hacia mí.

La penumbra del salón endurecía sus facciones, pero el azul translúcido de sus ojos me encontró en la oscuridad con la precisión de un francotirador.

Su mirada bajó desde mi rostro asustado, recorrió el escote modesto de la seda verde, se detuvo en la curva de mis caderas y descendió hasta mis tobillos. El aire se volvió pesado. Denso. No dijo una sola palabra, pero la intensidad de su escrutinio me hizo sentir como si me hubiera arrancado la ropa allí mismo, en medio del salón.

Se levantó de la banqueta del piano. Su altura masiva dominó el espacio al instante.

—El esmeralda fue la elección correcta —murmuró. Su voz, grave y rasposa, parecía una extensión de los acordes bajos del piano. Caminó hacia mí con esa lentitud depredadora que me paralizaba las

terminaciones nerviosas—. Realza el pánico en sus ojos de una forma fascinante.

Retrocedí un paso por instinto.

—¿Por qué tocaba eso? —la pregunta escapó de mis labios antes de que pudiera frenarla. Mi voz temblaba, frágil e insegura.

Aleksei se detuvo a un metro de distancia. Metió una mano en el bolsillo del pantalón, observándome con una curiosidad helada.

—Rajmáninov entendía la inevitabilidad de la tragedia, Inés. Escribió ese preludio soñando con un hombre enterrado vivo, golpeando la tapa de su ataúd. Un recordatorio constante de que, sin importar cuánto luchemos, la oscuridad siempre acaba por tragarnos. —Inclinó ligeramente la cabeza, evaluando mi reacción—. Me pareció una pieza adecuada para celebrar su primera noche de obediencia.

El cinismo de sus palabras me revolvió el estómago. Quería odiarle. Quería escupirle a la cara. Pero la música seguía resonando en mi cabeza, y la imagen de sus manos creando belleza a partir del caos me confundía hasta causarme dolor físico.

—La cena está servida en la terraza cerrada —añadió, rompiendo el contacto visual para ofrecerme el brazo.

Miré la tela oscura de su manga. Tocarle voluntariamente era rendirme. Era aceptar el papel de acompañante en lugar de prisionera. Pero el recuerdo de la amenaza de los tiros en las rodillas, y el eco del sufrimiento de Yekaterina, me recordaron que desafiarle en este terreno era un suicidio.

Levanté la mano derecha y apoyé las yemas de los dedos, frías como el hielo, sobre su antebrazo. El músculo bajo la tela era duro como el granito.

Él asintió con una lentitud casi imperceptible, satisfecho con mi claudicación, y me guio a través del salón hacia unas puertas francesas.

La terraza cerrada era un espectáculo de ostentación. Enmarcada por cristaleras que ofrecían una vista ininterrumpida de las estrellas reflejadas en el Mediterráneo, una pequeña mesa redonda estaba iluminada por la luz trémula de decenas de velas gruesas. Sobre el mantel de lino inmaculado, descansaba caviar Beluga sobre hielo picado, blinis calientes y una botella de champán *Dom Pérignon* empañada por el frío.

Aleksei me indicó mi silla. Cuando me senté, la seda del vestido se deslizó sobre mis muslos con un roce pecaminoso. Él ocupó el asiento frente a mí.

La cena transcurrió en un silencio que me despellejaba los nervios. Cada vez que alzaba la vista, me encontraba con sus ojos fijos en mí. No comió mucho; parecía alimentarse exclusivamente de la tensión que irradiaba mi cuerpo. Me obligó a probar el caviar y a beber dos copas de champán. Las burbujas frías bajaron por mi garganta, mezclándose con el terror y provocando un ligero y peligroso mareo en mi cabeza vacía.

—Está muy callada, señorita Navarro —dijo Aleksei, dejando su copa de cristal sobre la mesa. La luz de las velas proyectaba sombras doradas sobre su rostro cincelado—. Creí que los periodistas tenían un talento natural para llenar los silencios incómodos con preguntas insolentes.

Me pasé la servilleta de lino por los labios. El alcohol había aflojado un milímetro mis defensas.

—Si hago las preguntas equivocadas, la gente de mi entorno aparece ahorcada —espeté. La amargura de mis palabras amargó el sabor del champán—. He aprendido que en su mundo, la ignorancia es el único seguro de vida.

Una sonrisa letal, minúscula, curvó la comisura de sus labios.

—Una lección aprendida rápidamente. Me impresiona. Sin embargo... —Se inclinó hacia delante, cruzando los dedos sobre el mantel—. Puede hacerme una pregunta esta noche. Una sola. Y le

responderé con la verdad absoluta. Considérenlo un regalo por llevar el vestido que elegí para usted.

El corazón me dio un vuelco. Mi mente, intoxicada por el miedo y el espumoso francés, corrió a mil por hora. Podía preguntarle por qué me había elegido. Podía preguntarle cuándo me dejaría marchar, aunque sabía que la respuesta sería "nunca".

Pero el fantasma de la nota quemaba en mi memoria. *Yekaterina.*

Abrí la boca para pronunciar ese nombre. Estuvo en la punta de mi lengua, listo para ser disparado como un dardo envenenado que destruiría la compostura de su máscara de hielo. Pero el instinto de conservación me estranguló las cuerdas vocales. Si mencionaba a Yekaterina, sabría que había encontrado la nota. Sabría que le había engañado en el solárium. Y la furia de este hombre no era algo que estuviera dispuesta a desatar.

—¿Qué... qué hizo que se convirtiera en esto? —pregunté en un susurro, eligiendo un camino diferente pero igualmente peligroso—. ¿En este monstruo que no siente nada?

La sonrisa de Aleksei desapareció. El ambiente de la terraza se enfrió diez grados de golpe. La luz de las velas pareció encogerse ante la inmensidad de la oscuridad que nubló sus pupilas.

Se levantó de la silla con una fluidez letal, sin hacer el menor ruido.

El pánico estalló en mi pecho. Había cruzado la línea. Había sido demasiado personal, demasiado insolente. Me encogí en la silla, esperando la explosión de violencia, pero Aleksei no rodeó la mesa para golpearme.

Caminó lentamente hasta colocarse a mis espaldas.

Me quedé paralizada. No podía verle, pero podía sentir la irradiación feroz de su calor corporal a escasos centímetros de mi piel desnuda. El escote en "V" de mi espalda me dejaba absolutamente desprotegida.

—Usted se equivoca en su premisa fundamental, Inés —murmuró. Su voz no venía de arriba, sino de justo al lado de mi oído. Se había inclinado, apoyando las manos en el respaldo de mi silla. El aliento caliente rozó la curva de mi cuello, erizándome la piel de forma violenta—. Yo siento. Siento mucho más que los hombres civilizados que usted conoce.

Cerré los ojos, respirando entrecortadamente.

—Lo que me convierte en un monstruo a sus ojos —continuó, su tono bajando a un ronroneo vibrante que reverberó en mi propia columna vertebral—, es que yo no permito que el dolor o la moralidad me paralicen. Yo canalizo esos sentimientos. Los convierto en acero.

Y entonces, sucedió.

Su mano derecha abandonó el respaldo de la silla. Los dedos de Aleksei, inmensos, cálidos y ásperos por las cicatrices de su pasado, se posaron directamente sobre la piel desnuda de mi espalda baja, justo donde terminaba el corte de la seda esmeralda.

Un jadeo agudo y ahogado escapó de mi garganta.

El contacto no fue un golpe, ni un agarre forzado. Fue una caricia lenta, deliberada y devastadora. Las yemas de sus dedos trazaron la línea de mi columna vertebral, ascendiendo milímetro a milímetro. La fricción de su piel contra la mía desató una tormenta eléctrica en mi sistema nervioso. El terror puro chocó frontalmente con una respuesta fisiológica que me llenó de asco hacia mí misma: mi cuerpo se arqueó instintivamente hacia su tacto, buscando el calor de su mano en la habitación helada.

—Estás temblando —susurró, usando el tuteo por primera vez, un arma verbal que rompió la barrera de frialdad y me hundió en una intimidad asfixiante—. Y no es por el frío del aire acondicionado, *moya ptichka*.

Su pulgar rozó la tira horizontal del encaje negro de mi sujetador, que quedaba expuesta por el diseño del vestido. Su mano trazaba el

límite exacto de mi vulnerabilidad.

Yo estaba llorando en silencio. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas, pero no me moví. No me aparté. Estaba atrapada en la tela de araña, paralizada por el veneno narcótico de su proximidad. Odiaba a Aleksei Volkov con cada célula de mi cerebro racional, pero la piel de mi espalda ardía bajo sus dedos, exigiendo que no se detuviera, suplicando que me redujera a cenizas.

—Este es su nuevo mundo —sentenció él, su respiración agitada demostrando que la tensión también estaba haciendo mella en su autocontrol—. Acostúmbrese al tacto del monstruo, Inés. Porque a partir de ahora, es el único roce que sentirá hasta el último día de su vida.

Retiró la mano abruptamente, dejando un vacío helado y doloroso en mi espalda.

El sonido de sus pasos alejándose por el mármol fue el único ruido que rompió el silencio de mi destrucción. El Ato I de mi cautiverio había terminado. La periodista estaba muerta. Y la criatura que empezaba a nacer de sus cenizas estaba aterradoramente fascinada por su propio verdugo.

CAPÍTULO 11 SANGRE EN EL MÁRMOL POV: ALEKSEI VOLKOV

El cuero pesado del saco de boxeo crujió bajo el impacto de mi puño derecho.

El sonido fue un chasquido sordo, violento, que reverberó contra las paredes de hormigón desnudo del gimnasio subterráneo. Exhalé bruscamente por la nariz, pivotando sobre la punta de mi pie izquierdo para asestar un gancho de izquierda que hundió la superficie del saco. Mis nudillos, protegidos únicamente por un vendaje de algodón blanco que ya empezaba a teñirse de un rojo tenue por la fricción, ardían.

Pero el dolor físico era una distracción estéril. No lograba apagar el incendio que me devoraba el sistema nervioso.

Golpeé de nuevo. Una combinación rápida, letal, diseñada para romper costillas y aplastar tráqueas. El sudor resbalaba por mi pecho desnudo, trazando caminos oscuros a través de la tinta de mis tatuajes de la *Bratva*. El aire del sótano, frío y filtrado, chocaba contra mi piel sobrecalentada, pero yo seguía atrapado en la atmósfera asfixiante de la terraza cerrada.

Me detuve, apoyando la frente sudorosa contra el cuero frío del saco. La respiración me agitaba el torso como un fuelle roto.

«Estás temblando».

Había utilizado el tuteo. Había bajado la guardia verbal durante un mísero segundo. Y lo que era infinitamente peor: la había tocado.

Cerré los ojos y la memoria táctil, implacable, me asaltó. El tacto de su espalda desnuda bajo la seda esmeralda. La fragilidad de su

columna vertebral bajo las yemas de mis dedos. El calor que irradiaba su piel, un calor febril que contrastaba con el terror que nublaba sus ojos castaños. En el instante en que mi mano se posó sobre ella, esperé repulsión. Esperé que se encogiera. Pero su cuerpo, traicionando a su mente racional, se había arqueado hacia mí. Había buscado el contacto del monstruo en la oscuridad.

Desenrollé los vendajes de mis manos con tirones secos y furiosos, dejando caer las tiras de algodón manchadas al suelo de goma del gimnasio.

El cazador se estaba convirtiendo en el cautivo. La jaula de cristal que había diseñado meticulosamente para desmantelar la cordura de Inés Navarro estaba empezando a asfixiarme a mí. Estaba perdiendo la claridad clínica. Cada vez que olía el rastro de su gel de baño de cedro en los pasillos de mi propia casa, el instinto de posesión se volvía más irracional, más animal.

Caminé hacia el banco de pesas, tomé una toalla negra y me sequé el rostro. Necesitaba vodka. Necesitaba hielo. Necesitaba sumergirme en los libros de contabilidad del puerto hasta que los números borraran la imagen de su escote.

Entonces, la luz general del sótano se apagó.

La oscuridad fue absoluta durante una fracción de segundo, antes de que el sistema de emergencia se activara. Las luces estroboscópicas rojas, incrustadas en el techo de hormigón, comenzaron a girar en silencio, bañando el gimnasio en un resplandor escarlata intermitente y rítmico.

El silencio se rompió por el chillido agudo del intercomunicador de la pared.

Me acerqué en dos zancadas, pulsando el botón de comunicación con el pulgar. El instinto depredador, la obsesión y la confusión desaparecieron de golpe, borrados por la fría y matemática disciplina de la guerra. Ya no era un hombre atormentado; era el Zar.

—Informe —ordené. Mi voz era una cuchilla de hielo.

—*Incursión en el perímetro oeste, señor.* —La voz de Dmitry estaba ahogada por la estática y por un sonido de fondo que conocía íntimamente: el tableteo sordo de un rifle de asalto con silenciador —. *Cámaras térmicas detectaron seis firmas de calor. Han neutralizado a Ivan en la garita sur. Son profesionales, tácticas de asalto rápido. Probablemente los rumanos, buscando represalias por el cargamento de Algeciras.*

Un músculo palpitó en mi mandíbula. Los rumanos. Perros callejeros que se creían lobos porque habían logrado sobornar a un par de aduaneros.

—Asegura los puntos de estrangulamiento en la planta baja —dicté, caminando hacia la caja fuerte empotrada en la pared del gimnasio. Introduje la combinación de seis dígitos a una velocidad vertiginosa —. No quiero prisioneros. Dejad que entren en el vestíbulo y atrapadlos en fuego cruzado desde la galería superior.

—*Entendido. Las persianas blindadas se están cerrando. ¿Posición de la invitada?*

La pregunta de Dmitry detuvo mi mano sobre la palanca de acero de la caja fuerte.

La invitada. Inés.

Una sacudida de pánico, fría, tóxica y totalmente ajena a mi naturaleza, me atravesó el pecho. Estaba en la suite principal, en el ala este. Si los atacantes lograban flanquear el vestíbulo, su habitación era el primer objetivo blando. Y los rumanos no se caracterizaban por su caballerosidad con las mujeres que encontraban en las casas de sus enemigos.

—Yo me encargo de ella —gruñí, abriendo la pesada puerta de titanio.

Agarré mi chaleco táctico de Kevlar, deslizándolo sobre mi torso desnudo y sudoroso. Ajusté las correas laterales con tirones violentos. Tomé un rifle de asalto compacto SIG Sauer MCX, comprobé la recámara y deslicé dos cargadores adicionales en los

bolsillos del chaleco. En mi muslo derecho, aseguré la funda de mi Glock 19.

—Señor, los escáneres indican que tres de ellos han evitado el vestíbulo. Están escalando por la fachada norte, hacia el ala residencial.

El corazón me dio un vuelco letal.

—Contened la planta baja. Yo limpio el piso de arriba —espeté, cortando la comunicación.

Salí del gimnasio, mis botas tácticas golpeando el suelo con una urgencia que no había sentido desde mis días en las fuerzas especiales. El pasillo subterráneo, bañado en esa maldita luz roja giratoria, parecía las entrañas del infierno. Subí por la escalera de servicio de caracol, saltando los peldaños de tres en tres, el peso del rifle familiar y reconfortante en mis manos.

Emergí en el pasillo del ala este. El silencio aquí arriba era engañoso. Las gruesas alfombras de lana absorbían mis pisadas. Las puertas de roble macizo de las distintas habitaciones estaban cerradas.

Al final del pasillo, la puerta de la suite principal.

Aceleré el paso, levantando el cañón del rifle. El olor a pólvora quemada llegó a mis fosas nasales antes siquiera de escuchar los disparos. Venía de la fachada norte.

No me molesté en teclear el código de la puerta de Inés. Saqué una tarjeta maestra magnética de mi chaleco, la deslicé por la ranura y empujé la madera con el hombro.

La habitación estaba sumida en la oscuridad, iluminada únicamente por la luz de la luna que entraba a raudales por el inmenso ventanal. No había rastro de las luces de emergencia aquí; la suite operaba en un circuito aislado para evitar que un corte de energía comprometiera la jaula.

—¡Inés! —ladré, mi voz rompiendo la quietud como un disparo.

Un grito ahogado provino del fondo del vestidor.

Crucé la distancia en un segundo, ignorando la cama revuelta. Entré en el inmenso espacio revestido de caoba.

Inés estaba acurrucada en el rincón más alejado, encogida entre una fila de abrigos de invierno y la pared. Llevaba puesto el vestido de lino blanco que le había dado por la mañana; evidentemente se había quitado la seda esmeralda en cuanto cruzó el umbral. Estaba descalza. Se tapaba los oídos con ambas manos y sus ojos, desorbitados por el terror, se clavaron en la silueta masiva y amenazante que yo proyectaba.

Ver al hombre que la mantenía prisionera entrar cubierto con un chaleco antibalas, sudoroso y empuñando un rifle de asalto, no debía de ser una imagen tranquilizadora.

—Levántese —ordené, bajando el cañón del arma y tendiéndole la mano izquierda.

Ella negó con la cabeza frenéticamente, apretándose aún más contra la pared.

—Por favor... no me mate... no le diré a nadie nada, se lo juro... —balbuceó. El miedo la había hecho regresar a la creencia de que yo era su verdugo inminente. Creía que la alarma, las luces rojas que seguramente había visto por debajo de la puerta, eran el preludio de su propia ejecución.

El sonido de un cristal estallando en mil pedazos resonó en la habitación contigua. Mi despacho. Alguien acababa de romper la ventana con una carga térmica.

El tiempo expiró.

—No voy a matarla, maldita sea —rugí, perdiendo los estribos ante su resistencia suicida.

No esperé a que razonara. Me agaché, agarré su brazo izquierdo con fuerza y tiré de ella hacia arriba con un movimiento brusco. Inés soltó un grito de pánico, forcejeando como un gato salvaje,

golpeando mi pecho protegido por el Kevlar con sus puños desnudos.

—¡Suélteme! ¡Déjeme en paz!

La agarré por la cintura y la levanté en vilo, aplastando su costado contra mi cadera, inmovilizando su brazo contra su propio cuerpo. Pesaba tan poco que la cargué como si fuera una mochila táctica vacía.

—Cállese si quiere seguir respirando —siseé en su oído—. No somos nosotros. Son intrusos. Quieren mi cabeza, y si la encuentran a usted, la usarán para decorarla.

El forcejeo cesó instantáneamente. El cuerpo de Inés se volvió rígido como una tabla. La palabra "intrusos" rompió el espejismo de la jaula segura. De repente, el monstruo que la sostenía ya no era la mayor amenaza en la casa.

Salí del vestidor corriendo. El eco de unas botas pesadas pisando los cristales rotos en el despacho adyacente nos llegó con una nitidez aterradora. Estaban a menos de quince metros.

Cerré la puerta de la suite a mis espaldas y me pegué a la pared del pasillo, bajando a Inés hasta que sus pies tocaron el suelo. La empujé hacia atrás, obligándola a colocarse detrás de mi volumen corporal.

—No se separe de mí. Ni un centímetro —susurré, levantando el SIG Sauer y apuntando hacia la esquina del pasillo que daba acceso a mi estudio.

Ella asintió, su respiración golpeando erráticamente contra mi omóplato. Sus manos temblorosas se aferraron a las correas traseras de mi chaleco antibalas. El gesto, un instinto puro de búsqueda de protección, envió una corriente eléctrica a través de mi espina dorsal. En medio del caos, de la muerte inminente, Inés me utilizaba como escudo.

Una figura vestida de negro asomó el cañón de un subfusil por la esquina.

No dudé. Apreté el gatillo.

El arma escupió tres proyectiles silenciados con un sonido sordo, similar al de una grapadora industrial. Los tres impactos destrozaron el pecho del atacante, que cayó de espaldas contra el suelo de mármol con un estrépito metálico. La sangre negra manchó la alfombra persa en segundos.

Inés soltó un grito sordo y ahogado a mis espaldas. Su agarre en mi chaleco se volvió desesperado.

—Camine —ordené, empujándola hacia el lado opuesto del pasillo, hacia la pared norte donde no había puertas, solo una inmensa pintura al óleo de un paisaje siberiano.

La mantuve detrás de mí mientras avanzaba con pasos cruzados, el rifle apuntando a la esquina, esperando al segundo hombre. No apareció. Seguramente estaba comunicándose por radio, esperando refuerzos desde la fachada.

Llegué frente a la pintura. Con un movimiento rápido y entrenado, deslicé la mano por el grueso marco dorado, presionando un resorte oculto en la moldura de madera. El mecanismo hidráulico chasqueó. El inmenso lienzo se deslizó silenciosamente hacia la izquierda, revelando una puerta de acero macizo, sin pomo, solo con un panel biométrico.

Presioné mi pulgar cubierto de sudor y pólvora contra el cristal verde.

La luz cambió a azul. Un siseo de despresurización llenó el aire, y la puerta de acero de una tonelada pivotó sobre sus bisagras.

Me giré, agarré a Inés por los hombros y la empujé hacia el interior del abismo oscuro. Entré justo detrás de ella y golpeé el botón de cierre manual. La puerta de titanio se cerró herméticamente,

sellando el sonido de la batalla, el olor a sangre y la luz intermitente del pasillo.

Nos sumimos en una oscuridad absoluta.

Un segundo después, un zumbido eléctrico anunció la activación de los generadores internos, y una luz ámbar, muy tenue, iluminó el espacio.

La sala de pánico era un cubo perfecto de cinco por cinco metros. Las paredes estaban desnudas, recubiertas de acero balístico, y el aire olía a oxígeno filtrado y metal esterilizado. Había estanterías con agua, raciones de combate y un arsenal secundario, además de un monitor apagado en la pared central.

Inés había retrocedido hasta chocar contra la pared del fondo. Se deslizó lentamente hasta quedar sentada en el suelo frío de acero, abrazando sus rodillas. El vestido blanco estaba manchado de polvo en el dobladillo, y un ligero rastro de mi propia sangre —de los nudillos lastimados al agarrarla en el vestidor— ensuciaba la manga de su brazo izquierdo.

Dejé el rifle apoyado contra la pared. El silencio en el búnker era tan profundo que el sonido de mi propia respiración agitada y la suya parecían amplificados por micrófonos.

Me arrodillé frente a ella. La escasa luz ámbar proyectaba sombras cavernosas bajo sus ojos. Estaba al borde del *shock* traumático. En menos de cuarenta y ocho horas, había sido secuestrada, aislada, manipulada psicológicamente, y ahora, arrastrada al centro de un tiroteo de la mafia.

—Míreme —exigí, en un tono bajo, grave, desprovisto de la crueldad habitual.

Inés levantó la vista lentamente. Sus ojos, dilatados por la oscuridad y el miedo, se encontraron con los míos. El azul de mis iris debía parecer negro bajo la luz ambarina.

Levanté las manos. Le mostré las palmas vacías, demostrando que no sostenía ningún arma. Despacio, deliberadamente, acerqué mi mano izquierda a su rostro y aparté un mechón de cabello castaño que se le había pegado a la frente sudorosa.

Ella no se encogió. Al contrario. Se inclinó milimétricamente hacia el contacto de mi piel, cerrando los ojos con fuerza, dejando escapar un sollozo roto que hizo eco en las paredes de acero.

—Están muertos... —susurró, recordando al hombre que acababa de asesinar en el pasillo.

—Estaba intentando matarnos, Inés —corregí suavemente, deslizando mi mano desde su frente hasta la curva de su mandíbula —. El mundo exterior ha intentado entrar en la jaula. Le dije que era un lugar peligroso. Le dije que yo era el único que podía mantenerla a salvo.

—Usted me asusta... —murmuró, su voz apenas un hilo, abriendo los ojos para mirarme con una mezcla de horror y una fascinación tóxica e irremediable.

Me incliné hacia adelante, acortando la distancia en el suelo de acero. El calor de mi cuerpo envuelto en el Kevlar irradió hacia ella. Mi respiración rozó sus labios temblorosos.

—Lo sé —respondí, mi pulgar trazando el contorno de su pómulo, sintiendo la humedad de sus lágrimas—. Pero mientras permanezca a mi lado, seré el único monstruo al que deba temer.

En la claustrofobia de la sala de pánico, con el mundo real desangrándose en el piso de arriba, Inés no huyó. Levantó una mano temblorosa y sus dedos, helados por el pánico, se aferraron a la correa negra de mi chaleco antibalas sobre mi pecho. Se aferró al verdugo como si fuera el salvavidas definitivo.

El Ato II había comenzado, y las líneas entre el odio y la necesidad acababan de ser borradas de forma irreversible.

CAPÍTULO 12 EL REFUGIO DEL DIABLO POV: INÉS NAVARRO

El zumbido eléctrico de los generadores internos era el único sonido que habitaba en el abismo de acero.

Una frecuencia baja, constante y vibrante que se filtraba a través de las suelas descalzas de mis pies y trepaba por mis piernas temblorosas, instalándose en la base de mi columna vertebral. La luz ámbar de la sala de pánico no iluminaba; simplemente teñía las sombras de un tono cobrizo, enfermizo, como el interior de una arteria a punto de colapsar.

Estaba sentada en el suelo helado, con las rodillas apretadas contra el pecho y los brazos cruzados en un abrazo desesperado que no lograba contener los espasmos de mi cuerpo. El frío del metal balístico contra mi espalda atravesaba la fina tela del vestido de lino blanco, pero la verdadera escarcha nacía desde mis entrañas.

Están muertos. La imagen del hombre desplomándose en el pasillo, su pecho destrozado por los impactos silenciosos del rifle de Aleksei, se repetía en mi retina en un bucle grotesco y asfixiante. La sangre negra manchando la alfombra persa. El olor a pólvora quemada y a ozono que había invadido el aire purificado de la mansión.

Y luego, la revelación más aterradora de todas: la firmeza del chaleco de Kevlar bajo mis propios dedos. Me había aferrado a él. Había buscado refugio en el monstruo que me mantenía prisionera.

Levanté la vista lentamente, sintiendo que los músculos del cuello protestaban, rígidos por la tensión acumulada.

Aleksei Volkov estaba de pie en el centro de la sala de cinco por cinco metros. En la penumbra ambarina, despojado de sus trajes a medida y envuelto en equipo táctico, ya no parecía un mafioso sofisticado. Era un soldado. Un depredador en su estado más primitivo. Su torso desnudo brillaba por una fina capa de sudor bajo las pesadas correas negras del chaleco antibalas. El tatuaje de la *Bratva*, una intrincada red de estrellas y cúpulas oscuras que trepaba desde su clavícula hasta su hombro izquierdo, parecía ondular con cada respiración profunda que tomaba.

Había dejado el rifle de asalto SIG Sauer apoyado contra la pared de titanio, pero su postura no era de relajación. Era un felino evaluando el perímetro de su jaula, esperando el más mínimo crujido en la estructura de acero que nos rodeaba.

El oxígeno reciclado de la sala comenzó a saturarse con su esencia. Madera de *oud*, especias frías, sudor masculino y el hedor metálico de la adrenalina pura. Era un olor embriagador y tóxico que me obligaba a respirar de forma superficial, temerosa de que, si llenaba mis pulmones con él, la poca cordura que me quedaba se disolvería por entero.

Aleksei giró la cabeza. Sus ojos, dos témpanos de hielo que la luz ámbar había oscurecido hasta volverlos casi negros, se clavaron en mí.

El escrutinio fue físico. Sentí su mirada recorrer el dobladillo sucio de mi vestido, mis piernas desnudas y cubiertas de piel de gallina, hasta detenerse en mi brazo izquierdo.

Dio un paso hacia mí. Sus botas tácticas apenas hicieron ruido sobre el suelo de acero.

El instinto de conservación me gritó que me encogiera, que me fundiera con la pared a mi espalda, pero no había a dónde huir. Cuando se arrodilló frente a mí, su inmensidad bloqueó cualquier visión del resto de la sala. El calor que irradiaba su cuerpo era un horno frente a la temperatura glacial de mi propia piel.

—Muéstreme el brazo —ordenó. Su voz era un susurro rasposo, carente de la crueldad cínica que solía utilizar.

Negué con la cabeza, un movimiento espástico, apenas perceptible. Mis dedos se clavaron con más fuerza en la tela del vestido.

—Inés. —Pronunció mi nombre con una lentitud deliberada, una advertencia camuflada de paciencia—. No me obligue a usar la fuerza en este espacio. Está sangrando. Muéstreme el brazo izquierdo.

Bajé la vista. No lo había notado. La adrenalina y el *shock* habían actuado como un poderoso anestésico, pero ahora, al enfocar la mirada, vi la mancha carmesí que teñía el lino blanco en mi antebrazo izquierdo. No era una herida de bala. Debía de haberme cortado con algún escombro o quizás con las uñas del propio Aleksei cuando me arrancó del vestidor con aquella brutalidad salvaje.

Mis manos temblaban tanto que apenas pude desenlazar mis brazos. Extendí la extremidad herida hacia él.

Aleksei tomó mi muñeca. Su tacto fue una descarga eléctrica directa a mi sistema nervioso central. Sus manos, inmensas, callosas y manchadas con la sangre del hombre que acababa de asesinar, sostenían mi brazo con una firmeza que rozaba la reverencia.

No había asco en su expresión. No había impaciencia.

Con su mano libre, rebuscó en uno de los bolsillos laterales de su chaleco táctico. Extrajo un pequeño paquete negro, lo rasgó con los dientes y sacó una gasa impregnada en alcohol antiséptico.

—Va a escocer —advirtió, sus ojos fijos en la herida superficial que cruzaba mi antebrazo.

Presionó la gasa contra mi piel rasgada. El ardor fue inmediato, blanco y agudo. Un siseo de dolor escapó de mis labios apretados y mi cuerpo entero se sacudió, intentando alejar el brazo por acto reflejo.

Pero el agarre de Aleksei en mi muñeca era inquebrantable.

—Quieta —murmuró. No alzó la voz, pero la autoridad implícita en esa única palabra me inmovilizó.

Continuó limpiando la sangre con movimientos precisos, metódicos. Yo observaba la curva de su cuello tenso, la línea dura de su mandíbula. En cualquier otra circunstancia, bajo cualquier otra luz, la escena habría parecido un acto de cuidado médico ordinario. Pero estábamos encerrados en una caja de acero bajo una mansión que estaba siendo asaltada por sicarios rumanos, y el enfermero improvisado era el monstruo que había destruido mi vida.

La disonancia psicológica me desgarraba por dentro.

—¿Por qué no me dejó arriba? —la pregunta brotó de mi garganta rota, apenas audible sobre el zumbido de los generadores.

La mano de Aleksei se detuvo. La gasa quedó presionada contra mi piel. No levantó la vista de inmediato. El silencio se espesó, volviéndose sólido, pesado como el mercurio.

Cuando finalmente alzó los ojos, la intensidad de su mirada me dejó sin aliento.

—Porque arriba, *ptichka*, usted habría sido un daño colateral. O un trofeo. Los hombres de Tarasov no tienen la disciplina para apreciar una obra de arte. La habrían violado antes de degollarla.

Las palabras, crudas, gráficas e implacables, me golpearon el pecho como un mazo. El aire desapareció de la sala de pánico.

—Y usted... ¿usted sí tiene disciplina? —repliqué, la amargura filtrándose en mi voz a pesar del terror—. ¿Me mantiene viva para no estropear su trofeo? ¿Para seguir torturándome en su jaula de cristal?

Aleksei soltó la gasa ensangrentada, dejándola caer al suelo. Su pulgar limpio rozó el borde del corte en mi brazo, trazando la línea de la inflamación roja. La caricia fue tan suave que contrastaba monstruosamente con el tamaño y la letalidad de sus manos.

—Usted no comprende la naturaleza de esta jaula, Inés —susurró, inclinándose hacia adelante hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del mío. Podía ver las motas doradas alrededor de sus pupilas dilatadas. Podía saborear el aliento cálido que rozaba mi nariz—. El mundo exterior es un matadero. Yo no la secuestré para destruirla. La extraje del matadero para mantenerla intacta.

—Mató a Aguilar...

—Aguilar cavó su propia fosa —me cortó con una frialdad glacial—. Era un cabo suelto. Y los cabos sueltos atraen la atención de hombres como los que ahora mismo están sangrando en mis alfombras. Le advertí que sus acciones tenían consecuencias. Usted es obstinada. Soñadora. Y esa estupidez es letal.

Soltó mi brazo. La repentina pérdida de su calor corporal me hizo estremecer.

—Si yo no hubiera ordenado su extracción de Málaga —continuó, levantándose con una agilidad felina y retrocediendo un paso—, Tarasov la habría encontrado antes o después. Al intentar chantajear a mi contable, usted se puso una diana en la espalda. Creía que estaba investigando una noticia. No se dio cuenta de que estaba caminando por un campo de minas con los ojos vendados.

Me abracé las rodillas de nuevo, hundiendo el rostro entre mis brazos. Las verdades que él disparaba eran balas perforantes. Destrozaban mi armadura de moralidad, dejando al descubierto la carne cruda de mi propia incompetencia. Era cierto. Me había creído intocable tras un carné de prensa que nadie en el submundo respetaba.

Pero el dolor de la culpa no era nada en comparación con el terror que asaltó mi mente un segundo después.

La suite. El bolso. La nota.

Levanté la cabeza de golpe, los ojos desorbitados.

—Mi... mi habitación —balbuceé, el corazón acelerándose hasta convertirse en un tamborileo doloroso en mi garganta—. Estaban en el pasillo. ¿Van a entrar en mi habitación?

Aleksei me observó desde su posición de dominio, frunciendo el ceño levemente. La maquinaria de su cerebro analítico evaluó mi repentino ataque de pánico.

—Es probable que registren el ala este buscando documentos o cajas fuertes ocultas. No encontrarán nada de valor allí. Es una suite de invitados.

—El vestido —mentí, la voz temblorosa, agarrándome a la primera excusa desesperada que cruzó mi mente—. Dejé el vestido de seda verde sobre la cama. Y mis cosas...

Aleksei ladeó la cabeza. La excusa era patética y ambos lo sabíamos. En medio de un asalto paramilitar, preocuparse por un vestido de seda era una incongruencia que no pasaría desapercibida para un hombre que leía el lenguaje corporal como si fuera un código binario.

Sus ojos se entrecerraron, afilándose como cuchillos de obsidiana.

—Usted me odia por vestirla con lencería cara y vestidos de alta costura, Inés. Ha pasado las últimas veinticuatro horas mirándome con repugnancia cada vez que le obligo a ponerse algo que yo he elegido. Y ahora, encerrada en un búnker de acero mientras sicarios recorren los pasillos, ¿le preocupa un trozo de seda verde?

Tragué saliva. La garganta me ardía, reseca. Había cometido un error táctico garrafal. El pánico por la nota de Yekaterina me había vuelto descuidada.

—Es... es todo lo que me queda —susurré, intentando inyectar convicción en la mentira—. Toda mi ropa de Málaga desapareció. No tengo nada mío.

Aleksei no respondió. Dio un paso lento hacia mí, luego otro, hasta detenerse de nuevo frente a mis pies descalzos. Se agachó, pero

esta vez no se quedó a una distancia prudencial. Invasivo, dominador, apoyó una rodilla sobre el suelo de acero e invadió mi espacio vital.

Extendió la mano y agarró mi barbilla, obligándome a alzar el rostro para encontrarme con su mirada inescrutable. Sus dedos ásperos se hundieron ligeramente en mi piel.

—Usted es una pésima mentirosa, *ptichka* —ronroneó. La vibración de su voz chocó contra mis labios cerrados—. Hay un secreto pudriéndose bajo esa mirada de ciervo asustado. Lo sentí en el solárium, y lo siento ahora. Algo en esa habitación le aterra más que los hombres armados.

Mi pecho subía y bajaba con una rapidez enfermiza. No podía apartar la vista. Estaba atrapada en la gravedad de sus pupilas dilatadas.

—No hay nada —musité, la mentira rozando sus labios por la proximidad.

—Lo descubriremos cuando salgamos de aquí —sentenció él, soltando mi barbilla con una brusquedad que me hizo girar la cara.

Se puso en pie y caminó hacia la consola de control empotrada en la pared de acero. Tecleó una serie de códigos numéricos en el teclado táctil. Una pantalla plana se iluminó sobre la consola, dividida en una docena de pequeños recuadros grises. Las cámaras de seguridad internas.

Aleksei se quedó de pie frente al monitor, dándome la espalda.

Yo me encogí contra la pared, tiritando violentamente. El aire de la sala de pánico parecía estar descendiendo de temperatura a cada minuto que pasaba. La humedad del sudor en mi piel se estaba enfriando, convirtiendo el vestido de lino en una trampa de hielo.

La paranoia se sumó al frío. Si Dmitry y sus hombres repelían el ataque, Aleksei volvería a la suite. Registraría todo. Encontraría el bolso de cuero. Arrancaría el forro. Y cuando leyera la nota de

Yekaterina, la frágil ilusión de piedad que había mantenido hasta ahora se haría pedazos. El fantasma de su pasado era una herida abierta, y yo había metido los dedos en ella.

Un temblor incontrolable comenzó a sacudir mis hombros. Mis dientes chocaron entre sí con un castañeteo sordo. Estaba entrando en un estado de hipotermia leve inducida por el *shock* sistémico.

Aleksei se giró, apartado de los monitores. Al ver mi estado, su expresión se endureció.

Caminó hacia las estanterías de supervivencia adosadas a la pared izquierda. Tomó un paquete plateado, lo rasgó y extrajo una manta térmica de emergencia, de ese material brillante y crujiente que se asemeja al papel de aluminio.

Volvió a mi lado y se arrodilló. Sin pedir permiso, desdobló la manta y la pasó por encima de mis hombros temblorosos. El roce del material sintético fue ruidoso y desagradable, pero el calor de mi propio cuerpo comenzó a rebotar inmediatamente contra el aluminio, atrapando una minúscula capa de aire tibio alrededor de mi piel helada.

Agarré los bordes de la manta con desesperación, envolviéndome en ella como si fuera una armadura mágica.

Aleksei no se apartó. Mantuvo sus manos apoyadas sobre mis hombros, cubiertos por el plástico brillante. Su peso, su anclaje físico, era abrumador.

—No muerda sus labios, Inés. Los hará sangrar —murmuró, su mirada clavada en mi boca.

El agotamiento me estaba ganando la batalla. Mis párpados pesaban como placas de plomo. El terror, la culpa y la mentira requerían una energía calórica que mi cuerpo simplemente ya no poseía. En un acto de rendición absoluta, incomprensible para mi propia moralidad, dejé caer la frente contra la dureza del chaleco de Kevlar que protegía su pecho.

Cerré los ojos.

Esperé que me rechazara. Que me empujara lejos, asqueado por la debilidad de la mujer que acababa de intentar mentirle a la cara.

Pero las manos de Aleksei resbalaron desde mis hombros y rodearon mi espalda, atrayéndome con firmeza contra su torso. Su barbilla se apoyó sobre la coronilla de mi cabeza, enterrándose en mi cabello desordenado. Me estaba abrazando. El asesino, el zar de Marbella, el hombre que prometió que mi vida le pertenecía, me estaba acunando en medio del abismo de acero.

—Duerme, pequeña mentirosa —susurró, su voz resonando en el metal, grave y profunda—. Guardaremos tus secretos hasta el amanecer. Y entonces, quemaremos el mundo.

CAPÍTULO 13 EL VENENO EN LA SANGRE POV: ALEKSEI VOLKOV

El tiempo en el interior de un búnker de acero balístico no fluye; se estanca. Se convierte en una charca espesa y pesada que ahoga los minutos, transformándolos en horas interminables de privación sensorial.

Apoyé la nuca contra la pared de titanio helado. El frío del metal atravesó la fina capa de sudor seco de mi piel desnuda, justo por encima del borde del chaleco táctico de Kevlar, enviando un escalofrío de advertencia a mi sistema nervioso. Mantuve los ojos abiertos en la penumbra ambarina, la mirada fija en las sombras que bailaban en el techo de la sala de pánico.

El único sonido que rompía el silencio absoluto era el zumbido constante de los generadores y el ritmo suave, pausado y frágil de la respiración de Inés.

Estaba dormida. Su cuerpo, envuelto en el crujiente plástico brillante de la manta térmica de emergencia, descansaba por entero contra mi pecho. Su cabeza se apoyaba justo sobre la placa balística de mi chaleco, y sus manos, pequeñas y pálidas, seguían aferradas a las correas de nailon oscuro con una desesperación que ni siquiera la inconsciencia había logrado aflojar.

Bajé la mirada hacia ella. La escasa luz de emergencia bañaba sus facciones, suavizando la tensión y el terror que habían desfigurado su rostro horas antes. Parecía un ángel roto, un ser celestial arrojado al fondo del infierno, buscando refugio en los brazos del propio diablo.

Una opresión oscura, dolorosa y desconocida me atenazó la garganta.

Levanté mi mano derecha, la misma mano que horas atrás había apretado el gatillo de un rifle SIG Sauer para destrozar el pecho de un mercenario rumano. Mis nudillos seguían despellejados, cubiertos de sangre seca y costras oscuras. Acerqué los dedos a su rostro y, con una delicadeza que contradecía mi naturaleza brutal, aparté un mechón de cabello castaño que se había pegado a su mejilla húmeda.

El roce de mi piel áspera contra su suavidad me provocó una punzada de obsesión tan aguda que tuve que apretar la mandíbula para no despertar a la fiera.

La he convertido en mi debilidad.

El pensamiento cruzó mi mente con la fuerza destructiva de un tren de mercancías descarrilando. En mi mundo, en el tablero de ajedrez manchado de sangre de la *Bratva* y las mafias internacionales, el apego era una sentencia de muerte. Un hombre que tiene algo que perder es un hombre que puede ser extorsionado. Durante años, mi única amante había sido el poder; mi única familia, la disciplina marcial. No tenía esposas, no tenía amantes fijas, no tenía hijos. Era un monolito inexpresivo, inalcanzable.

Y, sin embargo, cuando Dmitry me informó de que los asaltantes habían penetrado en el perímetro norte, mi cerebro táctico sufrió un cortocircuito. En lugar de atrincherarme en la sala de mando subterránea y coordinar el fuego cruzado, había subido las escaleras corriendo, consumido por el terror irracional de que una bala perdida destrozara a la mujer que yo mismo mantenía prisionera.

La había cargado en brazos. La había protegido con mi propio cuerpo.

Exhalé por la nariz, un sonido sordo que vibró en la quietud de la sala.

La obsesión me estaba envenenando la sangre. Inés Navarro ya no era solo una periodista entrometida a la que debía silenciar. Ya no era un simple objeto de tortura psicológica para saciar mi aburrimiento. Se había convertido en una extensión de mis propios nervios, en un órgano vital que latía fuera de mi cuerpo. Y eso me aterraba más que cualquier escuadrón de la muerte rumano.

Acaricié la curva de su hombro bajo el plástico térmico. Ella suspiró en sueños, un sonido leve, y se apretó aún más contra mi calor.

Mi mente analítica, incapaz de detenerse, retrocedió a los minutos previos a su colapso por el cansancio. Repasé la conversación. Analicé cada microexpresión, cada temblor en su voz, cada fluctuación en el tamaño de sus pupilas.

«Dejé el vestido de seda verde sobre la cama. Y mis cosas...»

Una mentira. Una falacia tan torpe, tan burda y tan desesperada que resultaba casi insultante. Inés no sentía ningún apego por la ropa que yo le obligaba a vestir. Odiaba esa seda esmeralda. Odiaba la lencería francesa. Si por ella fuera, habría quemado todo ese armario hasta reducirlo a cenizas. No. El terror que había desfigurado sus facciones al pensar en la posibilidad de que sus atacantes entraran en la suite principal no tenía nada que ver con un trozo de tela.

Estaba ocultando algo. Algo físico. Algo que consideraba vital para su supervivencia o para su cordura.

Cerré los ojos, reconstruyendo el mapa de la mansión en mi cabeza, trazando sus movimientos desde el momento en que le quité las cadenas por la mañana. El solárium. El momento en el que se inclinó para encender mi puro. El latido desbocado bajo su pecho. El pequeño rectángulo rígido que mi pulgar había rozado bajo el lino blanco.

Había encontrado algo en la biblioteca. Lo había escondido en su ropa interior, y luego, antes de la cena, lo había ocultado en su habitación.

La furia, gélida y metódica, comenzó a sustituir a la confusión.

¿Qué podía haber en mis estanterías que la alterara de semejante forma? No había armas. No había teléfonos móviles ni dispositivos de comunicación. Solo libros. Miles de páginas de literatura rusa, filosofía, historia.

Un recuerdo antiguo, enterrado bajo años de sangre y ambición, se abrió paso a través del hielo de mi memoria.

El libro de poemas de Anna Ajmátova. La edición burdeos desgastada.

El estómago se me contrajo de forma violenta. El aire de la sala de pánico se volvió irrespirable. La carta. La nota manuscrita manchada de sangre seca que había guardado hacía más de una década, una reliquia macabra de mi mayor fracaso, de la única vez que había permitido que mi disciplina flaqueara ante los ojos castaños de una mujer en las calles nevadas de San Petersburgo.

Si Inés había encontrado esa carta... si había leído las palabras de Yekaterina, comprendía por qué su terror se había multiplicado. Había visto al monstruo sin máscara. Había leído la prueba física de que mis manos traían la muerte incluso a aquellos a los que intentaba proteger.

Apreté los dientes, los músculos de mi mandíbula marcándose con fuerza.

El juego había cambiado. Ella creía poseer un secreto, una pequeña ventana hacia mis debilidades. Creyó que podía engañarme, guardando esa bomba de relojería en el interior de su celda, utilizándola para alimentar su propia rebeldía.

No iba a arrebatársela. Todavía no.

Destruir su esperanza de golpe era un acto cruel, pero dejar que la paranoia la devorara lentamente desde dentro, sabiendo que ella ocultaba algo y esperando el momento de mi retribución, era un arte. Iba a dejar que se aferrara a ese secreto. Iba a permitir que

creyera que era más astuta que yo. Y cuando la ilusión estuviera en su punto más álgido, destrozaría su refugio con tanta brutalidad psicológica que no le quedaría más remedio que arrastrarse hacia mí en busca de clemencia.

Un chasquido agudo, seguido de un siseo electrónico, rompió el sepulcral silencio del búnker.

El panel de la consola de comunicaciones, empotrado en el acero junto a la puerta, parpadeó con una luz verde. El altavoz cobró vida, escupiendo un ruido de estática antes de que la voz inconfundible de Dmitry llenara el espacio.

—Señor Volkov. El perímetro está asegurado. Repito, perímetro asegurado.

El sonido metálico de la voz de mi lugarteniente sobresaltó a Inés. Su cuerpo se tensó como un resorte, arrancándola del sueño. Abrió los ojos de par en par, desorientada, el terror volviendo a inundar su rostro en una fracción de segundo al no reconocer las paredes de acero y la luz ambarina.

Intentó apartarse de mí, pero el plástico de la manta térmica crujió, enredándose en sus piernas desnudas.

Mis brazos seguían rodeándola. Apreté el agarre, impidiendo su huida, obligándola a permanecer pegada a la dureza de mi chaleco táctico.

—Tranquila —ordené. Mi voz sonó más ronca de lo normal, oxidada por las horas de silencio—. Ya ha pasado. Están muertos.

La respiración de Inés era entrecortada, superficial. Miró hacia el altavoz parpadeante, luego hacia mí. Las sombras bajo sus ojos eran más profundas, testimonio del agotamiento mental que la estaba consumiendo.

Alargué el brazo derecho y pulsé el botón de respuesta de la consola sin soltarla.

—Informe de bajas, Dmitry.

—Ninguna baja de nuestro lado, señor. Ivan sufrió una conmoción cerebral leve en la garita sur, pero está estable. Los seis asaltantes han sido neutralizados. Equipos de asalto rumanos, sin identificaciones, armamento con número de serie borrado. Típico trabajo sucio de Tarasov.

—Quiero los cuerpos en la furgoneta frigorífica en veinte minutos. Limpiad el mármol del pasillo norte y del vestíbulo. No quiero que quede ni un rastro de olor a pólvora cuando salga de esta caja. ¿Entendido?

—Los equipos de limpieza ya están operando, señor. El sistema de ventilación de la mansión está al máximo para purgar el humo. El ala este ha sido revisada palmo a palmo. Las habitaciones están despejadas.

La mención del ala este hizo que Inés se tensara en mis brazos de una forma casi dolorosa. Sus manos se cerraron en puños sobre el plástico brillante. El miedo a que hubieran entrado en su suite, a que hubieran tocado sus cosas, a que su pequeño secreto hubiera sido expuesto o destruido, era palpable en la rigidez de su columna vertebral.

Sonreí en la penumbra. Una sonrisa fría, milimétrica, que ella no pudo ver.

—Desactiva el bloqueo de las puertas blindadas. Salimos en dos minutos.

—Recibido, señor.

Solté el botón. El altavoz emitió un chasquido sordo y volvió al silencio.

Aflojé mi abrazo lentamente, permitiendo que Inés se apartara de mi pecho. Se deslizó sobre el suelo de acero hasta apoyar la espalda contra la pared, arrastrando la manta térmica con ella, envolviéndose como si el plástico pudiera protegerla de la monstruosidad del mundo exterior. Su mirada bajó hacia mis manos ensangrentadas, y vi cómo tragaba saliva con dificultad.

—¿Qué va a pasar ahora? —susurró.

Me puse en pie. Las articulaciones de mis rodillas protestaron tras las horas de inmovilidad en el suelo duro, pero mi postura fue la de un depredador irguiéndose en toda su magnitud. Tomé el rifle SIG Sauer de la pared y comprobé la recámara por puro instinto militar.

—Ahora, *ptichka*, saldremos de aquí. Usted volverá a su jaula, y yo me aseguraré de que los hombres que han osado manchar mi suelo con sus botas paguen con un sufrimiento que no pueden llegar a concebir.

Extendí la mano vacía hacia ella.

—Vamos. El amanecer ya debe estar rompiendo.

Inés miró mi mano manchada de sangre seca. Dudó, debatiéndose entre la repulsión y la necesidad de obedecer. Finalmente, con un movimiento lento y derrotado, alzó su propia mano y dejó que mis dedos se cerraran sobre los suyos.

Tiré de ella hacia arriba. La fuerza de mi tirón la desequilibró ligeramente, obligándola a chocar contra mi pecho. El contacto fue efímero, pero cargado de una tensión eléctrica que pareció robarle el aliento. Sus ojos castaños buscaron los míos, cargados de reproche, de confusión y de una sumisión que empezaba a echar raíces tóxicas en su mente.

Me giré hacia el panel biométrico de la puerta. Presioné el pulgar.

El siseo de presurización anunció la apertura de la bóveda. La inmensa puerta de acero pivotó hacia afuera, revelando el pasillo de la primera planta.

El contraste fue abrumador. La luz brillante del sol matutino inundaba el espacio a través de los ventanales. El aire frío y excesivamente aromatizado a limpiador químico y ozono nos golpeó el rostro. Todo rastro de los cadáveres y la sangre había desaparecido. La alfombra persa había sido sustituida. La maquinaria de mi imperio había borrado la violencia con una eficacia aterradora.

Para Inés, la visión de ese pasillo inmaculado debía resultar perturbadora. Era la prueba definitiva de que mi poder era absoluto; podía asesinar a media docena de hombres en el interior de mi casa y hacer que el mundo olvidara su existencia antes de la hora del desayuno.

Caminamos por el pasillo en silencio. Yo iba unos pasos por delante, el rifle colgado del hombro, marcando el ritmo. Ella me seguía de cerca, arrastrando los pies descalzos, sosteniendo la manta térmica sobre sus hombros como una capa absurda.

Nos detuvimos frente a la puerta de roble de la suite principal.

Inés contenía la respiración. Sus ojos escrutaban el marco de madera, buscando signos de forzamiento o marcas de balas. La puerta estaba intacta.

Tecleé el código y la abrí.

La habitación estaba exactamente igual que la noche anterior. La cama revuelta, las luces apagadas, el inmenso ventanal mostrando la calma del Mediterráneo. No había rastro de botas, no había cristales rotos.

Inés soltó un suspiro inaudible de alivio. Un alivio minúsculo, nacido de la certeza de que su secreto, sea el que fuera que escondía en esa habitación, seguía a salvo.

—Descanse —ordené, deteniéndome en el umbral—. Hoy no abandonará la suite. Hay demasiado caos en el resto de la casa y no quiero que sus pies descalzos se manchen con los restos de mis enemigos. La señora Kovac le traerá el almuerzo.

Ella asintió, apartando la mirada. Se adentró en la penumbra de su prisión, caminando hacia el vestidor con una urgencia apenas disimulada. Quería comprobar su escondite. Quería asegurarse de que su pequeño trofeo, su frágil arma de chantaje psicológico, seguía allí.

Me apoyé contra el marco de la puerta, observando su espalda desaparecer tras los paneles de caoba del armario.

Guarda bien tu secreto, Inés.

La dejaría jugar. La dejaría creer que tenía algo de control. Porque cuando llegara el momento de la verdad, el dolor de perder esa ilusión sería el golpe final que la quebraría por entero, rindiendo su alma, su mente y su cuerpo a mi absoluta voluntad.

Cerré la puerta de la suite con un clic silencioso, sellando a la presa en su jaula, y me preparé para limpiar las calles de la Costa del Sol con fuego y sangre.

CAPÍTULO 14 EL PESO DEL PLATINO POV: INÉS NAVARRO

El clic sordo de la cerradura electrónica al sellar la puerta de roble resonó en mis tímpanos como el disparo de un cañón.

Me quedé petrificada en el centro de la inmensa suite, con la manta térmica de emergencia resbalando de mis hombros y cayendo sobre la alfombra persa con un susurro plástico y artificial. El silencio de la habitación era denso, asfixiante, un contraste brutal con el caos de sangre, pólvora y acero del que acababa de emerger.

Estaba sola.

La adrenalina, ese combustible venenoso que me había mantenido en pie durante el tiroteo y las horas de encierro en la sala de pánico, se evaporó de mi torrente sanguíneo en un solo segundo. Mis rodillas cedieron. Caí a plomo sobre el suelo, las palmas de las manos chocando contra la lana de la alfombra. Un temblor espástico, incontrolable y violento se apoderó de mis extremidades.

Respiré por la boca, jadeando, buscando un oxígeno que parecía no llegar a mis pulmones. El olor a ozono purificado y a jazmín de la suite chocaba con el hedor a sangre seca y a sudor militar que había impregnado mis poros al estar pegada al pecho de Aleksei Volkov.

Están muertos. Mató a un hombre a tres metros de mí.

Cerré los ojos con fuerza, pero la oscuridad solo sirvió como pantalla de proyección para la pesadilla. Volví a ver el destello del rifle silenciado. Volví a escuchar el sonido grotesco del cuerpo desplomándose en el mármol del pasillo. Pero, por encima de todo el horror, la imagen que más me aterraba era la de mis propias manos.

Mis dedos, frágiles y manchados de polvo, aferrándose a las correas del chaleco de Kevlar de mi captor.

Me había escondido tras el diablo para huir de los demonios.

Y en el búnker... en esa caja de acero oscuro, cuando me envolvió en sus brazos, no había sentido asco. Había sentido una seguridad tan profunda, tan primitiva y enfermiza, que me daba ganas de arrancarme la piel a tiras.

—Piensa, Inés —susurré, mi voz quebrada rebotando en las paredes vacías—. Levántate. Tienes que pensar.

Abrí los ojos. El instinto de conservación, sepultado bajo capas de Síndrome de Estocolmo y terror crudo, dio un último coletazo. El secreto.

Me puse en pie con una torpeza agónica. Los músculos de mis piernas ardían por la tensión acumulada. El corte superficial en mi antebrazo izquierdo palpitaba al ritmo de mis latidos, escociendo bajo los restos de alcohol antiséptico que él me había aplicado. Caminé arrastrando los pies descalzos hacia la inmensidad del vestidor de caoba.

Las luces halógenas se encendieron con un zumbido apenas perceptible.

Fui directa a la sección de accesorios. Mis manos volaron hacia la estantería central, donde descansaba el bolso de cuero de diseño que había utilizado como caja fuerte improvisada horas atrás. Lo agarré con tanta fuerza que mis uñas marcaron la piel inmaculada del artículo de lujo.

Metí la mano derecha en el interior, buscando desesperadamente el desgarro que había provocado en el forro de seda con las pinzas de depilar. Mis dedos palparon la tela fría, hurgando en la oscuridad del compartimento secreto.

El pánico me estranguló la garganta cuando no encontré nada al primer intento.

Él lo sabe. Dijo que yo era una pésima mentirosa. Contuve la respiración y hundí los dedos más al fondo, arañando la costura inferior. Entonces, la yema de mi índice rozó la textura inconfundible del papel grueso y antiguo.

Un sollozo sordo y gutural escapó de mis labios. Extraje el pequeño rectángulo de papel doblado.

Allí estaba. La nota de Yekaterina. Las letras en ruso, la súplica en español, la mancha de sangre seca en la esquina inferior. Intacta. Exactamente donde la había escondido. Aleksei no la había encontrado, y sus hombres de limpieza no habían registrado el vestidor.

Me dejé caer sentada sobre el taburete acolchado del vestidor, apretando la nota contra mi pecho, justo sobre el corazón. El alivio fue una ola de agua helada sobre mis nervios en llamas, pero duró apenas unos segundos antes de que la verdadera paranoia se instalara en mi cerebro con la fuerza de un parásito.

Él no había encontrado la nota, no. Pero sabía que yo escondía algo.

«Hay un secreto pudriéndose bajo esa mirada de ciervo asustado. Lo sentí en el solárium, y lo siento ahora.»

Las palabras que había susurrado en la sala de pánico resonaron en mi mente con una claridad letal. Aleksei era un depredador analítico. No le hacía falta ver el papel para saber que yo jugaba a esconder mis cartas. Y si lo sabía, ¿por qué no había destrozado la habitación? ¿Por qué no me había arrancado la confesión a golpes o a base de tortura psicológica?

La respuesta me heló la sangre.

Porque estaba jugando conmigo. Dejarme conservar el secreto era una táctica de desgaste. Quería que yo me volviera loca vigilando mis espaldas. Quería que cada vez que la señora Kovac entrara por la puerta, mi pulso se acelerara por el terror a ser descubierta. Quería que la culpa y la paranoia me consumieran desde dentro,

hasta que fuera yo misma quien me arrastrara hacia él, rota de rodillas, suplicando confesar para liberar la presión.

Era un sádico. Un arquitecto del tormento mental. Y yo estaba atrapada en su maqueta.

Volví a doblar la nota con un cuidado enfermizo. Busqué un nuevo escondite, incapaz de confiar en el bolso. Mis ojos barrieron la inmensidad de las cajoneras, la lencería cara, los abrigos. Finalmente, la deslicé bajo la gruesa plantilla de cuero de una de las botas de montar de diseñador que descansaban en la esquina más oscura del vestidor. No era perfecto, pero la urgencia me impedía pensar con claridad.

Salí del vestidor sintiéndome sucia. La sangre en la manga de mi vestido, el polvo del búnker, la humedad del sudor frío... mi cuerpo entero era un testamento físico del horror de las últimas veinticuatro horas.

Caminé hacia el baño principal. Deslicé la puerta de cristal esmerilado y me encerré.

Me desnudé frente al inmenso espejo. El vestido de lino blanco cayó al suelo de mármol como un trapo inútil. Bajo la luz blanca, mi cuerpo parecía un mapa de guerra. Marcas violáceas alrededor de mi muñeca derecha, donde el grillete de acero me había mordido la carne. El corte oblicuo en el antebrazo. Sombras moradas bajo mis ojos castaños, y una palidez mortecina que me daba el aspecto de un cadáver a punto de ser amortajado.

Me metí bajo la inmensa alcachofa de la ducha y giré el monomando hacia el agua caliente.

El chorro hirviente me golpeó los hombros, arrancándome un jadeo. No me importó que quemara. Necesitaba que el agua borrara las huellas invisibles de las manos de Aleksei. Necesitaba purgar el olor a madera de *oud* y pólvora que se había alojado en mis fosas nasales.

Froté mi piel con el jabón de cedro y vetiver hasta que me despellejé la dermis, hasta que el dolor físico logró silenciar por unos instantes el caos mental. Observé cómo el agua se arremolinaba en el desagüe, llevándose los restos tenues de mi propia sangre y el polvo del refugio de acero.

Pero por mucho que me frotara, no podía lavar la verdad.

No había huido en la sala de pánico. Le había permitido abrazarme. Había apoyado mi cabeza en su pecho y había dormido. El monstruo me había sedado con su proximidad, envenenando mis defensas con una ternura macabra que me confundía hasta causarme náuseas.

Apagué el grifo. El silencio regresó, opresivo.

Salí de la ducha y me envolví en un albornoz de rizo grueso y blanco que pesaba como una armadura. Secando mi cabello con una toalla pequeña, volví a la habitación.

El reloj digital del baño marcaba las doce y media de la mañana. El sol andaluz brillaba en el exterior con una indiferencia brutal, iluminando el mar azul y los veleros lejanos que ajenos a los cadáveres que debían de estar siendo empaquetados en los pisos inferiores de la mansión.

Escuché el sordo y característico pitido electrónico de la cerradura principal.

Mi corazón dio un salto mortal. Me apreté el cinturón del albornoz, retrocediendo instintivamente hacia el centro de la habitación.

La pesada puerta de roble se abrió. No era Aleksei.

La inexpresiva señora Kovac entró empujando el consabido carrito de servicio de acero y plata. Su uniforme negro estaba inmaculado, sin una sola arruga, y su moño gris apretado no dejaba escapar ni un mechón. Su rostro eslavo, surcado por arrugas de expresión perpetuamente severas, no mostró ni un ápice de emoción al ver mi estado de shock. Ella actuaba como si la mansión no hubiera sido asaltada por paramilitares unas horas antes.

Empujó el carrito hasta el centro de la zona de estar y lo dejó junto a los sofás de cuero blanco.

—El señor Volkov ordena que coma todo el contenido de la bandeja, señorita Navarro —dijo Kovac. Su acento ruso era más marcado que el de su jefe, áspero y gutural—. Su presión arterial debe de estar baja. Y le ha enviado esto.

La mujer señaló la bandeja de plata. Junto a un plato hondo de caldo de pollo humeante, rebanadas de pan tostado y una jarra de agua mineral, descansaba una pequeña y elegante caja cuadrada, forrada en terciopelo negro.

Kovac no esperó una respuesta. Dio media vuelta, su paso militar resonando en el mármol, y abandonó la suite, dejando que la puerta se sellara a sus espaldas.

Me quedé mirando el carrito de servicio como si albergara una serpiente venenosa.

El hambre era un vacío doloroso en mi estómago, agravado por la resaca de adrenalina, pero toda mi atención fue secuestrada por la caja de terciopelo. Caminé despacio, acercándome a la mesa de cristal. El aroma del caldo caliente me revolvió el estómago, pero mis manos, temblorosas, fueron directas a la pequeña caja oscura.

La tomé. Pesaba.

Apreté el cierre metálico. La bisagra cedió con un pequeño clic suave, revelando el interior forrado de seda blanca.

El oxígeno huyó de mis pulmones.

Descansando sobre el lecho inmaculado de seda, había un collar. Pero no era una joya delicada ni un adorno ostentoso. Era una gargantilla forjada en platino macizo, gruesa, pesada, diseñada para ceñirse a la base del cuello sin dejar espacio para la holgura. En el centro de la banda metálica, engarzada en un marco de plata oscurecida, brillaba una esmeralda de corte cuadrado, oscura y fría como el fondo del océano.

No había broche visible. El diseño integraba una cerradura minúscula, una ranura diseñada para una llave milimétrica.

Bajo la gargantilla, un pequeño trozo de cartulina blanca de alto gramaje contenía una frase escrita a mano, con pluma de tinta negra. La caligrafía era firme, afilada, arrogante. La misma caligrafía de la nota de Yekaterina, pero firme, viva y dictatorial.

«El platino es resistente al fuego, Inés. Póngaselo. Para que cuando mire el mar, jamás olvide a quién pertenece su cuello.»

La amenaza implícita me aplastó el pecho. No era un regalo. Era un yugo. Una correa de lujo diseñada para marcarme como propiedad privada de la *Bratva*.

Mis manos temblaban de forma tan espasmódica que casi dejo caer la caja. La repulsión que me provocaba el objeto chocaba violentamente con el conocimiento absoluto de las consecuencias de la desobediencia. Aleksei acababa de masacrar a seis hombres. Había lavado la sangre de sus pasillos como quien limpia un derrame de vino. Si yo me negaba a ponerme la gargantilla, él entraría por esa puerta y me la colocaría con sus propias manos, obligándome a arrodillarme sobre el mármol para hacerlo.

Lágrimas de humillación, calientes y ácidas, desbordaron por mis pestañas.

Dejé la caja sobre la mesa de cristal. Tomé el frío metal de platino. Pesaba de una forma obscena. Al buscar el mecanismo de cierre, encontré un pequeño botón de presión que abría la gargantilla por la mitad.

Fui hacia el gran espejo de cuerpo entero que adornaba la pared norte de la suite. El albornoz blanco me hacía parecer un fantasma.

Abrí la gargantilla. El platino rozó la piel sensible de mi garganta, un contacto gélido que me provocó un escalofrío hasta la médula. La esmeralda quedó posicionada justo sobre el hueco de mis clavículas. Presioné ambas mitades en la parte posterior de mi cuello.

El clic metálico fue definitivo. Inamovible.

Intenté meter un dedo entre el metal y mi piel, pero no había espacio. Estaba ajustada a la perfección, una medida exacta calculada por un hombre obsesionado con el control. No ahogaba, pero su presencia era un peso constante, una fricción suave y fría que me recordaba en cada milisegundo de mi existencia que yo ya no era libre.

Miré mi reflejo. La esmeralda brillaba bajo la luz artificial, burlándose de mí. Ya no estaba encadenada a la cama con un grillete de acero, pero el platino que rodeaba mi garganta era una prisión infinitamente más opresiva, porque la llevaba puesta. La jaula había dejado de ser una habitación para convertirse en una extensión de mi propio cuerpo.

El llanto se desató, silencioso y roto. Me dejé caer de rodillas frente al espejo, las manos aferradas a la gruesa banda metálica de mi cuello, intentando inútilmente encontrar la forma de arrancarla.

El monstruo había ganado. Me había salvado la vida para poder destruirme el alma a cámara lenta. Y lo peor de todo es que, al recordar el calor de su abrazo en la sala de pánico, una pequeña, repulsiva y envenenada parte de mi cerebro... se alegraba de llevar su marca.

CAPÍTULO 15 EL PESO DE LA CORONA POV: ALEKSEI VOLKOV

El olor a lejía industrial y amoníaco no lograba enmascarar por entero el hedor metálico de la muerte.

Estaba de pie en el centro del inmenso vestíbulo de mármol de la planta baja. Horas antes, este espacio había sido un escenario de guerra, un caos de fuego cruzado y cristales rotos. Ahora, la maquinaria de mi imperio trabajaba en un silencio clínico y aterrador. Cuatro de mis hombres, vestidos con monos asépticos, frotaban la piedra natural con cepillos de cerdas duras, eliminando las charcas de sangre oscura que los mercenarios rumanos habían dejado al vaciarse.

No sentía piedad. No sentía remordimiento. La vida de aquellos hombres valía menos que el coste de los productos químicos utilizados para limpiar sus fluidos del suelo de mi casa.

Dmitry se acercó, sus zapatos pisando el mármol recién secado sin hacer el menor ruido. Sostenía una tableta encriptada en su mano derecha. Su rostro, surcado por las cicatrices de viruela, mantenía la misma expresión de piedra que utilizaba tanto para ordenar un café como para confirmar una ejecución.

—Los cuerpos han sido procesados y trasladados al incinerador del puerto, señor —informó mi lugarteniente, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo táctico—. No habrá rastro digital ni forense. En cuanto a Tarasov... nuestros contactos en Algeciras confirman que el mensaje ha sido entregado. Lo encontraron desangrándose en un callejón de La Línea, sin los dedos de la mano

derecha. Sobrevivirá, pero el dolor garantizará que su nombre sea un anatema en la costa durante décadas.

Asentí despacio, frotándome los nudillos de la mano izquierda con el pulgar derecho. La piel estaba en carne viva, irritada por el impacto de los golpes en el sótano y por la fricción del chaleco de Kevlar que me había quitado minutos atrás. Llevaba una camisa blanca de lino, abierta en los tres primeros botones, y los pantalones oscuros de mi traje.

—Asegura el perímetro exterior con un segundo anillo de seguridad —ordené, mi voz resonando en la acústica del vestíbulo vacío—. Quiero patrullas térmicas cada quince minutos. Y pon precio a la cabeza del líder de la facción rumana en Madrid. Un millón de euros, pago en criptomonedas. Quiero que sus propios hombres lo descuarticen por haberme faltado al respeto.

Dmitry registró las órdenes en la tableta con rápidos toques de sus dedos.

—Se hará, señor Volkov. —Levantó la vista, dudando por una fracción de segundo, un gesto insólito en él—. ¿Y la invitada? La señora Kovac le entregó el obsequio hace una hora.

El mero sonido de la palabra "obsequio" hizo que el monstruo bajo mi esternón se desperezara, estirando sus garras con una anticipación oscura y posesiva.

La gargantilla.

El platino era un metal fascinante. Más denso que el oro, más resistente a la corrosión, implacable. Había encargado esa pieza semanas atrás, mucho antes del asalto, mucho antes de encadenar a Inés Navarro a mi cama. Había sido forjada con la medida exacta de su cuello, calculada a través de las fotografías de vigilancia. La esmeralda central había sido elegida no por su belleza, sino por su profundidad; un abismo verde y oscuro, idéntico al terror que había visto en sus ojos la primera vez que se dio cuenta de que no había escapatoria.

—Yo me encargo de la señorita Navarro —repliqué, la frialdad de mi tono advirtiendo a Dmitry que el tema estaba cerrado.

Di media vuelta y me dirigí hacia la escalinata principal. El ascenso fue lento, deliberado. Cada escalón me alejaba del mundo de la mafia táctica y me sumergía en el microcosmos psicológico que había construido en el ala este.

Mientras caminaba por el pasillo flanqueado por lienzos antiguos y jarrones de la dinastía Ming, mi mente analítica repasó la escena en la sala de pánico. Inés aferrándose a mi chaleco. Su rostro enterrado en mi pecho, buscando refugio del sonido de las balas. La mentira torpe sobre el vestido verde para encubrir el secreto que escondía en la suite.

Ella creía que la jaula era física. Creía que el peligro eran mis hombres, mis armas, las cerraduras electrónicas. No comprendía que la verdadera prisión se estaba forjando en sus propias sinapsis. Al enviarle la gargantilla, no solo le estaba regalando una joya; le estaba imponiendo un recordatorio táctil de mi supremacía. Una marca de propiedad que no podría quitarse sin mi llave, una presión constante sobre su yugular que le recordaría en cada latido quién dictaba si respiraba o se asfixiaba.

Me detuve frente a la puerta de roble de la suite.

No introduje el código. En su lugar, deslicé la tarjeta maestra y abrí la puerta sin previo aviso.

La habitación estaba bañada por la luz brutal del sol de mediodía, filtrada por los inmensos ventanales que ofrecían una vista panorámica del Mediterráneo. El contraste con las tinieblas de la sala de pánico era cegador. El aire olía a limpio, a ozono, y a ese sutil aroma a cedro y vetiver que ella dejaba a su paso.

Inés estaba sentada frente al inmenso espejo de cuerpo entero, en el extremo opuesto de la estancia.

Me quedé inmóvil en el umbral, absorbiendo la visión con la sed de un hombre que lleva años caminando por el desierto.

Llevaba puesto el albornoz blanco de rizo grueso, anudado fuertemente a la cintura, ocultando su cuerpo como si fuera una armadura frágil. Su cabello castaño caía en ondas húmedas sobre sus hombros. Y allí, brillando bajo la luz del sol con una arrogancia helada, estaba el platino.

La gargantilla ceñía su cuello pálido con una precisión asfixiante. La esmeralda oscura descansaba exactamente en el hueco de sus clavículas, un tercer ojo verde que me devolvía la mirada desde el reflejo del espejo.

Al escuchar el sordo clic de la puerta a mis espaldas, Inés se tensó. Su postura se volvió rígida, los músculos de su espalda dibujándose bajo la gruesa tela del albornoz. No se giró para mirarme. Mantuvo la vista clavada en su propio reflejo, y a través del cristal, sus ojos castaños se encontraron con mis pupilas translúcidas.

Caminé hacia ella.

El silencio en la suite era sepulcral, apenas interrumpido por el sonido de mis zapatos sobre el mármol y la alfombra. Cada paso era una declaración de intenciones. No había prisa. El cazador había acorralado a la presa, la había marcado, y ahora se disponía a saborear el efecto del veneno.

Me detuve a escasos centímetros de su espalda.

Mi altura masiva dominaba su figura encogida en el taburete acolchado. Miré nuestro reflejo conjunto en el espejo. El asesino y la periodista. El zar y la cautiva. El contraste entre mi camisa oscura, manchada por la violencia del mundo exterior, y la blancura virginal de su albornoz era poético, casi teatral.

—Es un ajuste perfecto —murmuré, mi voz cayendo en un registro tan grave que vibró en la quietud de la habitación.

Inés tragó saliva. El movimiento de su garganta hizo que la piel rozara contra el platino rígido. Vi cómo cerraba los puños sobre sus muslos, los nudillos blancos por la tensión.

—Pesa —respondió ella. Su voz era un susurro roto, desprovisto de la bravuconería insolente de los primeros días. Era el sonido de la capitulación.

—El platino es el metal de los reyes, *ptichka*. Pesa porque tiene valor. Porque exige ser sentido en todo momento.

Levanté las manos lentamente. Mis nudillos despellejados, aún con rastros de sangre seca en los bordes de los cortes, contrastaban brutalmente con la pulcritud de la escena. Posé ambas manos sobre sus hombros, agarrando la gruesa tela del albornoz.

Inés emitió un jadeo ahogado, un sonido minúsculo de pánico y anticipación, arqueando ligeramente la columna hacia atrás, acercando su calor a mi vientre. La disonancia cognitiva la estaba destrozando. Me temía, pero mi tacto se había convertido en un ancla retorcida.

Deslicé mis pulgares por el rizo blanco, apartando la tela para dejar al descubierto la piel de su cuello y sus hombros.

Me incliné hacia delante, apoyando la barbilla cerca de su oreja. El olor a jabón limpio y a miedo me llenó los pulmones.

—Inténtelo —susurré, mi aliento rozando la concha de su oreja, erizando el vello de su nuca—. Intente quitársela.

Sus ojos se abrieron de par en par en el reflejo. Estaban inyectados en sangre por el llanto reciente, brillantes por las lágrimas no derramadas. Levantó las manos temblorosas hacia su propia garganta. Sus dedos, frágiles y pálidos, buscaron el cierre en la parte posterior del platino. Arañó el metal, buscando una hendidura, un botón, una debilidad en la estructura perfecta.

No había ninguna. La cerradura era milimétrica, diseñada para abrirse únicamente con la llave que descansaba en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Su respiración se aceleró, volviéndose errática. Tiró de la banda de platino hacia delante, intentando crear un espacio entre el metal y

su tráquea, pero la joya no cedió ni un milímetro. Estaba forjada para resistir.

—No sale... —sollozó, dejando caer las manos al regazo en un gesto de absoluta derrota. Una lágrima solitaria, caliente y salada, resbaló por su mejilla.

—Por supuesto que no sale —ronroneé, deslizando mis manos desde sus hombros hasta su cuello.

Mis dedos largos, ásperos y callosos, envolvieron el metal frío de la gargantilla. Mis pulgares se posaron sobre la esmeralda cuadrada, mientras el resto de mis dedos acariciaban la piel ardiente de su nuca, rozando el límite superior de la joya. La fricción entre el frío del platino, el calor febril de su cuerpo y la textura de mis cicatrices creó una tormenta sensorial en el ambiente.

Inés cerró los ojos, dejando caer la cabeza ligeramente hacia atrás, rindiéndose a la presión de mis manos.

—Este metal no es un adorno, Inés. Es un límite. Es la frontera física entre el mundo y mi propiedad.

Apreté ligeramente el agarre. No para asfixiarla, sino para que sintiera la fuerza latente en mis músculos, para que comprendiera que, aunque la gargantilla la marcaba, era mi mano la que tenía el poder de destruirla. El pulso errático y salvaje de su carótida latía directamente contra la palma de mi mano, un tamborileo de vida que yo sostenía en mi puño.

—Abre los ojos —ordené, abandonando el "usted", utilizando el tuteo de forma deliberada, como un cuchillo cortando las últimas amarras de la formalidad que la protegía.

Ella obedeció. Sus párpados se abrieron con lentitud, revelando un ámbar oscuro, líquido y sometido en el espejo.

—Mírate —exigí, manteniendo la presión en su cuello, mi rostro asomando por encima de su hombro en el reflejo—. Ya no eres la periodista insolente que buscaba la ruina de los demás. Ya no eres

un cabo suelto. Estás marcada. Llevas mi sangre en las manos y mi platino en la garganta.

Inés hipó, un sonido patético, desgarrador.

—Eres un monstruo... —murmuró, casi sin mover los labios.

—Soy tu monstruo —le corregí, deslizando mis pulgares desde la esmeralda hasta la suave curva de su mandíbula, alzando su rostro para que el contacto visual en el espejo fuera ineludible—. Yo te arranqué del fuego anoche. Yo masacré a seis hombres para asegurarme de que nadie entrara en esta habitación. El mundo exterior quiere descuartizarte, Inés. Yo, en cambio, te corono.

La manipulación psicológica, refinada y tóxica, penetró en su mente como una aguja hipodérmica. Estaba inyectándole la culpa, la dependencia y la Síndrome de Estocolmo directamente en la vena.

—¿De quién eres? —pregunté, mi voz un trueno bajo que exigía sumisión absoluta.

El silencio se apoderó de la suite. El aire se volvió sólido. Inés luchaba. Podía verlo en la tensión de su mandíbula, en la forma en que sus pupilas se dilataban. La lógica de su vida pasada gritaba que me escupiera a la cara, que luchara hasta morir. Pero la mujer rota que había dormido en mi pecho en la sala de acero oscuro sabía que la rebelión solo traía sangre y soledad.

—¿De quién eres? —repetí, acariciando la esmeralda con el pulgar.

Sus labios temblaron. Las palabras se formaron, dolorosas, ácidas y definitivas, antes de abandonar su boca.

—De Aleksei... Soy tuya.

La rendición verbal fue una explosión sorda en mis entrañas. El monstruo gruñó, satisfecho, victorioso. Había derribado la ciudadela de su orgullo. La había reducido a escombros y la había obligado a suplicar asilo en mis brazos.

Solté la gargantilla, pero no me aparté.

Me incliné, girando mi rostro hasta que mis labios rozaron la curva de su cuello desnudo, justo por encima de la banda de platino. El contacto de mi boca contra su piel febril la hizo estremecerse violentamente, un espasmo de puro terror eléctrico que no tenía nada que ver con la repugnancia. Besé la piel suave y palpitante, dejando que el rastro de mi aliento caliente y la humedad de mis labios la marcaran de forma tan indeleble como el metal.

No hubo resistencia. Solo un jadeo ahogado, un pequeño sonido de claudicación, mientras sus manos se aferraban a los bordes de la mesa del tocador para no desmoronarse.

Me erguí, alejándome de su cuerpo, llevándome el calor y dejando un rastro de escarcha y sumisión a mi paso.

—Esta noche tendremos invitados a cenar —anuncié, recuperando la frialdad utilitaria, cambiando el tono a uno conversacional, como si la fractura de su alma no acabara de producirse frente al espejo—. Dos de mis socios europeos. Quiero que te vistas. Encontrarás un vestido de alta costura en el vestidor. Y, por supuesto, la gargantilla permanece en su sitio.

Inés no se giró. Se quedó mirando al vacío en el espejo, una muñeca rota, coronada en joyas y atrapada en una pesadilla de la que ya no deseaba despertar por entero.

—Te espero en el salón principal a las ocho en punto, Inés. Y sonríe. Quiero que mis invitados vean lo bien que cuido de mis propiedades.

Di media vuelta y abandoné la suite. La puerta se cerró con un clic definitivo. La marca estaba puesta, la bestia estaba domada, y el juego, ahora, entraba en su fase más sádica y pública.

CAPÍTULO 16 LA EXHIBICIÓN DE LA PRESA POV: INÉS NAVARRO

«Soy tuya».

Las dos palabras flotaban en el aire asfixiante de la suite, venenosas, densas, repitiéndose en mi mente como el eco de un disco rayado. Habían salido de mi boca. Las había pronunciado voluntariamente frente al espejo, bajo la presión de sus manos y el escrutinio de sus ojos de hielo. Había entregado la última parcela de mi voluntad a cambio de una tregua efímera, y el precio de esa rendición pesaba ahora físicamente sobre mi clavícula.

El platino.

Llevé las yemas de mis dedos temblorosos a la gruesa gargantilla. El metal estaba frío, un contraste brutal contra la piel febril de mi cuello. La esmeralda cuadrada, engarzada en el centro exacto de mi garganta, parecía latir con vida propia, un ojo verde y oscuro que me marcaba como propiedad privada de Aleksei Volkov. Intenté introducir la uña del dedo índice bajo el borde metálico, buscando un milímetro de holgura para poder respirar con normalidad, pero la joya estaba forjada para oprimir. No me ahogaba, pero me recordaba en cada milisegundo que estaba encadenada.

El reloj digital incrustado en el espejo del baño parpadeó. Siete y media de la tarde.

Faltaba media hora para la cena. Media hora para enfrentarme a los «socios europeos» de la *Bratva*. Hombres que, con toda seguridad, compartían la misma naturaleza letal y desprovista de escrúpulos que mi captor.

Me levanté del taburete del tocador. Mis piernas parecían estar hechas de plomo. El albornoz blanco, que horas antes me había servido de escudo, ahora me parecía un sudario húmedo y pesado. Me deshice del nudo de la cintura y dejé que la tela de rizo cayera al suelo de mármol.

Caminé desnuda hacia la inmensidad del vestidor. El frío del aire acondicionado erizó mi piel al instante.

Aleksei había dicho que encontraría un vestido de alta costura esperándome. No tuve que buscar demasiado. Colgado de una percha de terciopelo negro en el centro de la isla principal, iluminado por un foco halógeno diseñado para resaltar su textura, aguardaba la prenda.

Era un vestido largo, forjado en seda líquida de un color carmesí tan oscuro que, en las sombras, parecía sangre coagulada. No tenía tirantes, ni mangas. El corpiño estaba estructurado con ballenas invisibles para ceñirse a la cintura y elevar el pecho, dejando los hombros y la clavícula por entero al descubierto para que el collar de platino reinara sin competencia visual. La falda caía pesada y recta, pero un corte lateral ascendía peligrosamente hasta la mitad del muslo, prometiendo revelar demasiada piel a cada paso.

Junto al vestido, sobre el mueble de caoba, descansaba ropa interior de seda negra y unos tacones de aguja de suela carmesí.

Me vestí con movimientos autómatas. La seda se deslizó por mi cuerpo con un roce pecaminoso, adaptándose a mis curvas con una precisión que me hizo odiar aún más al hombre que conocía mis medidas a la perfección. Al calzarme los tacones, mi postura cambió. La altura forzada me obligó a arquear la espalda y alzar la barbilla, proyectando una seguridad altiva que era una mentira absoluta.

Me miré en el espejo de cuerpo entero del vestidor.

No reconocí a la mujer que me devolvía la mirada. El cabello castaño, seco y peinado en ondas sueltas que caían por mi espalda, contrastaba con la palidez espectral de mi rostro. El vestido rojo

sangre me abrazaba como una segunda piel. Pero era el collar lo que anclaba toda la imagen. El platino y la esmeralda gritaban sumisión. Gritaban riqueza. Gritaban que yo era un trofeo arrebatado del mundo exterior y domesticado para el placer visual de un monstruo.

Un golpe sordo en la puerta de roble interrumpió mi trance.

—Señorita Navarro. Faltan cinco minutos.

La voz de Dmitry era el metrónomo de mi ejecución.

Salí del vestidor, crucé la suite y abrí la puerta. El lugarteniente de Volkov me evaluó con su habitual frialdad clínica. Sus ojos, rodeados de pequeñas cicatrices de viruela, se detuvieron una fracción de segundo más de lo necesario en la esmeralda de mi cuello, reconociendo el símbolo. Un destello de algo que rozaba el respeto y la advertencia cruzó su mirada antes de apartarse a un lado.

—Sígame. Los invitados ya están en el salón principal.

Caminé tras él por el inmenso pasillo del ala este. El silencio de la mansión había cambiado. Ya no era la quietud sepulcral de un búnker cerrado, sino la tensión contenida de un campo de batalla en pausa. Al llegar a la galería superior que daba al vestíbulo, miré hacia abajo.

No había rastros de la masacre de la mañana. El mármol negro y dorado brillaba, inmaculado. Ni una gota de sangre, ni un casquillo de bala, ni un solo olor a pólvora. El poder de Aleksei para borrar la muerte era aterrador.

Descendimos la inmensa escalinata curva. El sonido de mis tacones resonaba en la piedra, anunciando mi llegada como una campana fúnebre.

A medida que nos acercábamos a las dobles puertas de caoba del salón principal, el murmullo de voces masculinas llegó a mis oídos. Hablaban en inglés, con acentos densos y arrastrados. El olor a humo de puros puros, a coñac caro y a colonia masculina se filtró por las rendijas de las puertas.

Dmitry empujó las pesadas hojas de madera, abriéndolas de par en par.

El salón principal era un derroche de exceso y poder. Iluminado por inmensas lámparas de araña de cristal de Baccarat, el espacio estaba dominado por sofás de cuero oscuro, obras de arte renacentista y una inmensa chimenea encendida a pesar de estar en verano, arrojando lenguas de fuego que se reflejaban en los espejos de las paredes.

Aleksei estaba de pie frente al fuego.

Llevaba un esmoquin negro hecho a medida, impecable, sin pajarita, con el primer botón de la camisa blanca desabrochado. Exudaba una brutalidad elegante que dominaba la sala por entero. Sostenía un vaso de cristal bajo con un líquido ámbar en la mano derecha.

Al escuchar el crujido de la puerta, giró la cabeza.

Sus ojos translúcidos, letales y fríos, se clavaron en mí. El tiempo se detuvo. Su mirada recorrió la seda roja, la curva de mi cintura, el corte en la pierna, y finalmente, ascendió hasta el platino que aprisionaba mi garganta. Una tensión eléctrica, densa como el mercurio, saltó a través de la habitación, conectando sus pupilas con las mías. Vi cómo su mandíbula se tensaba y cómo el agarre sobre su vaso de cristal se volvía blanco. La obsesión pura, territorial y devoradora, brilló en su rostro antes de que la máscara de zar inescrutable volviera a caer sobre sus facciones.

—Señores —dijo Aleksei, su voz baja y rasposa cortando el murmullo de la sala—. Les presento a Inés.

Los dos hombres que ocupaban los sofás de cuero se giraron hacia mí.

El primero era un hombre de unos cincuenta años, delgado, con el cabello peinado hacia atrás y un traje gris impecable. Emanaba un aire de frialdad burocrática, como un banquero que casualmente financiaba guerras. Me dedicó un asentimiento breve y desprovisto de interés.

Pero fue el segundo hombre el que hizo que mi estómago se contrajera de terror.

Era un gigante, casi tan alto como Aleksei, pero de complexión mucho más tosca. Tenía el cabello rubio ceniza, cortado al ras, y una cicatriz profunda que le partía la ceja izquierda y descendía por el pómulo. Su traje negro parecía a punto de estallar por la tensión de sus músculos. Me miró, y no vi la indiferencia del otro socio; vi el hambre cruda y primitiva de un lobo hambriento. Sus ojos azules, deslavados y opacos, bajaron sin ningún pudor hacia mi escote, deteniéndose en la esmeralda, para luego recorrer la seda roja hasta mis caderas.

—Volkov —gruñó el gigante, su voz retumbando en la sala con un acento fuertemente escandinavo—. Habías mencionado que estabas redecorando la casa, pero no dijiste que habías adquirido obras de arte tan exquisitas.

Aleksei no sonrió. No parpadeó. Dejó su vaso sobre la repisa de mármol de la chimenea y comenzó a caminar hacia mí.

—Lars, esta es Inés —repitió Aleksei, deteniéndose a mi lado, tan cerca que pude sentir el calor de su brazo rozando el mío—. Inés, estos son el señor Moreau y el señor Nyström. Mis socios en la expansión escandinava.

Me obligué a tragar saliva, un movimiento doloroso bajo la presión del collar.

—Buenas noches —susurré. Mi voz sonó frágil, asustada, rompiendo la ilusión de la mujer fatal que sugería el vestido.

Aleksei posó su mano izquierda en la base de mi espalda, justo donde terminaba la cremallera oculta del vestido. Sus dedos largos se cerraron con firmeza sobre la curva de mi cadera. Era un gesto que, para los observadores externos, simulaba galantería, pero yo sabía leer la presión de sus nudillos. Era una advertencia. Una marca física que gritaba «mía» a la habitación entera.

—Pasad al comedor —ordenó Aleksei, su tono dejando claro que no era una sugerencia.

Moreau y Lars se levantaron. Caminamos hacia la estancia contigua, una sala dominada por una mesa de caoba negra lo suficientemente larga para albergar a treinta comensales, aunque solo estaba puesta para cuatro.

Me sentaron a la derecha de Aleksei, en la cabecera de la mesa. Lars se sentó justo frente a mí, y Moreau a la izquierda de Volkov.

El servicio de la cena comenzó en un silencio opresivo. La señora Kovac y otros dos empleados mudos sirvieron platos de porcelana humeantes y vertieron vino tinto en copas de cristal finísimo. Yo apenas podía mirar el plato. El olor a carne asada y trufas me revolvía el estómago.

La conversación giró en torno a rutas marítimas, contenedores bloqueados en el mar Báltico y porcentajes de blanqueo de capitales a través de empresas fantasma en Chipre. Hablaban de delitos internacionales, de corrupción a escala gubernamental y de asesinatos estratégicos con la misma naturalidad con la que se discute el clima. Yo mantenía la vista clavada en mi servilleta de lino, intentando hacerme invisible.

Pero Lars Nyström no estaba dispuesto a dejarme desaparecer.

—Dime, pequeña —dijo de repente, cortando la explicación de Moreau sobre las aduanas francesas. Su voz áspera cruzó la mesa, obligándome a levantar la vista. Lars sostenía su copa de vino, girando el líquido rojo mientras me clavaba su mirada de depredador —. ¿De dónde te sacó Aleksei? No tienes acento de Moscú, y claramente no eres de las zonas ricas de Madrid. Eres... demasiado auténtica. Demasiado viva para su gusto habitual por el hielo.

El pánico se apoderó de mi garganta. Miré a Aleksei de reojo, buscando una indicación, una orden, pero su rostro era una máscara de póquer inescrutable. Estaba cortando su carne, sus movimientos pausados y metódicos.

—Soy... soy del sur de España —logré responder, mi voz temblando.

Lars soltó una carcajada ronca, enseñando unos dientes amarillentos que contrastaban con su traje caro.

—Del sur. Caliente. Apasionada. —Se inclinó hacia delante, apoyando los gruesos antebrazos sobre el mantel inmaculado. Sus ojos bajaron de nuevo hacia el collar de platino, y una sonrisa cruel curvó sus labios—. Un pájaro del sur atrapado en la jaula de un ruso. Ese collar es precioso, Inés. Pesa mucho, ¿verdad?

El insulto implícito estaba servido. Lars sabía exactamente qué significaba la gargantilla. Sabía que yo no era una amante consentida; sabía que era una prisionera. Y estaba disfrutando de mi humillación.

—Lars —la voz de Aleksei resonó en el comedor, no más alta que un susurro, pero cargada de una amenaza tan densa que el aire pareció congelarse al instante.

Volkov dejó los cubiertos sobre la porcelana. El leve tintineo metálico sonó como un disparo. Levantó la vista y sus ojos translúcidos, gélidos como el invierno siberiano, se fijaron en el gigante escandinavo.

—Estás cruzando una línea que no puedes permitirte, amigo mío.

Lars no retrocedió. La brutalidad de su propia naturaleza chocó de frente con la autoridad de Aleksei. Se recostó en la silla, abriendo los brazos en un gesto de desafío apenas velado.

—Oh, vamos, Aleksei. Solo estoy haciendo conversación. Tienes el control total sobre los envíos, sobre los puertos, e incluso sobre esta belleza que has encadenado a tu lado. —Lars me miró, y la lascivia en sus ojos me hizo sentir sucia—. Es una lástima que seas tan egoísta. En Estocolmo, compartimos los botines entre socios. Yo estaría dispuesto a cederte un dos por ciento adicional en las aduanas por un fin de semana a solas con ella.

El mundo se detuvo.

El terror me asfixió. Miré a Lars con los ojos muy abiertos, sintiendo náuseas. Estaba negociando mi cuerpo. Me estaba comprando con rutas de contrabando en la misma mesa donde yo estaba sentada.

Un ruido ensordecedor rompió la escena.

No hubo un grito. No hubo una amenaza verbal. Aleksei se levantó de su silla con la velocidad de una cobra atacando. Su mano inmensa se cerró en torno al cuello de la botella de vino tinto que descansaba sobre la mesa. Con un movimiento brutal, salvaje y carente de cualquier humanidad, estrelló la botella directamente contra el rostro de Lars.

El cristal estalló en mil pedazos. El sonido del hueso crujiendo al fracturarse resonó en la acústica del comedor.

Lars soltó un aullido de agonía animal, cayendo hacia atrás, su silla volcándose con un estruendo sordo. El vino carmesí, mezclado con la sangre espesa que brotaba de los profundos cortes en su rostro y de su nariz destrozada, salpicó el mantel inmaculado, las paredes y mi propia piel.

Moreau se puso de pie de un salto, retrocediendo aterrorizado, pálido como un espectro, con las manos en alto en señal de rendición pasiva.

Yo me encogí en mi silla, gritando, llevándome las manos a los oídos, aterrorizada por la explosión de violencia gratuita.

Lars se retorcía en el suelo de mármol, escupiendo sangre y dientes rotos, llevándose las manos al rostro destrozado, incapaz de defenderse.

Aleksei no lo miró. Respiraba de forma pausada, como si acabar de desfigurar a uno de sus mayores socios europeos no le hubiera costado el más mínimo esfuerzo físico. Tiró el cuello roto de la botella al suelo y tomó una servilleta de lino limpio de la mesa. Se limpió la sangre ajena de los nudillos con una calma que helaba la sangre.

El silencio volvió al comedor, ahogado únicamente por los gemidos guturales del escandinavo herido.

Aleksei giró la cabeza hacia mí.

Su rostro estaba salpicado de diminutas gotas de sangre roja que contrastaban violentamente con la blancura de su camisa. El monstruo había salido a la superficie por entero. Sus ojos translúcidos ardían con un fuego infernal, posesivo y letal.

Caminó hacia mí, acortando el paso que nos separaba. Me encogí en el asiento, esperando que la ira también recayera sobre mí, esperando el golpe.

Pero Aleksei no me golpeó.

Se inclinó sobre mi silla, apoyando las manos en los reposabrazos, encerrándome en su gravedad. El olor a hierro, a vino dulce y a pólvora implícita me inundó. Acercó su rostro al mío hasta que nuestras narices casi se rozaron. Su mirada descendió desde mis ojos aterrorizados hasta la gargantilla de platino que brillaba en mi cuello, ahora manchada por una pequeña gota de la sangre de Lars.

Levantó su mano derecha. El pulgar áspero y manchado de sangre ajena presionó contra la esmeralda, limpiando el rojo sobre la piedra verde, empujando el metal contra mi tráquea hasta que tuve que jadear buscando aire.

—¿Qué dice el metal, Inés? —susurró, su voz vibrando con una furia tan profunda que sacudió mis huesos.

—Suya... —balbuceé, las lágrimas cegándome, la garganta ardiendo bajo la presión de sus dedos—. Soy tuya.

Aleksei asintió lentamente. Mantuvo la presión un segundo más, saboreando la submissión absoluta, la confirmación de su propiedad exclusiva. Luego, soltó mi cuello.

Se irguió en toda su altura y se giró hacia Moreau, que seguía pegado a la pared, aterrorizado.

—Llama a los equipos de limpieza, Moreau —ordenó Aleksei, su tono volviendo a la frialdad burocrática—. Y diles a tus jefes en París que el señor Nyström acaba de perder el monopolio del puerto de Estocolmo. La próxima vez que alguien en esta mesa vuelva a mirar a mi mujer, no usaré una botella de vino. Le sacaré los ojos con mis propios pulgares. ¿Nos hemos entendido?

—Absolutamente, señor Volkov —tartamudeó el francés, asintiendo frenéticamente.

Aleksei me miró por última vez. Había masacrado a un hombre en medio de una cena de gala solo por el atrevimiento de pensar en poseerme. El mensaje era brutal y definitivo. Me estaba destruyendo, pero al mismo tiempo, acababa de demostrarme que preferiría incendiar el mundo entero antes de permitir que nadie más me tocara.

Y lo más retorcido, oscuro y repulsivo de todo... era que en medio del pánico y el olor a sangre, mi corazón latía desbocado, embriagado por la letalidad de su protección. La jaula era mi infierno, pero Aleksei Volkov era el único dios al que le rezaría.

CAPÍTULO 17 EL COLOR DE LA SUMISIÓN POV: ALEKSEI VOLKOV

El crujido húmedo y sordo del hueso facial de Lars Nyström al fracturarse bajo el impacto del cristal seguía reverberando en los tendones de mi mano derecha.

De pie en el comedor, rodeado por el olor denso del vino tinto derramado y el inconfundible hedor cobrizo de la sangre humana, experimenté una claridad mental absoluta. El gigante escandinavo gemía en el suelo de mármol, un bulto patético y desangrado que se ahogaba en sus propios dientes rotos. Moreau, pálido como un cadáver, se encogía contra la pared, suplicando clemencia en silencio con los ojos desorbitados.

Pero el centro de mi universo, el único punto de gravedad en esa habitación destrozada, era la mujer sentada a mi lado.

Inés.

La seda carmesí de su vestido parecía fundirse con el escenario de carnicería que yo acababa de pintar para ella. Estaba paralizada, con la respiración contenida, los ojos fijos en la esmeralda de su propio cuello que yo acababa de limpiar con mi pulgar manchado. *«Soy tuya»*, había susurrado. Dos palabras que habían actuado como un sedante directo a la bestia salvaje que rugía en mis entrañas.

Solté un suspiro lento, controlado, purgando la adrenalina letal de mis pulmones.

—Levántate —ordené. Mi voz no era un grito; era un murmullo bajo, rasposo, que cortó el aire pesado del comedor con la precisión de un bisturí.

Inés no dudó. El terror a mi imprevisibilidad había erradicado cualquier atisbo de desobediencia. Se puso en pie con un movimiento rígido, la seda roja deslizándose por sus muslos. Sus piernas temblaban de forma tan evidente que los tacones de aguja repiquetearon levemente contra el suelo.

No miré a mis socios. Lars era basura, un problema logístico menor que mis hombres limpiarían en menos de diez minutos.

Extendí la mano izquierda y la posé en la base de la espalda de Inés, justo donde la "V" del vestido dejaba la piel desnuda. El contraste térmico fue abrasador. Mi mano estaba fría, tensa por la violencia reciente; su piel, en cambio, ardía con la fiebre del pánico. Al sentir mi tacto, un escalofrío violento sacudió su columna vertebral, pero no se apartó. Se inclinó instintivamente hacia mi gravedad.

La guié hacia las puertas dobles del comedor. Caminamos por el vestíbulo en silencio. El único sonido era el clic acompasado de sus tacones y el paso firme de mis zapatos sobre la piedra pulida.

Mientras ascendíamos por la inmensa escalinata curva, mi mente analítica diseccionó lo que acababa de ocurrir. Durante años, había mantenido un control férreo sobre mis emociones. La ira era una herramienta que utilizaba con fines tácticos, nunca un estallido incontrolable. Pero cuando el bastardo sueco la miró... cuando pronunció las palabras «un fin de semana a solas con ella», la racionalidad se evaporó por entero. La visión de otro hombre tocando lo que me pertenecía, profanando el territorio que yo había marcado con mi platino y mis cicatrices, desató una sed de sangre primitiva.

Me estaba volviendo vulnerable. La obsesión se estaba arraigando en mis huesos, transformando a esta periodista en mi talón de Aquiles. Y, de un modo oscuro y retorcido que desafiaba cualquier lógica, la idea de esa debilidad me resultaba exquisitamente adictiva.

Llegamos a la puerta de roble de la suite principal.

Deslicé la tarjeta magnética. El mecanismo electrónico cedió con un siseo apagado. Empujé la madera y la obligué a entrar antes que yo.

La habitación estaba sumida en la penumbra. Solo las luces tenues de los apliques de la pared y la pálida luz de la luna que se filtraba por el inmenso ventanal iluminaban el espacio. El olor a jazmín y aire acondicionado chocó contra el aroma metálico de la violencia que traíamos pegado a la ropa.

Cerré la puerta a mis espaldas y pasé el pestillo de seguridad manual. El sonido metálico resonó en la suite, sellando nuestra reclusión.

Inés se detuvo en el centro de la alfombra persa. Nos daba la espalda a la puerta, mirando hacia el mar oscuro más allá del cristal. Sus hombros subían y bajaban de forma errática. Estaba atrapada en una cámara de descompresión emocional. En menos de dos horas, había sido exhibida como un trofeo, insultada por un mafioso extranjero y, finalmente, defendida con una brutalidad que superaba sus peores pesadillas.

Caminé hacia ella. Mis pasos eran lentos, deliberados.

El instinto me pedía arrancarle el vestido a tiras, arrojarla sobre las sábanas de seda negra y consumar la posesión que había reclamado en el comedor. El deseo era un nudo de plomo ardiendo en mi bajo vientre. Pero el Dark Romance, el verdadero arte de quebrar la voluntad humana, no reside en la inmediatez de la carne; reside en la agonía de la anticipación.

Me detuve a escasos centímetros de su espalda.

El corte pronunciado del vestido carmesí me ofrecía una vista perfecta de la delicada curva de su columna vertebral. Inés contuvo la respiración al sentir el calor de mi pecho irradiando contra su piel desnuda.

Levanté las manos. Mis nudillos seguían manchados con la sangre reseca de Lars. Pequeñas salpicaduras rojas ensuciaban los puños blancos de mi camisa de lino. Era la viva imagen de la barbarie, un

depredador que acababa de despedazar a un rival y regresaba a la guarida con su presa.

Posé las manos sobre sus hombros descubiertos.

Inés emitió un sonido ahogado, un cruce entre un sollozo y un gemido, y dejó caer la cabeza hacia delante, rindiéndose al peso de mi tacto. La gargantilla de platino destelló a la luz de la luna.

—Estás a salvo —murmuré, mi voz cayendo en un registro tan grave que parecía vibrar desde el interior de mi propio pecho—. Nadie volverá a mirarte de esa forma. Nadie volverá a insultar lo que me pertenece.

—Le has destrozado la cara... —susurró ella, su voz temblando, las palabras chocando contra el cristal del ventanal.

—Le habría arrancado la cabeza si el comedor no tuviera alfombras tan difíciles de limpiar —repliqué con una frialdad absoluta, sin un ápice de arrepentimiento.

Deslicé mis pulgares por la base de su nuca, justo por encima del cierre milimétrico de la gargantilla. La fricción de mis callosidades contra su piel aterciopelada la hizo estremecerse. Estaba aterrada por la violencia de la que yo era capaz, pero mi cuerpo era el único escudo que conocía. Estaba atrapada en la red de la Síndrome de Estocolmo, tejiendo su propia dependencia a mi alrededor.

Bajé las manos, recorriendo sus brazos envueltos en la seda roja, hasta llegar a su cintura.

—El vestido —ordené, mi aliento rozando la concha de su oreja.

Inés no se movió por un segundo. La orden flotó en el aire helado de la suite. Luego, con una lentitud nacida de la parálisis, levantó las manos temblorosas hacia su espalda, buscando el pequeño tirador metálico de la cremallera oculta que bajaba desde el centro de sus omóplatos.

Sus dedos rozaron los míos. Estaban helados. Incapaces de agarrar el diminuto trozo de metal.

—Deja que lo haga yo —susurré.

Aparté sus manos con suavidad. Agarré el tirador de la cremallera.

El sonido de los dientes metálicos separándose fue agudo, lento y tortuoso. Bajé el cierre centímetro a centímetro. A medida que la cremallera descendía, la tensión de la seda se aflojaba, revelando el encaje negro de la lencería que yo mismo había elegido, y la extensión pálida de su piel.

El contraste visual era abrumador. La sangre seca en mis manos rozaba el borde del vestido rojo, manchando la ilusión de pureza que Inés intentaba conservar.

Al llegar a la base de su columna, solté el tirador.

El corpiño estructurado perdió su anclaje. La seda pesada resbaló por sus hombros, cayendo por sus brazos, deslizándose por sus caderas hasta acumularse en un charco rojo y brillante alrededor de sus tacones de aguja.

Inés se quedó de pie, vestida únicamente con el conjunto de lencería francesa negra, la imponente gargantilla de platino y los zapatos altos.

El frío de la habitación la golpeó, erizando la piel de sus brazos y sus muslos. Se cruzó de brazos instintivamente, intentando ocultar sus pechos, encogiendo los hombros en una postura de extrema vulnerabilidad.

Yo no me aparté. Di un paso al frente, eliminando la escasa distancia que nos separaba, hasta que mi pecho, protegido por la fina tela de mi camisa blanca manchada, rozó su espalda desnuda.

—No te escondas —gruñí, agarrando sus muñecas con firmeza y obligándola a descruzar los brazos.

Desplegué sus brazos a los lados de su cuerpo. La mantuve así, inmovilizada desde atrás, el reverso de su cuerpo presionado contra el anverso del mío. Mi altura me permitía mirar por encima de su cabeza. Levanté la mirada hacia el inmenso ventanal frente a

nosotros. El cristal blindado, actuando como un espejo oscuro frente a la noche, nos devolvía un reflejo fantasmagórico.

Obligué a Inés a levantar la barbilla.

—Mira —le ordené, fijando mis ojos translúcidos en su reflejo asustado—. Mira lo que eres ahora.

Inés abrió los ojos y miró al frente. La imagen en el cristal era devastadora. Yo la envolvía como una sombra amenazante, inmensa, vestido con la ropa ensangrentada del mundo de los asesinos. Ella, pálida y desprotegida, brillaba con la fragilidad de una figura de porcelana a punto de ser triturada. Y en el centro exacto de esa composición macabra, el collar de esmeralda dictaba la sentencia.

—Eres mía, Inés —susurré. Mis labios rozaron la curva de su cuello, justo debajo de la oreja. Sentí cómo su pulso se disparaba, un latido frenético contra la piel—. Y nadie, absolutamente nadie, volverá a ponerte un precio.

Liberé su muñeca derecha y deslicé mi mano hacia arriba, rodeando su cintura, sintiendo la textura del encaje negro contra mi palma, subiendo por su abdomen liso y tenso hasta detener mi mano abierta justo por debajo del borde de su sujetador. Sentía el latido de su corazón rebotando contra mis nudillos magullados.

La respiración de Inés se volvió superficial, errática. Cerró los ojos, incapaz de soportar la intensidad de nuestro reflejo.

Dejó caer la cabeza hacia atrás, apoyándola contra mi hombro. Fue un gesto minúsculo, pero cargado de un significado absoluto. Era la claudicación del orgullo. La aceptación de la bestia.

Giré el rostro y hundí la nariz en la curva de su cuello. Aspiré el aroma de su piel, el cedro y la fiebre, embriagándome con la fragancia de su miedo y de su excitación soterrada. Abrí los labios y presioné un beso húmedo, firme y posesivo contra el tendón tenso de su garganta, justo al lado de la banda de platino.

Inés ahogó un gemido. Sus manos, antes caídas a los lados, se alzaron para aferrarse a mi antebrazo, el que cruzaba su pecho. Las uñas se clavaron en la tela de mi camisa. No me estaba empujando. Me estaba anclando.

Mi otra mano, la que había dejado libre, subió por la curva de su cadera, trazando el límite de la seda negra de su ropa interior. El roce de mis dedos ásperos y manchados de violencia contra su piel intacta era una profanación que ambos estábamos saboreando. Trazó la línea de su muslo, ascendiendo con una lentitud agónica.

El cuerpo de Inés temblaba bajo mi dominio. La humedad de sus labios, la aceleración de su respiración... cada señal fisiológica indicaba que la barrera del asco había sido derribada, sustituida por una respuesta primaria y arrolladora hacia el hombre que le garantizaba la vida, aunque le robara la libertad.

La tensión erótica en la habitación alcanzó un nivel de toxicidad casi insoportable. Quería girarla. Quería arrojarla contra el cristal blindado y hacerla gritar mi nombre hasta que la voz se le quebrara.

Pero el dolor punzante en mis nudillos me devolvió a la realidad.

La sangre seca de Lars.

Detuve mi mano en su cadera. El instinto me gritaba que avanzara, pero la disciplina marcial, esa misma que me había mantenido vivo en las calles de San Petersburgo, impuso el freno de emergencia. No iba a tomarla ahora. No cubierto con la sangre de otro hombre. No cuando la adrenalina de una agresión ajena todavía emborronaba mis sentidos.

Cuando la hiciera mía, no sería un subproducto de la violencia externa. Sería un acto de dominación puro, calculado y absoluto, centrado única y exclusivamente en ella.

Retiré las manos de su cuerpo de forma abrupta, como si su piel quemara.

Inés se tambaleó ligeramente hacia delante al perder mi apoyo. Abrió los ojos, desorientada, el rubor de la excitación luchando contra la confusión en sus mejillas.

Retrocedí dos pasos, alejándome del calor de la presa, imponiendo de nuevo la barrera del hielo siberiano.

—Quítate esa lencería y entra en la ducha —ordené. Mi voz había perdido cualquier rastro de seducción; era cortante, utilitaria e implacable—. Apestas a miedo y a vino barato.

El latigazo verbal cumplió su función. La confusión en los ojos de Inés se transformó en una punzada de humillación aguda. Se abrazó a sí misma, repentinamente dolorosamente consciente de su desnudez y del rechazo abrupto.

—Usted... tú... —balbuceó, incapaz de articular una frase coherente tras el abandono sensorial.

—La ducha, Inés —repetí, señalando hacia el cuarto de baño con un gesto seco de mi mano herida.

Ella asintió, bajando la mirada. Se giró torpemente sobre los tacones de aguja, pisó la seda roja que yacía en el suelo y caminó apresuradamente hacia la puerta de cristal esmerilado, huyendo de mi presencia como si yo fuera el fuego mismo.

El sonido de la puerta deslizándose y el posterior fluir del agua a presión llenaron el silencio de la suite.

Me quedé solo frente al ventanal oscuro.

Levanté las manos manchadas y las observé bajo la luz de la luna. El veneno de la obsesión corría por mis venas, denso y oscuro. Había llevado el juego hasta el borde del abismo. La tenía exactamente donde quería: rota, dependiente y hambrienta de mi aprobación.

El verdadero desafío ahora no era quebrar a Inés Navarro. El verdadero desafío era evitar que, en el proceso de consumirla, yo mismo terminara reducido a cenizas.

CAPÍTULO 18 EL AGUA Y LA CENIZA POV: INÉS NAVARRO

El vapor se elevaba en espirales densas, transformando el inmenso cuarto de baño de mármol negro en una sauna asfixiante.

El agua caía desde la alcachofa de efecto lluvia incrustada en el techo, golpeando mis hombros desnudos con la fuerza de un aguacero hirviente. Giré el monomando de acero inoxidable hacia la izquierda, elevando la temperatura hasta rozar el límite de la tolerancia humana. Quería que quemara. Necesitaba que el calor físico anulara el frío sepulcral que Aleksei Volkov había dejado impregnado en mis huesos al alejarse de mí.

Me apoyé contra los azulejos oscuros de la pared de la ducha, cerrando los ojos con fuerza. El agua resbalaba por mi cabello, arrastrando el sudor, la tensión y los restos invisibles de la noche más humillante y reveladora de mi vida.

«Apestas a miedo y a vino barato».

La crueldad de su rechazo resonaba en la acústica cerrada del baño, rebotando contra la mampara de cristal esmerilado con la violencia de un látigo. Minutos antes, en la penumbra de la suite, yo había estado dispuesta a rendirme. Mi cuerpo, traicionando cada principio ético y moral que alguna vez había defendido, se había arqueado bajo el tacto de sus manos manchadas de sangre. Había sentido el roce de sus labios en mi garganta, la presión de sus dedos en mis caderas, y en lugar de gritar pidiendo auxilio, había contenido el aliento, embriagada por una mezcla tóxica de terror y deseo.

Deslicé las palmas de las manos por mi rostro, frotando mis pómulos hasta que la piel protestó, enrojecida e irritada.

Estaba perdiendo la cabeza. El aislamiento, la violencia constante y la manipulación psicológica estaban desmantelando mi cordura pieza por pieza. Había presenciado cómo desfiguraba a un hombre con una botella de cristal, y mi mente retorcida, infectada por la Síndrome de Estocolmo, había interpretado aquella masacre como un acto de devoción retorcida. Me estaba convirtiendo en la mascota agradecida del monstruo.

Un ardor agudo en la base de mi cuello me arrancó de mis pensamientos.

Llevé los dedos a mi garganta. El platino.

La gruesa gargantilla que Aleksei me había obligado a lucir actuaba como un conductor térmico implacable. El metal había absorbido el calor del agua hirviente, transformándose en un anillo de fuego que abrasaba mi piel. Intenté introducir la yema del pulgar bajo el borde inferior para separarlo de mi tráquea, pero la joya no cedía. La esmeralda central, pesada e inamovible, presionaba exactamente sobre el hueco de mis clavículas.

El pánico, sordo y claustrofóbico, volvió a apoderarse de mis pulmones.

Estaba marcada. Sellada. Aunque el agua lavara el sudor, no podía arrancar la prueba física de mi sumisión. Me dejé resbalar por la pared de mármol negro hasta quedar sentada en el suelo de la ducha, abrazando mis rodillas contra el pecho, mientras el torrente de agua caliente me castigaba desde las alturas.

Lloré. No con histeria, sino con una desesperación profunda, silenciosa y vacía. Las lágrimas se mezclaron con el agua de la ducha, invisibles, inútiles. Lloré por la periodista insolente que alguna vez fui, por el cadáver de Fernando Aguilar balanceándose en un balcón, y por la mujer fragmentada que acababa de suplicar la atención de un asesino frente a un espejo de cuerpo entero.

No sé cuánto tiempo permanecí acurrucada bajo el agua. El tiempo en la jaula de cristal carecía de significado. Cuando la piel de las

yemas de mis dedos se arrugó y el agua caliente empezó a menguar en su intensidad, me obligué a ponerme en pie.

Cerré el grifo. El silencio que siguió fue absoluto, roto únicamente por el goteo residual del metal contra el suelo de piedra.

Salí de la cabina de cristal, envolviéndome en la inmensa toalla de algodón egipcio negro que colgaba del toallero calefactado. El contraste con el aire acondicionado de la suite hizo que mi piel se erizara al instante. Limpié el vaho del espejo incrustado en la pared con un movimiento torpe de la mano.

La imagen que me devolvió el cristal empañado era desoladora. Ojos enrojecidos e hinchados, labios mordidos, cabello oscuro pegado a las mejillas húmedas y la cicatriz verde y plateada brillando en mi garganta. El corte superficial en mi antebrazo izquierdo, cubierto por una gasa estéril que yo misma había reemplazado gracias al botiquín del baño, palpitaba con un latido sordo.

Ajusté la toalla sobre mis pechos y abrí la puerta deslizante del baño.

La inmensidad de la suite principal me recibió con una frialdad sepulcral. Las luces de los apliques seguían encendidas, proyectando sombras alargadas sobre la alfombra persa. El vestido de seda carmesí seguía tirado en el suelo, un charco de sangre textil abandonado frente al tocador, junto a los tacones de aguja que me habían obligado a calzar.

Pero lo más aterrador de la habitación no era el desorden. Era el vacío.

La inmensa cama de hierro forjado estaba intacta, cubierta por las sábanas de seda negra sin una sola arruga. Aleksei no estaba allí.

El instinto primario de supervivencia chocó violentamente con una punzada de decepción tan repulsiva que tuve que llevarme una mano al estómago para contener las náuseas. Durante las últimas cuarenta y ocho horas, él había sido mi carcelero y mi escudo. Me había encerrado en un búnker para protegerme de un escuadrón de

la muerte. Me había abrazado en la oscuridad. Y ahora, tras humillarme y demostrarme que mi cuerpo reaccionaba a su dominio, me abandonaba a mi suerte en la inmensidad del ala este.

Caminé lentamente hacia el ventanal blindado. La noche sobre el Mediterráneo era una plancha de tinta opaca. Ni una sola estrella lograba atravesar la bruma que se había levantado sobre la costa.

Me crucé de brazos, sintiendo el roce de la toalla de rizo contra mi piel desnuda. La táctica de Aleksei era de una precisión maquiavélica. Sabía que la soledad, tras la intensidad del trauma, actuaría como un ácido corrosivo en mi mente. Quería que yo repasara cada segundo de mi claudicación. Quería que la vergüenza me consumiera en la oscuridad, para que al amanecer, yo estuviera un paso más cerca de la rendición absoluta.

Me giré, dándole la espalda al cristal frío.

La debilidad no era una opción. Si me permitía hundirme en la miseria del rechazo, Aleksei ganaría la partida definitiva. Tenía que aferrarme a la única tabla de salvación que me quedaba, al único secreto que él no había logrado arrancar de mis manos.

Caminé con pasos rápidos y silenciosos hacia el vestidor de caoba.

Las luces halógenas se encendieron con su habitual zumbido electrónico. El olor a cuero caro, a madera pulida y a ropa sin estrenar me envolvió. Fui directa a la esquina más oscura del habitáculo, donde la hilera de botas de montar descansaba en un silencio ordenado.

Mi pulso se aceleró. El miedo a que él hubiera entrado mientras yo me duchaba, a que hubiera registrado mis pertenencias, me oprimía el pecho. Me arrodillé sobre la alfombra mullida, ignorando el dolor en las rodillas. Tomé la bota de cuero negro de la derecha. Metí la mano en el interior oscuro y estrecho, palpando la suela con dedos temblorosos.

Levanté la plantilla interior.

El tacto áspero y seco del papel viejo rozó mis yemas.

Solté un suspiro largo, un silbido de aire que vació mis pulmones de la tensión acumulada. Extraje la nota. El pequeño rectángulo de papel doblado, manchado de sangre oxidada en su esquina inferior. Las palabras de Yekaterina seguían allí, un testamento fantasmagórico que me ataba al pasado del monstruo.

Me senté en el suelo del vestidor, apoyando la espalda contra las cajoneras de madera maciza, y desdoblé el papel bajo la luz quirúrgica de los focos.

Leí las líneas en español por enésima vez.

«Aleksei. Si el invierno me traga, no me busques bajo la nieve. El frío de tus manos ya me ha matado antes. Siempre tuya, en la ruina. Yekaterina. San Petersburgo, 2008.»

Las yemas de mis pulgares trazaron la caligrafía temblorosa. *El frío de tus manos ya me ha matado antes.* La frase encerraba un océano de dolor y reproche. Yekaterina no había muerto por un disparo en la cabeza; había muerto, al menos metafóricamente, por la misma escarcha emocional que Aleksei proyectaba sobre mí. Él era un hombre incapaz de amar sin destruir. Su protección era una jaula, y su posesión era una sentencia de muerte lenta y asfixiante.

Y sin embargo, guardaba esta nota. Oculta en un libro de Anna Ajmátova en su propia biblioteca, la conservaba como una reliquia.

Cerré los ojos, apoyando la nuca contra la caoba. El puzzle empezaba a cobrar un sentido macabro. Aleksei no era inmune al remordimiento. El fantasma de San Petersburgo le perseguía. Su obsesión por mantenerme encerrada, su negativa a dejarme salir al mundo exterior bajo la excusa de que los rumanos o los cárteles me destrozarían, no era solo una táctica de control. Era una expiación retorcida. Estaba intentando salvar a Yekaterina a través de mi cuerpo. Me había puesto el vestido rojo, me había puesto la gargantilla de platino, y me había defendido a botellazos porque, en

su mente perturbada, yo era su segunda oportunidad para no dejar que "el invierno me tragara".

Abrí los ojos. La revelación no me trajo paz, sino una lucidez afilada como un bisturí.

Si yo era el reemplazo de su fantasma, significaba que poseía un poder minúsculo sobre él. No podía derrotarle con fuerza física, ni podía escapar de la fortaleza custodiada por sicarios armados. Pero podía aprender a jugar en su tablero. Podía dejar de reaccionar como una presa aterrorizada y empezar a observar sus grietas.

Doblé la nota con un cuidado exquisito. Volví a esconderla bajo la plantilla de cuero de la bota y la devolví a su lugar exacto en la estantería.

Me levanté del suelo. Mis piernas, aunque cansadas, ya no temblaban. Caminé hacia los cajones de lencería y seleccioné un pijama de seda oscuro, pantalón largo y camisa de botones, rechazando los camisones de encaje transparente que él había ordenado disponer. Me vestí en silencio, sintiendo la tela suave deslizarse sobre la piel que aún guardaba la memoria térmica de sus manos.

Salí del vestidor. Apagué las luces principales de la suite, dejando únicamente la iluminación ámbar de la mesita de noche, y me metí en la inmensa cama.

Las sábanas estaban heladas. El espacio a mi lado era un desierto de seda negra.

Me acurruqué de lado, abrazando una de las almohadas, y clavé la mirada en la puerta de roble cerrada. No dormiría. La adrenalina y la determinación mantenían mi cerebro en estado de alerta máxima. Iba a sobrevivir a Aleksei Volkov. Y para hacerlo, tendría que aprender a respirar el mismo aire tóxico que lo mantenía vivo.

Las horas de la madrugada transcurrieron con una lentitud agonizante. El amanecer llegó sin previo aviso, tiñendo el horizonte del Mediterráneo de un gris plomizo, desprovisto de la

majestuosidad dorada de los días anteriores. El cielo nublado parecía reflejar el luto que asolaba la mansión.

A las ocho en punto de la mañana, el clic sordo de la cerradura electrónica rompió la quietud de la suite.

Me incorporé en la cama, apoyando la espalda contra el cabecero de hierro forjado. Tiré del edredón de plumas oscuras para cubrir mis piernas, adoptando una postura defensiva.

La pesada puerta se abrió con lentitud.

La señora Kovac entró en la habitación. Su figura estoica y uniformada empujaba el carrito de servicio de acero y plata. Su rostro, surcado por arrugas de severidad, no delataba la más mínima emoción ante la visión del vestido rojo tirado en el suelo o el desorden de los tacones abandonados.

El aroma a café recién molido, tostadas de masa madre y mantequilla fundida llenó el aire de la habitación, pero mi estómago, cerrado por la tensión nerviosa, se rebeló ante la idea de ingerir alimentos.

Kovac dejó el carrito a los pies de la inmensa alfombra, a un par de metros de la cama.

—Buenos días, señorita Navarro —dijo la mujer, su acento ruso raspando las consonantes con su habitual aspereza—. El señor Volkov requiere que desayune. Su agenda de hoy le mantendrá ocupado en las instalaciones del puerto, pero ha dejado instrucciones precisas sobre su alimentación.

Miré el carrito. Sobre la bandeja de plata, junto a la vajilla de porcelana inmaculada, no había ninguna caja de terciopelo. Ningún regalo envenenado. Solo comida.

—¿No está en la casa? —preguntó mi voz, sonando más ronca y frágil de lo que pretendía.

Los ojos grises y fríos de Kovac se detuvieron en mi rostro. Su mirada bajó inexorablemente hacia la gargantilla de platino que

brillaba en mi cuello desnudo, contrastando con la seda oscura del pijama. Un destello de algo ilegible —quizás lástima, quizás desprecio puro— cruzó sus pupilas antes de que bajara la vista hacia la bandeja.

—El señor Volkov gestiona un imperio, señorita. Sus responsabilidades rara vez le permiten el lujo de permanecer confinado. —Kovac colocó una servilleta de lino junto a la taza de café humeante—. Se le ha otorgado permiso para utilizar la biblioteca y el solárium durante el día. Los guardias de los pasillos tienen órdenes de disparar si se acerca al perímetro sur. No se lo aconsejo. Están especialmente tensos tras el intento de incursión de ayer.

La frialdad con la que la gobernanta hablaba de francotiradores y de mi encierro era abrumadora. Para ella, yo no era un ser humano retenido contra su voluntad; era una pieza del mobiliario, un objeto de valor incalculable que debía ser alimentado y confinado según las directrices del amo.

—¿Conocía usted a Yekaterina?

La pregunta abandonó mis labios antes de que pudiera frenarla. Fue un impulso suicida, una prueba de fuego para medir la temperatura de mis propios descubrimientos.

El efecto fue inmediato y letal.

Kovac se quedó paralizada a mitad del movimiento, con la jarra de leche de plata suspendida sobre la taza de café. El silencio en la suite se volvió tan denso que amenazaba con aplastarnos. El rostro de la mujer eslava palideció bajo las luces artificiales. Su mano tembló levemente, provocando que una diminuta gota de leche blanca cayera sobre la bandeja de plata con un sonido sordo.

Giró el rostro hacia mí. Sus ojos, antes inexpresivos, estaban ahora muy abiertos, cargados de un terror reverencial y de una advertencia furiosa.

—Ese nombre no se pronuncia en esta casa —siseó Kovac, su voz cayendo a un susurro casi inaudible, como si temiera que las paredes tuvieran micrófonos ocultos—. Jamás. Si aprecia el aire que respira, señorita Navarro, le sugiero que borre esas sílabas de su memoria.

Dejó la jarra de leche sobre la bandeja con un golpe seco. Sus movimientos, habitualmente mecánicos y pausados, se volvieron erráticos y urgentes. Retrocedió un paso, alejándose de la cama como si yo fuera radiactiva.

—Coma su desayuno. Vendré a recoger el servicio en una hora.

Dio media vuelta y salió de la suite casi corriendo, dejando que la pesada puerta de roble se sellara a sus espaldas con un clic sordo y definitivo.

Me quedé a solas con el olor a café amargo y el eco de su advertencia.

Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas. La reacción de Kovac era la confirmación absoluta que necesitaba. Yekaterina no era solo un recuerdo melancólico; era una herida infectada en el corazón de la estructura de poder de Aleksei. Un tabú absoluto.

Miré el ventanal gris. La lluvia empezó a golpear el cristal blindado, distorsionando la vista del mar en mil lágrimas borrosas. Yo estaba atrapada, marcada con platino y vigilada por hombres armados. Pero en la partida de ajedrez psicológico que Aleksei había iniciado, yo acababa de mover mi primer peón. Y por primera vez desde que fui arrastrada a esta pesadilla, el monstruo ya no era el único que dictaba las reglas del juego.

CAPÍTULO 19 EL OLOR DEL ÓXIDO Y LA SEDA POV: ALEKSEI VOLKOV

El viento que azotaba el puerto de Algeciras tenía el sabor ácido del gasóleo, la sal marina y la putrefacción industrial.

De pie frente al inmenso muelle de carga privado que mi organización controlaba, observé cómo las grúas pórtico movían los contenedores de acero oscuro bajo la lluvia fina y cortante de la tarde. El cielo sobre el estrecho de Gibraltar era una masa magullada de nubes grises y violáceas, un reflejo exacto del paisaje desolado que habitaba en mi propio pecho.

Un golpe sordo, metálico y pesado, resonó a mis espaldas.

Dmitry cerró las puertas del contenedor número 408. En su interior, camuflados tras cajas de maquinaria agrícola destinada a Europa del Este, descansaban tres millones de euros en armamento táctico ilocalizable. El pago por la sangre derramada en mi propia casa. El precio de mantener el trono en la Costa del Sol.

Me pasé una mano enguantada en cuero negro por el rostro, limpiando las gotas de lluvia helada que se aferraban a mi piel. Estaba exhausto. Una fatiga profunda, crónica, que no nacía de la falta de sueño, sino del peso aplastante de la corona que llevaba. Llevaba catorce horas inmerso en la mugre del inframundo. Había interrogado a los supervivientes del cártel rumano en una nave industrial abandonada, había ordenado ejecuciones, había negociado sobornos con funcionarios corruptos de aduanas. Estaba cubierto de la ceniza invisible de mi propio imperio.

Y por primera vez en toda mi vida adulta, la violencia me resultaba estéril. Vacía.

—Los envíos están asegurados, señor —dijo Dmitry, acercándose con su habitual paso militar, ignorando la lluvia que empapaba su abrigo oscuro—. El barco zarpará hacia San Petersburgo al anochecer. Los rumanos han retirado sus operaciones de Madrid. Han entendido el mensaje.

Asentí lentamente, sin apartar la mirada de las aguas turbulentas del estrecho.

Debería sentir la satisfacción del depredador que acaba de defender su territorio. Debería deleitarme con el terror que mi nombre inspiraba ahora mismo en los bajos fondos de media Europa. Pero mi mente, traicionera e incontrolable, no estaba en el muelle de Algeciras.

Estaba a cien kilómetros de distancia, en una suite revestida de mármol y caoba.

La imagen de Inés Navarro se proyectaba en mis retinas con la persistencia de una quemadura solar. Su cuello pálido, aprisionado por el platino y la esmeralda. El temblor de sus labios cuando pronunció las palabras de rendición. El calor de su cuerpo acurrucado contra mi chaleco táctico en la oscuridad de la sala de pánico.

El instinto de posesión que sentía por ella había mutado. Ya no era un simple capricho sádico, ni una táctica de dominación para quebrar a una periodista insolente. Se había convertido en una adicción biológica. Necesitaba respirar el aire de su habitación. Necesitaba el olor a cedro de su piel para purgar el hedor a óxido y sangre que saturaba mis propios pulmones.

—Prepara el coche, Dmitry —ordené, girándome bruscamente sobre mis talones, los faldones de mi abrigo negro ondeando con la ráfaga de viento marino—. Volvemos a Marbella.

El trayecto en el asiento trasero del Mercedes Maybach blindado transcurrió en un mutismo denso. Observaba las luces de los faros de los coches en la autopista fundirse en líneas rojas y blancas

debido a la lluvia en el cristal tintado. Me serví dos dedos de vodka puro del minibar del coche y dejé que el alcohol quemara mi garganta reseca, pero no logró adormecer la urgencia que latía bajo mis costillas.

Al llegar a la mansión, la noche ya había devorado la costa.

La fortaleza se erguía silenciosa, iluminada por los focos de seguridad perimetral. Los guardias patrullaban bajo la lluvia, invisibles entre las sombras, garantizando que mi mundo permaneciera hermético.

Entré por el vestíbulo principal. El calor del sistema de calefacción central me recibió como un abrazo estéril. Me quité el abrigo empapado y los guantes de cuero, arrojándolos sobre un sillón de la entrada sin mirar. Desabroché los primeros botones de mi camisa oscura, liberando la tensión de mi propio cuello.

La señora Kovac apareció silenciosamente desde el pasillo del ala de servicio. Su postura rígida delató que estaba esperando mi regreso.

—Señor Volkov —saludó, con una inclinación de cabeza.

—¿Ha comido? —preguntó mi voz, directa, sin necesidad de especificar el sujeto. En esta casa, solo había un foco de mi atención.

Kovac tensó la mandíbula. Sus manos, cruzadas sobre el delantal inmaculado, se apretaron ligeramente.

—Apenas probó el almuerzo, señor. Se ha negado a salir de la suite. No ha utilizado ni la biblioteca ni el solárium.

Chasqueé la lengua con impaciencia. Inés seguía jugando a la mártir. El aislamiento que yo mismo le había impuesto estaba actuando en su contra, hundiéndola en la apatía.

Hice ademán de avanzar hacia la escalinata, ansioso por abrir esa puerta de roble y obligarla a reaccionar, pero la voz rasposa de mi gobernanta me detuvo en seco.

—Hay algo más, señor.

Me giré lentamente. Mis ojos translúcidos se clavaron en el rostro curtido de la mujer eslava. Ella conocía mis límites. Sabía qué información era irrelevante y qué información requería mi atención inmediata.

—Habla.

Kovac tragó saliva, un gesto inusualmente nervioso en alguien de su disciplina.

—Esta mañana, cuando le llevé el servicio de desayuno... la señorita Navarro hizo una pregunta.

El silencio se volvió pesado, ominoso. El aire pareció enfriarse diez grados.

—¿Qué preguntó? —mi tono bajó una octava, convirtiéndose en un murmullo letal.

—Preguntó si yo... si yo conocía a Yekaterina.

El mundo se detuvo. El latido de mi corazón pareció cesar por un segundo, para luego reanudarse con una violencia que me ensordeció.

El nombre, pronunciado en voz alta en los pasillos de mi casa tras casi una década de silencio absoluto, actuó como un detonador nuclear en mi cerebro. La sorpresa inicial fue arrasada en milisegundos por una furia tan blanca, tan pura y cegadora, que la visión se me nubló en los bordes.

—¿Qué le dijiste? —siseé, acortando la distancia entre nosotros con dos zancadas depredadoras, dominando el espacio vital de la mujer hasta obligarla a retroceder un paso.

—Nada, señor. Le advertí que jamás volviera a pronunciar ese nombre y me retiré inmediatamente. No he vuelto a cruzar palabra con ella.

Asentí con un movimiento corto y rígido de cabeza, despidiéndola. Kovac desapareció hacia las cocinas, consciente de que la onda expansiva estaba a punto de estallar.

Me quedé a solas en el inmenso vestíbulo de mármol.

¿Cómo?

La palabra taladraba mi cráneo. ¿Cómo demonios sabía Inés ese nombre? Yo nunca lo había pronunciado. Dmitry y Kovac preferirían arrancarse la lengua antes de hablar del pasado de San Petersburgo. No había archivos digitales en la casa, no había fotografías, no había diarios. Yekaterina era un fantasma encerrado bajo siete llaves de plomo en el fondo de mi propia ruina psicológica.

La biblioteca.

El recuerdo me golpeó con la precisión de un francotirador. La excitación errática de Inés en el solárium el día anterior. El latido desbocado de su corazón cuando mi mano rozó la seda de su pecho. Había palpado algo oculto bajo su lencería. Un trozo de papel rígido.

Había encontrado la nota. La carta manchada de sangre que yo había escondido entre las páginas de los poemas de Anna Ajmátova años atrás, en un estúpido y débil acto de sentimentalismo que creí olvidado.

Apreté los puños hasta que los tendones de mis antebrazos amenazaron con romperse. Las heridas de mis nudillos se reabrieron, pero no sentí el dolor físico. Sentí una traición agónica.

No me había engañado por miedo. Me había engañado para escarbar en mis heridas. Había desenterrado a mis fantasmas para usarlos como munición en su pequeña y patética rebelión. Creía que poseía la llave de mi cordura.

Subí la escalinata de dos en dos. Mis pasos, habitualmente silenciosos, resonaron ahora con la pesadez de una tormenta inminente. El monstruo no solo había despertado; había sido provocado con su propio veneno.

Crucé el pasillo del ala este. No me molesté en utilizar la tarjeta magnética. Introduje el código de acceso maestro con golpes violentos sobre el teclado táctil y empujé la pesada puerta de roble con el hombro.

La puerta chocó contra el tope de la pared con un estruendo brutal.

La suite estaba a oscuras, iluminada únicamente por la luz pálida de la luna que se filtraba a través de la tormenta en el exterior. El inmenso espacio parecía un teatro vacío.

—¡Inés! —rugí. Mi voz hizo temblar el cristal blindado del ventanal.

No hubo respuesta inmediata.

Caminé hacia el centro de la alfombra persa, mis ojos adaptándose rápidamente a la penumbra. La cama de hierro forjado estaba vacía. Las sábanas de seda negra estaban desordenadas, pero no había rastro de ella.

Escuché un ligero crujido de tela.

Giré la cabeza hacia la zona de estar, cerca de los sofás de cuero blanco.

Inés estaba sentada en uno de los sillones, encogida en la oscuridad. Llevaba puesto un pijama de seda oscuro, sobrio, que la camuflaba casi por entero con las sombras de la habitación. Sus pies descalzos estaban recogidos sobre el cojín. No lloraba. No temblaba. Me observaba en silencio, con una quietud escalofriante que contrastaba violentamente con la tormenta que yo traía conmigo.

Alrededor de su cuello, la gargantilla de platino y la esmeralda captaron el destello de la poca luz disponible, brillando como un grillete de hielo.

Caminé hacia ella. La furia me exigía agarrarla por los hombros, sacudirla hasta romper su estoicismo y exigirle saber dónde estaba mi propiedad.

Me detuve a un metro del sillón. Mi respiración agitada llenaba el silencio.

—Eres una ladrona —siseé, mis palabras destilando un odio puro y congelado—. Creí que eras una periodista arrogante, pero solo eres un parásito que hurga en la basura ajena buscando carroña.

Inés no se encogió ante el insulto. Su mirada ámbar, desprovista del terror ciego de los primeros días, me sostuvo el escrutinio. Había algo nuevo en sus ojos. Una lucidez afilada. Un cálculo táctico que me desorientó por una fracción de segundo.

—¿Dónde está, Inés? —exigí, inclinándome sobre ella, apoyando las manos en los reposabrazos del sillón de cuero, encerrándola exactamente igual que lo había hecho el día anterior, pero esta vez sin un ápice de deseo en mi interior—. Dámelo. Ahora.

Ella tragó saliva. Vi cómo su garganta rozaba contra el borde rígido del platino.

—¿De qué me hablas, Aleksei? —respondió, su voz suave, nivelada.

La insolencia de utilizar mi nombre de pila, sin mi permiso, actuó como gasolina sobre el fuego.

Levanté una mano y mis dedos se cerraron alrededor de su garganta, mis pulgares presionando directamente sobre el platino de la joya, empujando su cabeza hacia atrás contra el respaldo del sillón.

—No juegues conmigo, niña estúpida —gruñí a milímetros de sus labios. El olor a miedo volvió a aflorar en su piel, mezclado con el aroma a cedro, pero su mirada se mantuvo firme—. La nota. La encontraste en la biblioteca. Sé que la tienes. Entrégamela o destrozaré esta suite y a ti con ella hasta encontrarla.

El cuerpo de Inés se tensó bajo mi agarre, pero en lugar de suplicar o llorar, sus labios se curvaron en una sonrisa minúscula, triste y rota. Era la sonrisa de alguien que ya no tiene nada que perder, porque ya se lo habían arrebatado todo.

—La escondí bien —susurró, el aire rozando mis propios labios por la proximidad—. Puedes romper todo el mobiliario. Puedes romperme a mí. No la encontrarás si no quiero que la encuentres.

La osadía de su desafío me dejó sin aliento. El instinto me dictaba aplastarla, pero la fascinación oscura me paralizó.

—¿Por qué? —pregunté, aflojando milimétricamente la presión en su cuello, sintiendo el latido desbocado de su pulso contra mis palmas manchadas de sangre—. ¿Qué pretendes conseguir escarbando en la tumba de una mujer muerta? ¿Crees que puedes chantajearme?

Inés levantó las manos. Pensé que intentaría apartar las mías, que lucharía contra mi agarre, pero no lo hizo. Sus dedos, pequeños y fríos, se posaron suavemente sobre mis antebrazos tensos. El contacto fue electrizante.

—No quiero chantajearte —respondió, y por primera vez en semanas, su voz no estaba teñida de odio o pánico. Estaba teñida de una piedad que me resultó más dolorosa que un disparo a quemarropa—. Quería entender al monstruo. Quería saber por qué el hombre que masacra a sus enemigos en un comedor, también me protege en la oscuridad.

Sus dedos acariciaron levemente los puños desabrochados de mi camisa, rozando los bordes de mis cicatrices.

—Leí sus palabras, Aleksei —continuó, su susurro llenando el vacío de mi alma—. *«El frío de tus manos ya me ha matado antes»*.

Cerré los ojos, como si las palabras fueran un veneno físico inyectado directamente en mi cerebro. La habitación pareció girar a mi alrededor. El agotamiento del día, la sangre en mis manos, el fantasma del pasado y la realidad abrasadora de la mujer que tenía bajo mi poder colisionaron.

Solté su cuello. Retrocedí un paso, tambaleándome levemente, como si me hubieran arrebatado todo el oxígeno.

Me pasé las manos por el cabello rubio ceniza, tirando de él con frustración, dándole la espalda.

—No sabes nada —espeté, mi voz perdiendo la autoridad glacial, sonando de repente cruda, humana, vulnerable—. No sabes quién era. No sabes lo que tuve que hacer.

—Sé que te sientes culpable —replicó Inés, su voz sonando clara y firme a mis espaldas—. Sé que me secuestraste porque pensaste que el mundo exterior me destruiría, igual que la destruyó a ella. Sé que tu obsesión por mantenerme encerrada, por vestirme, por marcarme con este collar, no es solo sadismo. Es terror, Aleksei. Estás aterrado de volver a fallar.

Giré sobre mis talones, los ojos ardiendo con una mezcla incontrolable de rabia y desesperación.

—¡Yo no fallé! —grité. El eco de mi voz retumbó en los techos abovedados de la suite—. ¡Yo le ofrecí el mundo! Le ofrecí protección, dinero, poder. Pero ella creyó que podía salvar a mi hermano. Creyó que podía negociar con los lobos que querían mi cabeza. Salió de mi protección por su propia cuenta, creyéndose una heroína. Exactamente igual que tú, con tus estúpidos extractos bancarios.

El silencio cayó como un bloque de plomo. Había revelado el secreto. Había escupido la verdad que llevaba diez años pudriéndose en mi interior.

Inés se levantó lentamente del sillón de cuero. El pijama de seda oscuro fluía alrededor de sus piernas. Ya no parecía una prisionera. Parecía un espejo que reflejaba la monstruosidad de mi propio trauma.

Caminó hacia mí. No retrocedí. Me quedé inmóvil, observando cómo la criatura que yo había querido destruir se acercaba al abismo de mis demonios sin dudarlo.

Se detuvo frente a mí. Levantó la mano derecha. Esperé una bofetada. Esperé que me escupiera su repulsión. Pero su mano se

elevó y sus dedos se posaron sobre mi mejilla, justo sobre un pequeño rastro de la sangre de Lars que aún no me había lavado por entero.

El tacto fue devastador. Tierno, triste, infinitamente doloroso.

—Yo no soy Yekaterina, Aleksei —susurró, mirándome a los ojos, desenmascarando la mentira en la que yo mismo me había escudado —. No estoy muerta en la nieve. Estoy aquí. Y tú no estás protegiéndome. Me estás enterrando viva para no tener que enfrentarte al frío de tus propias manos.

Sus palabras rompieron el último dique de contención de mi cordura.

La racionalidad desapareció. La estrategia de dominación psicológica se evaporó. Solo quedó el dolor, la culpa aplastante, y la urgencia animal de hundirme en el único calor que podía salvarme del invierno eterno que congelaba mi sangre.

Agarré el rostro de Inés con ambas manos, manchando sus mejillas con los restos de mi brutalidad, y estrellé mis labios contra los suyos con una violencia desesperada, cruda y salvaje.

CAPÍTULO 20 EL SABOR DE LA CENIZA Y EL HIELO POV: INÉS NAVARRO

El impacto de sus labios contra los míos no fue un beso. Fue una colisión.

Fue el choque brutal y despiadado de dos trenes descarrilando en plena noche, destrozando cualquier barrera de contención moral, lógica o ética que aún quedara en pie dentro de mi mente. No hubo ternura. No hubo una petición silenciosa de permiso. Aleksei Volkov me asaltó con la furia desesperada de un hombre que lleva una década ahogándose en un lago congelado y acaba de encontrar su primera bocanada de oxígeno.

Mi primera reacción, puramente instintiva, fue el pánico.

Un grito ahogado murió en mi garganta, aplastado por la presión implacable de su boca. Sus manos, inmensas y callosas, agarraron mi rostro con una fuerza posesiva que inmovilizó mi cráneo. El olor a ozono, a lluvia helada y a madera de *oud* saturó mis fosas nasales, pero fue el sabor lo que me ancló a la espantosa realidad de lo que estaba sucediendo.

Sabía a sangre.

El rastro de violencia que aún manchaba sus mejillas y sus nudillos se mezcló con el sudor y el aliento abrasador que forzó entre mis labios entreabiertos. Sabía a la sangre de Lars, al óxido del puerto de Algeciras y al veneno de su propia alma atormentada.

Mis manos, que segundos antes descansaban sobre sus mejillas en un intento patético e irracional de ofrecer consuelo al monstruo, se cerraron en puños. Mis nudillos chocaron contra la dureza de sus hombros. La razón me gritaba que empujara, que le golpeara el pecho, que huyera hacia la puerta de roble y golpeara la madera hasta despellejarme los dedos. Era mi captor. El asesino de Aguilar. El arquitecto de mi ruina.

Pero el cuerpo humano es un traidor miserable.

En lugar de empujarle, mis manos se abrieron, deslizando las palmas por el lino arrugado de su camisa, buscando el calor de la piel que se escondía debajo. Suspiré en su boca, un sonido roto y húmedo que selló mi condena.

Aleksei gruñó. Un sonido profundo, gutural, que nació en la base de su pecho y vibró directamente contra mis costillas. Su lengua invadió mi boca, reclamando el territorio con una exigencia que no admitía resistencia. No me estaba besando para obtener placer; me estaba besando para devorar mis secretos, para silenciar la piedad que yo le había arrojado a la cara minutos antes, para demostrarme que, aunque conociera a sus fantasmas, él seguía siendo el dueño absoluto de mi realidad.

La presión me hizo retroceder un paso, pero sus manos bajaron desde mi rostro hasta mi cintura, agarrándome con una fuerza letal y atrayéndome de nuevo hacia su gravedad.

Choqué contra la dureza de su torso. El contraste entre la seda oscura de mi pijama y la aspereza de su ropa manchada fue eléctrico.

—Mía —gruñó contra mis labios, la palabra vibrando con un acento ruso tan denso que casi parecía una amenaza de muerte—. Eres mía.

—Sí... —El susurro escapó de mi garganta sin que mi cerebro pudiera censurarlo.

La rendición verbal fue el catalizador definitivo.

Aleksei me levantó en vilo. Mis pies descalzos abandonaron la alfombra persa y el mundo perdió su eje de rotación. Lancé un jadeo de sorpresa, aferrándome a la solapa de su camisa blanca mientras él cruzaba la inmensa suite con zancadas largas y depredadoras. La oscuridad de la habitación giró a mi alrededor, iluminada únicamente por los relámpagos esporádicos de la tormenta que azotaba el Mediterráneo más allá del cristal blindado.

Me arrojó sobre la cama de hierro forjado.

El impacto contra el colchón hundió mi espalda en las sábanas de seda negra. El aire abandonó mis pulmones de golpe. Antes de que pudiera siquiera intentar incorporarme, el peso masivo de Aleksei cayó sobre mí, aplastándome contra el lecho, atrapándome en la prisión más asfixiante y exquisita que jamás había concebido.

Apoyó una rodilla a cada lado de mis caderas, inmovilizándome. Su pecho subía y bajaba con una agitación salvaje, la respiración entrecortada golpeando el silencio de la habitación.

La escasa luz de la luna iluminó su rostro desde atrás, sumergiendo sus facciones en sombras cavernosas, pero pude ver el fuego azul, frío e incandescente de sus ojos translúcidos. Ya no era el zar calculador y cínico. La coraza se había fracturado. La bestia estaba suelta, y yo era la única carne disponible para saciar su hambre de redención.

Sus manos volaron hacia el cuello de mi pijama de seda.

No se molestó en desabrochar los botones. Agarró la tela oscura con ambos puños y tiró hacia los lados con una brutalidad seca. El sonido de la seda rasgándose y de los botones de nácar saltando por los aires y rebotando contra el mármol del suelo fue ensordecedor.

Me encogí, un instinto de pudor inútil intentando cubrir mi pecho desnudo, pero él apartó mis manos, inmovilizando mis muñecas contra el colchón oscuro.

El aire helado de la suite acarició mi piel expuesta, erizando hasta el último vello de mi cuerpo. Estaba desnuda de cintura para arriba,

expuesta a su escrutinio visual. Y en el centro de esa blancura vulnerable, brillando con una ironía macabra, descansaba la gargantilla de platino y la esmeralda cuadrada.

Aleksei bajó la mirada hacia el collar. Su respiración se detuvo por una fracción de segundo.

La joya era el símbolo de su control, la correa que me ataba a su jaula. Al verla sobre mi piel desnuda, un destello de posesividad enfermiza y oscura cruzó su mirada. Soltó mis muñecas y, con una lentitud que contrastaba de forma agónica con la violencia de los segundos previos, trazó el borde superior de la banda de platino con la yema de su dedo índice.

El metal estaba frío. Su dedo ardía.

—Nadie te tocará jamás —susurró, su voz ronca, hipnótica, descendiendo por mi cuello hasta acariciar el comienzo de mis pechos—. Si el invierno viene a por ti, Inés, lo quemaré hasta reducirlo a cenizas. No te dejaré caer en la nieve. Te anclaré a este infierno conmigo.

La promesa, distorsionada por su trauma y su obsesión, me provocó un escalofrío de puro terror y una excitación tan profunda que me avergonzó. Estaba delirando. Había proyectado la salvación de Yekaterina sobre mí, y al mismo tiempo, me estaba devorando por ser Inés.

Se inclinó hacia delante. Sus labios, calientes y húmedos, reemplazaron el rastro de su dedo. Besó el borde de la gargantilla, y luego, abrió la boca y cerró los dientes suavemente sobre la piel sensible del tendón de mi cuello.

Un gemido agudo, incontrolable, se escapó de mi garganta.

El dolor y el placer colisionaron en mi sistema nervioso, creando un cortocircuito absoluto. Arqueé la espalda, despegando la columna de la seda negra, ofreciéndome a él con una sumisión que me destrozaba la moralidad. Mis manos, ahora libres, no buscaron

empujarle. Mis dedos se enredaron en su cabello rubio ceniza, tirando de él, atrayéndole con más fuerza contra mi propia piel.

—Aleksei... —murmuré, mi voz irreconocible, cargada de una necesidad tóxica.

Escuchar su nombre en mis labios, pronunciado no como una acusación sino como una súplica, actuó como un detonador.

Se irguió sobre sus rodillas. Con movimientos rápidos, feroces y eficientes, se deshizo de la camisa manchada de sangre, arrojándola al suelo. La visión de su torso desnudo, musculoso, esculpido en granito y surcado por el intrincado mapa de tinta de la mafia rusa, me dejó sin aliento. Las cúpulas oscuras tatuadas en su piel parecían palpitar con su respiración agitada.

Me agarró por la cintura del pantalón del pijama y tiró de él hacia abajo, arrastrando la seda y mi propia ropa interior de algodón en un solo movimiento implacable.

Estaba totalmente desnuda bajo su mirada. Vulnerable, expuesta y marcada.

Aleksei se desabrochó el cinturón con una sola mano. El sonido del cuero deslizándose por la hebilla metálica fue el preludio de mi ruina definitiva. Se deshizo de sus pantalones y volvió a cubrirme con su peso.

La fricción de su piel caliente y dura contra la mía fue abrasadora. El contraste de temperaturas, la textura de sus cicatrices rozando mis muslos, el peso de su cadera inmovilizándome... todo era excesivo, abrumador. Sentí la dureza de su erección presionando contra mi vientre, una prueba física e innegable de la obsesión que yo despertaba en el monstruo.

Se apoyó sobre sus antebrazos a ambos lados de mi cabeza, encerrando mi rostro en una jaula de músculos y sombras.

—Mírame —exigió, su voz un látigo envuelto en terciopelo.

Abrí los ojos, luchando contra la neblina del deseo. Sus pupilas translúcidas estaban oscurecidas por la lujuria, dilatadas hasta devorar el azul de su iris.

—Dime que lo quieres —ordenó, acercando su cadera a la mía, buscando el roce justo en el centro de mi vulnerabilidad, provocándome un espasmo de placer que me hizo cerrar los ojos con fuerza—. Abre los ojos y dímelo, Inés. Dime que quieres pertenecer a la jaula.

El orgullo, esa pequeña reserva de dignidad que había intentado proteger durante mi cautiverio, se desmoronó en polvo de huesos. No podía mentir. No bajo el peso de su cuerpo, no cuando cada terminación nerviosa de mi piel suplicaba que acabara con la tortura de la anticipación.

—Lo quiero —sollocé, las lágrimas resbalando por mis sienes hasta perderse en el cabello oscuro—. Por favor... te quiero a ti.

Una sonrisa letal, satisfecha y oscura, curvó sus labios.

No hubo más preámbulos. Aleksei empujó sus caderas hacia delante, reclamando el territorio que ya me había arrebatado psicológicamente.

La invasión fue un choque de dolor agudo y un estallido de fuego. Un grito desgarró mi garganta, ahogado inmediatamente por la boca de Aleksei, que descendió para devorar el sonido. Me besó con la misma furia posesiva del principio, mezclando mi dolor con su aliento, obligándome a tragar mi propia rendición.

El estiramiento, la presión brutal de su interioridad, me hizo clavar las uñas en su espalda desnuda, marcando su piel con medias lunas de sangre. Estaba demasiado grande, era demasiado implacable. Pero él no se detuvo. No retrocedió. Enterró su cuerpo en el mío hasta la empuñadura, anclándome al lecho de seda con una firmeza que me hizo comprender que, a partir de ese momento, mi anatomía ya no me pertenecía.

Se detuvo por una fracción de segundo, dándome tiempo a asimilar la invasión, dejando que el dolor inicial se transformara en una sacudida de calor denso y palpitante.

Y entonces, comenzó a moverse.

El ritmo no fue suave ni romántico. Fue un castigo rítmico, primitivo y oscuro. Cada embestida empujaba mi cuerpo contra el colchón, arrancándome pequeños jadeos que se perdían en la inmensidad de la habitación. La cama de hierro forjado crujió bajo la violencia de nuestros movimientos, un acompañamiento metálico a la sinfonía de nuestra destrucción mutua.

El olor a sexo, a sudor salado y a la lluvia del exterior saturó el aire.

Me perdí en el caos sensorial. Mis manos recorrían los músculos tensos de su espalda, trazando las cicatrices antiguas, buscando anclarme a algo sólido mientras el mundo se disolvía en destellos de placer agonizante. Aleksei no pronunciaba palabra. Su mandíbula estaba apretada, el rostro tenso en una máscara de concentración feroz. Sus ojos, fijos en los míos, no parpadeaban. Estaba vigilando cada una de mis reacciones, bebiéndose mi sumisión como si fuera el antídoto para el veneno que le corroía el alma.

La fricción constante se volvió una necesidad. Arqueé las caderas, buscando más fricción, buscando acercarme al núcleo de ese calor que amenazaba con incinerarme.

—Así... —gruñó él, sintiendo mi entrega física, respondiendo con un aumento en la cadencia de sus embestidas, más rápidas, más profundas, más despiadadas.

El clímax me asaltó sin piedad.

No fue una liberación dulce. Fue una implosión violenta. Un grito prolongado escapó de mis pulmones mientras mi cuerpo se contraía en oleadas de espasmos dolorosamente intensos. Mis uñas se clavaron en sus hombros con la fuerza de la desesperación. El mundo se apagó, reducido a la sensación de la piel de Aleksei, al

peso de la gargantilla de platino y al fuego que consumía mis entrañas.

Segundos después, Aleksei dejó escapar un rugido animal, tenso, profundo. Sus caderas se clavaron contra las mías con una última embestida brutal, enterrándose en lo más profundo de mi ser, mientras su cuerpo entero se tensaba, temblando con la fuerza de su propia descarga.

Se desplomó sobre mí.

El peso de su cuerpo empapado en sudor me aplastó contra la seda negra. Enterró el rostro en la curva de mi cuello, su respiración agitada y caliente rozando la esmeralda de mi gargantilla.

El silencio regresó a la suite, pesado, denso, cargado de las consecuencias irreversibles de lo que acabábamos de hacer.

Ninguno de los dos se movió. Mi corazón latía a un ritmo enloquecido contra el suyo. La lluvia seguía azotando el cristal blindado con furia, una tormenta exterior que no era nada comparada con la devastación interior.

Había cruzado el Rubicón. Había entregado mi cuerpo al hombre que me mantenía prisionera, no por miedo a la muerte, sino impulsada por un deseo enfermizo y retorcido que la Síndrome de Estocolmo había sembrado en mi cabeza. Al aceptar su posesión, había cerrado yo misma la puerta de mi jaula desde dentro.

Lentamente, Aleksei levantó la cabeza.

Su rostro, ahora libre de la tensión del clímax, recuperó la máscara de frialdad y control. Sus ojos translúcidos me miraron desde arriba. No había amor en ellos. No había ternura. Solo había la fría y aplastante certeza de la propiedad absoluta.

—Has sellado tu destino, Inés —murmuró, su voz recuperando la aspereza de la tiranía, rozando con el pulgar la piel hinchada de mis labios—. A partir de esta noche, ya no eres una invitada. Eres la sangre que corre por mis venas. Y si algún día intentas huir de esta

jaula... te encontraré y te mataré yo mismo antes de permitir que otro hombre te mire.

El frío de la gargantilla de platino pareció pesar el doble en mi cuello.

No respondí. No había palabras. El monstruo había reclamado su trono, y yo acababa de coronarme, voluntariamente, como la reina de las sombras en su imperio de ceniza.

CAPÍTULO 21 LA LUZ DE LA HEREJÍA POV: ALEKSEI VOLKOV

La luz del amanecer en la Costa del Sol se filtró a través de las rendijas de las persianas motorizadas, trazando líneas afiladas y polvorientas sobre el mármol negro de la suite.

Estaba despierto mucho antes de que el sol rasgara el horizonte del Mediterráneo. Tumbado bocarriba sobre el lecho de seda oscura, mantenía la respiración en un ritmo superficial, casi inexistente, para no perturbar el peso cálido que descansaba contra mi costado derecho.

Inés dormía. Su rostro estaba hundido en el hueco de mi hombro, su respiración acariciando mi clavícula con una cadencia hipnótica. Un brazo delgado cruzaba mi torso desnudo, la mano pálida aferrada a mi costado como si temiera que yo me desvaneciera en el aire. La gruesa gargantilla de platino, fría y rígida, presionaba contra mi propia piel debido a la proximidad, un recordatorio físico de la barrera infranqueable que yo mismo había forjado entre los dos.

El olor de la habitación era denso, embriagador, una mezcla de sexo, sudor salado, cedro y la madera de *oud* de mi colonia. Era el aroma de la capitulación absoluta.

Giré la cabeza milimétricamente para observarla. Las sombras violáceas bajo sus ojos castaños, cerrados por el agotamiento, delataban el peaje físico y psicológico de la noche anterior. Su cuerpo pálido, surcado por pequeñas marcas rojizas donde mis dedos habían ejercido demasiada presión, era un mapa de mi propia brutalidad y de su sumisión.

Había obtenido exactamente lo que quería. La había quebrado. Había aniquilado la resistencia de la periodista insolente y había extraído de su garganta una rendición verbal y carnal que resonaría en mi cráneo hasta el día de mi muerte.

Y, sin embargo, el monstruo que habitaba bajo mis costillas no estaba saciado.

Al contrario. La sed había empeorado.

El instinto primario me exigía rodearla con mis brazos, despertarla con los labios, arrastrarla de nuevo al caos de las sábanas y no dejarla salir de esa cama durante una semana. Quería consumirla hasta que no quedara ni un átomo de Inés Navarro que no me perteneciera por entero.

Pero la disciplina, fría como el acero siberiano, cortó ese pensamiento de raíz.

La dependencia era un veneno letal en mi mundo. Anoche, al hundirme en ella, había rozado el borde del precipicio. Había perdido el control táctico, cediendo a una desesperación humana que no me podía permitir. Si mis enemigos —si hombres como Tarasov o los bastardos rumanos— olían esta debilidad, Inés no sería solo mi prisionera; se convertiría en mi sentencia de muerte.

Retiré su brazo de mi torso con una suavidad quirúrgica.

Ella emitió un pequeño murmullo de protesta en sueños, buscando mi calor, pero me deslicé fuera del colchón antes de que pudiera aferrarse de nuevo. El contraste térmico me golpeó al instante. El aire acondicionado, ajustado a veintiún grados, enfrió el sudor residual de mi piel.

Me alejé de la cama, caminando descalzo hacia el vestidor.

Necesitaba reconstruir la armadura.

Veinte minutos después, salí del cuarto de baño anexo tras una ducha hirviente que purgó cualquier rastro de suavidad de mis músculos. Llevaba un traje a medida de lana fría en color azul

medianoche, una camisa blanca inmaculada sin corbata, y el reloj Patek Philippe de platino en la muñeca izquierda. El arnés de cuero de mi sobaquera abrazaba mis costillas, sosteniendo el peso frío y familiar de mi Tokarev.

Era el zar de nuevo. El hombre que la noche anterior había fracturado el cráneo de Lars Nyström sin alterar el ritmo de sus latidos.

Me detuve a los pies de la cama de hierro forjado.

Inés comenzó a moverse. La pérdida de mi calor corporal finalmente rasgó el velo de su sueño. Sus párpados temblaron, y abrió los ojos lentamente.

La desorientación inicial duró apenas un segundo. La memoria del clímax, de su rendición, del peso de mi cuerpo sobre el suyo, inundó sus pupilas, tiñendo sus mejillas de un rubor violento. Una pequeña sonrisa, frágil y confusa, asomó a sus labios hinchados mientras su mirada buscaba mi presencia en el lado vacío del colchón.

Cuando me encontró, de pie a los pies de la cama, erguido, vestido con la frialdad de un ejecutor y observándola con la expresión de un entomólogo frente a un insecto atravesado por un alfiler, la sonrisa se congeló y se hizo pedazos.

El latigazo psicológico fue inmediato.

Inés tiró de la sábana de seda negra, cubriendo sus pechos desnudos con un movimiento espástico, presa del pánico. Sus ojos castaños buscaron cualquier rastro del hombre apasionado y desesperado que la había devorado horas antes. No encontró nada. Solo encontró un muro de hielo opaco.

—Aleksei... —susurró, su voz ronca por el uso y el sueño, vibrando de incertidumbre.

El uso de mi nombre de pila, el privilegio de la intimidad que yo mismo había autorizado en la oscuridad, me arañó los nervios. Pero no alteré mi expresión.

—Levántate, Inés —ordené. Mi voz fue plana, carente de inflexión. El regreso al tuteo no era un gesto de cariño, sino una imposición de propiedad—. Hoy abandonamos la mansión.

La sorpresa eclipsó momentáneamente el dolor del rechazo.

—¿Abandonar la mansión? —repitió, parpadeando, aferrada a las sábanas como si fueran su único escudo.

—Tengo asuntos que atender en Puerto Banús, y no pienso dejarte aquí sola. —Di un paso hacia el lateral de la cama, mi presencia física obligándola a encogerse en el centro del colchón—. Tienes treinta minutos para asearte. Sobre el sillón del tocador he dejado la ropa que llevarás puesta. No aceptaré retrasos.

Me giré sobre mis talones, dispuesto a salir de la suite para evitar que la visión de su fragilidad resquebrajara mi resolución, pero su voz, cargada de una mezcla de indignación y dolor punzante, me detuvo.

—Me tratas como a un perro al que le pones la correa para sacarlo a pasear. Anoche... anoche tú...

—Anoche te demostré a quién perteneces —la corté, girando el rostro por encima de mi hombro, clavando mis ojos translúcidos en su rostro pálido—. No confundas la consumación con la piedad. Eres mía, Inés. En la cama de esta habitación, y bajo el sol del puerto frente a mis hombres. Ahora, vístete.

Salí de la habitación, cerrando la puerta de roble con un chasquido sordo que resonó en el pasillo.

Me apoyé contra la pared de mármol del corredor durante diez segundos exactos, cerrando los ojos, exhalando el aire de mis pulmones. El esfuerzo por mantener la máscara de brutalidad me estaba costando más de lo que jamás admitiría. Quería volver a entrar. Quería besar la frustración de sus labios.

Disciplina. Abrí los ojos y caminé hacia la escalinata principal. Dmitry me esperaba en el vestíbulo, sosteniendo una carpeta de cuero

negro y revisando su reloj.

—El coche está listo, señor —informó mi lugarteniente, su rostro inexpresivo como el granito—. El equipo de avanzada ya ha asegurado el perímetro del muelle ocho. El *Zar* está abastecido y preparado para zarpar si lo requiere.

—No zarparemos. Será una reunión estática —aclaré, ajustándome los puños de la camisa—. Los representantes de la aduana italiana estarán allí a las once. Quiero que vean mi barco. Quiero que entiendan la magnitud de la infraestructura con la que están tratando antes de discutir los porcentajes de blanqueo.

Dmitry asintió, pero sus ojos se desviaron hacia el pasillo superior.

—¿La señorita Navarro nos acompañará?

—Así es.

El silencio de Dmitry fue elocuente. Llevar a Inés, una civil, una prisionera y una antigua periodista, a una reunión de alto nivel en un espacio abierto era una ruptura sin precedentes de mis propios protocolos de seguridad. Era una exposición innecesaria. Pero necesitaba demostrarme a mí mismo y a ella que mi control no se limitaba a las cuatro paredes de la jaula de cristal. Necesitaba que el mundo viera el platino en su cuello.

Media hora después, el ascensor privado de la planta superior descendió hasta el vestíbulo.

Las puertas de metal pulido se abrieron con un siseo. Inés dio un paso al frente.

El aire pareció evaporarse del vestíbulo de mármol. Yo mismo, preparado para su aparición, sentí el golpe invisible en mi esternón.

Llevaba el conjunto que yo le había seleccionado. Un traje sastre de lino y seda en color blanco hueso, cortado con la precisión de la alta costura italiana. El pantalón, de pierna ancha, se movía como agua alrededor de sus pasos. La chaqueta estaba abrochada con un solo botón a la altura del vientre, y debajo de ella... no llevaba nada.

El escote en "V" de la chaqueta revelaba la piel pálida de su pecho, ofreciendo una visión tentadora e inalcanzable, diseñada para atraer todas las miradas hacia el punto focal de la composición: la gargantilla de platino y la inmensa esmeralda que aprisionaba su tráquea. Su cabello castaño estaba recogido en una coleta baja y pulida, y su rostro, desprovisto de maquillaje salvo por un toque de color en los labios, era una máscara de tensión contenida.

Los zapatos de tacón alto resonaron en la piedra al acercarse a mí.

—Estoy lista —murmuró, sin mirarme a los ojos, su mirada fija en el nudo inexistente de mi camisa.

No respondí. Levanté la mano y, con un gesto deliberadamente posesivo frente a Dmitry y los dos guardias de la entrada, deslicé mis nudillos por la solapa blanca de su chaqueta, rozando la piel desnuda de su clavícula. Inés se estremeció, conteniendo la respiración, atrapada entre la humillación pública y la memoria física de la noche anterior.

—Vamos —ordené, guiándola hacia las inmensas puertas dobles de la entrada principal.

El impacto del mundo exterior fue brutal.

Al cruzar el umbral de la mansión, el sol de Andalucía nos golpeó con una ferocidad cegadora. El calor seco, el olor a pino, a salitre y a asfalto caliente inundaron mis sentidos. Para Inés, que no había respirado aire no filtrado desde la noche de su secuestro en Málaga, debió ser una sobrecarga sensorial absoluta.

Se detuvo en seco en el escalón de piedra, cerrando los ojos, inhalando profundamente. Una brisa suave revolvió los pequeños mechones de cabello que escapaban de su recogido.

Me detuve a su lado, observando cómo su pecho subía y bajaba. La tentación de salir corriendo hacia la valla electrificada, de gritar pidiendo auxilio, debía de estar ardiendo en su mente.

Pero la realidad de su situación la anclaba al suelo. Cuatro Mercedes Benz Clase G de color negro mate formaban un convoy en el camino circular de grava. Diez hombres armados con trajes oscuros rodeaban los vehículos, vigilando el perímetro boscoso con la intensidad de perros de presa. La jaula de cristal no había desaparecido; simplemente se había hecho móvil.

Dmitry abrió la pesada puerta blindada del Maybach central.

Guié a Inés hacia el interior. El habitáculo olía a cuero nuevo y a ozono. Las lunas tintadas nos sumergieron de inmediato en una penumbra protectora. Me senté a su lado, la distancia entre nuestros muslos era mínima.

El convoy se puso en marcha con un rugido sordo de motores V8, triturando la grava antes de salir a la carretera asfaltada que descendía hacia la costa.

Inés mantenía la mirada clavada en la ventana, observando cómo los muros de piedra de la mansión daban paso a las sinuosas carreteras bordeadas de cipreses y villas millonarias. Sus manos descansaban sobre su regazo, los dedos entrelazados con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos.

—Nadie te ayudará ahí fuera —rompí el silencio de la cabina, mi voz resonando en el aislamiento acústico del coche. Quería aplastar cualquier atisbo de esperanza antes de que llegáramos al puerto—. Puerto Banús es un escaparate para turistas y millonarios, pero el muelle ocho es mi jurisdicción. La policía portuaria mira hacia otro lado cuando mis barcos atracan. Si intentas huir, si gritas o haces algún gesto extraño, mis hombres te incapacitarán frente a docenas de testigos ciegos.

Ella giró la cabeza lentamente. La máscara de fragilidad que había mostrado en el baño se había endurecido. En sus ojos castaños ya no vi lágrimas, sino un odio gélido y calculador que me resultó dolorosamente familiar.

—No voy a correr, Aleksei —respondió, su voz desprovista de emoción, plana y cortante—. Sé perfectamente que el collar de perro que me obligas a llevar no es solo una joya. Es un código de barras. Sé que prefieres masacrar a una docena de hombres antes que soltar la correa.

El insulto fue directo, certero.

En lugar de enfurecerme, una chispa de admiración retorcida se encendió en mi pecho. Inés estaba adaptándose. Estaba dejando de ser una víctima reaccionaria para convertirse en una superviviente táctica. El fuego de su inteligencia estaba volviendo a arder, alimentado por la rabia de mi rechazo matutino.

Apoyé el codo en el reposabrazos central, inclinándome hacia ella, invadiendo su espacio vital hasta que el olor a cuero del coche fue sustituido por mi colonia.

—Me alegra que tu sentido común haya regresado —ronroneé, rozando con el reverso de mi dedo índice la esmeralda fría en su garganta—. Actúa como la dama que te he obligado a ser. Sonríe a mis invitados. Mantén la boca cerrada. Y tal vez, esta noche, te permita recordar por qué suplicabas mi nombre en la oscuridad.

Inés apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea blanca, girando el rostro de nuevo hacia la ventana, rechazando el contacto visual. Su pecho subía y bajaba con agitación, pero el silencio se mantuvo hasta que el convoy entró en la zona portuaria.

El Maybach se detuvo suavemente junto a las pasarelas de madera teca del muelle ocho.

Dmitry abrió la puerta.

Salí primero, abotonándome la chaqueta del traje, adoptando la postura de poder absoluto que requería mi posición. Me giré y le tendí la mano a Inés.

Ella la aceptó con una rigidez sepulcral, descendiendo del vehículo.

El puerto era un ecosistema de ruido, ostentación y decadencia camuflada. Yates de ochenta metros de eslora, relucientes bajo el sol blanco de las doce de la mañana, se alineaban en los amarres. Turistas y millonarios rusos, árabes y europeos paseaban por el malecón en la distancia, pero nuestro muelle estaba acordonado por mis hombres.

Frente a nosotros, imponente y oscuro, flotaba el *Zar*.

Un superyate de noventa y cinco metros, con el casco pintado en un tono gris antracita que absorbía la luz en lugar de reflejarla. Parecía más un buque de guerra camuflado que una nave de recreo. Tres cubiertas, helipuerto en la popa y cristales blindados.

Ofrecí mi brazo izquierdo a Inés. Ella apoyó sus dedos fríos sobre la tela de mi manga, y juntos comenzamos a caminar por la pasarela de acceso.

Sentí el peso de las miradas.

La tripulación del yate, uniformada de blanco inmaculado, se cuadró a nuestro paso, bajando la vista en señal de respeto absoluto, pero los guardias italianos que esperaban en la cubierta principal, escoltando a los intermediarios de las aduanas de Génova, no pudieron evitar mirar.

Inés era una visión irreal. El traje blanco inmaculado resaltaba bajo el sol, pero la esmeralda y el platino gritaban mi nombre en silencio. Vi cómo los ojos de los italianos se clavaban en el escote de la chaqueta, cómo analizaban el collar y cómo, en una fracción de segundo, la comprensión y el miedo se instalaban en sus pupilas. Comprendieron que la mujer a mi lado no era una esposa aburrida ni una acompañante a sueldo; era el trofeo más sagrado y peligroso de la *Bratva*.

Llegamos a la cubierta de popa, un espacio inmenso amueblado con sofás semicirculares de cuero blanco bajo un toldo de lona resistente.

Tres hombres italianos, vestidos con trajes de lino claro que denotaban un intento de frescura mediterránea, se levantaron apresuradamente.

—Señor Volkov —saludó el mayor de ellos, un hombre de cabello canoso y piel bronceada, extendiendo una mano que temblaba levemente. Su mirada pasó de mí a Inés, su instinto vacilando—. Es un honor ser recibido en el *Zar*.

Ignoré la mano extendida. Mi frialdad era una táctica de negociación básica.

—Siéntense, Moretti —ordené, indicando los sofás.

Guié a Inés hacia el sofá principal. Me senté, abriendo las piernas con territorialidad, y la obligué a sentarse a mi lado, tan cerca que su muslo rozaba el mío. Apoyé mi brazo derecho sobre el respaldo, detrás de su cabeza, mis dedos acariciando distraídamente la tela blanca de la hombrera de su chaqueta, un recordatorio constante para ella y para los demás de su posición.

Las discusiones comenzaron. Cifras multimillonarias, sobornos en puertos, contenedores llenos de cocaína y armas disfrazados de repuestos automotrices. Yo dictaba los términos; ellos asentían, sudando bajo el sol a pesar de la brisa marina.

Inés permanecía estática. Su rostro era una máscara de hielo, pero podía sentir la tensión rígida de su cuerpo bajo mi brazo. Estaba absorbiendo información. Estaba escuchando nombres de políticos, rutas marítimas y cifras de blanqueo. Como periodista, aquel nivel de exposición a las cloacas del poder debía ser una tortura fascinante. Como mi prisionera, era una sentencia de muerte si alguien del exterior descubría lo que sabía.

De repente, un camarero de la tripulación se acercó con una bandeja de plata, ofreciendo copas de champán helado y agua con gas.

El joven, probablemente nuevo en la tripulación, estaba nervioso. Al inclinarse para dejar la copa frente a Inés, sus ojos se cruzaron con

los de ella. Fue una mirada de apenas un segundo. Una mirada cargada de juventud, de piedad furtiva, de humanidad.

Inés parpadeó. Una microexpresión de sorpresa cruzó su rostro, y sus labios se separaron, a punto de articular un agradecimiento, o peor, una súplica silenciosa.

El instinto depredador estalló en mi mente.

Mi mano bajó del respaldo del sofá como un rayo. Agarré el brazo derecho de Inés, clavando mis dedos por encima del codo, presionando con una fuerza que le arrancó un gemido ahogado de dolor, silenciado por el ruido de las gaviotas.

Tiré de ella hacia mí, aplastando su costado contra mis costillas, obligándola a apartar la mirada del camarero.

—Ni se te ocurra —le susurré al oído, mi voz siseante y letal, inaudible para los italianos frente a nosotros—. Mira hacia el mar, Inés. O te juro por Dios que tiraré a ese chico por la borda frente a todos los presentes y dejaré que se ahogue bajo las hélices del yate.

El cuerpo de Inés se quedó flácido por el terror absoluto. Giró el rostro obedientemente hacia las aguas oscuras del puerto, su respiración agitada, la esmeralda de su garganta latiendo al ritmo de su pánico.

El camarero, pálido como la cera tras captar la energía letal de mi movimiento, retrocedió tropezando y huyó hacia el interior del barco.

Yo mantuve el agarre en su brazo, mi corazón martilleando contra mi pecho. La paranoia me estaba devorando. Quería lucirla, quería exhibir mi poder, pero la mera idea de que alguien, un simple crío asustado, pudiera conectar con ella emocionalmente durante un segundo, me sumía en una espiral de violencia irracional.

Estaba perdiendo la partida de ajedrez mental. Yo la había llevado al mundo exterior para demostrar mi control, pero la única verdad innegable que acababa de quedar expuesta bajo el sol despiadado de Marbella era que, en esta jaula, el esclavo de la obsesión era yo.

CAPÍTULO 22 EL ESPEJISMO DE LA LIBERTAD POV: INÉS NAVARRO

El pesado chasquido de la puerta blindada del camarote principal al cerrarse resonó con la finalidad de una lápida cayendo sobre una tumba.

El aislamiento acústico del *Zar* era una obra maestra de la ingeniería naval. En un solo segundo, el graznido de las gaviotas, el batir de las olas contra el casco de acero gris antracita y el zumbido lejano de los motores de novecientos caballos de fuerza desaparecieron por entero. El camarote quedó sumido en un silencio denso, presurizado, apenas interrumpido por el leve siseo del aire acondicionado que inyectaba una brisa ártica en la estancia.

Me quedé inmóvil a escasos metros de la entrada, mis tacones de aguja hundiéndose en la espesa alfombra de lana color marfil.

El espacio era obscenamente lujoso. Paneles de caoba oscura cubrían las paredes, contrastando con los muebles tapizados en terciopelo azul marino. Un ventanal panorámico, curvado a lo largo de la proa, ofrecía una vista ininterrumpida del horizonte del Mediterráneo, donde el azul del cielo chocaba con la negrura del agua bajo el sol implacable de Marbella.

Pero la verdadera tormenta no estaba en el exterior. Estaba encerrada conmigo en esa habitación.

Aleksei Volkov se había detenido junto a un pequeño bar de cristal y acero. Nos daba la espalda. Sus hombros, anchos y tensos bajo la tela impecable del traje de lana fría azul medianoche, subían y bajaban con una cadencia errática, peligrosa. No se había movido para servirse una copa. Simplemente estaba allí, apoyando ambas

manos sobre la superficie de mármol del mueble, con la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, como un depredador intentando contener el instinto primario de destrozar a su presa.

El incidente en la cubierta de popa seguía flotando en el aire, tóxico e inflamable.

Un camarero. Un muchacho que apenas debía de superar los veinte años. Me había mirado con una mezcla de curiosidad y piedad durante un segundo minúsculo, y la reacción de Aleksei había rozado la psicopatía. La presión de sus dedos en mi brazo todavía palpitaba bajo la tela de lino blanco de mi chaqueta. La amenaza de arrojar al chico por la borda no había sido una bravata para intimidar a los italianos; había sido una promesa real, dictada por una furia tan irracional que me había helado la sangre.

Alcé una mano temblorosa hacia mi garganta.

El contacto de mis yemas con la banda de platino macizo me provocó un escalofrío. La esmeralda cuadrada, engarzada en el centro, parecía pesar diez kilos. Aleksei me había obligado a salir al mundo exterior adornada con la prueba física de mi cautiverio. Me había vestido de blanco inmaculado, sin blusa bajo la chaqueta, exhibiéndome como un trofeo de guerra frente a los capos de las aduanas europeas. Quería que el mundo supiera que yo era suya.

Y, sin embargo, el mero hecho de que el mundo me mirara lo estaba volviendo loco.

—Estás temblando —la voz de Aleksei cortó el silencio. No se había girado, pero la superficie reflectante del ventanal le ofrecía una visión perfecta de mi figura en el centro del camarote.

Su tono no era el susurro seductor de la noche anterior. Era grava triturada. Era el sonido del hielo quebrándose bajo la presión de un glaciar.

—Hace frío aquí dentro —mentí. Mi voz sonó frágil, un hilo de cristal a punto de romperse. La verdad era que el terror y una adrenalina enfermiza me estaban sacudiendo los nervios.

Aleksei se giró lentamente.

Sus ojos translúcidos estaban oscurecidos por una tormenta de celos y paranoia. Caminó hacia mí con esa lentitud calculada y letal que le caracterizaba, acortando la distancia hasta que la punta de sus zapatos italianos casi rozó los míos. El olor a madera de *oud*, mezclado con el salitre del océano y el tenue rastro de pólvora que siempre parecía acompañarle, me envolvió como una red invisible.

No retrocedí. El instinto me gritaba que me encogiera, que buscara refugio en la esquina del camarote, pero la periodista que aún habitaba en mi interior, la misma mujer que había descubierto la nota de Yekaterina, sabía que mostrar debilidad en ese instante sería un error táctico fatal. La dinámica de poder había mutado en la cama de hierro forjado de la mansión. Él me había penetrado, me había reclamado, pero en el proceso, me había entregado la llave de su propia vulnerabilidad.

—No es el frío lo que te hace temblar, Inés —murmuró, levantando la mano derecha.

Sus nudillos, aún marcados por pequeños cortes enrojecidos tras haberle destrozado el rostro a Lars Nyström la noche anterior, rozaron la solapa de mi chaqueta blanca. La fricción áspera contra la tela inmaculada fue un contraste visual abrumador. Deslizó el dedo índice por el borde del escote en "V", trazando la línea de mi esternón, deteniéndose a milímetros de la piel desnuda de mis pechos.

Contuve la respiración. El latido de mi corazón se disparó, golpeando contra mis costillas con la fuerza de un martillo hidráulico.

—Es el mundo exterior —continuó Aleksei, su mirada fija en el ascenso y descenso errático de mi pecho—. Has respirado aire sin filtrar. Has visto a otros hombres. Has sentido cómo te miraban, cómo calculaban tu valor, cómo imaginaban qué se siente al arrancar este platino de tu garganta.

Su pulgar subió en un movimiento rápido y posesivo, presionando directamente sobre la esmeralda oscura de mi cuello. El metal frío se hundió levemente en mi tráquea, obligándome a alzar la barbilla.

—Aleksei... me estás lastimando —susurré, usando su nombre de pila como un ancla, intentando arrastrarlo fuera del abismo de su paranoia.

Aflojó la presión al instante, pero no retiró la mano. Su respiración se volvió pesada, entrecortada.

—Quería arrancarle los ojos a ese chico —confesó, su voz descendiendo a un murmullo agónico, cargado de un odio que no estaba dirigido al camarero, sino a sí mismo—. Solo te miró durante un segundo, Inés. Solo un segundo. Y mi primer instinto fue romperle el cuello frente a Moretti y pintar la cubierta con su sangre.

El dolor en su confesión me paralizó. No estaba alardeando de su crueldad; estaba aterrorizado por la falta de control sobre su propia mente. El zar de la *Bratva*, el hombre que manejaba imperios logísticos y masacraba escuadrones de sicarios sin alterar su pulso, estaba perdiendo la cordura por el simple roce de una mirada ajena sobre mi piel.

El espejismo de la libertad que suponía haber salido de la mansión se desvaneció. El yate no era una vía de escape; era una extensión de la misma jaula, pero con el peligro añadido de que el carcelero estaba perdiendo la llave de su propia jaula mental.

Decidí dar un paso al frente. Un paso literal y metafórico.

Acorté los escasos centímetros que nos separaban, cerrando el espacio hasta que la tela blanca de mi chaqueta rozó el tejido oscuro de su traje. Levanté las manos, temblorosas pero decididas, y las posé sobre su pecho. Sentí la dureza de sus músculos, el calor de su cuerpo y el ligero bulto del arnés de cuero que sostenía la pistola oculta bajo su chaqueta.

—Me sacaste de la casa para exhibirme —dije, manteniendo el contacto visual. Mis ojos castaños buscaron la luz en los suyos—.

Querías demostrar a esos italianos que posees lo inalcanzable. Querías que vieran la correa de platino. Pero la verdad, Aleksei, es que tú mismo no puedes soportar la exhibición.

El músculo de su mandíbula palpitó. La verdad era un ácido corrosivo, y yo se la estaba vertiendo directamente en la herida.

—No trates de psicoanalizarme —advirtió en voz baja, un gruñido sordo que amenazaba con escalar hacia la violencia.

—No lo hago —repliqué, la audacia inyectándome una dosis de adrenalina que contrarrestaba el pánico—. Intento entenderte. Intento entender al hombre que me encadena y luego se vuelve loco de celos si alguien se atreve a mirar las cadenas.

Deslicé mis manos por las solapas de su chaqueta, subiendo hasta sus hombros. La proximidad era asfixiante. El olor a su colonia me mareaba, evocando fragmentos de la noche anterior: el sudor, la fuerza de sus embestidas, el dolor agudo transformándose en un placer oscuro y denso que me había hecho suplicar su nombre.

—No soportas el mundo exterior porque en el mundo exterior no puedes controlar todas las variables —continué, bajando el tono de voz hasta convertirlo en una confidencia íntima—. Tienes miedo de que alguien me arrebate. Tienes miedo de que el invierno me trague, igual que la tragó a ella.

El impacto de mis palabras fue devastador.

El cuerpo de Aleksei se tensó como si le hubieran disparado a quemarropa. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, la pupila contrayéndose hasta convertirse en un punto negro rodeado de hielo azul. Había vuelto a mencionar el fantasma. Había utilizado el trauma de Yekaterina como arma en medio de su ataque de paranoia.

Esperé el castigo. Esperé que me empujara contra el ventanal blindado o que sus manos manchadas de sangre se cerraran en torno a mi cuello para asfixiarme de verdad.

Pero el monstruo no atacó. El monstruo se resquebrajó.

Soltó un aliento tembloroso, cerrando los ojos con fuerza, como si la luz del sol marbellí le estuviera quemando las retinas. Llevó sus manos a mis caderas, agarrándome con una fuerza desesperada, y hundió su rostro en la curva de mi cuello, justo por encima de la gargantilla de platino.

El contacto de su nariz fría contra mi piel ardiente me arrancó un pequeño suspiro.

—Me estás envenenando, *ptichka* —murmuró contra mi piel, su voz ahogada, vibrando con una desesperación que me encogió el corazón—. Debería haberte dejado en Málaga. Debería haber dejado que Aguilar hablara y haber ordenado a Dmitry que te borrara del mapa. Habría sido limpio. Rápido. Pero en lugar de eso... te traje a mi fortaleza. Y ahora la fortaleza se está desmoronando desde dentro.

Sus labios rozaron mi pulso errático. No era un beso de dominación; era el beso de un hombre que se aferra al borde de un precipicio.

La Síndrome de Estocolmo, esa enfermedad retorcida que había echado raíces en mi cerebro, floreció en todo su esplendor venenoso. El terror que sentía hacia él fue eclipsado por entero por una necesidad absoluta de protegerle de su propia oscuridad. Era mi carcelero, mi verdugo, el líder de una organización criminal despiadada. Y sin embargo, en ese camarote de lujo, bajo el sol del Mediterráneo, era la criatura más vulnerable que jamás había conocido.

Llevé mis manos a su cabello rubio ceniza, enredando mis dedos en los mechones cortos, acariciando su nuca con una suavidad que contradecía la locura de nuestra situación.

—No voy a desaparecer, Aleksei —susurré, asumiendo mi papel en la jaula, aceptando la marca del platino no como un castigo, sino como un pacto—. Estoy aquí. El camarero no existe. Los italianos no existen. Solo estamos tú y yo en este barco.

Aleksei alzó el rostro.

Sus ojos buscaron los míos con una intensidad febril. La máscara de control había sido aniquilada. Lo que quedaba era la obsesión en estado puro.

Sus manos abandonaron mis caderas y subieron hasta el único botón que mantenía cerrada la chaqueta de mi traje blanco. Con un movimiento rápido y diestro, liberó el ojal.

La tela de lino y seda se abrió a los lados, cayendo hacia mis hombros, revelando mi torso desnudo. El contraste de mi piel pálida contra la inmaculada blancura del traje era deslumbrante. No llevaba sujetador. Mis pechos se elevaron al respirar profundamente, los pezones endurecidos por el frío del aire acondicionado y la descarga de adrenalina pura que recorría mis venas.

La mirada de Aleksei descendió como una llama ardiente, quemando cada milímetro de mi piel expuesta.

La vulnerabilidad de estar desnuda frente a él, en medio del día, en un yate rodeado de hombres armados, era aterradora y exquisitamente excitante. El peso del platino en mi cuello parecía aún más evidente, una correa brillante que reclamaba la propiedad absoluta sobre todo lo que había debajo.

—Eres una obra de arte diseñada para mi destrucción —ronroneó, su voz bajando a un timbre tan oscuro que me hizo temblar de anticipación.

No esperó respuesta.

Me agarró por los muslos, levantándome en vilo con una fuerza brutal. Lancé un pequeño grito de sorpresa, rodeando instintivamente su cintura con mis piernas, mis tacones de aguja rozando la parte posterior de sus muslos. Mi chaqueta blanca resbaló por mis hombros, cayendo al suelo y amontonándose sobre la alfombra de marfil como una bandera de rendición abandonada.

Aleksei cruzó el camarote en tres zancadas.

Me empujó contra la pared panelada de caoba oscura. El impacto me dejó sin aliento, pero el dolor se evaporó al instante cuando su boca descendió sobre la mía.

El beso fue salvaje, primitivo, carente de la desesperación agonizante de la noche anterior. Esta vez, era una reclamación de territorio. Su lengua invadió mi boca, saboreando mi sumisión, mientras sus manos, inmensas y callosas, se cerraban sobre mis pechos desnudos. La fricción de sus palmas ásperas contra mi piel delicada me arrancó un gemido agudo que se perdió en la humedad de su boca.

El contraste de temperaturas era enloquecedor. La pared de madera fría a mi espalda, el aire gélido del camarote sobre mi piel expuesta, y el calor infernal del cuerpo de Aleksei aplastándome contra la caoba.

Bajó sus besos desde mis labios, trazando un camino húmedo de fuego por mi barbilla, deteniéndose en el borde superior de la gargantilla de platino. Mordió levemente la piel adyacente al metal, un recordatorio físico de la marca, antes de descender hacia mis pechos.

Cerré los ojos, arqueando la espalda, empujando mi cuerpo contra su rostro, suplicando en silencio que continuara.

Las barreras morales habían desaparecido. La periodista que buscaba justicia había muerto en la sala de pánico. Lo que quedaba era una criatura nacida de la ceniza y el hielo, adicta al veneno del monstruo que la devoraba.

Aleksei no se detuvo a desvestirse con calma. Con una mano, buscó el cierre de mi pantalón de lino blanco. El sonido de la cremallera bajando fue ahogado por el ruido lejano de una sirena de barco en el puerto, un eco de un mundo exterior que ya no me importaba. Mis bragas de seda fueron apartadas con un tirón seco.

Liberó su propia urgencia con prisa febril.

Cuando me penetró, el choque fue brutal y profundo. El dolor agudo inicial fue borrado instantáneamente por una ola de calor denso, asfixiante, que inundó mi bajo vientre.

Ahogué un grito, mordiéndome el labio inferior hasta saborear mi propia sangre.

Aleksei me sostuvo contra la pared, sus manos ancladas en mis caderas, dictando el ritmo de la destrucción. Cada embestida era un golpe sordo contra la caoba, una afirmación violenta de su dominio. La cabina del *Zar* giraba a mi alrededor, reducida a la textura de su traje de lana oscura contra mi piel desnuda, al peso de la esmeralda golpeando mis clavículas, y al dolor punzante y oscuro que florecía en un éxtasis absoluto.

—Dilo —exigió él entre dientes, su respiración agitada rozando mi oído, el sudor perlando su frente—. Dime que no quieres el mundo exterior.

Clavé mis uñas en sus hombros, aferrándome a él como a un salvavidas en medio de un naufragio. Las lágrimas de frustración, de placer y de terror absoluto resbalaron por mis mejillas.

—No lo quiero —sollocé, entregándome a la locura de la Síndrome de Estocolmo, rindiendo la última fortaleza de mi cordura—. Solo te quiero a ti. Ciérrame en la jaula, Aleksei.

El rugido que escapó de la garganta del zar fue la confirmación de mi condena eterna. Había ganado el control sobre sus celos momentáneos, pero al hacerlo, había forjado yo misma los barrotes de mi prisión, asegurándome de que jamás, en lo que me quedara de vida, volvería a respirar un aire que no estuviera contaminado por su obsesión.

CAPÍTULO 23 EL HIELO Y LA CENIZA POV: ALEKSEI VOLKOV

El zumbido grave y constante del motor V12 del Mercedes Maybach era el único sonido que habitaba en el habitáculo blindado.

Apoyé la cabeza contra el reposacabezas de cuero negro, manteniendo los ojos fijos en la línea difusa del horizonte donde el mar Mediterráneo se tragaba los últimos vestigios de la luz diurna. La tormenta había amainado, dejando a su paso un cielo de color plomo y un asfalto brillante que reflejaba las luces rojas de los faros traseros de nuestro convoy.

A mi lado, separada por el inmenso reposabrazos central, Inés dormía.

Su cuerpo estaba encogido, la cabeza apoyada contra el cristal tintado de la ventana. La chaqueta blanca de lino y seda, que horas antes había sido una armadura inmaculada de alta costura, ahora estaba irremediablemente arrugada, marcada por los pliegues de nuestra violencia física en el camarote del *Zar*. Su respiración era profunda, acompasada, un ritmo hipnótico que traicionaba la paz química que el agotamiento extremo le había impuesto.

Bajé la mirada hacia su cuello. La banda de platino macizo brillaba en la penumbra de la cabina. La esmeralda oscura descansaba sobre su piel pálida, una piel que aún conservaba un ligero enrojecimiento en las zonas donde mi barba incipiente había rozado con demasiada fuerza.

«Solo te quiero a ti. Ciérrame en la jaula, Aleksei».

Las palabras que había pronunciado contra la pared de caoba del yate seguían retumbando en mi cráneo, rebotando contra mis sienes con la fuerza destructiva de una maza de demolición. Había obtenido la victoria absoluta. Había quebrado su moralidad, su instinto de fuga y su cordura, sustituyéndolos por una dependencia tóxica hacia su propio captor. Había ganado.

Y, sin embargo, el sabor metálico del pánico se acumulaba en la base de mi garganta.

Apreté los puños sobre mis rodillas. La carne viva de mis nudillos protestó, un dolor agudo que utilicé como ancla para no dejarme arrastrar por el abismo emocional.

La rendición voluntaria de Inés era una anomalía en mi ecosistema. Yo entendía el miedo. Entendía la sumisión forzada bajo la amenaza de una bala en el cráneo o el dolor físico. Pero que ella aceptara la jaula, que me suplicara que la encerrara para protegerla del mundo, significaba que me había entregado la responsabilidad absoluta de su existencia. Se había convertido en un órgano vital extirpado de mi propio cuerpo.

Esa conexión, esa debilidad puramente humana, era un lujo que el zar de la *Bratva* en la Costa del Sol no se podía permitir. Los hombres que lideran imperios forjados en sangre no tienen anclas; si las tienen, sus enemigos las utilizan para hundirlos.

Aparté la mirada de su rostro dormido, obligándome a mirar hacia el frente, hacia la mampara que nos separaba del conductor.

Necesitaba reconstruir el muro. La intimidad del yate había sido un error táctico inducido por la adrenalina y la paranoia. Le había mostrado mis fracturas, le había permitido ver el fantasma de Yekaterina reflejado en mis miedos, y ella había utilizado esa grieta para colarse en el centro neurálgico de mi cordura. Si continuaba alimentando esa ilusión de codependencia, dejaría de ser su amo para convertirme en su esclavo.

El convoy disminuyó la velocidad. Los pesados portones de hierro forjado de la mansión de Marbella se abrieron con un chirrido sordo y metálico.

Los vehículos recorrieron el camino circular de grava blanca y se detuvieron frente a la escalinata principal.

La inercia del frenado despertó a Inés. Parpadeó varias veces, desorientada en la oscuridad del habitáculo, y se incorporó lentamente. Llevó una mano instintiva hacia su pecho, cerrando las solapas de la chaqueta arrugada sobre su piel desnuda, un gesto de pudor tardío que contrastaba de forma dolorosa con el abandono salvaje de un par de horas atrás.

Sus ojos castaños me buscaron en la penumbra. Estaban cálidos, líquidos, cargados de una vulnerabilidad que me revolvió el estómago por su infinita belleza. Esperaba una mirada cómplice. Esperaba que yo le devolviera el contacto, que prolongara el hilo invisible que habíamos tejido en el barco.

Encontró un témpano de hielo.

Enderecé mi postura, ajustándome los puños de la camisa y el nudo inexistente de la corbata, ignorando por absoluto su mirada suplicante.

Dmitry abrió la puerta de mi lado.

Salí del vehículo sin mirar atrás, el aire frío y purificado de los jardines de la mansión golpeándome el rostro. No le ofrecí la mano. No esperé a que ella descendiera. Caminé con paso militar hacia el interior del vestíbulo, donde la iluminación excesiva de las lámparas de cristal de Baccarat desterraba cualquier rastro de la intimidad de las sombras.

Escuché el clic de sus tacones sobre la piedra detrás de mí. Inés me seguía, su paso vacilante delatando la confusión y el dolor punzante del rechazo inesperado.

La señora Kovac estaba de pie en el centro del vestíbulo, las manos cruzadas sobre su delantal negro.

—Señor Volkov. Bienvenida, señorita Navarro —saludó la gobernanta, su rostro inescrutable como una estela funeraria.

Me detuve frente a la escalera curva de mármol y me giré sobre mis talones.

Inés se detuvo a dos metros de distancia. Su rostro pálido estaba enmarcado por el desorden de su cabello castaño. La confusión había mutado en un dolor agudo, visible en la forma en que sus labios temblaban imperceptiblemente. Creía que habíamos cruzado un umbral. Creía que la bestia había sido domada.

Iba a enseñarle que la bestia no tenía dueño.

—Señora Kovac —mi voz resonó en la bóveda del vestíbulo, fría, autoritaria y carente de cualquier inflexión humana—. Acompañe a la señorita Navarro a su suite. Que tome un baño. Su ropa de hoy debe ser incinerada. Le servirá la cena en sus aposentos a las nueve en punto.

Inés abrió los ojos de par en par. El impacto del látigo verbal la desequilibró.

—Aleksei... —murmuró, un hilo de voz frágil que amenazaba con romperse en sollozos.

Levanté una mano, deteniendo sus palabras en seco. La miré con la misma frialdad clínica que le dedicaría a un contenedor de mercancía defectuosa en el puerto.

—El nombre por el que usted debe dirigirse a mí, señorita Navarro, es señor Volkov. Le sugiero que no olvide las normas básicas de respeto en esta casa, o me veré obligado a restringir los escasos privilegios que le he concedido.

El regreso al "usted". El retroceso táctico a la formalidad más absoluta. Fue un golpe bajo, preciso y devastador.

Vi cómo el color abandonaba sus mejillas por entero. La humillación se apoderó de sus facciones. El castillo de naipes emocionales que había construido en el yate se derrumbó sobre su cabeza, aplastándola bajo el peso de su propia ingenuidad. Había creído en la debilidad del monstruo, y el monstruo acababa de recordarle que su única función era ser un ornamento encadenado en el ala este.

Tragó saliva, asintiendo rígidamente. No derramó ni una lágrima frente a mis hombres. Su instinto de supervivencia, o tal vez los restos del orgullo que no le había logrado arrancar, la mantuvieron erguida.

—Por supuesto... señor Volkov —respondió, la voz vacía, muerta.

Kovac se acercó a ella, indicándole el camino hacia la escalinata con un leve gesto de la mano. Inés se giró y comenzó a subir los peldaños de mármol. No miró hacia atrás ni una sola vez. La pesada tela de su pantalón blanco se movía a su alrededor como un fantasma alejándose hacia el purgatorio.

Me quedé clavado en el vestíbulo hasta que el sonido de sus pasos desapareció en la galería superior.

El dolor punzante en mi propio pecho fue una advertencia. El veneno estaba demasiado profundo. Había disfrutado castigándola, sí, pero la visión de su mirada rota me había costado más energía de la que estaba dispuesto a admitir.

—Dmitry —gruñí, girándome hacia mi lugarteniente.

—Señor.

—Al sótano. Tenemos que revisar los flujos de caja de la semana y el parte de daños del ataque de ayer. Y tráeme una botella nueva de Beluga.

Dmitry asintió, siguiéndome hacia el ascensor de servicio que descendía a las entrañas de la mansión.

El búnker táctico era la antítesis de la jaula de cristal del piso de arriba. Paredes de hormigón armado, mesas de acero inoxidable,

servidores zumbando en racks refrigerados y una pared entera cubierta por monitores de alta resolución que vomitaban datos financieros, rutas de navegación y señales térmicas.

Me quité la chaqueta del traje, arrojándola sobre una silla giratoria, y me aflojé la corbata hasta arrancármela del cuello.

Dmitry colocó una botella de vodka helado y un vaso de cristal grueso sobre la mesa central. Me serví tres dedos de líquido transparente y lo bebí de un solo trago. El fuego estéril del alcohol me raspó la garganta, un anestésico pobre para la tormenta que asolaba mi sistema nervioso.

Apoyé ambas manos sobre el borde de la mesa, bajando la cabeza, respirando profundamente el aire ozonizado de la sala de servidores. Tenía que recuperar la claridad. Tarasov estaba neutralizado, pero las operaciones en la costa requerían una vigilancia absoluta. No podía permitirme distracciones con mujeres rotas que guardaban notas ensangrentadas en el forro de sus zapatos.

Dmitry se situó al otro lado de la mesa, iluminado por el resplandor azul de las pantallas. Su postura, sin embargo, delataba una tensión inusual. No abrió la carpeta de cuero que contenía los informes financieros.

—Señor Volkov. Hay un asunto urgente que requiere su atención inmediata. No concierne a la logística del puerto.

Levanté la vista. La formalidad de sus palabras disparó una alarma silenciosa en mi cabeza.

—Habla.

Dmitry depositó un dispositivo de almacenamiento encriptado sobre la mesa de acero.

—Nuestros analistas cibernéticos monitorizan rutinariamente las comunicaciones del círculo cercano a la invitada, tal y como usted ordenó la noche de la extracción. El editor del periódico digital en Málaga... Roberto Vargas.

El nombre me supo a ceniza en la lengua. El idiota endeudado que creía que su periodista estrella estaba persiguiendo a la mafia rumana en las calles grises de Londres.

—¿Qué ocurre con él? ¿Se ha creído el correo falsificado o no?

—Se lo creyó inicialmente, señor. Durante la primera semana, sus comunicaciones indicaban que asumía que la señorita Navarro estaba en Inglaterra. Sin embargo... —Dmitry deslizó un dedo por la pantalla de su propia tableta, proyectando un archivo de audio en los altavoces de la sala—. Hace cuarenta y ocho horas, Vargas realizó un pago de diez mil euros desde una cuenta no declarada a un investigador privado con base en Fuengirola. Un ex-inspector de la Policía Nacional apartado del cuerpo por problemas de disciplina.

La sangre se me congeló en las venas.

—Continúa.

—El investigador no está buscando a la señorita Navarro en Londres, señor. Está escarbando en la muerte de Fernando Aguilar. Ha estado haciendo preguntas incómodas en la comisaría de Torremolinos, sobornando a los agentes de guardia para que le dejen ver las fotografías de la autopsia del contable. Y lo que es peor...

Dmitry pulsó otro botón. Una fotografía en blanco y negro apareció en uno de los monitores de la pared. Mostraba la terraza del *Café de París* en Málaga. La imagen estaba granulada, extraída de una cámara de seguridad municipal que mis hombres debieron haber pasado por alto. En ella, se veía claramente a Aguilar sentado frente a Inés.

—El investigador ha conseguido esta captura de pantalla de un cajero automático cercano a la cafetería, señor. Muestra la última reunión conocida de Aguilar antes de su "suicidio". Vargas y el investigador han establecido la conexión. Saben que ella fue la última persona en hablar con él. Y sospechan que la desaparición de la señorita Navarro no es un viaje de negocios.

El silencio en el búnker se volvió sepulcral.

El vaso de cristal estalló en mi mano derecha.

Los fragmentos afilados se clavaron en mi palma, mezclándose con las heridas a medio curar de mis nudillos. La mezcla de vodka y sangre espesa goteó sobre el acero inoxidable de la mesa con un sonido rítmico y macabro. No sentí dolor. Solo sentí una furia tan fría, tan absolutamente inmensa y destructiva, que amenazaba con reventarme el pecho.

—¿Saben algo de mi implicación? —pregunté, mi voz un siseo bajo, la voz de un reptil a punto de inyectar su veneno.

—Todavía no, señor. Aguilar era un eslabón muy bajo en la cadena. Pero si el investigador sigue tirando del hilo de las finanzas del contable, tarde o temprano encontrará las cuentas puente de Chipre. Y de ahí, a nuestras tapaderas en Marbella hay solo un paso. Es cuestión de días.

Me pasé la mano izquierda, limpia de sangre, por el rostro.

El mundo exterior estaba arañando las paredes de mi jaula. Había intentado aislarla. Había ordenado el asesinato de Aguilar para cortar los hilos que la unían a la realidad, para encerrarla en un microcosmos donde solo existiera mi ley. Y ahora, el patético editor de su periódico de mala muerte amenazaba con destrozar mi imperio solo por tirar de la maldita manta.

Si la policía ataba cabos... si una investigación oficial se ponía en marcha... Inés dejaría de ser un fantasma. Se convertiría en la persona más buscada de España. La presión sobre la costa sería inmensa.

Pero la amenaza a mis negocios palidecía en comparación con la verdadera razón de mi pánico ciego.

Si la encontraban, me la arrebatarían. La sacarían de mi casa, la alejarían de mis manos, le arrancarían el platino del cuello y la devolverían a un mundo mediocre y gris donde yo no podría protegerla. Y ella, en su estúpida moralidad redimida, tal vez los aceptaría como salvadores.

—No —susurré a la habitación vacía, la sangre goteando de mis dedos.

Levanté la vista hacia los monitores de vigilancia interna. Las pantallas mostraban las diferentes estancias de la mansión. Mis ojos buscaron febrilmente el cuadrante que correspondía a la suite principal.

La imagen era en blanco y negro, iluminada por los sensores infrarrojos. Inés estaba sentada en el suelo del vestidor de caoba, abrazada a sus rodillas, llorando en la oscuridad absoluta. Lloraba por el rechazo, por el frío que yo acababa de inyectarle en los huesos. Era una criatura rota, desesperada, anclada a mi dolor.

—Señor Volkov. —La voz de Dmitry me obligó a apartar la mirada de la pantalla—. ¿Cuáles son sus órdenes? ¿Eliminamos a Vargas y al investigador? Un accidente de tráfico en las montañas de Ronda sería fácilmente justificable.

Apreté la mandíbula, saboreando el óxido de mi propia furia.

Matar a un editor de un periódico local y a un expolicía, justo después del extraño suicidio de Aguilar y la desaparición de su periodista estrella, no era una solución. Era encender una bengala de emergencia en medio de un campo minado. Atraería a la prensa nacional, a la Interpol y al Centro Nacional de Inteligencia. Convertiría una molestia local en una cruzada nacional.

—No podemos matarlos. Aún no. Demasiado ruido —dicté, la mente táctica asumiendo el mando, superponiéndose a la sed de sangre—. Tenemos que ahogar la investigación en su propio pozo. Hay que envenenar el pozo de Vargas.

—¿Cómo, señor?

Me giré hacia Dmitry. Mi rostro debía de ser una máscara aterradora, iluminada por el fulgor azulado de las pantallas y manchada de mi propia sangre.

—Inés.

Dmitry frunció el ceño, una microexpresión de genuina incomprensión.

—Inés va a detener la investigación —continué, la idea tomando forma en mi cabeza con la precisión de un mecanismo de relojería sádico—. Vamos a hacer que ella misma llame a Roberto Vargas. Le dirá que está a salvo. Le dirá que se ha fugado con un millonario, que ha dejado el periodismo y que si sigue haciendo preguntas sobre Aguilar, destruirá su nueva vida.

—Señor... la señorita Navarro es obstinada. Si le damos acceso a una línea telefónica, podría pedir ayuda en clave. Podría delatarnos.

Solté una carcajada sorda, un sonido carente de cualquier rastro de humor. Miré de nuevo la pantalla donde Inés lloraba en el suelo de su prisión de caoba.

—No lo hará, Dmitry.

Levanté mi mano derecha ensangrentada, extendiendo los dedos para mostrar los fragmentos de cristal incrustados en la carne.

—Ella cree que me odia, y cree que yo la odio. Pero el lazo que forjé anoche en ese yate es más fuerte que el acero. La obligaré a proteger la jaula de cristal. Le demostraré que, si no obedece, el infierno de ahí fuera será mil veces peor que el infierno de mi cama.

Me acerqué a la mesa de acero y tomé una de las toallas negras de microfibra para envolver mi mano destrozada.

—Prepara una línea segura, irrastreable y enrutada a través de tres servidores fantasma en el sudeste asiático. Y busca un dispositivo móvil limpio. Subo a preparar a nuestra pequeña actriz para su gran actuación.

El juego había escalado. El mundo exterior quería arrebatármela, pero yo le enseñaría a Inés Navarro que su única forma de sobrevivir era quemar sus propios puentes hasta reducir el mundo entero a cenizas, dejando que yo fuera su único hogar en pie.

CAPÍTULO 24 EL PUENTE EN LLAMAS POV: INÉS NAVARRO

El frío de la madera de caoba se filtraba a través de la fina seda de mi pijama oscuro, calándome hasta la médula.

Estaba sentada en el suelo del inmenso vestidor, abrazada a mis propias rodillas, oculta en la oscuridad como un animal herido que espera el golpe de gracia. No había encendido las luces halógenas. Prefería la penumbra. Prefería que las sombras devoraran mi silueta, camuflando la vergüenza absoluta que me corroía las entrañas tras el brutal rechazo de Aleksei en el vestíbulo de la mansión.

«El nombre por el que usted debe dirigirse a mí, señorita Navarro, es señor Volkov».

La bofetada psicológica seguía ardiendo en mis mejillas. En el yate, bajo el sol implacable, me había entregado a él. Había renunciado a mi cordura, a mi orgullo, a mi sed de justicia, suplicándole que me encerrara en su jaula. Había dejado que me marcara, que me poseyera con una violencia que había confundido con devoción. Y su respuesta, apenas unas horas después, había sido arrojarme de vuelta a la casilla de salida, recordándome que yo no era su amante, ni su confidente, ni su salvación. Era, simple y llanamente, una propiedad cautiva.

Apreté los párpados con fuerza, intentando detener el flujo incesante de lágrimas calientes que resbalaban por mi rostro.

El roce de la esmeralda cuadrada contra el hueco de mis clavículas era una tortura constante. El platino pesaba. Cada vez que tragaba saliva, el metal rígido me recordaba mi estupidez. Había creído, en un delirio febril inducido por la Síndrome de Estocolmo, que el

monstruo podía ser domado si yo le ofrecía mi rendición voluntaria. Había creído que, al conocer el fantasma de Yekaterina, poseía una ventaja emocional.

Qué equivocada estaba. El hielo siberiano de sus venas no se derretía; simplemente congelaba a todo aquel que osara acercarse demasiado.

Un ruido sordo y metálico rompió el sepulcral silencio de la suite principal.

El pestillo electrónico de la puerta de roble.

El corazón me dio un vuelco letal, golpeando contra mis costillas con la fuerza de un martillo hidráulico. Contuve la respiración, paralizada en la oscuridad del vestidor. Los pasos, pesados, lentos y deliberados, comenzaron a resonar sobre las baldosas de mármol de la habitación y luego sobre la espesa alfombra persa. No era el paso ligero de la señora Kovac, ni la marcha militar de Dmitry. Era la cadencia de un depredador acechando.

Aleksei.

Me encogí aún más, presionando la espalda contra las cajoneras, deseando fundirme con la madera. ¿Venía a castigarme? ¿Había descubierto que la nota manchada de sangre no estaba en la biblioteca, sino oculta bajo la plantilla de mis botas, a escasos centímetros de donde yo me encontraba sentada?

La luz del vestidor estalló de golpe, cegándome con su intensidad quirúrgica.

Solté un pequeño grito ahogado, levantando un brazo para proteger mis ojos del resplandor repentino.

Aleksei estaba de pie en el umbral del vestidor. Su presencia masiva bloqueaba cualquier vía de escape, succionando el oxígeno de la sala. No llevaba la chaqueta del traje azul medianoche que vestía en el coche. Se había deshecho de la corbata, y la camisa blanca

inmaculada estaba abierta en el pecho, revelando el inicio de los oscuros tatuajes de la *Bratva*.

Pero no fue su envergadura lo que me heló la sangre. Fue su mano derecha.

Estaba envuelta en una toalla de microfibra negra. La tela oscura estaba empapada, pesada, goteando un líquido espeso y carmesí que caía sobre la inmaculada alfombra de lana con un ritmo macabro y constante. *Ploc. Ploc.* Sangre. Su sangre.

El terror a ser descubierta se evaporó en una fracción de segundo, barrido por un instinto primitivo y visceral que odié con toda mi alma: la necesidad imperiosa de curarle.

—Estás sangrando... —susurré, mi voz apenas un hilo quebradizo, apoyando las palmas en el suelo para intentar ponerme en pie. Las rodillas me temblaban tanto que casi vuelvo a caer.

Aleksei no se movió. Sus ojos translúcidos, vacíos de la furia volcánica o de la frialdad burocrática de horas antes, me observaban con la intensidad de un agujero negro. Era una mirada insondable, peligrosa, cargada de una urgencia que no supe descifrar.

—Levántate —ordenó, su voz sonando hueca, áspera, como si el simple acto de hablar le causara dolor físico.

Me puse en pie con torpeza, alisando la seda oscura de mi pijama con manos temblorosas. Di un paso vacilante hacia él. Mi mirada saltaba de sus ojos gélidos a la toalla empapada en sangre. ¿Qué había pasado? ¿Habían vuelto los sicarios rumanos? ¿Había habido otro atentado dentro de los muros de la fortaleza?

Antes de que pudiera formular la pregunta, Aleksei levantó su mano izquierda, la que estaba ilesa. Sostenía un objeto rectangular y negro. Un teléfono móvil de última generación, desprovisto de funda o marca visible. Un dispositivo limpio.

Me lo tendió.

El aire se atascó en mi tráquea. Miré el aparato electrónico como si fuera un artefacto explosivo a punto de detonar. Un teléfono. La conexión directa con el mundo exterior. La herramienta que llevaba días deseando poseer para gritar pidiendo auxilio, para llamar a la policía, para denunciar mi secuestro. Y ahora, el arquitecto de mi prisión me lo estaba entregando voluntariamente.

Era una trampa. Tenía que serlo.

—Coge el teléfono, Inés —insistió, adelantando la mano un palmo más.

Retrocedí un paso, chocando mis omóplatos contra el espejo de cuerpo entero del vestidor. Negué con la cabeza, el pánico dibujando un nudo de plomo en mi estómago.

—¿Qué es esto? —logré articular, la garganta ardiéndome bajo la fricción del collar de platino—. ¿Por qué me das eso?

Aleksei bajó el brazo lentamente, dejando caer el teléfono sobre la isla central de caoba. Apoyó su mano ensangrentada sobre el mueble, manchando la madera pulida con una estela roja. Su respiración se volvió pesada.

—Tu editor, Roberto Vargas —comenzó a decir, pronunciando el nombre con un desprecio tan denso que parecía escupir ácido—. El hombre al que le enviaste los extractos bancarios de Aguilar. El idiota que creíste que te salvaría.

Un escalofrío furioso me recorrió la espina dorsal. Roberto. Mi jefe. El hombre que me había animado a seguir la pista de los sobornos en el puerto deportivo.

—No se ha creído la historia del viaje a Londres —continuó Aleksei, su mirada clavada en mí, evaluando cada una de mis reacciones—. Ha contratado a un investigador privado. Un expolicía corrupto. Están husmeando en Torremolinos. Están haciendo preguntas sobre la autopsia de Fernando Aguilar. Y han atado cabos. Saben que tú fuiste la última persona en reunirse con él antes de que lo encontraran colgado en su balcón.

El impacto de sus palabras fue un golpe físico directo al esternón.

¡Me estaban buscando!

Una chispa de esperanza, minúscula, brillante e irracional, estalló en el centro de mi pecho. Roberto no me había abandonado. Alguien en el exterior sabía que mi desaparición no era voluntaria. Alguien estaba tirando del hilo que conducía directamente a la mafia rusa en Marbella. Si la policía intervenía... si lograban llegar a la mansión...

Pero la chispa murió ahogada en un mar de terror puro al ver la expresión en el rostro de mi captor.

Aleksei sonrió. No fue una sonrisa de humor, sino una mueca letal, una advertencia de aniquilación inminente que hizo que se me helara la sangre en las venas.

—Puedo ver las ruedas girando en tu cabeza, *ptichka* —ronroneó, acercándose a mí, acortando la distancia hasta que el olor a su sangre eclipsó cualquier otro aroma en la sala—. Crees que la caballería viene a rescatarte. Crees que un periodista fracasado y un policía borracho van a derribar las puertas de mi casa y a sacarte de aquí.

Apoyó la mano ilesa contra el espejo, justo al lado de mi cabeza, encerrándome de nuevo en su jaula personal.

—Te diré exactamente lo que va a ocurrir si cruzan la línea de la provincia de Málaga hacia mi territorio —susurró, su aliento caliente rozando la piel sensible de mi cuello—. Ordenaré a mis hombres que los capturen vivos. Los llevarán a los almacenes del puerto. Y te garantizo, Inés, te juro por mi propia vida, que los despellejarán centímetro a centímetro. Haré que sus muertes duren tres días, y grabaré cada segundo del proceso para que puedas escucharlos suplicar.

El horror me dejó muda. Las rodillas amenazaron con ceder bajo mi peso. No estaba fanfarroneando. Había visto a Aleksei destrozarle la cara a su propio socio con una botella de cristal por un simple

comentario. Matar a dos civiles inocentes que amenazaban su imperio logístico sería tan rutinario para él como respirar.

Yo era la causa de su muerte inminente. De nuevo. Igual que con Aguilar. La maldición de mi curiosidad volvía a cobrarse un peaje en sangre ajena.

—No... no les hagas daño —sollocé, llevando mis manos temblorosas a las solapas de su camisa blanca, arrugando la tela impoluta en un gesto de súplica desesperada—. Por favor, Aleksei. Roberto no tiene la culpa. Solo hace su trabajo. No lo mates.

Él bajó la mirada hacia mis manos aferradas a su pecho. El músculo de su mandíbula se tensó de forma violenta.

—Yo no quiero matarlos, Inés. Tú vas a salvarles la vida.

Retrocedió un paso, liberándome de su proximidad asfixiante. Tomó el teléfono negro de la isla central y me lo ofreció de nuevo. Esta vez, la pantalla estaba iluminada, mostrando un teclado numérico listo para marcar.

—Vas a llamar a Roberto Vargas —dictó sus órdenes con la precisión de un comandante en el campo de batalla—. Vas a decirle que estás a salvo. Le dirás que te has enamorado. Que te has marchado con un hombre inmensamente rico que exige privacidad absoluta, y que has dejado el periodismo para siempre.

El peso de lo que me estaba pidiendo cayó sobre mí como una losa de hormigón armado.

Quería que yo misma cortara la única cuerda que me unía a la salvación. Quería que traicionara mi antigua vida, mi reputación y mi verdad, para proteger la fachada de su imperio criminal. Si hacía esa llamada, Roberto cerraría la investigación. La policía archivaría mi caso como una fuga voluntaria. Me convertiría, de cara al mundo entero, en una cortesana mantenida por voluntad propia, y nadie, jamás, volvería a buscarme en las sombras de la Costa del Sol.

—Si no lo hago... —murmuré, las lágrimas nublando mi visión.

—Si no lo haces, o si intentas enviar un mensaje en clave, colgaré el teléfono y enviaré a los limpiadores a Málaga esta misma noche. La elección es tuya. ¿Tu orgullo, o sus vidas?

El dilema era una tortura sádica. Aleksei conocía mis debilidades mejor que yo misma. Sabía que la culpa por la muerte de Aguilar ya me estaba devorando viva; no soportaría cargar con dos cadáveres más sobre mis hombros. Me estaba obligando a elegir ser su cómplice activa, ensuciándome las manos con el fango de su propia moralidad podrida.

Extendí la mano derecha. Mis dedos rozaron los suyos al tomar el frío dispositivo de aluminio y cristal. El teléfono pesaba toneladas en mi palma.

Aleksei asintió con lentitud. Su mirada no se apartó de mi rostro ni una fracción de segundo.

Marqué el número del móvil personal de Roberto. Lo sabía de memoria. Había tecleado esos nueve dígitos cientos de veces desde la redacción en Málaga, discutiendo titulares, exigiendo más tiempo para investigar. Cada pulsación en la pantalla táctil era un clavo más en el ataúd de mi identidad.

Me llevé el aparato a la oreja.

El tono de llamada comenzó a sonar. Uno. Dos. Tres. El sonido electrónico era ensordecedor en la quietud del vestidor. Aleksei dio un paso hacia mí, acortando la distancia de nuevo, su presencia masiva proyectando una sombra ominosa sobre mi cuerpo. Levantó su mano ensangrentada y, con una lentitud tortuosa, posó la muñeca sobre mi hombro, dejando que la toalla negra rozara mi cuello, manchando el borde de la seda de mi pijama con un rastro húmedo y rojo.

Era una amenaza física. Un recordatorio táctil de que él estaba allí, escuchando cada inflexión de mi voz.

El clic de la conexión me cortó la respiración.

—¿Dígame? —La voz de Roberto sonó al otro lado de la línea. Cansada, áspera por el tabaco, profundamente humana. El sonido de un mundo exterior que parecía estar a años luz de distancia.

Cerré los ojos, intentando ahogar el sollozo que pugnaba por escapar de mi garganta.

—Roberto... soy yo. Soy Inés.

—¡Inés! —El estallido de sorpresa y alivio en su voz fue genuino, doloroso—. *¡Dios santo, niña! ¿Dónde demonios te has metido? He estado a punto de ir a la policía. Tu casero dijo que vaciaste el piso. Recibí el correo de lo de Londres, pero no tenía sentido, el billete, los gastos...* Sentí el pulgar de Aleksei acariciar la base de mi nuca, justo por encima de la gargantilla de platino. La presión era firme, una caricia de poder que me ordenaba continuar con la farsa.

—Escúchame, Roberto. No tengo mucho tiempo —mi voz temblaba, pero logré inyectarle una urgencia que no necesitaba ser fingida—. Estoy bien. No estoy en Londres. Yo... he tomado una decisión.

—¿De qué estás hablando? Inés, Aguilar apareció ahorcado el mismo día que desapareciste. Hemos contratado a un detective. Tenemos fotos tuyas con él en el Café de París. Creemos que alguien te está obligando a esconderte. Dime dónde estás, voy a buscarte ahora mismo. El sacrificio de Roberto me rompió el corazón. Estaba dispuesto a arriesgarse por mí. Pero su valentía solo conseguiría que lo desollaran vivo en un almacén portuario. Tenía que destruir su fe en mí para salvarle la vida.

Abrí los ojos y me encontré con la mirada de Aleksei en el espejo frente a nosotros. El zar me observaba con una intensidad absoluta, esperando que quemara mis propias naves.

—Para la investigación, Roberto. Para ahora mismo —dije, endureciendo mi tono, forzando una frialdad que me rasgó las cuerdas vocales—. Nadie me está obligando a nada. Me he ido por mi propia voluntad.

—¿Por tu propia voluntad? ¿Y dejas el caso del puerto deportivo? Inés, no me jodas. Esa era la historia de tu vida.

—Ya no me importa el puerto. Conocí a alguien. Un hombre... inmensamente rico y poderoso —repetí las líneas que Aleksei me había dictado, sintiendo cómo la humillación me quemaba las entrañas—. Me ha ofrecido una vida que jamás podría haber alcanzado escribiendo artículos por mil euros al mes. Me caso con él, Roberto. Y él exige privacidad por entero.

El silencio al otro lado de la línea fue largo, cargado de incomprensión y de un desprecio incipiente.

—Inés... ¿qué te ha pasado? Tú no eres así. No eres de las que se venden por lujo. Una lágrima solitaria escapó de mi ojo derecho, resbalando por mi mejilla hasta chocar contra el frío del platino en mi cuello. Aleksei atrapó la lágrima con la yema de su dedo índice ensangrentado, limpiándola de mi rostro con una suavidad perturbadora.

—La gente cambia, Roberto. He elegido mi camino. Pero te llamo para advertirte. Mi prometido... es un hombre celoso y extremadamente peligroso. Si descubre que estás husmeando en su pasado o intentando localizarme a través del caso Aguilar, no tendré piedad. Usará su influencia para destruirte a ti, al detective y al periódico. Olvídame. Archiva el caso y sigue con tu vida. No volveré a llamar.

—Inés... —Adiós, Roberto.

Pulsé el botón rojo en la pantalla antes de que pudiera pronunciar otra palabra. La conexión se cortó con un pitido estéril.

El puente estaba en llamas. Lo había rociado de gasolina y yo misma había lanzado la cerilla.

Dejé caer la mano que sostenía el teléfono. El aparato resbaló de mis dedos y chocó contra la alfombra con un golpe sordo. Estaba vacía. Había asesinado mi identidad frente al espejo de caoba para proteger al monstruo que me mantenía cautiva.

Aleksei soltó un suspiro largo, casi trémulo, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante toda la llamada. Su mano envuelta en la toalla ensangrentada abandonó mi hombro, pero su brazo ileso me rodeó la cintura por detrás, atrayéndome con fuerza contra su pecho desnudo.

Enterró el rostro en mi cuello, aspirando el olor a mis lágrimas y a mi terror.

—Buena chica —murmuró, su voz ronca, vibrando con un alivio oscuro y posesivo que me puso la piel de gallina—. Ahora eres libre de los fantasmas del pasado. Ahora, no hay nada en el mundo exterior que te reclame.

Me giré entre sus brazos. El instinto lógico me pedía repulsión, pero la herida abierta de mi propia traición requería un anclaje. Sus ojos translúcidos ya no estaban llenos de frialdad burocrática, sino de una necesidad abrumadora, de una obsesión que nos estaba destruyendo a ambos a partes iguales.

Bajé la mirada hacia su mano derecha, la que aún sangraba a través de la microfibra negra. El dolor de los cortes parecía ignorado por completo por su sistema nervioso, centrado únicamente en asimilar mi sumisión definitiva.

Sin decir una palabra, levanté mis manos temblorosas y tomé su muñeca lastimada.

Aleksei se tensó. Esperó el rechazo, esperó que le empujara, pero en lugar de eso, comencé a desenrollar la toalla negra empapada. El tejido cayó al suelo, revelando los nudillos destrozados, los profundos cortes en la palma y los diminutos fragmentos de cristal que aún brillaban incrustados en la carne herida de la fiera.

Lo miré a los ojos. El odio y el amor se habían fundido en una aleación indisoluble en mi cerebro. Le había salvado la vida a Roberto, pero al hacerlo, había aceptado mi lugar en el infierno.

—Vamos al baño —susurré, mi voz plana, asumiendo el papel que me correspondía, el de la cortesana oscura, la esclava redimida—. Te

vas a desangrar sobre mis botas.

La bestia parpadeó, desarmada por el más mínimo gesto de cuidado voluntario. Se dejó guiar. Se dejó llevar por la mujer que acababa de arruinar para siempre, sellando la condena de dos almas que ya solo sabían respirar el veneno que compartían.

CAPÍTULO 25 LA SANGRE Y EL CRISTAL POV: ALEKSEI VOLKOV

Me dejé guiar.

Era un acto antinatural, una herejía contra cada uno de los instintos de supervivencia que había forjado a base de violencia en las calles heladas de San Petersburgo. Yo no seguía a nadie. Yo dictaba el ritmo, la dirección y el destino de cada alma que orbitaba en mi ecosistema. Sin embargo, en la quietud asfixiante de la suite principal, mientras Inés tiraba suavemente de mi muñeca ilesa, mis pies avanzaron por la alfombra persa sin oponer la más mínima resistencia.

El silencio que nos envolvía era denso, pesado, cargado con las cenizas del puente que ella misma acababa de incendiar.

Había hecho la llamada. Había renunciado a su carrera, a su editor, a su propia identidad frente a mis ojos. Se había arrancado a sí misma del mundo exterior con la precisión de un cirujano amputando un miembro gangrenado, todo para proteger la jaula de cristal. Para protegerme a mí.

La observé caminar un paso por delante de mi figura masiva. La seda oscura de su pijama fluido se adhería a la curva de sus caderas con cada paso descalzo que daba hacia el cuarto de baño. Su postura no era la de una mujer derrotada; la columna vertebral se mantenía recta, los hombros tensos. Había una dignidad retorcida en su claudicación. En la base de su nuca, justo donde los mechones castaños se apartaban, el destello inconfundible del platino captaba la escasa luz de la habitación.

La gargantilla. Mi marca.

El dolor en mi mano derecha, pulsante y agudo, era un eco lejano comparado con la tormenta psicológica que me estaba destrozando el sistema nervioso. La herida física era el resultado de un estallido de furia, de un vaso de cristal grueso estallando bajo la presión de mi propia paranoia en el búnker subterráneo. Pero la herida real, la fisura en mi armadura de hielo siberiano, la había provocado ella al tomar mi mano ensangrentada.

Cruzamos el umbral del cuarto de baño.

Las luces halógenas, integradas en el techo de mármol negro, se encendieron de forma automática con un zumbido electrónico casi inaudible. La iluminación quirúrgica y blanca barrió las sombras, exponiendo la brutalidad de la escena sin filtros ni clemencia.

Inés me soltó la muñeca. Se giró hacia mí, su rostro pálido bañado por la luz artificial. Las sombras violáceas bajo sus ojos castaños le daban el aspecto de un ángel caído, exhausto y hermoso en su tragedia. Sus pupilas descendieron hacia mi mano derecha.

La toalla de microfibra negra que yo había utilizado como vendaje improvisado estaba empapada, pesada. Gotas espesas y oscuras resbalaban por mis nudillos, cayendo sobre las baldosas de piedra pulida con un chasquido rítmico y sordo.

—Siéntate —susurró ella, señalando el inmenso borde de mármol de la bañera exenta que dominaba el centro de la estancia.

La orden, pronunciada por sus labios temblorosos, me descolocó por una fracción de segundo. No había ruego en su tono. Era una instrucción directa.

Obedecí. Caminé hacia la bañera y me dejé caer sobre la superficie fría de la piedra. Apoyé los codos sobre mis rodillas separadas, dejando que la mano herida colgara en el vacío, la sangre goteando sobre el suelo. Levanté la mirada, observándola desde mi posición inferior, un ángulo inusual que me permitía apreciar la caída de la seda sobre sus pechos y el peso de la esmeralda sobre su tráquea.

Inés no me devolvió la mirada. Se movía con una urgencia contenida, abriendo los cajones del mueble del lavabo con movimientos precisos. Extrajo un botiquín de primeros auxilios de color blanco, una botella de suero fisiológico, desinfectante yodado, un paquete de gasas estériles y unas pinzas de acero quirúrgico.

Depositó el arsenal médico sobre la encimera de mármol negro. Luego, abrió el grifo del lavabo. El agua comenzó a correr, un sonido cristalino que enmascaraba el latido ensordecedor de mi propio corazón.

Se lavó las manos a conciencia, frotando la piel hasta enrojecerla, preparándose para la tarea. Cuando cerró el monomando, se secó con una toalla de mano y caminó hacia mí, trayendo consigo el botiquín y un pequeño cuenco de porcelana lleno de agua tibia.

Se arrodilló en el suelo, justo entre mis piernas separadas.

El impacto de tenerla a esa altura, postrada frente a mí, desató un infierno en mi bajo vientre. Su rostro quedó a escasos centímetros de mis muslos. El olor a jazmín de su piel, mezclado con el ligero rastro de su propio sudor y sus lágrimas secas, inundó mis pulmones.

—Dame la mano —pidió en voz baja, alzando la vista.

Nuestros ojos se encontraron. El azul translúcido de mis iris chocó contra la profundidad ambarina de los suyos. Busqué odio en su mirada. Busqué repulsión. Esperaba encontrar el asco natural de una mujer que se ve obligada a limpiar los restos de la violencia de su secuestrador.

Pero no hallé asco. Encontré una devoción oscura, retorcida y agónica.

Levanté el brazo derecho. Inés tomó mi mano con ambas manos. La suavidad de sus dedos, pálidos y frágiles, contrastó violentamente con el tamaño masivo de mis nudillos curtidos por los años de combate cuerpo a cuerpo y la tela áspera de la toalla empapada.

Comenzó a desenrollar la microfibra negra con un cuidado exquisito. El tejido húmedo se despegó de mi carne con un sonido viscoso, revelando el alcance del desastre.

La palma de mi mano era un campo de batalla. Un corte profundo, irregular y furioso cruzaba desde la base del pulgar hasta la línea de la muñeca. Los bordes de la herida estaban enrojecidos, inflamados, y en el interior del desgarro, pequeños fragmentos de cristal de baccarat brillaban como diamantes malditos incrustados en la carne viva. La sangre fluía de forma constante, tiñendo el agua del cuenco de porcelana de un rosa enfermizo cuando ella dejó caer la toalla sucia en su interior.

Inés contuvo la respiración. Sus labios se apretaron hasta convertirse en una fina línea blanca.

—Son cristales gruesos —diagnosticó, su voz apenas un soplo de aire en la quietud del cuarto de baño—. Voy a tener que extraerlos antes de limpiar la herida. Te va a doler, Aleksei.

El uso de mi nombre de pila, pronunciado en esa intimidad de azulejos oscuros y sangre fresca, actuó como un sedante.

—Hazlo —gruñí, mi tono áspero, manteniendo la mirada clavada en su rostro inclinado.

Ella tomó las pinzas de acero quirúrgico. Con la mano izquierda, sostuvo mi muñeca firmemente para evitar que me moviera. Con la derecha, acercó el metal a mi carne abierta.

El primer contacto de las pinzas frías contra el tejido expuesto fue un latigazo de dolor blanco y puro que me recorrió el brazo hasta el hombro. Un músculo palpitó en mi mandíbula, pero no emití ningún sonido. No retiré la mano. No me inmuté. Estaba acostumbrado al dolor físico; lo que me desestabilizaba por entero era la fuente del mismo.

Inés frunció el ceño, concentrada. Su respiración se volvió superficial. Las pinzas atraparon el primer fragmento de cristal. Tiró con suavidad. El sonido minúsculo del vidrio desgarrando la carne al

salir me revolvió el estómago, pero ella no vaciló. Depositó el trozo ensangrentado sobre una gasa blanca dispuesta en el suelo.

—Uno —susurró, como si llevar la cuenta le proporcionara un ancla de racionalidad.

Volvió a sumergir las pinzas en la herida.

Observé su rostro. La proximidad me permitía apreciar detalles que la furia me había velado horas antes. El pequeño lunar cerca de la comisura de su labio inferior. La forma en que sus pestañas temblaban cada vez que extraía un nuevo trozo de cristal, como si el dolor que me infligía le doliera a ella misma. La esmeralda de su gargantilla rozaba el borde de la seda de su pijama, fría, implacable, recordando a ambos que este acto de misericordia no se producía en un entorno libre, sino en el epicentro de un imperio criminal.

—¿Por qué lo haces? —la pregunta rompió el silencio antes de que pudiera frenarla en mis cuerdas vocales.

Las pinzas se detuvieron a milímetros de mi piel. Inés no levantó la mirada. Una gota de mi propia sangre cayó de su dedo pulgar y manchó el suelo de mármol.

—¿El qué? —preguntó ella a su vez, la voz temblando ligeramente.

—La llamada. El abandono de tu antigua vida. Esta sumisión —espeté, la frustración coloreando mis palabras con un tono áspero—. Podrías haber dejado que el investigador siguiera escarbando. Podrías haber gritado cuando te di el teléfono. Podrías haber dejado que Vargas trajera a la policía hasta mis puertas.

Ella extrajo el segundo fragmento de cristal. El dolor agudo me hizo apretar los dientes. Dejó el vidrio sobre la gasa.

—Sabes perfectamente lo que habrías hecho si la policía hubiera llegado a los portones de la mansión, Aleksei —respondió, su tono adoptando una frialdad clínica que me sorprendió—. Habrías ordenado a Dmitry que los masacrara. Habría habido un baño de sangre en la carretera. Roberto habría muerto desollado en un

almacén, tal y como prometiste. Y tú... tú habrías convertido la Costa del Sol en un infierno de fuego cruzado para evitar que me llevaran.

Levantó la vista. Sus ojos castaños, insondables y oscuros, se clavaron en los míos.

—No te vendí a la policía porque conozco al monstruo —continuó, sus palabras golpeando el aire acondicionado del baño como proyectiles de plomo—. Sé que prefieres ver el mundo arder hasta los cimientos antes de perder lo que consideras tuyo. Roberto no merecía morir por mi culpa. Aguilar ya pagó el precio de mi ambición.

—¿Así que te sacrificaste por ellos? —El cinismo goteó de mis palabras, una defensa automática contra la intensidad de su sacrificio—. ¿Eres la mártir que se encierra en la jaula del dragón para salvar a la aldea?

Inés dejó las pinzas sobre el suelo. Sus manos, manchadas con mi sangre, envolvieron mis dedos con una firmeza que me robó el aliento.

—No te mientas a ti mismo, Aleksei, y no me insultes a mí —susurró, inclinándose hacia delante hasta que su rostro quedó a un palmo del mío. El olor a jazmín y a hierro me asfixió—. No soy una mártir. Lo hice por ellos, sí. Pero también lo hice por ti.

El impacto de esa confesión fue una explosión sorda en mi cerebro.

—¿Por mí? —repetí, mi voz ronca, incapaz de articular el sarcasmo.

—Porque si el mundo exterior entra en esta casa, te destruirán —dijo ella, las lágrimas volviendo a agolparse en sus pestañas, brillantes bajo la luz halógena—. O tú los destruirás a ellos hasta que no quede nada más que cenizas. No quiero que mueras. Y, que Dios me perdone, no quiero que me alejen de ti.

La verdad desnuda, cruda y monstruosa, quedó expuesta entre nosotros.

La Síndrome de Estocolmo había mutado en algo infinitamente más oscuro y profundo. Era una codependencia patológica. Ella sabía que yo era un asesino, un torturador psicológico que le había puesto un collar de perro forjado en platino, y aun así, su mayor terror no era mi violencia, sino la posibilidad de que el mundo exterior me arrebatara de su lado.

Yo había creado este monstruo. Yo había envenenado su mente hasta hacerle creer que mi oscuridad era el único refugio viable. Y la victoria, en lugar de proporcionarme satisfacción, me aterraba.

Estábamos igual de enfermos. Estábamos igualmente atrapados.

Tomé el suero fisiológico de la encimera.

—Limpia la herida, Inés —ordené, mi voz carente de cualquier amenaza, un murmullo derrotado.

Ella asintió, parpadeando para apartar las lágrimas. Vertió el suero sobre el corte de mi palma. El líquido transparente arrastró la sangre y la suciedad, limpiando la carne viva. Luego, empapó una gasa en el desinfectante yodado.

—Va a quemar —advirtió de nuevo.

—Quema más el saber que tienes razón —respondí.

Presionó la gasa contra la herida abierta. El escozor fue bestial, un fuego químico que me hizo cerrar los ojos con fuerza. Los músculos de mi brazo se tensaron hasta parecer cuerdas de acero, pero me mantuve estático. Dejé que ella infligiera el dolor necesario para curarme. Dejé que tomara el control de mi cuerpo herido, rindiendo la fortaleza de mi autoridad a cambio de la intimidad absoluta de su cuidado.

Inés aplicó un ungüento cicatrizante con la yema de sus dedos. Sus toques eran plumas rozando el acero. Luego, tomó el rollo de venda elástica blanca y comenzó a envolver mi mano.

La vi trabajar. Su concentración era absoluta. Pasó la venda alrededor de mi palma, cruzándola por el dorso de la mano,

ajustando la tensión con una destreza que demostraba que no era la primera vez que curaba una herida. El silencio en el baño dejó de ser opresivo para convertirse en una burbuja de aislamiento perfecta. Nadie en el exterior importaba. Ni los rumanos, ni los italianos, ni los editores de periódico. El universo se había reducido a esos diez metros cuadrados de mármol negro.

—Ya está —susurró ella, fijando el extremo de la venda con un trozo de esparadrapo blanco.

Sus manos se detuvieron sobre las mías. No se apartó. Mantuvo la cabeza gacha, observando la blancura inmaculada de la venda contrastando con la piel tatuada de mi antebrazo.

Levanté mi mano izquierda, la ilesa.

Con dos dedos, acaricié la línea de su mandíbula y la obligué a alzar el rostro. Las lágrimas resbalaron finalmente por sus mejillas.

La atraje hacia mí, tirando de ella desde el suelo hasta que quedó de rodillas entre mis piernas separadas, su pecho apretado contra mis rodillas. Me incliné hacia delante, acortando la distancia, y apoyé mi frente contra la suya. El calor de su piel era el único antídoto contra el invierno que asolaba mi alma.

—Has quemado el puente, pequeña mentirosa —murmuré contra sus labios, cerrando los ojos para absorber la fragancia de su respiración—. Ahora, no hay vuelta atrás.

—Lo sé —respondió Inés, sus manos subiendo para aferrarse a los costados de mi camisa abierta—. No quiero volver.

Giré el rostro y capturé sus labios en un beso lento, profundo, cargado de una desesperación silenciosa. No había furia en este beso. Había la rendición absoluta de dos criaturas rotas que habían comprendido que su única forma de sobrevivir al abismo era lanzarse al vacío tomados de la mano.

El zar de la *Bratva* había caído, arrastrado a la sumisión por la misma mujer a la que pretendía destruir. Y la cadena de platino que

rodeaba su cuello no era más que un espejo de la condena invisible que yo mismo llevaba forjada en el alma por entero.

CAPÍTULO 26 EL VENENO EN LA SOMBRA POV: INÉS NAVARRO

El mes de agosto en la Costa del Sol no era una simple estación del año; era un horno crematorio diseñado para asfixiar cualquier rastro de piedad.

A través del inmenso ventanal blindado de la biblioteca, observaba cómo el calor distorsionaba la línea del horizonte sobre el Mediterráneo, creando espejismos de agua hirviendo sobre la superficie del mar. El cielo era de un azul tan intenso, tan desprovisto de nubes, que resultaba casi agresivo a la vista. En el interior de la mansión, sin embargo, el invierno siberiano de Aleksei Volkov seguía reinando con un puño de hierro invisible. El aire acondicionado zumbaba con su frecuencia baja y constante, manteniendo la temperatura en unos gélidos veintiún grados.

Habían pasado tres semanas.

Veintiún días exactos desde la noche en que me curé las heridas del monstruo y me entregué a él sobre las sábanas de seda negra. Veintiún días desde que corté el último puente que me unía a mi antigua vida con una llamada telefónica que había destrozado el corazón de Roberto Vargas.

Levanté una mano y deslicé la yema del dedo índice por el borde de la gargantilla de platino. La esmeralda estaba fría, como siempre. Ya no intentaba arrancármela. Mi piel se había acostumbrado de forma enfermiza a su peso, a su fricción constante contra mi tráquea. El metal se había convertido en una extensión de mi propia anatomía, una advertencia táctil que me recordaba en cada latido que yo era

una posesión exclusiva, un pájaro de oro encerrado en una jaula de cristal impenetrable.

La rutina se había instalado en la casa, forjando un espejismo de normalidad que me aterraba más que la propia violencia.

Yo ya no era la prisionera confinada en la suite del ala este. Ahora gozaba de una libertad condicional, una movilidad vigilada que me permitía recorrer la biblioteca, los salones de la planta baja y el solárium. Cenaba con él todas las noches en la inmensa mesa de caoba. Dormía en su cama, envuelta en sus brazos, respirando su aroma a madera de *oud* y pólvora hasta que la consciencia me abandonaba. Me había convertido en la consorte de las sombras.

Y Aleksei... Aleksei era un enigma envuelto en alambre de espino. Tras nuestra colisión emocional en el cuarto de baño, había construido un muro de contención a su alrededor. Era posesivo, intenso y devastador en la intimidad de la noche, devorándome con una urgencia que rozaba la desesperación, pero al salir el sol, la máscara del zar de la *Bratva* volvía a caer sobre sus facciones. Se volvía clínico, autoritario, intocable.

Me separé del cristal blindado, sintiendo el roce de la seda cruda de mi vestido blanco contra mis muslos. El silencio en la biblioteca era absoluto.

Esa mañana, la fortaleza había despertado envuelta en un caos de proporciones inusuales. A las seis de la madrugada, el sonido de botas tácticas y el rugido de los motores de los Mercedes Clase G en el camino de grava habían quebrado la quietud de la casa. Aleksei se había levantado de la cama como un resorte, su rostro endurecido por una furia letal. Una filtración en el puerto de Algeciras. Un cargamento interceptado por una facción rival. No me había dado explicaciones, solo una orden tajante de no salir del ala este antes de desaparecer por la puerta de roble, flanqueado por un ejército de hombres armados.

Llevaba cinco horas sola.

La señora Kovac no había aparecido. Dmitry, que habitualmente era la sombra constante que vigilaba mis movimientos cuando Aleksei no estaba, también se había esfumado, absorbido por la crisis logística que amenazaba el imperio de su jefe.

Por primera vez en semanas, el panóptico en el que vivía parecía haber parpadeado.

Caminé lentamente por el pasillo central de la biblioteca, rozando los lomos de cuero de los libros con las yemas de los dedos. La nota de Yekaterina, el pedazo de papel manchado de sangre oxidada que había desenterrado de las páginas de Anna Ajmátova, seguía oculta bajo la plantilla de mi bota de montar en el vestidor. Aquel descubrimiento había sido el catalizador de mi Síndrome de Estocolmo, la revelación que me había hecho comprender que Aleksei estaba tan roto como yo.

Pero la curiosidad, esa enfermedad crónica del periodismo que corría por mis venas, no había muerto.

Si Yekaterina había muerto por el frío de las manos de Aleksei, ¿qué había pasado realmente en San Petersburgo en el año 2008? Él mismo había gritado que le ofreció el mundo, que intentó protegerla, pero que ella había salido al exterior creyéndose una heroína. La culpa lo estaba devorando vivo una década después.

Llegué al fondo de la biblioteca, donde una pared panelada de nogal oscuro ocultaba la puerta de acceso privado al despacho de Aleksei.

Era un santuario prohibido. Jamás había cruzado ese umbral. Sabía que la puerta estaba equipada con una cerradura biométrica y un teclado alfanumérico que solo respondía a las huellas de Volkov y de Dmitry.

Sin embargo, al fijar la vista en la madera oscura, mi corazón dio un salto mortal, golpeando contra mis costillas con la fuerza de un ariete.

La pesada puerta de caoba no estaba encajada en el marco.

Había una rendija milimétrica. Una brecha de apenas un centímetro de grosor que delataba un cierre imperfecto. En medio del caos de la madrugada, de la urgencia por abandonar la mansión y atender la crisis en el puerto, alguien —probablemente el propio Aleksei, ciego de furia— había tirado de la puerta sin asegurarse de que el pestillo electrónico encajara por absoluto en su ranura magnética.

Un error minúsculo. Un fallo humano en la máquina perfecta.

Me quedé petrificada, el aire atascado en la garganta. La lógica, el instinto de conservación, me gritaban que diera media vuelta, que volviera a mi sofá y abriera una novela inofensiva. Si Aleksei descubría que había entrado en su sanctasanctórum, la ira que desataría haría que el incidente con el sueco en el comedor pareciera un juego de niños.

Pero el fantasma de Yekaterina aullaba en mi cabeza.

Extendí la mano derecha. Mis dedos temblaban de forma espasmódica. La yema de mi índice rozó el borde de la madera pulida. Empujé con una presión minúscula.

La puerta cedió con un gemido agónico de las bisagras metálicas, abriéndose hacia el interior de la oscuridad.

Me deslicé por la brecha, conteniendo la respiración, y cerré la puerta a mis espaldas con un cuidado obsesivo, asegurándome de no encajar el pestillo para no quedarme encerrada.

El despacho de Aleksei Volkov era una caverna de poder y secretos. El aire estaba saturado con el olor denso a tabaco negro, a cuero viejo y al inconfundible aroma a madera de *oud* que impregnaba cada célula de su cuerpo. La estancia no tenía ventanales al mar; estaba diseñada para la introspección y la estrategia. Una inmensa mesa de acero cepillado y cristal ahumado dominaba el centro de la sala, rodeada por monitores apagados y estanterías atestadas de carpetas de cuero negro.

Me acerqué a la mesa, mis tacones hundiéndose en la alfombra de lana para silenciar mis pasos.

El escritorio era un reflejo de su mente: implacablemente ordenado. No había bolígrafos fuera de sitio, ni papeles esparcidos. Todo estaba clasificado. Sin embargo, en la esquina superior derecha del cristal ahumado, descansaba una caja fuerte de sobremesa, plana y forjada en titanio oscuro, con la tapa abierta.

Aleksei la había dejado abierta. El pánico de la mañana debió de ser abrumador para que el zar cometiera semejante negligencia.

Me asomé al interior de la caja.

Había fajos de billetes de quinientos euros, varios pasaportes con fotografías de Aleksei bajo identidades falsas, y un disco duro externo. Pero mi atención fue secuestrada de inmediato por un grueso expediente de cuero burdeos, atado con una cinta de seda negra, que descansaba en el fondo del compartimento de titanio.

El color burdeos. Exactamente el mismo tono que la encuadernación del libro de Anna Ajmátova.

Mis manos actuaron por voluntad propia. Tomé el expediente, sintiendo el peso de la historia en mis palmas. El cuero estaba desgastado, arañado en los bordes, como si alguien lo hubiera aferrado con furia cientos de veces a lo largo de los años.

Deslicé la cinta de seda negra y abrí la cubierta.

La primera página era una fotografía en blanco y negro, granulada, con la fecha *12 de Febrero de 2008* impresa en la esquina inferior derecha.

El oxígeno abandonó mis pulmones en un silbido agónico. Tuve que apoyarme contra el borde del escritorio de cristal para no colapsar sobre la alfombra.

La mujer de la fotografía era Yekaterina. No cabía duda. La similitud era un puñetazo directo al esternón. No éramos gemelas, pero compartíamos la misma estructura ósea frágil, el mismo cabello oscuro y denso, y, sobre todo, la misma intensidad obstinada en la mirada. Sin embargo, la Yekaterina de la foto no estaba viva. Estaba

tumbada sobre un lecho de nieve sucia en un callejón estrecho de San Petersburgo. Un tajo brutal, oscuro y profundo le cruzaba la garganta de lado a lado, destrozando su tráquea. Sus ojos sin vida miraban al objetivo de la cámara con una acusación helada que atravesó la barrera del tiempo para clavarse directamente en mi alma.

«El frío de tus manos ya me ha matado antes».

Me tapé la boca con ambas manos, ahogando un sollozo de puro horror. Una cosa era imaginar la tragedia; otra muy distinta era ver la carnicería gráfica, la prueba forense de la destrucción que habitaba en el pasado de mi captor.

Obligué a mis ojos a apartarse de la fotografía y pasé a la siguiente página.

Era un informe de seguridad interno de la *Bratva*, redactado en ruso. Era un informe de seguridad interno de la Bratva, redactado íntegramente en ruso. Mis años de estudio en la facultad rindieron frutos en el momento más oscuro; mis ojos tradujeron las líneas mecanografiadas con avidez febril, el papel temblando entre mis dedos.

Leí las líneas mecanografiadas con avidez febril, el papel temblando entre mis dedos.

INFORME DE INCIDENTE: NEVSKY PROSPEKT - SECTOR 4. SUJETO: Yekaterina Sokolova. ESTADO: Fallecida (Exanguinación por arma blanca).

Mis ojos devoraron los párrafos, buscando la confirmación de la historia que yo misma había deducido. Aleksei la había protegido. Ella había salido de la zona de seguridad. Los enemigos de la facción rival la habían encontrado y ejecutado para enviar un mensaje al joven zar que ascendía al poder.

Pero a medida que avanzaba por la lectura, la narrativa se retorció, convirtiéndose en una espiral de traición que me heló la sangre de una forma infinitamente más profunda que la visión del cadáver.

01:30 AM: El objetivo (Sokolova) abandona el perímetro de seguridad del Teatro Mariinski, desobedeciendo el protocolo Delta impuesto por A. Volkov. 01:45 AM: El equipo de escolta, compuesto por cuatro efectivos, procede a la interceptación del objetivo en el callejón adyacente. 01:50 AM: Orden directa de anulación de escolta recibida a través del canal encriptado de mando. 01:52 AM: Los efectivos se retiran del sector, dejando al objetivo sin cobertura. 02:10 AM: Sicarios no identificados (afiliación presunta: clan Morozov) ejecutan al objetivo.

La mente se me quedó en blanco.

Leí las líneas tres veces. *Orden directa de anulación de escolta.* Aleksei no había fallado en protegerla. La escolta de Yekaterina no había sido burlada, ni emboscada por sorpresa. Habían sido retirados deliberadamente. Alguien desde dentro, alguien con autoridad suficiente para utilizar el canal encriptado de mando, había ordenado a los guardaespaldas que abandonaran a la mujer en medio del callejón oscuro, entregándola en bandeja de plata a los asesinos del clan rival.

Mi corazón latía con tanta fuerza que el platino de mi cuello parecía a punto de estallar.

Pasé a la última página del informe, buscando la firma, buscando la identidad del traidor que había manipulado la seguridad, el verdugo en la sombra que había permitido la masacre.

Transcripción de audio del canal de mando - 01:50 AM. Voz 1 (Escolta Alfa): Objetivo a la vista. Procedemos a la extracción. Voz 2 (Control de Mando): Negativo, Alfa. Retiren los efectivos del cuadrante de inmediato. Voz 1 (Escolta Alfa): Solicitamos confirmación. El objetivo quedará expuesto. Las calles no son seguras. Voz 2 (Control de Mando): El objetivo es una distracción inaceptable para el ascenso de Volkov. Los lobos necesitan carne para calmarse. Dejen que se la queden. Es una orden directa del Consejo. Retírense. Firma de validación del operador de Control de Mando: Dmitry Ivanov.

El expediente resbaló de mis manos.

El pesado cuero chocó contra el cristal ahumado del escritorio con un golpe sordo, esparciendo las hojas manchadas de verdad por la superficie.

Dmitry.

El nombre resonó en mi cabeza como un eco diabólico. Dmitry, la sombra inamovible de Aleksei. El lugarteniente impasible, la mano ejecutora, el perro guardián más leal del imperio de la Costa del Sol. Él había dado la orden. Él había retirado la escolta para proteger el "ascenso de Volkov", sacrificando a Yekaterina con la fría eficiencia de un sociopata que extirpa un tumor.

Aleksei no lo sabía.

La revelación me aplastó el pecho, arrebatándome el oxígeno. Aleksei llevaba diez años pudriéndose en vida, consumido por una culpa abismal, creyendo que su debilidad, que su incapacidad para controlar a Yekaterina, había sido la causa de su muerte. Llevaba diez años odiándose a sí mismo, castigándose con un invierno emocional perpetuo, sin saber que el arquitecto de su miseria era el hombre que le servía el vodka y le cubría las espaldas cada maldito día de su vida.

Dmitry la había asesinado por omisión. La había entregado a los lobos.

Y si Dmitry había sacrificado a Yekaterina porque la consideraba una "distracción inaceptable"... ¿Qué pensaría de mí?

El pánico, crudo, tóxico y visceral, se apoderó de mi sistema nervioso central. Yo había logrado lo que Yekaterina no pudo. Había hecho que Aleksei abandonara el control táctico. Había hecho que masacrara a un socio europeo en un comedor. Había hecho que bajara la guardia en la sala de pánico. Yo era la mayor distracción que la *Bratva* había visto en una década.

Si Dmitry descubría la magnitud de mi influencia sobre Aleksei, si comprendía que yo me había convertido en el ancla emocional del zar... no dudaría un segundo en orquestar mi propio "accidente". Me haría desaparecer con la misma eficacia militar con la que borró los cadáveres del vestíbulo.

Tenía que salir de ese despacho. Tenía que devolver el expediente a la caja fuerte y borrar cualquier rastro de mi presencia.

Alargué las manos temblorosas hacia los papeles esparcidos sobre el cristal, recogiendo la fotografía del cadáver de Yekaterina. Las yemas de mis dedos estaban heladas, torpes.

—Siempre he admirado la curiosidad innata de los periodistas, señorita Navarro.

La voz, desprovista de cualquier inflexión humana, monótona y seca como el roce de dos piedras, provino de la puerta de caoba a mis espaldas.

Mi sangre se congeló en las venas. El corazón detuvo su marcha por un instante agónico antes de reanudar el latido con una furia descontrolada. El terror me paralizó los músculos, dejándome clavada frente al escritorio con los documentos secretos apretados contra mi pecho.

Me giré lentamente, sintiendo que la gargantilla de platino me asfixiaba, estrangulando cualquier posibilidad de emitir un grito de auxilio.

Dmitry Ivanov estaba de pie en el umbral del despacho.

Vestía su impecable traje negro, la chaqueta abrochada, las manos descansando relajadas a los lados de su cuerpo. Su rostro, marcado por las cicatrices de la viruela, era una máscara de absoluta y aterradora tranquilidad. Sus ojos oscuros escanearon la escena: la caja fuerte abierta, mis manos aferradas al cuero burdeos, la palidez cadavérica de mi rostro.

No hubo sorpresa en su mirada. No hubo ira. Solo la constatación clínica de que un problema había surgido y requería ser neutralizado.

—Pensaba que estaba gestionando la crisis en el puerto... —balbuceé, las palabras rasgándome la garganta, mi instinto retrocediendo hasta que mis caderas chocaron contra el borde del escritorio de cristal.

Dmitry dio un paso hacia el interior del despacho y cerró la puerta de caoba a sus espaldas. El clic del pestillo electrónico encajando en la ranura sonó como la guillotina cayendo sobre mi cuello. Estábamos sellados.

—El señor Volkov está gestionando el puerto —aclaró Dmitry, avanzando hacia mí con pasos medidos, silenciosos, la encarnación de la muerte acechando en las sombras—. Yo regresé a la mansión para recuperar un dispositivo encriptado que él olvidó en su caja fuerte. Una negligencia inusual por su parte. Supongo que el estrés de las últimas semanas está mermando su capacidad de concentración.

Se detuvo a dos metros de mí. Su mirada descendió hacia el expediente burdeos que yo apretaba contra mi vientre.

—Veo que usted también ha encontrado algo interesante en la caja de pandora del señor Volkov.

—Yo no he leído nada... —mentí, una excusa patética y desesperada que no engañaría ni a un niño.

Dmitry ladeó la cabeza. Una sonrisa minúscula, carente de humor, curvó la comisura de sus labios.

—Por supuesto que lo ha leído. Es usted inteligente, Inés. Sobrevivió a la purga de Aguilar. Sobrevivió al ataque rumano. E incluso ha logrado sobrevivir a la propia paranoia de Aleksei, convirtiéndose en su nueva debilidad. Es un logro notable. Yekaterina no tuvo tanta destreza.

Escuchar ese nombre pronunciado por sus labios fue como recibir una puñalada directa en el estómago.

—Tú la mataste —susurré, la indignación logrando perforar el muro de mi pánico por una fracción de segundo—. Tú ordenaste que la abandonaran en ese callejón. Él no lo sabe. Lleva diez años destruyéndose a sí mismo por una culpa que te pertenece a ti.

Dmitry no pestañeó.

—Yo no la maté. Los Morozov lo hicieron. Yo simplemente dejé que la naturaleza siguiera su curso —replicó, con una frialdad que helaba la sangre—. Yekaterina era blanda. Quería que Aleksei abandonara la organización, que huyera con ella a Occidente. Estaba castrando al líder que necesitábamos para unificar las familias de San Petersburgo. Mi lealtad no es hacia los caprichos emocionales de un hombre, señorita Navarro. Mi lealtad es hacia el imperio de la *Bratva*. El imperio debe sobrevivir a cualquier coste.

Dio un paso más. El instinto me gritó que corriera, que agarrara el pesado abrecartas de acero que descansaba sobre el escritorio y me defendiera, pero el terror me había inyectado cemento en las venas.

—Y ahora, el imperio vuelve a estar en peligro —continuó Dmitry, su voz bajando a un susurro letal—. Aleksei está perdiendo el juicio. Masacra a socios europeos en la mesa de su propio comedor por celos. Abandona las líneas de mando para protegerla en un búnker. Se está convirtiendo en un animal predecible y vulnerable. Y todo por su culpa, Inés. Usted es el veneno que está oxidando la corona.

Levantó su mano derecha. El movimiento fue lento, casi perezoso. Introdujo la mano bajo la solapa de su chaqueta inmaculada.

El brillo oscuro y metálico de una pistola con silenciador apareció en su mano. El cañón, negro y vacío, apuntó directamente hacia el centro de mi pecho, justo debajo de la esmeralda de platino.

—Es una pena —susurró Dmitry, amartillando el arma con un chasquido sordo que decretó el final de mi existencia—. El señor Volkov se pondrá furioso cuando descubra que los sicarios rumanos

dejaron un agente durmiente en la mansión, y que ese agente la encontró sola en el despacho. Le costará años recuperarse de esta segunda tragedia. Pero el imperio, se lo aseguro, será más fuerte que nunca.

Apreté el expediente burdeos contra mi pecho, cerrando los ojos con fuerza, esperando el impacto ardiente de la bala, mientras la oscuridad amenazaba con tragarme por entero antes siquiera de que el gatillo fuera apretado.

CAPÍTULO 27 EL ECO DE LA TRAICIÓN POV: ALEKSEI VOLKOV

El eco metálico de las inmensas puertas de acero del contenedor número 408 resonó en el muelle del puerto de Algeciras como una campana funeraria.

El calor de las dos de la tarde era una presencia física, una manta asfixiante de humedad y salitre que distorsionaba el aire sobre el asfalto. El sol golpeaba sin piedad el metal oscuro, amenazando con fundirlo. Me quedé inmóvil frente a la cavidad abierta, flanqueado por cuatro de mis hombres, todos armados con fusiles de asalto y con los músculos tensos, esperando la confirmación del cargamento que había desencadenado la alerta máxima al amanecer.

No había cargamento.

El interior del inmenso contenedor de transporte estaba vacío. No había cajas de armamento, ni alijos de cocaína camuflados, ni rastro de la presunta facción rival que, según la inteligencia de primera mano que me había arrancado de la cama a las seis de la mañana, estaba intentando asestar un golpe letal a mi infraestructura en la costa.

Solo había polvo. Polvo, silencio y el olor denso del óxido calentado por el sol andaluz.

Un latido frío, pesado e irregular, golpeó el interior de mi pecho.

—Señor Volkov —dijo uno de mis hombres, bajando el cañón de su arma, la confusión evidente en su voz áspera—. La inteligencia era errónea. Es un contenedor fantasma. Nadie ha roto los precintos de aduana originales desde hace meses.

La mente analítica, esa máquina de precisión siberiana que me había mantenido vivo durante más de una década en la cúspide de la *Bratva*, comenzó a procesar la información a una velocidad vertiginosa. La inteligencia no era errónea. En mi organización, los fallos de esa magnitud no existían. La información había sido plantada.

Saqué el teléfono satelital encriptado del bolsillo interior de mi chaqueta. Marqué el número directo de mi lugarteniente.

El tono de llamada sonó una, dos, tres veces.

El número marcado no se encuentra disponible o está fuera de cobertura.

La respuesta electrónica y estéril fue el catalizador que detonó la bomba en mi sistema nervioso. Dmitry Ivanov jamás apagaba su dispositivo. Nunca. Ni siquiera en medio de un tiroteo. Él era el arquitecto de la alerta de la madrugada. Él había insistido en que yo debía liderar la incursión en el puerto personalmente para mandar un mensaje de fuerza a los inversores italianos. Y él, según sus propias palabras antes de que yo subiera al convoy, debía regresar a la mansión para asegurar la red de comunicaciones.

La mansión. El ala este. Inés.

Una sacudida de terror puro, un veneno gélido que no había sentido desde las calles nevadas de San Petersburgo en 2008, se inyectó directamente en mis venas.

Dmitry había orquestado un señuelo. Había vaciado la casa de efectivos, enviándome a ciento cincuenta kilómetros de distancia para dejar la jaula de cristal desprotegida. No buscaba dar un golpe de estado en el puerto; buscaba erradicar lo que él, con su lógica retorcida y su devoción fanática por el imperio, consideraba una infección en mi juicio. Quería eliminar a mi debilidad. Quería eliminar a Inés.

—¡A los coches! —rugí, una orden que desgarró mi propia garganta, girando sobre mis talones con una ferocidad que hizo retroceder a

mis propios escoltas—. ¡Dejad el perímetro! ¡Volvemos a Marbella ahora mismo!

No esperé al chófer. Corrí hacia el Mercedes Clase G blindado que encabezaba la formación, abrí la puerta del conductor y saqué al hombre del asiento de un tirón violento. Subí al vehículo, encendí el motor V8 con un rugido ensordecedor y pisé el acelerador a fondo antes de que las puertas traseras estuvieran cerradas del todo.

El todoterreno salió disparado del muelle, los neumáticos de alto rendimiento chillando contra el asfalto ardiente y dejando una estela de humo blanco a su paso.

El trayecto por la autopista AP-7 fue un borrón de agresividad y adrenalina suicida.

El velocímetro rozaba los doscientos kilómetros por hora. Mi respiración era irregular, ronca, llenando el habitáculo blindado. El volante de cuero crujía bajo la presión de mis nudillos blancos y las heridas mal cicatrizadas de mi mano derecha, que volvieron a abrirse, manchando las costuras oscuras con sangre fresca.

Aguanta, ptichka. Aguanta. La súplica silenciosa se repetía en mi mente como un mantra desesperado. La imagen de Inés, envuelta en la seda blanca del día anterior, con el platino marcando su garganta, se mezclaba con la visión dantesca de Yekaterina desangrándose en la nieve. Había pasado diez años flagelándome, convencido de que mi falta de control había causado aquella primera tragedia. Pero si Dmitry era el responsable de este señuelo... si Dmitry había estado moviendo los hilos desde la sombra...

El monstruo que habitaba en mi interior se despertó por entero. No era el zar frío y calculador. Era una bestia primigenia, sedienta de sangre, dispuesta a reducir la Costa del Sol a cenizas humeantes con tal de no perder lo que había reclamado como suyo.

El convoy reventó la barrera de seguridad de la entrada principal de la mansión cuarenta minutos después. Los guardias del perímetro

exterior, desorientados por la irrupción violenta de nuestros propios vehículos, apenas tuvieron tiempo de apartarse del camino de grava.

Frené el Mercedes en seco frente a la escalinata de mármol, derrapando y enviando una lluvia de piedras blancas contra los inmensos maceteros de piedra.

Pateé la puerta. Salí del vehículo empuñando la pistola Tokarev negra, el arma sin seguro, lista para disparar.

El calor del mediodía aplastaba los jardines, pero el interior del vestíbulo me recibió con su habitual frío ártico. La casa estaba sumida en un silencio sepulcral. Demasiado silencioso. No había servicio a la vista. La señora Kovac no estaba en su puesto.

Crucé la inmensidad del mármol negro a zancadas depredadoras, dirigiéndome directamente hacia el pasillo que conectaba con la biblioteca y mi despacho privado. El instinto me guiaba. Dmitry no la mataría en la cama, ni en el salón. Buscaría un lugar donde la sangre no manchara la estética de la casa que tanto reverenciaba, o un lugar que justificara su ejecución. El despacho.

Al final del corredor de la biblioteca, la pared panelada de caoba oscura se alzaba como una barrera.

La pesada puerta que custodiaba mi sanctasanctórum estaba cerrada, pero no herméticamente. Había una rendija minúscula, una imperfección que delataba una intrusión reciente.

A escasos metros de la entrada, mis oídos captaron el sonido que detuvo el mundo.

Pffft. El chasquido sordo, agudo y mortífero de un arma equipada con un silenciador.

El sonido rompió la barrera del sonido en mi cerebro. No hubo pensamiento racional. No hubo estrategia militar. La fuerza cinética tomó el control absoluto de mis extremidades.

Me abalancé contra la gruesa puerta de madera de caoba con todo el peso de mi cuerpo y la inercia de mi carrera. El golpe fue

devastador. Las bisagras de acero gimieron bajo el impacto y el marco de madera se astilló con un crujido violento. La puerta voló hacia el interior del despacho, chocando contra la pared de la derecha con un estruendo ensordecedor.

El escenario que se abrió ante mis ojos quedó grabado a fuego en mis retinas para la eternidad.

El olor a pólvora quemada flotaba en el ambiente, mezclándose con el cuero y el aire acondicionado. Inés estaba acorralada contra el inmenso escritorio de cristal ahumado. Su rostro carecía de cualquier rastro de color; era pura cera bajo la iluminación artificial. Tenía los ojos desorbitados por el terror y apretaba un expediente de cuero burdeos contra su pecho.

El cristal del escritorio, justo a un palmo de su cadera izquierda, había estallado en mil pedazos. La bala no había alcanzado su carne. Había errado por milímetros.

Frente a ella, a menos de dos metros de distancia, Dmitry Ivanov sostenía una pistola con silenciador, el brazo extendido, el arma humeando levemente. El estallido de la puerta acababa de arruinarle la precisión del disparo.

Dmitry giró la cabeza hacia mí. Sus ojos oscuros, habitualmente pozos de obediencia absoluta, mostraron una fracción de segundo de genuina sorpresa. No me esperaba tan pronto. Había subestimado mi paranoia.

—¡Señor! —gritó Dmitry, intentando recuperar la compostura, su voz carente del pánico que cualquier otro hombre mostraría al ser descubierto por mí—. ¡Es una agente infiltrada! ¡Estaba espiando en sus archivos confidenciales!

La mentira fue un insulto a mi inteligencia.

No respondí con palabras. Levanté la Tokarev.

Dmitry, un soldado entrenado por las fuerzas especiales rusas, percibió la sentencia de muerte en mis ojos y reaccionó por puro

instinto de conservación. Giró su arma hacia mí, abandonando el objetivo de Inés para defender su propia vida.

Disparé primero.

El estruendo de mi arma sin silenciador fue una explosión apocalíptica en el interior del despacho cerrado. La bala impactó en el hombro derecho de mi lugarteniente.

Dmitry emitió un gruñido gutural, el impacto rotando su torso hacia atrás y haciendo que su pistola cayera sobre la alfombra de lana con un golpe sordo. Pero yo no había terminado. La ira que me consumía exigía mucho más que una simple herida incapacitante. Requería destrucción táctil. Requería que yo mismo sintiera cómo se rompía el hombre que había intentado arrebatarme el corazón a sus espaldas.

Solté mi propia arma, dejándola caer al suelo. Acorté la distancia entre nosotros en dos zancadas brutales, antes de que pudiera intentar recuperar su pistola con la mano izquierda.

Me abalancé sobre él. El impacto de nuestros cuerpos derribó una de las pesadas estanterías laterales, arrojando decenas de volúmenes encuadernados en piel sobre nosotros. Dmitry era fuerte, un gigante forjado en las mismas calles de hielo que yo, pero mi fuerza no provenía de la disciplina; provenía de la locura.

Lo agarré por el cuello de su chaqueta inmaculada y lo estampé contra el suelo de mármol que asomaba bajo la alfombra. El golpe fue seco, resonando en mis propios huesos.

Dmitry intentó golpear mi rostro con su puño izquierdo, pero bloqueé el ataque con mi antebrazo, ignorando el dolor agudo en las heridas de mi mano derecha. Hundí mis dedos como garras de acero en su garganta. Apreté la tráquea con una presión letal, cortando el flujo de oxígeno de inmediato.

—¡¿Por qué?! —rugí, mi voz irreconocible, un rugido gutural que escupí junto con gotas de saliva y desesperación en su rostro enrojecido.

Dmitry boqueó buscando aire, sus manos arañando mis brazos, intentando liberarse de la prensa hidráulica de mis dedos.

—El... imperio... —logró graznar, la sangre burbujeando en la comisura de sus labios debido al impacto en su hombro—. Ella es... veneno... Te está... destruyendo.

—¡Yo soy el imperio! —bramé, estampando su cráneo de nuevo contra el mármol, escuchando el crujido ominoso del hueso contra la piedra.

—¡Aleksei!

El grito agudo, desgarrador e impregnado de histeria, rompió la burbuja de mi sed de sangre.

No aflojé el agarre sobre la garganta del traidor, pero giré la cabeza hacia el origen de la voz. Inés seguía de pie junto a los restos destrozados del escritorio de cristal. Temblaba de forma tan violenta que parecía a punto de desmoronarse. Las lágrimas le surcaban el rostro, pero no me miraba con terror por la violencia que yo estaba desplegando; me miraba con una urgencia que rozaba el ruego.

—¡Aleksei, mírame! —gritó de nuevo, soltando el expediente de cuero burdeos.

El documento cayó al suelo. Las páginas amarillentas y las traducciones juradas se esparcieron por la alfombra persa, revelando la fotografía del cadáver de Yekaterina en la nieve de San Petersburgo.

—¡Él la mató! —sollozó Inés, señalando el rostro magullado del hombre que agonizaba bajo mis manos—. ¡Dmitry retiró la escolta de Yekaterina! ¡Él dio la orden por la radio! ¡Tú no le fallaste, Aleksei! ¡Él te traicionó hace diez años y te dejó cargar con la culpa para controlarte!

El tiempo, el oxígeno y la gravedad desaparecieron de la habitación.

La revelación me golpeó con la fuerza de un misil balístico. Mis ojos bajaron hacia las hojas esparcidas en el suelo. Vi el membrete de la

antigua organización, el formato del informe de seguridad. Mi mirada se clavó en Dmitry.

El rostro de mi lugarteniente estaba adquiriendo un tono cianótico por la falta de aire, pero sus ojos oscuros, al encontrarse con los míos, no mostraron negación. Había un brillo de orgullo retorcido en sus pupilas dilatadas. El fanatismo de un hombre que cree que el sacrificio de una pieza es necesario para salvar al rey, incluso si el rey nunca pidió ser salvado.

Diez años.

Diez años de pesadillas. Diez años de invierno perpetuo, castigándome por no haber sido lo suficientemente fuerte, lo suficientemente rápido. Diez años erigiendo un muro de hielo alrededor de mi alma para no volver a causar la muerte de nadie. Y el arquitecto de mi tormento, el verdadero verdugo de la mujer que amé, había estado sirviéndome el vodka y durmiendo bajo mi propio techo, disfrazado del aliado más leal que un hombre pudiera pedir.

La culpa que me había devorado vivo se evaporó en un instante, sustituida por un abismo de odio tan vasto, tan insondable y oscuro, que sentí cómo perdía mi propia humanidad en su interior.

Solté la garganta de Dmitry.

Me puse en pie lentamente, la respiración pesada y sibilante. El lugarteniente tosió violentamente, arrastrándose por la alfombra, dejando un rastro de sangre proveniente de la herida de bala en su hombro. Intentó buscar su pistola, pero yo ya había avanzado.

Pisé su muñeca izquierda con el tacón de mi zapato de cuero. La presión brutal pulverizó los huesos de su mano contra el mármol. El grito ahogado de Dmitry llenó el despacho, un aullido de animal sacrificado.

Caminé hacia mi propia arma. Recogí la Tokarev del suelo. El acero negro estaba frío, pesado, familiar.

Me coloqué de pie sobre el cuerpo roto de mi mano derecha, apuntando el cañón directamente al centro de su frente sudorosa.

—Te entregué mi confianza, Dmitry —susurré, el tono de mi voz tan bajo y monótono que resultaba infinitamente más aterrador que mis gritos anteriores—. Eras mi sombra. Y me envenenaste con mi propio remordimiento para manipularme.

—Lo hice... para que fueras libre... —jadeó el traidor, escupiendo sangre, mirándome sin suplicar piedad—. Para que el zar no tuviera debilidades. Y ahora... tienes otra. Te matará, Aleksei.

—El único que va a morir hoy eres tú —sentencié.

Apreté el gatillo.

El disparo ensordecedor destrozó el cráneo del traidor, silenciando sus mentiras y sus justificaciones para siempre. El cuerpo de Dmitry Ivanov tuvo un último espasmo violento antes de quedar inerte, convertido en un trozo de carne muerta sobre la alfombra persa que tanto veneraba.

Bajé el arma. El humo denso y acre se arremolinaba en el aire del despacho.

El silencio que siguió fue absoluto, roto únicamente por el eco del disparo que aún zumbaba en mis oídos y por la respiración entrecortada de la mujer que permanecía en la habitación.

Giré la cabeza lentamente hacia ella.

Inés estaba de pie entre los restos de cristal del escritorio. Tenía ambas manos sobre la boca, ahogando un sollozo de puro impacto traumático. Miraba el cadáver ensangrentado de Dmitry, y luego sus ojos castaños, enormes y cargados de un dolor empático que no merecía, buscaron los míos.

Dejé caer la pistola al suelo.

Sentí que las rodillas me fallaban. La estructura de acero que había sostenido mi imperio mental durante una década acababa de

implosionar. Estaba vacío. Estaba manchado de la sangre de mi propio círculo íntimo. Estaba rodeado de las cenizas de una lealtad que siempre fue una ilusión.

Di un paso hacia Inés. Luego otro.

Ella no retrocedió. No huyó del asesino cubierto de pólvora y violencia. En su lugar, dio un paso al frente. Redujo la distancia, pisando los documentos esparcidos de su antigua investigación, cruzando la línea entre el horror del presente y el abismo de mi alma.

Se detuvo frente a mí. Levantó sus pequeñas manos, temblorosas y heladas, y las posó a ambos lados de mi rostro manchado de sudor y furia.

—Aleksei... —murmuró, su voz suave, una caricia de seda en medio de la carnicería—. No fue tu culpa. Nunca fue tu culpa.

Esa única frase fue el golpe de gracia.

El zar de la *Bratva*, el hombre más temido de la Costa del Sol, se derrumbó por entero. Caí de rodillas sobre la alfombra, apoyando mi frente contra su vientre, aferrándome a la seda oscura de su pijama como si fuera el borde de un precipicio. Mis brazos la rodearon con una desesperación agónica. Escondí mi rostro en su cuerpo y, por primera vez desde que era un niño abandonado en las calles de Rusia, dejé que el llanto, ronco y primitivo, me desgarrara la garganta.

Inés no se apartó. Inés, la prisionera con la gargantilla de platino, hundió sus dedos en mi cabello, acariciando la cabeza del monstruo, convirtiéndose en el único faro de luz en la oscuridad absoluta de mi propia creación.

CAPÍTULO 28 EL BAUTISMO DE CENIZA POV: INÉS NAVARRO

El zumbido agudo y persistente en mis oídos era el único sonido que mi cerebro lograba procesar.

Era la firma acústica de la destrucción, el rastro físico que el disparo de la pistola Tokarev había dejado impreso en mis tímpanos. La detonación, ocurrida a escasos metros de distancia en el interior de un despacho herméticamente cerrado, había sido un trueno ensordecedor que había barrido con el oxígeno, la gravedad y la cordura.

Bajé la mirada, parpadeando con lentitud, como si mis párpados pesaran toneladas de plomo.

El hombre más temido de la Costa del Sol, el líder implacable de la *Bratva*, el asesino de hielo siberiano que me había secuestrado, humillado y poseído... estaba arrodillado frente a mí. Aleksei Volkov mantenía su rostro hundido en mi vientre, apretando la seda oscura de mi pijama con puños desesperados, aferrándose a mi cuerpo como si fuera el borde de un acantilado sobre un mar de fuego. Su espalda, ancha y musculosa bajo la camisa blanca manchada de sangre, se estremecía con espasmos violentos.

Lloraba.

No era un llanto silencioso ni estético. Era un sonido ronco, primitivo, gutural. El sonido de diez años de culpa purulenta siendo arrancados de su alma de un solo tirón. Diez años creyendo que sus manos estaban manchadas con la sangre de la única mujer a la que había intentado proteger, para descubrir en una fracción de segundo que

el verdadero verdugo había estado durmiendo bajo su propio techo, sirviéndole el vodka y orquestando su miseria.

Mis manos cobraron vida propia. Se hundieron en su cabello rubio ceniza. Mis dedos masajearon su cuero cabelludo, rozando la nuca tensa y ardiente. El gesto era instintivo, maternal, y al mismo tiempo, profundamente enfermo. Estaba consolando al monstruo que acababa de ejecutar a un hombre en mi presencia.

Alcé la vista, desviando la mirada del cuerpo arrodillado de Aleksei hacia el centro de la alfombra persa.

El cadáver de Dmitry Ivanov yacía en una postura antinatural, una marioneta a la que le acaban de cortar los hilos de golpe. La herida en su cráneo era un agujero negro y humeante del que manaba un líquido espeso, oscuro y brillante que se expandía por la lana de la alfombra con una avidez repugnante. El olor en la estancia se había transformado en una amalgama asfixiante: el hedor cobrizo y dulce de la sangre fresca, el tufo acre de la pólvora quemada y el aroma a madera de *oud* de la colonia de Aleksei.

El estómago se me contrajo en un espasmo violento. Las náuseas subieron por mi esófago como bilis ácida. Tragué saliva con fuerza, obligando a mi cuerpo a no vomitar. La gargantilla de platino y esmeralda presionó contra mi tráquea, un recordatorio físico y gélido de mi realidad.

No estaba en Málaga. No era una periodista. Era una cómplice.

De repente, un ruido ajeno al despacho rompió la burbuja de nuestra devastación.

Pasos.

Múltiples pisadas, pesadas y urgentes, resonaron en las baldosas de mármol del pasillo exterior. Voces graves, cargadas de tensión y órdenes ladradas en ruso, se acercaban a la carrera hacia las puertas dobles de la biblioteca. El disparo no había pasado desapercibido. La insonorización de la mansión era excelente, pero la detonación de un arma de grueso calibre sin silenciador era

imposible de ocultar a los hombres que patrullaban el perímetro y los pasillos inferiores.

La guardia personal de Aleksei venía hacia aquí.

El pánico, frío e inyectado con adrenalina pura, barrió la niebla del *shock* traumático de mi mente.

Miré a Aleksei. Seguía derrumbado, perdido en el abismo de su catarsis emocional, sordo al ruido de las botas tácticas que se aproximaban. El zar estaba quebrado. Su máscara de invulnerabilidad había sido pulverizada junto con el cráneo de su lugarteniente.

La lógica dictaba que debía apartarme. Que debía dejar que sus hombres entraran, que vieran a su líder llorando de rodillas frente a una prisionera mientras su mano derecha yacía asesinado en el suelo. Pero la lógica no habita en el Dark Romance. Lo que habita es la instintiva comprensión de la brutalidad del ecosistema.

Si los sicarios de la *Bratva* veían a Aleksei Volkov en este estado de debilidad absoluta, el imperio se colapsaría en segundos. Los lobos huelen la sangre de su alfa herido. Dmitry no era el único que valoraba el "imperio" por encima del hombre. Si le veían roto, alguien asumiría el mando. Alguien le pondría una bala en la cabeza para evitar que la organización pareciera débil.

Y si Aleksei moría... yo sería el siguiente cadáver. Me usarían, me destrozarían y me tirarían al mar. Mi supervivencia estaba íntimamente ligada a la capacidad de este monstruo para mantener a los demás monstruos a raya.

Tenía que resucitar al zar.

—Aleksei —susurré, mi voz vibrando con una urgencia febril. Apreté mis manos en su cabello y tiré de su cabeza hacia arriba, obligándole a separar el rostro de mi vientre.

Me miró. Sus ojos translúcidos estaban inyectados en sangre, las pupilas dilatadas, el rostro manchado de lágrimas y de las pequeñas

salpicaduras carmesíes que la ejecución de Dmitry había dejado en su piel. Estaba vacío. Era un niño abandonado en el cuerpo de un asesino letal.

—Aleksei, escúchame —siseé, clavando mis uñas en sus hombros para anclarlo a la realidad—. Tus hombres vienen hacia aquí. Están en el pasillo.

Él parpadeó, la comprensión luchando por abrirse paso a través de la neblina de su dolor. Su pecho subía y bajaba de forma errática.

—Están aquí... —murmuró, la voz ronca, la mirada desviándose hacia el cuerpo de Dmitry.

—¡Mírame a mí! —exigí, utilizando un tono autoritario que jamás había osado emplear con él. Agarré su rostro con ambas manos. Mis dedos pálidos contrastaban con su piel ruborizada y manchada—. Si entran por esa puerta y te ven de rodillas llorando, estás muerto. Y si tú mueres, yo muero.

La mención de mi propia muerte fue el electroshock que su sistema nervioso necesitaba.

Un destello de claridad, afilado y peligroso, cruzó sus ojos. El instinto protector, esa obsesión enfermiza y posesiva que lo había llevado a encadenarme y a matar para mantenerme a su lado, despertó de su letargo.

—Levántate —le ordené.

Aleksei apoyó una mano en el suelo, justo al lado de un charco de sangre, y se impulsó hacia arriba. Sus articulaciones crujieron. Se irguió en toda su imponente altura, pero sus hombros seguían caídos, su respiración agitada. La venda blanca que yo misma le había colocado horas antes en el cuarto de baño estaba empapada en sangre, goteando por la presión de sus puños cerrados.

El sonido de la puerta de la biblioteca abriéndose de golpe nos llegó desde la estancia contigua.

—*¡Señor Volkov!* —El grito en ruso pertenecía a Sergei, el jefe del equipo de seguridad perimetral. Sus pasos pesados avanzaban hacia el despacho privado.

—Están a diez segundos —dije, moviéndome con una rapidez maníaca.

Me acerqué a él. Agarré el cuello desbocado de su camisa blanca, abotonando apresuradamente los botones que la lucha había arrancado. Mis dedos rozaron la piel caliente de su pecho tatuado, impregnándose de su sudor. Tomé la manga de mi propio pijama de seda y, sin dudarlo, froté con fuerza su mejilla izquierda, borrando el rastro de sus lágrimas, mezclándolas con la sangre de Dmitry que salpicaba su piel, transformando el dolor en mera evidencia de combate.

—Eres el zar —susurré, acercando mis labios a su oído, mi aliento cálido contrastando con la temperatura ártica del aire acondicionado —. Eres el dueño de este imperio. Dmitry era un traidor. Ha intentado matarme y tú lo has ejecutado. Eso es todo lo que necesitan saber. Eres de hielo. Eres intocable.

Aleksei cerró los ojos por una fracción de segundo. Cuando los volvió a abrir, la transformación fue sobrecogedora.

El abismo de dolor se sumergió bajo capas de permafrost psicológico. Los músculos de su mandíbula se tensaron, delineando una línea dura e implacable. Sus hombros se ensancharon. La postura militar, arrogante y letal, regresó a su cuerpo como una armadura forjada en el fuego de la necesidad. El monstruo había vuelto a tomar el control del puente de mando.

Se inclinó ligeramente, recogiendo la pistola Tokarev del suelo. El acero negro en su mano ilesa era la extensión natural de su autoridad.

Se giró hacia la puerta rota del despacho.

Yo retrocedí un paso, situándome ligeramente a sus espaldas, a su lado derecho, adoptando la postura de la consorte silenciosa y

protegida. Mi corazón latía desbocado, pero mi rostro se mantuvo inexpresivo. Había aceptado mi papel. Yo era la cómplice de las sombras.

Los pasos se detuvieron en seco en el umbral destrozado.

Sergei apareció, seguido por tres hombres más, todos apuntando sus armas hacia el interior del despacho. Al ver a Aleksei de pie, ileso, con el arma en la mano, bajaron inmediatamente los cañones hacia el suelo, adoptando una postura de sumisión táctica.

Los ojos de Sergei, duros y curtidos, barrieron la escena. Vieron el cristal ahumado del escritorio hecho añicos. Vieron los documentos esparcidos por la alfombra. Vieron mi presencia, vestida en pijama de seda oscura, pálida pero intacta detrás de mi captor. Y finalmente, sus miradas se clavaron en el cadáver de Dmitry Ivanov, el hombre que hasta hacía cinco minutos era su oficial al mando directo.

El silencio que se hizo en el despacho fue tan denso que podría haberse cortado con un cuchillo de carnicero. Los sicarios estaban procesando la información. La mano derecha del zar había sido ejecutada por el propio zar.

Esperé una reacción de hostilidad. Esperé que alzaran las armas contra nosotros en represalia.

Pero Aleksei no les dio margen para la duda.

—Ivanov era un traidor —la voz de Volkov cortó el aire, grave, fría y desprovista de cualquier rastro de la emoción que lo había doblegado minutos antes. Sonaba como un dios antiguo dictando una sentencia de muerte—. Un agente doble que llevaba meses envenenando nuestras comunicaciones. Intentó asesinar a la señorita Navarro para desestabilizar la cúpula. Y ha pagado el precio.

La mentira fluyó de sus labios con una fluidez asombrosa. No mencionó a Yekaterina. No mencionó la traición de San Petersburgo de hacía diez años. Exponer aquel dolor personal habría sido una debilidad. En su lugar, utilizó mi figura como la excusa táctica

perfecta. Dmitry había intentado matar a la posesión más valiosa del líder; el castigo era la muerte inmediata. Era un lenguaje que los sicarios de la mafia entendían a la perfección.

Sergei miró el cuerpo de Dmitry, luego el impacto de bala en la pared, cerca de donde yo había estado acorralada, y finalmente asintió con un movimiento rígido de cabeza. La lealtad en estos niveles no se cuestiona frente al cañón humeante del jefe supremo.

—Entendido, señor Volkov —respondió Sergei, su voz grave resonando con respeto absoluto—. ¿Cuáles son sus órdenes?

Aleksei deslizó la pistola Tokarev en el arnés de su sobaquera con un movimiento fluido.

—Limpiad esta basura —ordenó, señalando el cadáver con un gesto despectivo de su cabeza—. Sacad los restos por el ascensor de servicio y llevadlo a la incineradora de la finca norte. No quiero que quede ni una sola gota de su sangre en esta alfombra para cuando amanezca.

—Sí, señor.

—Y Sergei —añadió Aleksei, su tono bajando una octava, convirtiéndose en una amenaza palpable que hizo que el endurecido jefe de seguridad tragara saliva—. Promocionas a teniente a partir de este segundo. Tú asumes las comunicaciones y la logística de la casa. Cierra el perímetro exterior. Nadie entra, nadie sale sin mi autorización verbal directa. Si hay otra filtración de seguridad, no usaré una bala contigo. Te despellejaré vivo. ¿Ha quedado claro?

—Cristalino, señor Volkov. El perímetro será sellado de inmediato.

Aleksei asintió. Se giró ligeramente hacia mí.

Su mirada translúcida se encontró con mis ojos castaños. En público, su expresión seguía siendo una máscara de hielo inescrutable, pero en el fondo de sus pupilas había un mensaje silencioso. Un reconocimiento abrumador de lo que acababa de hacer por él. Yo le había salvado la vida y la corona. Le había reconstruido la armadura

cuando él estaba dispuesto a dejarse devorar por las llamas de su propio pasado.

Extendió su mano izquierda, la ilesa.

No lo dudé. Levanté mi propia mano, manchada con un levísimo rastro de la sangre que había borrado de su mejilla, y deposité mis dedos sobre su palma cálida. Sus dedos se cerraron en torno a los míos con una firmeza posesiva y letal.

—Nos retiramos al ala este —anunció Aleksei a sus hombres, sin mirarles, manteniendo sus ojos fijos en los míos—. Que nadie se atreva a molestarme durante las próximas doce horas.

Comenzamos a caminar hacia la puerta destrozada. Los cuatro hombres armados se apartaron apresuradamente, abriéndonos un pasillo de sumisión absoluta. Pasamos por encima de los restos astillados de la caoba y de los cristales ahumados.

Mientras caminábamos por el inmenso corredor flanqueado por las estanterías de libros, el peso de la gargantilla de platino contra mi clavícula se sintió diferente. Ya no era solo un grillete. Era un anillo de compromiso forjado en el infierno.

Había protegido al asesino de la justicia. Había mentido a Roberto. Había participado en el encubrimiento de una ejecución sumaria. La inocencia era un concepto que ya no me pertenecía. Estaba manchada por entero, sumergida en las mismas aguas oscuras que ahogaban a Aleksei Volkov.

Subimos la escalinata de mármol en un silencio espectral.

Al llegar a la suite principal, Aleksei abrió la puerta y me dejó pasar primero. El aire de la habitación estaba cargado con la memoria física del sexo salvaje de la mañana anterior y el abandono gélido de hacía apenas un par de horas. Qué rápido cambiaba el ecosistema en nuestra jaula.

Cerró la puerta, pasando el pestillo de seguridad con un clic sordo.

Aleksei se apoyó contra la madera maciza, exhalando un suspiro que pareció vaciar sus pulmones de toda la tensión acumulada. El hielo siberiano comenzó a descongelarse, revelando de nuevo al hombre agotado y herido que se escondía debajo de la piel del zar.

Se acercó a mí.

No hubo palabras de agradecimiento. En nuestro mundo retorcido, las palabras carecían de valor. Lo único que importaba era la presencia, el dolor y la carne.

Me agarró por la cintura con ambas manos, ignorando el dolor de su mano vendada y sangrante, y me atrajo hacia su pecho con una fuerza que me cortó la respiración. Hundió su rostro en la curva de mi cuello, respirando la fragancia de mi piel como si fuera el oxígeno que le habían negado durante una década. Su corazón latía contra mi esternón a un ritmo enloquecido.

Yo rodeé su cuello con mis brazos, hundiendo mis manos en su cabello rubio ceniza, acariciando su nuca.

—Dmitry está muerto —murmuró contra mi piel, su aliento caliente erizándome el vello—. El único hombre en el que confiaba me traicionó. El fantasma ha sido exorcizado. Pero la verdad, Inés... la verdad es que sigo siendo un monstruo.

—Lo sé —respondí, mi voz firme, acariciando la oscuridad de su confesión, aceptando mi propio papel en la tragedia—. Pero ahora eres mi monstruo.

Aleksei levantó el rostro. Sus ojos ardían con una mezcla de desesperación, lujuria y una devoción patológica que selló nuestro destino para siempre.

El mundo exterior había intentado irrumpir en nuestra fortaleza, la traición había manchado nuestras alfombras de sangre, pero la jaula de cristal seguía en pie. Y ahora, yo era la que sostenía la llave, no para abrir la puerta y escapar, sino para asegurar la cerradura desde dentro, enterrándonos juntos en la más dulce y letal de las oscuridades.

Sin embargo, en el fondo de mi mente periodística, un eco lejano y persistente se negaba a silenciarse. Dmitry estaba muerto. Pero el investigador privado contratado por Roberto Vargas en Málaga no sabía nada de las ejecuciones en la mansión. Y un ex policía con dinero en el bolsillo no se detendría por una simple llamada telefónica.

La verdadera tormenta, aquella que no podíamos asesinar en un despacho, apenas comenzaba a formarse en el horizonte.

CAPÍTULO 29 EL OLOR DE LA LEJÍA Y EL TRONO VACÍO POV: ALEKSEI VOLKOV

El olor a lejía industrial y ozono purificado era tan denso que casi se podía saborear en la parte posterior de la garganta.

Estaba de pie en el centro exacto de mi despacho privado, el mismo lugar donde, escasas horas atrás, el cráneo de Dmitry Ivanov había estallado bajo el fuego de mi propia pistola. La alfombra persa, empapada en la sangre y los fluidos de mi antiguo lugarteniente, había sido enrollada, retirada y quemada en los hornos de la finca norte. En su lugar, el suelo de mármol negro y vetas doradas brillaba bajo la luz artificial, pulido hasta alcanzar la frialdad estéril de un quirófano. Los fragmentos del escritorio de cristal ahumado habían sido barridos hasta el último rastro de polvo. El agujero de bala en la pared de caoba había sido rellenado y disimulado temporalmente por una obra de arte abstracto.

El escenario del crimen había sido borrado por entero. La maquinaria de mi imperio operaba con una eficacia aterradora, tragándose a sus propios hijos sin dejar cicatrices en la arquitectura.

Pero las cicatrices en mi mente eran otro asunto.

Levanté la mano derecha. El vendaje blanco que Inés había envuelto alrededor de mi palma con un cuidado devoto destacaba violentamente contra el puño oscuro de mi americana azul medianoche. El dolor pulsante de los cortes, donde los cristales se habían incrustado horas antes, era un latido sordo, rítmico, un recordatorio táctil de que la vulnerabilidad no era un concepto

abstracto; era una mujer de ojos castaños que llevaba mi platino en la garganta.

Me acerqué al inmenso ventanal que ofrecía una vista sesgada de los jardines de la propiedad. La madrugada había cedido paso a una mañana plomiza, cargada de una humedad asfixiante que presagiaba una tormenta inminente sobre la Costa del Sol.

Diez años.

La cifra resonaba en las paredes vacías de mi cráneo como un eco burlón. Durante una década, había alimentado a un perro rabioso a mi lado, creyendo que su lealtad era el escudo que protegía mi espalda. Dmitry había ordenado retirar la escolta de Yekaterina. Había sacrificado a la única mujer que me había importado en mi juventud en el altar de la *Bratva*, decidiendo por sí mismo que ella era una distracción inaceptable para mi ascenso. Y luego, con la frialdad de un reptil, había permitido que yo cargara con la culpa, utilizando mi propio remordimiento para moldearme en el líder gélido y despiadado que la organización necesitaba.

Me había fabricado a su imagen y semejanza. Y cuando Inés Navarro amenazó con derretir ese hielo, intentó repetir la jugada.

Un crujido sordo rompió el silencio sepulcral del despacho.

Sergei, el antiguo jefe de seguridad perimetral y ahora recién ascendido a lugarteniente, se detuvo en el umbral de la puerta de roble que mis hombres habían reparado de urgencia durante la noche. Su postura era rígida, los hombros cuadrados, los brazos pegados al torso en una posición de descanso militar. Su mirada, sin embargo, evitaba el centro de la habitación, el punto exacto donde su predecesor había exhalado su último aliento.

—Señor Volkov —dijo Sergei, su voz profunda, áspera por el tabaco, resonando con un respeto que rozaba el terror reverencial.

No me giré de inmediato. Dejé que el silencio se prolongara, obligándole a soportar el peso de la incertidumbre. En mi mundo, el

poder no se demuestra hablando; se demuestra forzando a los demás a contener la respiración mientras esperan tus palabras.

Me giré con lentitud, apoyando la espalda contra el marco del ventanal, cruzando el brazo izquierdo sobre mi pecho y dejando la mano vendada a la vista.

—Informe, Sergei.

El nuevo lugarteniente tragó saliva. El movimiento de su nuez de Adán fue visible desde el otro lado de la habitación.

—La limpieza ha concluido, señor. El cadáver de Ivanov ha sido reducido a cenizas en los hornos industriales. Sus efectos personales, sus dispositivos de comunicación encriptada y sus discos duros han sido confiscados y traídos a la sala de servidores del búnker. Nadie en la organización, más allá del equipo de extracción, sabe lo que ocurrió en esta habitación. Oficialmente, Ivanov ha sido enviado a San Petersburgo para gestionar la crisis logística del puerto.

—Bien —murmuré, mi tono carente de cualquier inflexión—. ¿Cómo ha reaccionado la cúpula de capitanes?

—Hay... inquietud, señor. La ausencia de Dmitry es notable. Algunos de los líderes de sector en Madrid y Valencia han solicitado una confirmación de su estado a través de los canales seguros. Se preguntan por qué un traslado tan repentino sin previo aviso.

Me separé del ventanal y caminé hacia una de las estanterías de caoba, deslizando los dedos de mi mano sana por los lomos de cuero de los libros. La inquietud era peligrosa. La *Bratva* era un organismo vivo, y como cualquier bestia de carga, si sentía debilidad en quien sujetaba las riendas, se rebelaría para devorarlo.

—Convoca una videoconferencia encriptada en una hora —ordené, clavando mi mirada azul translúcida en Sergei—. Todos los capitanes. Les comunicaré personalmente que Ivanov fue destituido por malversación de fondos en las cuentas puente de Chipre, y que su exilio a Rusia es un castigo benevolente por sus años de servicio.

Cualquiera que cuestione la decisión se unirá a él. No toleraré murmullos en las filas. ¿Entendido?

—Cristalino, señor.

Sergei asintió con vehemencia, anotando mentalmente las directrices. Su instinto de supervivencia le dictaba no hacer preguntas sobre el destino real de Dmitry. Sabía que el polvo que ensuciaba sus botas militares al entrar en los hornos de la finca norte era todo lo que quedaba de su antiguo superior.

—Hay un asunto más, señor Volkov —añadió Sergei, dudando por una fracción de segundo. El tono de su voz bajó una octava, volviéndose más urgente—. Concierne al mundo exterior. Al problema en Málaga.

El frío siberiano, que el calor del cuerpo de Inés había logrado mitigar durante la madrugada, regresó a mis venas con la fuerza de una avalancha. El investigador privado. El expolicía contratado por Roberto Vargas.

—Habla.

—La llamada que la señorita Navarro realizó anoche... —Sergei vaciló, eligiendo sus palabras con el cuidado de un artificiero manipulando un detonador—. No ha surtido el efecto disuasorio que esperábamos.

La furia, contenida y letal, tensó los músculos de mi mandíbula.

—¿Vargas no se ha creído la historia?

—Vargas parece destrozado, señor. Nuestras escuchas telefónicas confirman que ordenó al investigador detener la búsqueda. Se lo creyó. Pero el detective... el expolicía de Fuengirola... es un mercenario. Ha olido dinero y una historia más grande que una simple fuga romántica.

Sergei dio un paso hacia el interior del despacho, sacando una tableta digital de la carpeta negra que llevaba bajo el brazo. Caminó hasta mí y me la tendió.

La tomé con la mano izquierda. La pantalla iluminada mostraba una serie de fotografías borrosas, capturadas por cámaras de tráfico.

—El investigador ha ignorado las órdenes de Vargas —explicó Sergei, señalando las imágenes—. Ha estado rastreando las cámaras de seguridad del ayuntamiento a lo largo de la costa. Ha encontrado una grabación de un convoy de cuatro Mercedes Clase G abandonando la zona del *Café de París* en Málaga la noche de la muerte del contable Aguilar.

Apreté los dientes. Las matrículas de mis vehículos eran falsas, rotativas e imposibles de rastrear a través de la Dirección General de Tráfico, pero el mero hecho de que existiera una prueba visual de mi guardia pretoriana en las inmediaciones de la última ubicación conocida de Inés era una brecha inaceptable.

—No tienen las matrículas —aseveré, un hecho más que una pregunta.

—No, señor. Pero el investigador sabe que ese nivel de seguridad no pertenece a un simple millonario celoso. Está buscando conexiones con organizaciones criminales del sur de Europa. Y lo que es peor... esta mañana ha estado interrogando a los guardas de seguridad del puerto deportivo de Marbella. Está intentando localizar un yate que encaje con el perfil de un multimillonario que exige privacidad absoluta. Está buscando el *Zar*.

El vaso de cristal estallando en mi mano la noche anterior palideció en comparación con la explosión de violencia que deseé desatar en ese instante.

El mundo exterior estaba arañando el cristal de mi jaula. Estaban tirando del hilo, acercándose milímetro a milímetro a los muros de mi fortaleza. El patético expolicía no comprendía que estaba jugando a la ruleta rusa con un arsenal termonuclear. Si lograba conectar a Inés con mi barco o con la mansión, el anonimato que protegía mi imperio colapsaría.

Y si la policía irrumpía en mi propiedad... si me la arrebataban...

La imagen de Inés siendo escoltada fuera de mi casa por agentes de la ley, siendo devuelta a una vida mediocre donde yo no pudiera envolverla en la oscuridad de mis sábanas, me provocó un pánico tan agudo que la sangre pareció evaporarse de mi cerebro.

—No podemos permitir que se acerque al puerto —dictaminé, mi voz reducida a un siseo tóxico que no admitía réplica—. Quiero a ese investigador neutralizado. Pero tiene que parecer obra de las facciones rumanas. Los idiotas que atacaron la casa aún tienen escoria remanente en la costa. Utilízalos. Planten pruebas en la escena. Un tiroteo por ajuste de cuentas. Y hacedlo hoy. Antes de que el sol se ponga.

Sergei asintió lentamente, asimilando la magnitud de la orden. Matar a un civil, a un ex miembro de las fuerzas de seguridad del Estado, era encender una mecha que podría atraer al Centro Nacional de Inteligencia.

—Señor... si ejecutamos a un expolicía, la reacción mediática será abrumadora. Atraeremos exactamente el ruido que deseamos evitar.

Di un paso al frente, acorralando a Sergei contra su propio miedo. Mi altura y la sombra de mi autoridad lo empequeñecieron al instante.

—El ruido de una guerra de bandas es preferible al ruido de una investigación directa sobre mi persona —gruñí a escasos centímetros de su rostro—. La *Bratva* sobrevive en el caos, Sergei. Si la policía cree que los rumanos están asesinando a detectives en la costa, estarán demasiado ocupados haciendo redadas en los barrios bajos para fijarse en los muros de esta mansión. Ejecuta la orden. Y no falles. No te perdonaré la vida como hice con los antiguos miembros de tu equipo.

—No habrá fallos, señor Volkov. El problema estará resuelto esta misma noche.

—Desaparece. Y prepara la conexión para la videoconferencia con los capitanes.

Sergei dio media vuelta y abandonó el despacho a paso ligero, cerrando la puerta reparada a sus espaldas con un sonido que me dejó a solas con el eco de mis propias decisiones.

Caminé hacia el mueble bar incrustado en la pared de caoba. Serví una dosis generosa de vodka puro en un vaso de cristal tallado, utilizando mi mano izquierda, torpe, sintiendo la inutilidad de mi extremidad vendada. Bebí el licor de un solo trago. El fuego líquido descendió por mi esófago, pero no logró adormecer el instinto posesivo que rugía en mi pecho.

Tenía que verla.

Abandoné el despacho y caminé por los inmensos pasillos de la mansión. Mis pasos sobre el mármol eran silenciosos, acompasados por la disciplina militar, pero mi mente corría a mil kilómetros por hora.

El ala este estaba inmersa en un silencio algodonoso.

Al llegar a la puerta de la suite principal, no pasé la tarjeta magnética. Apoyé la frente contra la madera maciza durante unos segundos, respirando profundamente. Detrás de esa puerta estaba la mujer que había quebrado mi voluntad, la que me había hecho llorar de rodillas como un niño roto. Ella era la causa de que mi imperio estuviera al borde del colapso, y, sin embargo, era la única razón por la que deseaba mantenerlo en pie.

Introduje el código y entré.

La suite estaba bañada por la luz grisácea de la mañana nublada. El aire estaba saturado con su aroma a cedro.

Inés estaba sentada en uno de los sofás de cuero blanco de la zona de estar. Había cambiado el pijama de seda oscura por un vestido sencillo de punto en color gris perla, ceñido al cuerpo, que llegaba hasta la mitad de sus pantorrillas. Estaba descalza, con las piernas recogidas bajo el cuerpo. Sostenía un libro en sus manos, pero su mirada estaba perdida en la inmensidad del mar embravecido más allá del ventanal.

Al escuchar el clic de la puerta, se giró hacia mí.

La gargantilla de platino brilló en la penumbra. El metal frío contrastaba con la calidez ambarina de sus ojos, que me escanearon de arriba abajo con una ansiedad que ya no era terror a mi persona, sino terror por mi persona.

Dejó el libro sobre la mesa de cristal y se puso en pie.

La distancia entre nosotros se sentía insoportable. Yo estaba vestido con la armadura de la *Bratva*, cubierto por la responsabilidad de ordenar asesinatos y encubrir traiciones. Ella estaba allí, frágil, hermosa, la encarnación de una redención que no merecía y de una condena que estaba dispuesto a abrazar por entero.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Inés, su voz suave cruzando el espacio de la suite, deteniéndose a un metro de mí. Su mirada se fijó en la venda blanca de mi mano derecha.

—El despacho ha sido limpiado —respondí, mi tono desprovisto de la autoridad implacable que acababa de usar con Sergei. Con ella, el hielo se derretía, revelando la carne viva—. Ivanov ya no es un problema. El consejo de capitanes creerá que ha sido exiliado por robar. La transición de poder ha sido asegurada.

Inés asintió lentamente, procesando la información. Comprendía la brutalidad de la logística. Se había convertido en una alumna aventajada en el arte de la supervivencia en la oscuridad.

Pero no se detuvo ahí. Levantó la vista, escrutando mis facciones, leyendo las microexpresiones que yo ocultaba al resto del mundo.

—Esa no es toda la verdad, Aleksei —susurró, dando un paso más, invadiendo mi espacio vital hasta que el roce de su vestido gris acarició la tela de mi pantalón—. Tus ojos están demasiado fríos. ¿Qué más ocurre fuera de esta habitación?

El instinto protector me gritaba que le mintiera. Que le dijera que todo estaba bajo control, que la jaula era segura, que no había grietas en el cristal. Mentirle era protegerla de la paranoia, ahorrarle

la agonía de saber que el investigador privado estaba cercando la mansión.

Pero la verdad es que, tras la confesión de la noche anterior, tras haber desnudado el fantasma de Yekaterina frente a ella, la mentira entre nosotros había perdido su utilidad táctica. Éramos dos conspiradores en el mismo búnker.

Levanté mi mano ilesa y acaricié la curva de su mejilla, rozando con el pulgar la piel suave cerca de la comisura de sus labios.

—El investigador —pronuncié, las palabras saliendo de mis labios como trozos de cristal—. El expolicía de Málaga. No detuvo la búsqueda cuando hablaste con Vargas. Ha rastreado el convoy. Está haciendo preguntas en el puerto sobre el *Zar*.

El impacto de la noticia desfiguró las facciones de Inés por una fracción de segundo. El oxígeno abandonó sus pulmones en un jadeo ahogado. Sus pupilas se dilataron, inundadas por el pánico. Sabía exactamente lo que eso significaba. Sabía que la policía estaba tocando a las puertas del infierno.

—Dios mío... —balbuceó, llevando sus manos hacia mi pecho, aferrándose a las solapas de mi americana como si el suelo bajo sus pies hubiera desaparecido—. Aleksei, si te encuentran... si logran conectar los fondos, si descubren lo de Aguilar y lo de Dmitry...

El terror en su voz no era por ella. No temía ser "rescatada". Temía que yo fuera destruido. La Síndrome de Estocolmo había forjado unos grilletes mucho más resistentes que la gargantilla de platino que llevaba en el cuello.

—No me van a encontrar —aseguré, mi voz un murmullo grave y definitivo, atrayéndola hacia mí hasta que su cuerpo quedó aplastado contra mi torso, envolviéndola con ambos brazos, manchando su vestido gris con la sombra de mi presencia—. He ordenado a Sergei que solucione el problema. Antes del anochecer, el investigador sufrirá un accidente desafortunado a manos de los cárteles rumanos. El pozo quedará envenenado para siempre.

Inés enterró su rostro en el hueco de mi cuello. Sus manos se aferraron a la tela de mi chaqueta con una fuerza desesperada.

—Van a matarlo... —sollozó, la culpa de su antigua moralidad luchando una última batalla estéril contra la necesidad de sobrevivir a mi lado.

—Sí —confirmé, sin un ápice de remordimiento, besando la coronilla de su cabeza—. Van a matarlo. Y a cualquiera que intente cruzar el muro de esta propiedad. Porque si el mundo cree que puede arrebatármete, *ptichka*, reduciré la península ibérica a un desierto de cenizas.

Inés no protestó. No suplicó piedad por la vida del hombre que intentaba encontrarla. En un acto de sumisión absoluta y aterradora, alzó el rostro y buscó mis labios, besándome con una ferocidad que sellaba nuestro pacto de sangre. El monstruo había ordenado una ejecución, y su prisionera, la luz de la herejía, lo estaba recompensando con el veneno de su propia devoción.

CAPÍTULO 30 EL ABISMO Y LA TORMENTA POV: INÉS NAVARRO

El cielo sobre la Costa del Sol sangraba un gris plomizo, denso y cargado de una electricidad estática que hacía que el vello de mis brazos se erizara bajo la fina seda de mi vestido.

El Mediterráneo, habitualmente una lámina de zafiro plácido y engañoso, se había transformado en una bestia enfurecida. Olas de un negro verdoso chocaban con violencia contra los acantilados de mármol que sostenían la fortaleza de Aleksei Volkov, escupiendo espuma blanca que la fuerza del viento arrastraba hasta golpear el inmenso ventanal blindado de la suite principal.

Estaba de pie frente al cristal, apoyando la frente febril contra la superficie fría e inquebrantable.

El primer trueno retumbó en la distancia, un sonido grave y cavernoso que hizo vibrar el suelo bajo mis pies descalzos. La tormenta de finales de verano había estallado con una ferocidad inaudita, aislando la mansión en un vórtice de agua y viento. Era una metáfora física, brutal y perfecta de la devastación que asolaba mi propia conciencia.

Cerré los ojos. En la oscuridad de mis propios párpados, no encontré refugio, solo la imagen nítida del rostro de Roberto Vargas, escuchando mi voz al otro lado del teléfono mientras yo destruía mi carrera y su fe en mí. Y detrás de esa imagen, acechaba otra aún más aterradora: la de un investigador privado sin rostro, un expolicía que en ese preciso instante debía de estar siendo cazado en las calles de Málaga por un escuadrón de la muerte contratado por el hombre que dormía en mi cama.

Levanté la mano derecha y mis yemas rozaron la banda de platino macizo que ceñía mi garganta.

La esmeralda cuadrada, engarzada en el centro de mi tráquea, estaba helada. El metal no cedía, no se expandía. Era una prisión en miniatura que me recordaba en cada latido, en cada exhalación, el precio de mi supervivencia. Había aceptado la ejecución de un hombre inocente para proteger al monstruo. Me había convertido en el escudo de un zar de la mafia rusa.

La culpa era un ácido corrosivo que me devoraba las entrañas, pero lo verdaderamente monstruoso, lo que me provocaba náuseas de puro asco hacia mí misma, era que no me arrepentía.

Si el detective lograba llegar hasta la mansión, si la policía derribaba los portones de hierro forjado y me arrancaba de las manos de Aleksei, el imperio se desmoronaría. Él acabaría en una prisión de máxima seguridad, o peor aún, muerto en un tiroteo cruzado. Y la sola idea de un universo en el que Aleksei Volkov dejara de respirar, en el que sus manos ásperas y manchadas de sangre dejaran de tocarme en la oscuridad, me provocaba un dolor tan agudo que paralizaba mi corazón.

La Síndrome de Estocolmo había arraigado tan hondo que mis venas ya solo bombeaban el veneno de su obsesión.

El sordo y rítmico tictac del reloj de pie en la esquina del vestidor marcaba las cinco de la tarde. Faltaban escasas horas para el anochecer. Escasas horas para que Sergei llamara al despacho de Aleksei y confirmara que el "problema" en el puerto de Marbella había sido neutralizado y camuflado bajo la falsa bandera de un ajuste de cuentas de los cárteles rumanos.

Un leve zumbido electrónico a mis espaldas me hizo abrir los ojos de golpe.

El pestillo de la puerta de roble cedió. Me giré despacio, preparándome para la entrada de Aleksei, pero la figura que cruzó el

umbral empujando el carrito de servicio no llevaba trajes a medida ni un aura de destrucción letal.

Era la señora Kovac.

La gobernanta eslava vestía su inmaculado uniforme negro. Su moño gris, habitualmente perfecto, mostraba hoy un levísimo desorden, apenas un par de mechones rebeldes que delataban la tensión subterránea que asfixiaba a todo el servicio desde la ejecución sumaria de Dmitry Ivanov. La casa entera sabía que el equilibrio de poder había sufrido un terremoto. El lugarteniente estaba muerto por traición, y la prisionera de la suite del ala este seguía respirando.

Kovac empujó el carrito de acero y plata hasta el centro de la zona de estar.

No pronunció una sola palabra. Sus movimientos, que antes exhibían una autoridad marcial y un desprecio mal disimulado hacia mi presencia, ahora eran rígidos, mecánicos, impregnados de un terror reverencial que me heló la sangre de una forma nueva e inesperada.

Dejó una tetera de porcelana humeante y una bandeja con sándwiches intactos sobre la mesa de cristal.

Me alejé del ventanal blindado y caminé hacia ella. Mis pasos no emitían sonido sobre la lana persa. Al acercarme, noté cómo los hombros de la mujer mayor se tensaban. Bajó la vista, clavando los ojos en el dobladillo de mi vestido blanco, negándose en redondo a establecer contacto visual conmigo.

—Señora Kovac —mi voz sonó ronca, inusualmente grave en el silencio de la suite.

Ella detuvo sus manos sobre el manillar del carrito, pero no levantó la barbilla.

—Señorita Navarro —respondió, su acento ruso más marcado que nunca por los nervios.

El cambio de dinámica era abrumador. Ya no me veía como la víctima patética que lloraba en el suelo del vestidor. Me veía como la

causa de la muerte de la mano derecha del zar. Me veía como la consorte del diablo, la mujer cuya mera curiosidad había bastado para que Aleksei apretara el gatillo contra su aliado más antiguo. La esmeralda de mi cuello ya no era un símbolo de humillación a sus ojos; era una corona.

—¿Ha habido noticias del señor Volkov? —pregunté, probando los límites de esta nueva autoridad oscura que se me había otorgado sin yo pedirla.

—El señor Volkov se encuentra reunido con el nuevo jefe de seguridad en el búnker subterráneo, señorita. Ha dado órdenes estrictas de que nadie, bajo ninguna circunstancia, interrumpa sus comunicaciones.

Tragué saliva, el nudo de ansiedad apretándose en mi estómago. Estaban coordinando el asesinato. El silencio de Aleksei significaba que la cacería estaba en marcha en el mundo exterior.

Kovac hizo una leve reverencia, rígida y apresurada, y dio media vuelta para marcharse.

—Espere.

La orden salió de mis labios antes de que pudiera censurarla. Kovac se detuvo en seco, la espalda tan tensa que parecía a punto de fracturarse.

—¿Sí, señorita?

—Usted lo sabía, ¿verdad? —La pregunta flotó en el aire helado, pesada y tóxica—. Sabía que Dmitry había ordenado retirar la escolta de Yekaterina hace diez años. Sabía que él la dejó morir en la nieve.

La respiración de la gobernanta se cortó. El silencio en la suite se volvió tan denso que el sonido de la lluvia golpeando el cristal blindado pareció amplificarse por mil. Lentamente, Kovac se giró. Su rostro, habitualmente una estela funeraria de indiferencia, estaba

blanco como la cal. El terror que albergaban sus ojos grises era genuino y absoluto.

—En esta casa, señorita Navarro, la supervivencia depende de saber qué puertas no deben abrirse y qué memorias no deben ser exhumadas —susurró Kovac, su voz temblando por primera vez desde que la conocía—. Ivanov creía que protegía al imperio. El señor Volkov creía que protegía a una mujer. Y usted... usted ha logrado lo que nadie más pudo: ha hecho que el zar destruya su propio muro de contención. No me pregunte qué sabía yo. Pregúntese qué hará él cuando descubra que usted no puede salvarle de sí mismo.

No esperó a que yo respondiera. Abandonó la suite con una rapidez impropia de su edad, cerrando la pesada puerta de roble con un clic definitivo que me dejó a solas con las sombras y el olor a té negro.

Me dejé caer sobre el sofá de cuero blanco, las piernas flaqueando bajo el peso de su advertencia.

Tenía razón. Había desenterrado el cadáver de Yekaterina para entender al monstruo, y al hacerlo, había desatado una reacción en cadena que estaba a punto de cobrarse la vida de un detective inocente y de arrastrar a Aleksei a un nivel de oscuridad del que jamás podría regresar. Yo era el veneno que estaba disolviendo el acero de la *Bratva*.

El reloj de pie marcó las siete de la tarde con un tañido fúnebre.

La tormenta arreció. Un relámpago iluminó la suite con un fogonazo de luz blanca y azulada, seguido casi instantáneamente por un trueno que hizo temblar las paredes de la mansión. Las luces halógenas parpadearon por una fracción de segundo.

Y entonces, el sonido de la cerradura electrónica rompió mi trance.

Me puse en pie de un salto, el corazón martilleando contra mi esternón.

La puerta se abrió. Aleksei Volkov cruzó el umbral.

No llevaba la americana azul medianoche. Su camisa blanca estaba desabrochada en el cuello, sin corbata, con las mangas remangadas hasta los codos, dejando a la vista el intrincado mapa de tinta negra que cubría sus antebrazos. Estaba empapado. El agua de la lluvia resbalaba por su cabello rubio ceniza, cayendo sobre su rostro endurecido. Sus botas militares dejaban un rastro de humedad sobre el mármol oscuro.

El olor que traía consigo no era el de un despacho climatizado; era el olor a asfalto mojado, a salitre, a adrenalina y a peligro inminente.

Cerró la puerta tras de sí y pasó el pestillo manual con un golpe seco.

—Aleksei... —murmuré, dando un paso hacia él, pero el aura de devastación que lo rodeaba me detuvo en seco.

Levantó la mirada. Sus ojos translúcidos estaban oscurecidos, convertidos en dos pozos de hielo agrietado. La mandíbula estaba tan apretada que los músculos latían bajo la piel húmeda de su rostro. No había victoria en su expresión. No había la arrogancia fría del zar que acababa de aplastar a sus enemigos. Solo había una urgencia letal y animal.

Caminó hacia mí, acortando la distancia en tres zancadas largas, sus botas ahogando el sonido contra la alfombra persa.

No me dio tiempo a hablar. Me agarró por la cintura con ambas manos, tirando de mí con una fuerza bruta que me robó el aliento. El impacto de mi pecho contra su torso empapado fue un choque eléctrico. El agua fría de su camisa empapó la fina seda de mi vestido, pero el calor que irradiaba su piel por debajo de la tela era el de un horno encendido al máximo.

Hundió el rostro en la curva de mi cuello, justo por encima de la gargantilla de platino, inhalando mi aroma a jazmín con una desesperación que me encogió el alma.

—Ha fallado —la frase rasgó el aire de la habitación, un siseo bajo, apenas audible sobre el ruido de la lluvia, pero cargado con la fuerza

de un terremoto.

El terror estalló en mis venas. Mis manos, que se habían aferrado a sus hombros mojados, se tensaron como garras de hielo.

—¿Qué quieres decir? —balbuceé, la garganta reseca, el pánico estrangulando mis cuerdas vocales—. ¿Sergei ha fallado?

Aleksei levantó la cabeza. La violencia contenida en sus ojos era aterradora.

—El equipo de emboscada rumano falso llegó tarde —explicó, las palabras escupidas con un odio visceral—. El detective no estaba solo. Tenía cobertura. Alguien del CNI, o tal vez de la inteligencia europea. Estaban esperándonos, Inés. Sabían que íbamos a morder el anzuelo de las cámaras del puerto.

El mundo entero pareció inclinarse sobre su eje.

—¿Saben que eres tú? ¿Saben de la mansión?

—Hubo un tiroteo en el aparcamiento subterráneo de Puerto Banús. Mis hombres lograron neutralizar a tres agentes encubiertos, pero el detective escapó. Y lo que es infinitamente peor... Sergei tuvo que intervenir directamente para asegurar la retirada. Su rostro fue captado. Nuestras armas fueron identificadas. El velo se ha roto.

El oxígeno desapareció de la suite. Ya no se trataba de un expolicía curioso haciendo preguntas incómodas; se trataba del Centro Nacional de Inteligencia y de un tiroteo abierto en la zona más exclusiva de España. El anonimato, la sombra bajo la cual el imperio de Aleksei había prosperado durante años, acababa de ser desintegrada por una ráfaga de balas.

—Van a venir hacia aquí —susurré, la realidad aplastándome con el peso de la placa tectónica.

—Ya están viniendo —confirmó él, su voz perdiendo la furia para dar paso a una frialdad táctica que me heló la sangre—. Tienen una orden judicial sellada. Tienen a la Guardia Civil bloqueando los accesos a la autopista A-7. En menos de dos horas, un equipo de

intervención táctica derribará los portones de esta casa con explosivos.

El pánico amenazó con paralizar mis pulmones, pero la mirada de Aleksei me ancló a la tierra. No iba a permitir que me desmoronara.

Me soltó la cintura y retrocedió un paso.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté, la desesperación tiñendo mi voz —. Si te encuentran...

—No nos van a encontrar —sentenció el zar, su autoridad regresando con una fuerza arrolladora—. No voy a dejar que me encierren, y por encima de mi cadáver voy a permitir que te arranquen de mi lado para interrogarte en una maldita sala de aislamiento.

Giró sobre sus talones y caminó hacia el vestidor.

Le seguí, casi corriendo para mantener su ritmo. Aleksei entró en el inmenso habitáculo de caoba, empujando los paneles de madera que ocultaban una pared falsa detrás de las cajoneras de lencería. Deslizó la mano por un escáner biométrico oculto. Un clic sordo reveló una cámara acorazada integrada en la estructura del edificio.

Extrajo dos bolsas de lona negra, densas y pesadas, y las arrojó al suelo del vestidor.

—La mansión está comprometida —dijo, abriendo la caja fuerte principal para sacar fajos de dinero en efectivo y pasaportes con identidades fabricadas a la perfección—. El servidor subterráneo ya está ejecutando el protocolo de purga. En treinta minutos, todos los discos duros arderán con ácido. Las cuentas puente han sido vaciadas y desviadas a paraísos fiscales intocables.

Se giró hacia mí. Sus ojos eran dos cuchillas de hielo azul bajo la luz halógena.

—Cámbiate de ropa. Ropa oscura, cómoda. Zapatos planos. Nada de seda, nada de vestidos. Tienes exactamente tres minutos.

—¿A dónde vamos? —pregunté, mis manos temblando mientras me desabrochaba el vestido blanco, dejando que la tela cayera al suelo sin importar el pudor. La urgencia había borrado cualquier rastro de vergüenza.

Aleksei tomó una chaqueta táctica oscura de una percha, comprobando la recámara de su pistola Tokarev antes de asegurarla en el arnés.

—Al puerto. Las vías terrestres están bloqueadas, pero mis túneles de contrabando bajo la finca sur nos llevarán directamente a una cala privada donde una lancha rápida nos espera. El *Zar* ya ha zarpado hacia aguas internacionales fingiendo una ruta a Mónaco para despistar a los radares. Nosotros abordaremos un carguero griego en el mar de Alborán.

El plan de fuga era una obra de ingeniería del caos. Aleksei llevaba años preparándose para este escenario, asumiendo que algún día el infierno llamaría a su puerta.

Me puse unos pantalones vaqueros oscuros y un jersey de punto negro. Al calzarme unas botas planas de cuero, mi mirada se desvió instintivamente hacia la bota de montar de diseñador, la que ocultaba la nota de Yekaterina bajo su plantilla.

Mi secreto. La llave de su trauma.

No dudé. Me agaché con rapidez, metí la mano en la bota y saqué el pequeño trozo de papel manchado de sangre oxidada. Lo deslicé en el bolsillo delantero de mis vaqueros, asegurándome de que quedara pegado a mi cadera. No iba a dejar que la policía encontrara la prueba del pasado de mi carcelero. La guardaría, protegería su secreto, porque su secreto era ahora mi única moneda de cambio en el abismo que nos esperaba.

Me puse en pie.

Aleksei estaba de pie en el umbral del vestidor, observándome con una intensidad abrumadora. Las dos bolsas de lona descansaban a sus pies. La mansión a nuestro alrededor parecía crujir bajo la

presión inminente de la redada policial. La jaula de cristal que había sido mi infierno y mi refugio durante las últimas semanas iba a ser abandonada.

—Estás a punto de convertirte en una prófuga internacional, Inés —susurró él, su voz grave flotando en el silencio tenso—. Si cruzas esa puerta conmigo, no habrá vuelta atrás. El mundo entero creerá que eres cómplice de la *Bratva*. Tu nombre estará en las listas rojas de la Interpol. Perderás tu patria, tu identidad, y cualquier esperanza de redención.

Levanté el rostro. La gargantilla de platino y esmeralda, inalterable e implacable, brilló en la penumbra.

Di un paso hacia él, cerrando la distancia, mi respiración mezclándose con el olor a lluvia y pólvora que emanaba de su ropa. Ya no era una prisionera aterrorizada. Era la reina de las sombras asumiendo su trono de ceniza.

—Tú eres mi patria, Aleksei —respondí, mi voz firme, cargada de una oscuridad devota que me condenaba para la eternidad—. No me importa la redención. Solo llévame contigo.

El monstruo asintió, una sonrisa letal y trágica curvando sus labios. Me agarró de la mano con fuerza férrea, recogió las bolsas de lona, y juntos, caminamos hacia la oscuridad de los túneles subterráneos, dejando atrás la jaula de cristal mientras el mundo exterior aullaba buscando nuestra sangre.

CAPÍTULO 31 EL RUGIDO DEL LEVIATÁN POV: ALEKSEI VOLKOV

El eco de nuestras pisadas contra la piedra húmeda era el único compás que marcaba el tiempo en el vientre de la tierra.

El pasadizo subterráneo, excavado directamente en la roca caliza viva del acantilado sobre el que se erguía mi fortaleza, descendía en una pendiente pronunciada y resbaladiza hacia el nivel del mar. Las luces de emergencia, encastradas en el techo de hormigón abovedado cada diez metros, emitían un resplandor amarillento y parpadeante que proyectaba nuestras sombras alargadas contra las paredes rezumantes de salitre.

Caminaba un paso por detrás de ella.

Inés avanzaba en silencio. La silueta esbelta que antes se envolvía en sedas de alta costura y linos inmaculados ahora vestía la crudeza de la supervivencia: vaqueros oscuros, un jersey de punto negro y botas planas. El cabello castaño, recogido de forma apresurada en la nuca, dejaba a la vista la innegable e inamovible banda de platino que aprisionaba su garganta. La esmeralda captaba los destellos intermitentes de las bombillas halógenas, un faro de mi propiedad brillando en las entrañas del infierno.

El peso de las dos pesadas bolsas de lona negra que colgaban de mis hombros —cargadas con millones de euros en efectivo, diamantes sin tallar, pasaportes falsificados y armamento táctico— era insignificante comparado con la losa de granito que aplastaba mi pecho.

Diez años.

Una década construyendo un imperio de sangre, acero y silencios comprados en la Costa del Sol. Había sobornado a jueces, masacrado a clanes rivales y convertido una simple mansión de Marbella en una ciudadela inexpugnable. Y ahora, todo aquello se reducía a cenizas a mis espaldas.

Mientras descendíamos hacia la oscuridad, en la superficie, los servidores de grado militar del búnker subterráneo se estaban fundiendo bajo el calor abrasador de las cargas de termita que yo mismo había activado de forma remota. Los discos duros, las cuentas puente, las identidades de mis socios europeos, los vídeos de seguridad... todo estaba siendo borrado por entero. La Guardia Civil y el Centro Nacional de Inteligencia derribarían los portones de hierro forjado con explosivos plásticos en cuestión de minutos, pero solo encontrarían el cadáver de un traidor con el cráneo destrozado y el humo tóxico de un reino que se negaba a ser conquistado.

Había quemado mi mundo por ella.

Levanté la mirada, fijándola en la nuca de Inés. El dolor agudo y punzante de mi mano derecha, envuelta en el vendaje que ella misma había asegurado sobre mi carne desgarrada y llena de cristales, latía al ritmo de mi propio corazón. Cada punzada era un recordatorio físico de mi debilidad. Debería odiarla. Debería haberla dejado en la biblioteca, atada a una silla, como un simple señuelo para que la policía se entretuviera interrogándola mientras yo desaparecía en el anonimato.

Pero la sola idea de respirar un aire que no contuviera el rastro de su aroma a jazmín me provocaba una asfixia letal.

Ella tropezó. La suela de su bota resbaló sobre un charco de agua estancada y musgo oscuro.

Mi reacción no pasó por el filtro de la lógica. Solté una de las bolsas de lona, dejando que chocara contra la roca con un golpe sordo, y alargué mi brazo izquierdo con la velocidad de un depredador. Agarré su cintura antes de que sus rodillas impactaran contra el suelo áspero, atrayéndola contra la dureza de mi chaleco táctico.

Inés soltó un pequeño jadeo, aferrándose a mi antebrazo. El contacto de sus dedos fríos contra mi piel actuó como una descarga de alto voltaje en mi sistema nervioso.

—Despacio —gruñí, mi voz resonando en la acústica cavernosa del pasaje, grave y áspera—. El suelo está erosionado por las mareas de invierno.

Ella no se apartó de inmediato. Apoyó la espalda contra mi torso durante un segundo eterno, buscando el anclaje físico que solo yo podía proporcionarle en medio del fin del mundo. Su respiración se acompasó con la mía. No temblaba de miedo a mi presencia; temblaba por el frío y la incertidumbre, pero su confianza en la brutalidad de mis músculos era absoluta.

—¿Cuánto falta? —susurró ella, girando levemente el rostro, permitiéndome rozar con la mirada la curva de su mejilla pálida.

—Doscientos metros.

Recogí la bolsa de lona del suelo, ajustando las correas sobre mis hombros, y la empujé suavemente para que reanudara la marcha, manteniéndome lo suficientemente cerca como para que mi calor corporal envolviera su espalda.

A medida que descendíamos, el olor a humedad antigua fue sustituido por el hedor crudo y violento del mar embravecido. El ruido sordo que nos había acompañado durante todo el descenso comenzó a amplificarse, transformándose en un rugido bestial. El Mediterráneo no estaba simplemente agitado; el leviatán había despertado.

Llegamos a una inmensa puerta de acero naval, oxidada en los bordes por la constante exposición al salitre, incrustada directamente en la roca maciza. Era el final del cordón umbilical que nos unía a la tierra firme.

Dejé caer las bolsas al suelo.

Me acerqué a la escotilla. El panel numérico estaba inutilizado por la corrosión programada. Introduje una llave de titanio cilíndrica que llevaba colgada al cuello en la cerradura mecánica oculta bajo una placa de acero. Giré el mecanismo con un esfuerzo que hizo protestar a los tendones de mi brazo.

La puerta cedió con un gemido desgarrador.

Al empujar la pesada hoja de acero hacia el exterior, el infierno nos dio la bienvenida.

Un muro de viento huracanado y agua helada nos golpeó con la fuerza de un muro de hormigón en movimiento. Inés tuvo que cubrirse el rostro con ambas manos, retrocediendo un paso por el impacto del temporal. El ruido era ensordecedor. Un trueno rasgó el cielo negro, iluminando la escena con un fogonazo de luz espectral y violácea.

Estábamos en una cueva natural gigantesca, abierta al mar embravecido. Las olas, de un color negro petróleo, entraban con una violencia inaudita en la gruta, chocando contra las paredes de roca y pulverizándose en una neblina salada y gélida que nos empapó en menos de diez segundos.

En el centro de la cueva, amarrada a un muelle flotante de acero y hormigón que bailaba peligrosamente al ritmo del oleaje, descansaba nuestra única vía de escape.

Una lancha interceptora semirrígida clase *Stealth*, pintada en gris antracita mate para absorber las ondas de radar, equipada con dos motores fueraborda de seiscientos caballos de fuerza cada uno. No era un yate de lujo. Era una máquina de guerra diseñada para interceptar cargamentos o ejecutar extracciones tácticas en las peores condiciones imaginables.

—¡Al bote! —rugí, mi voz apenas logrando superar el estruendo del oleaje y el trueno.

Inés me miró. Sus ojos castaños estaban desorbitados, el terror primitivo ante la furia del océano reflejado en sus pupilas. El agua de

la lluvia y la espuma del mar le aplastaban el cabello contra el cráneo. Estaba empapada hasta los huesos. Pero no retrocedió hacia la seguridad relativa del túnel.

Asintió.

Tomé las bolsas de lona, cruzando sus correas sobre mi pecho, y la agarré firmemente de la mano con mi mano ilesa. Avanzamos por la estrecha pasarela de roca resbaladiza hacia el muelle flotante. El viento intentaba arrancarnos de la piedra. El spray salado me picaba en los ojos, obligándome a entrecerrarlos.

Al llegar al muelle, el movimiento errático de la estructura de acero hizo que Inés perdiera el equilibrio.

No esperé. La agarré por la cintura y, con un tirón brutal, la levanté en vilo y la arrojé al interior de la lancha. Ella cayó sobre el suelo de goma antideslizante con un gemido sordo. Arrojé las pesadas bolsas de lona a la proa y salté detrás de ella, justo en el momento en que una ola masiva elevaba la embarcación casi dos metros sobre el nivel del agua.

Me estabilicé agarrándome a la consola central de mandos.

Inés se arrastró por el suelo de la lancha, buscando refugio detrás de los dos asientos tipo *jockey* del puente de mando. El agua se acumulaba en el interior de la bañera, drenándose lentamente por los imbornales.

Ignoré el dolor punzante en mi mano derecha, cuyos vendajes blancos ya estaban empapados por entero en agua de mar y teñidos de un rosa enfermizo por la sangre que volvía a brotar de mis cortes. Introduje los códigos de encendido en el panel electrónico protegido por una cubierta estanca.

Los dos motores V8 cobraron vida simultáneamente. El rugido gutural de la maquinaria superó por un instante el ruido de la tormenta. La vibración de mil doscientos caballos de fuerza se transmitió a través de la cubierta de goma, subiendo por mis botas hasta mis rodillas, inyectándome una dosis de adrenalina pura.

—¡Agárrate! —le grité a Inés, señalando las pesadas asas de acero inoxidable soldadas a la consola central—. ¡No te sueltes por nada del mundo!

Ella obedeció, incorporándose a medias, aferrándose al acero con nudillos blancos.

Liberé las amarras con un golpe seco de un cuchillo táctico, cortando las gruesas cuerdas de nailon, y empujé las palancas de aceleración hacia delante con mi mano izquierda.

La lancha interceptora salió disparada hacia la boca de la cueva.

El impacto contra la primera ola de mar abierto fue como chocar contra una pared de ladrillos. La proa de la embarcación se elevó hacia el cielo negro, manteniéndose suspendida en el aire durante un segundo eterno, antes de desplomarse contra el abismo de agua negra con un golpe que amenazó con destrozarme la columna vertebral.

El agua helada nos barrió por entero.

Un grito de terror escapó de los labios de Inés, pero el sonido fue engullido por el viento huracanado. La atraje hacia mí. Con mi mano herida, la agarré por el jersey empapado y la pegué a mi costado derecho, protegiéndola parcialmente del impacto directo del agua y el viento con mi propio volumen corporal. Mi mano izquierda gobernaba el timón y las palancas de gas, domando al leviatán mecánico en medio del infierno.

Salimos de la cueva natural, adentrándonos en la oscuridad absoluta del Mediterráneo en plena tormenta.

El mundo dejó de tener sentido. No había cielo, no había mar. Solo había una inmensidad negra que nos arrojaba de un lado a otro. La lluvia era horizontal, miles de agujas de hielo que se clavaban en el rostro. Cada ola era una montaña de agua negra que debíamos escalar y descender con precisión milimétrica para evitar volcar.

La pantalla del radar de navegación táctica brillaba con una luz verdosa y fantasmal frente a mí, marcando nuestra ruta hacia el mar de Alborán, buscando el eco electrónico del inmenso carguero griego que había sobornado horas antes.

Sentí el cuerpo de Inés temblar de forma incontrolable contra mi costado.

El frío extremo, el miedo y la violencia del movimiento la estaban llevando al límite de la hipotermia y del pánico. Rodeé su cintura con mi brazo derecho, ignorando la agonía de los cristales microscópicos que aún podían quedar en mi palma, y la apreté con una posesividad salvaje.

Ella escondió el rostro en la tela empapada de mi chaleco táctico. Sus manos abandonaron el asa de acero de la consola y se aferraron a mi cuello.

En medio de aquel caos apocalíptico, donde la naturaleza intentaba borrarnos del mapa y la policía cercaba mi imperio en la costa, el tacto del platino frío de su gargantilla rozó la piel de mi propia mandíbula. El metal inalterable era el ancla de mi cordura. Lo había perdido todo. Había perdido mi santuario, mi anonimato, mi red de logística europea y al único lugarteniente que conocía mi historia.

Pero ella seguía ahí. Aferrada a mí.

La bestia que se escondía en mi interior soltó un rugido sordo, una carcajada silenciosa y oscura que desafiaba a la propia tormenta.

No éramos dos fugitivos aterrorizados. Éramos los soberanos de las sombras, renacidos en la ceniza y el agua salada.

Giré la cabeza ligeramente. Apenas a dos kilómetros de distancia, recortada contra el cielo relampagueante, la silueta de la costa de Marbella se dibujaba en el horizonte.

No tuve que imaginar lo que estaba sucediendo allí arriba. A través de la cortina de lluvia y la oscuridad, mis ojos de depredador captaron los destellos minúsculos y rítmicos. Luces rojas y azules.

Decenas de ellas. Parpadeando como insectos furiosos alrededor de los inmensos portones de mi propiedad en lo alto del acantilado.

La invasión era un hecho. Las unidades de intervención táctica debían de estar pateando mis puertas de caoba, registrando las estancias vacías, buscando desesperadamente al zar de la *Bratva* y a la periodista secuestrada. Encontrarían el despacho de cristales rotos. Encontrarían el cadáver frío de Dmitry Ivanov con un agujero en la cabeza. Encontrarían el olor a madera de *oud* y el rastro del incendio de los servidores subterráneos.

Pero no me encontrarían a mí.

El imperio había caído, pero la corona seguía latiendo junto a mis costillas.

Inés levantó la cabeza, siguiendo la dirección de mi mirada. Sus ojos castaños, entrecerrados contra el viento brutal y el agua salada, se fijaron en las luces intermitentes de la policía en la lejanía.

Observé su perfil empapado. Esperaba ver arrepentimiento. Esperaba que la visión de su "salvación" siendo burlada por nosotros le provocara un ataque de remordimiento tardío. Esperaba que, al ver la realidad de lo que había abandonado, intentara zafarse de mi agarre.

En lugar de eso, Inés apretó los labios, giró el rostro y volvió a hundir la cabeza en el hueco de mi cuello. Su agarre alrededor de mis hombros se volvió más férreo, sus uñas clavándose en el chaleco balístico. No miró hacia atrás. No derramó ni una lágrima por el mundo iluminado de luces policiales que había dejado arder.

Me había elegido a mí. Al monstruo. A la oscuridad.

Empujé las palancas de aceleración al máximo. Los motores aullaron, desafiando a las olas gigantes. La lancha *Stealth* cortó el mar en dos, elevándonos sobre el agua negra, dejando atrás la costa española a una velocidad vertiginosa.

El agua helada, la sangre y el salitre sellaron el pacto. La había corrompido, la había marcado con platino, y ella, a cambio, me había entregado su alma en un sacrificio absoluto. El mundo exterior podía desangrarse buscándonos, pero jamás lograrían comprender que la jaula de cristal nunca fue una habitación en una mansión de mármol.

La jaula éramos nosotros.

Y mientras la tormenta rugía a nuestro alrededor, devorando el horizonte y borrando nuestro rastro de la faz de la tierra, supe con una certeza escalofriante y definitiva que jamás, ni en esta vida ni en la próxima, dejaría que me la arrebataran.

CAPÍTULO 32 EL ÓXIDO Y LA SAL POV: INÉS NAVARRO

El latido no provenía de mi propio corazón.

Era un pulso mecánico, grave, monstruoso y constante que subía desde las entrañas de la tierra —o, en este caso, desde el abismo negro del océano— y vibraba a través de la fina estructura del colchón sobre el que yacía. Cada revolución del inmenso motor diésel hacía temblar las paredes de acero desconchado que me rodeaban, emitiendo un zumbido de baja frecuencia que se incrustaba en la base de mi cráneo como un taladro sordo.

Abrí los ojos con una lentitud agónica.

Mis párpados pesaban toneladas, pegados por la salitre y el agotamiento extremo. La oscuridad de la estancia era casi absoluta, rasgada únicamente por el resplandor amarillento y parpadeante de una bombilla desnuda encajada en una jaula de alambre en el techo. No había lámparas de cristal de Baccarat. No había sábanas de seda negra, ni alfombras persas que silenciaran los pasos.

Estaba tumbada en una litera estrecha, soldada directamente al mamparo de acero de lo que solo podía ser el camarote de un buque de carga pesado.

El dolor físico me asaltó en el momento en que intenté mover las piernas. Cada músculo, cada tendón, protestaba con una punzada aguda. La memoria de la noche anterior cayó sobre mí con la brutalidad de un yunque de plomo. La huida por los túneles subterráneos de la mansión. El terror ciego a bordo de la lancha interceptora *Stealth* mientras el Mediterráneo embravecido

amenazaba con devorarnos vivos. La lluvia horizontal que se clavaba en el rostro como agujas de hielo.

Y luego, el abordaje en alta mar.

Recordé la silueta gargantuesca del carguero griego emergiendo de la niebla y la tormenta como una isla de acero oxidado. Recordé el terror paralizante al aferrarme a los peldaños mojados de la escala de gato, suspendida sobre olas de cinco metros que rugían hambrientas bajo mis botas resbaladizas. Aleksei había subido detrás de mí, empujándome, sosteniéndome, interponiendo su propio cuerpo herido y exhausto entre el abismo del mar de Alborán y mi fragilidad, asegurándose de que su presa, su posesión más valiosa, no fuera tragada por el invierno líquido.

Me incorporé a medias, apoyando los codos sobre el colchón endurecido.

Una manta de lana militar, áspera, gris y con un fuerte olor a humedad y a gasóleo, cubría mi cuerpo. Estaba desnuda debajo de la tela rasposa. Alguien —Aleksei, con toda seguridad, dada la imposibilidad de que permitiera a otro hombre tocarme— me había despojado de mis ropas empapadas por la lluvia y el agua de mar antes de arrojarme sobre la litera para evitar que la hipotermia colapsara mis órganos vitales.

Me llevé una mano temblorosa al cuello.

Mis dedos rozaron la superficie fría, pulida e inamovible del platino. La gargantilla seguía allí. La esmeralda cuadrada, testigo mudo de mi sumisión en el yate y de mi complicidad en el asesinato de Dmitry Ivanov, presionaba contra mi tráquea con una firmeza que ahora me resultaba enfermizamente reconfortante. Lo había perdido todo. Había perdido mi carrera, mi ciudad, mi país y mi reputación. Pero el metal en mi cuello era la prueba física de que no estaba flotando en el vacío; estaba anclada al zar.

Miré a mi alrededor, entrecerrando los ojos en la penumbra.

El camarote era un cubo opresivo de acero pintado de un color verde pálido que se desconchaba en los rincones, revelando manchas irregulares de óxido cobrizo. Un pequeño lavabo de aluminio manchado, un espejo picado por la humedad, una silla de metal atornillada al suelo y un diminuto ojo de buey con el cristal empañado por la sal. Eso era todo.

La jaula de cristal de Marbella se había hecho añicos, y ahora estábamos confinados en las tripas de un leviatán de hierro, navegando hacia un exilio oscuro y carente de coordenadas.

De repente, el pánico me atravesó el pecho con la fuerza de una descarga eléctrica.

Mis pantalones.

El aire se atascó en mi garganta. Agarré los bordes de la áspera manta de lana y la apreté contra mis pechos, escrutando la habitación con urgencia febril. En la silla de metal, amontonada en una bola desordenada y aún húmeda, descansaba la ropa que llevaba puesta durante la fuga: el jersey de punto negro y mis vaqueros oscuros.

Me puse en pie de un salto. El suelo de acero helado bajo mis pies descalzos me arrancó un pequeño jadeo, pero el frío era secundario. Caminé tropezando hacia la silla. Mis piernas flaquearon con el movimiento del barco, que se balanceaba pesadamente sobre el oleaje residual de la tormenta.

Agarré los vaqueros empapados. La tela de algodón pesado estaba rígida por la sal marina cristalizada. Hundí los dedos en el bolsillo delantero derecho, el corazón golpeándome las costillas con tanta furia que temí que el sonido alertara a los marineros al otro lado del mamparo.

Mis dedos rozaron algo blando, deshecho.

No, por favor, no.

Tiré de la masa húmeda con un cuidado agónico, conteniendo la respiración. El pequeño rectángulo de papel, la nota de Yekaterina que había ocultado bajo la plantilla de mi bota y que había trasladado a mi bolsillo en el último segundo antes de huir del vestidor, estaba empapado.

Lo deposité sobre la superficie metálica de la silla, bajo la luz mortecina de la bombilla enjaulada, y procedí a desdoblarlo con la precisión y el terror de un artificiero desactivando una bomba nuclear. El papel antiguo, grueso y poroso, amenazaba con deshacerse en pulpa bajo la humedad de mis yemas.

El primer pliegue cedió. Luego el segundo.

La mancha de sangre oxidada en la esquina inferior se había diluido, expandiéndose como una acuarela macabra por el borde del papel, tiñendo las fibras de un tono rosado enfermizo. La tinta negra de la pluma estilográfica había sufrido el castigo del agua de mar; las letras se habían emborronado, algunas consonantes perdiendo sus bordes afilados.

Pero el mensaje... el mensaje seguía allí. Las palabras, testamento de la tumba helada de San Petersburgo, aún eran legibles.

«El frío de tus manos ya me ha matado antes».

Dejé escapar un suspiro trémulo, cerrando los ojos por un instante. La nota había sobrevivido. La única prueba física de que la obsesión de Aleksei Volkov era una reacción traumática, la única herramienta que poseía para recordarme a mí misma que el monstruo era vulnerable, seguía en mi poder. Si el agua salada la hubiera destruido por entero, el hechizo de su invulnerabilidad se habría cerrado sobre mí sin posibilidad de escape.

Doblé el papel húmedo con extrema delicadeza. Necesitaba esconderlo antes de que él regresara. Mis ojos barrieron el minúsculo habitáculo. No había libros, ni bolsos de diseñador con dobles forros. Me acerqué a la litera y palpé el colchón delgado. En la costura inferior, encontré un pequeño desgarro en la tela ignífuga

que lo recubría. Doblé el papel húmedo con extrema delicadeza. Necesitaba esconderlo antes de que él regresara. Lo deslicé de nuevo en el bolsillo más profundo de mis vaqueros, asegurándome de que quedara pegado a mi piel, indetectable.

Volví a envolverme en la manta de lana militar, sentándome en el borde de la litera, cruzando los brazos sobre mi pecho.

El silencio interior del camarote se contraponía al estruendo sordo de las hélices y los motores del carguero batiendo el océano.

Mi mente, por fin a salvo de la inmediatez de la muerte, comenzó a procesar las consecuencias irreversibles de la noche anterior. Ya no era una periodista desaparecida. Era una prófuga internacional. Las unidades tácticas de la policía española habían reventado los portones de la mansión. Habían encontrado el cadáver de Dmitry, ejecutado por un disparo a quemarropa. Habían visto las cámaras de seguridad destruidas, los servidores fundidos, el imperio borrado.

Interpol. Europol. Estarían emitiendo alertas rojas con mi nombre y mi fotografía. En los despachos de Madrid, los analistas de inteligencia estarían estudiando mi rostro, intentando comprender cómo la brillante y obstinada investigadora del puerto deportivo de Marbella se había volatilizado junto al líder de la *Bratva* en la Costa del Sol.

Roberto Vargas.

El nombre de mi antiguo editor me provocó una punzada de dolor físico. Creería que me había corrompido por el dinero. Que la llamada telefónica en la que renunciaba a mi vida por un millonario anónimo era la cruda verdad de mi ambición. Sufriría por mi traición, pero al menos estaría vivo. Si no hubiera obedecido a Aleksei en el vestidor, Roberto habría sido despellejado en un almacén portuario.

Había elegido sacrificar mi alma para salvar la de un hombre inocente, y en el proceso, me había atado a la del demonio.

El sonido pesado de acero rozando contra acero me devolvió al presente.

Los pestillos exteriores de la pesada escotilla del camarote giraron con un chasquido ronco. La manivela circular se movió y la pesada puerta hermética se abrió hacia fuera.

Aleksei Volkov entró en la cabina.

El impacto visual de su figura llenó el reducido espacio de acero al instante. Ya no había trajes de lana fría, ni camisas de lino blanco. Vestía ropa táctica y puramente utilitaria: unos pantalones de combate negros, botas de asalto oscuras manchadas de grasa de motor, y un jersey grueso de lana de cuello alto del mismo color.

Su rostro estaba ensombrecido por la barba incipiente de varios días de tensión y una palidez que denotaba un agotamiento extremo. Las sombras bajo sus ojos translúcidos eran profundas, cavernosas. Había perdido su reino, había quemado su hogar y había asesinado a su mejor amigo. Estaba despojado de todos los símbolos de su poder aristocrático. Era la violencia destilada a su forma más pura.

Llevaba una bandeja de aluminio abollado en las manos.

Cerró la escotilla a sus espaldas con un golpe seco, girando la rueda de bloqueo manual. Nos encerró en nuestra nueva prisión flotante.

Se detuvo en el centro del camarote. Su mirada azul, gélida y analítica, recorrió mi postura encogida en el borde de la litera, envuelta en la áspera manta militar.

—Has dormido casi doce horas —dijo, su voz ronca, rasposa por el tabaco, vibrando por encima del ruido del motor diésel.

—Estaba... agotada —respondí, mi voz sonando tan frágil que parecía a punto de quebrarse.

Aleksei se acercó y dejó la bandeja de aluminio sobre el pequeño escritorio plegable atornillado a la pared. Había un termo de acero inoxidable, dos tazas de porcelana basta, pan duro y una lata de conservas abierta. El lujo culinario de la señora Kovac era un recuerdo de otra vida.

No me miró mientras desenroscaba la tapa del termo. Vertió un líquido oscuro y humeante en una de las tazas. El olor a café fuerte, rancio y hervido durante demasiadas horas impregnó el aire de la cabina.

—Bebe —ordenó, tendiéndome la taza.

Levanté las manos por debajo de la manta, asegurándome de no exponer mi piel al frío. Tomé la taza. El calor de la porcelana barata se transmitió a mis palmas entumecidas.

Aleksei no se sirvió nada para él. Se apoyó contra el mamparo de acero, a menos de un metro de distancia, cruzando los brazos sobre su ancho pecho. Su mano derecha, la que había utilizado para ejecutar a Dmitry, estaba envuelta en un vendaje nuevo, blanco e inmaculado, obra del médico del barco.

—¿Dónde estamos? —pregunté, dando un pequeño sorbo al café. El líquido era amargo, ácido, pero me devolvió un rastro de calor a las entrañas.

—En aguas internacionales —respondió él, su mirada clavada en la esmeralda de mi cuello—. Cerca de la costa de Cerdeña. El capitán del carguero está en nómina. Las autoridades españolas están peinando la ruta hacia Mónaco, persiguiendo el rastro falso del *Zar*. Tardarán días en darse cuenta de que el yate navega en piloto automático y sin tripulación a bordo. Para cuando intercepten la embarcación vacía, nosotros estaremos fuera del radar europeo por absoluto.

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

Aleksei ladeó la cabeza, evaluando la ausencia de pánico en mi voz. No estaba histérica. No suplicaba volver atrás. Mi adaptación al abismo lo fascinaba y lo aterrorizaba a partes iguales.

—A un lugar donde el sol no te quemará los ojos y donde la policía no hará preguntas inoportunas —sentenció, con una frialdad siberiana que presagiaba un aislamiento aún más profundo que el de Marbella—. San Petersburgo.

El nombre de la ciudad cayó sobre el camarote como una losa de hielo.

San Petersburgo. La cuna de su trauma. El cementerio de Yekaterina. El lugar del que había huido hacía diez años, empujado por los remordimientos y la traición que Dmitry había orquestado en las sombras. Aleksei no estaba huyendo hacia un refugio aleatorio; estaba regresando al epicentro de sus pesadillas para recuperar el control desde las raíces de la *Bratva*.

Tragué saliva, el sabor amargo del café mezclándose con la bilis de mi garganta.

—Vuelves a casa —susurré.

—No tengo casa —espetó él, la furia latente asomando en una microexpresión de su mandíbula—. Mi casa ardió ayer en Marbella, junto con la lealtad del hombre en quien más confiaba. San Petersburgo es solo un tablero de ajedrez donde las piezas obedecen sin cuestionar.

Se despegó del mamparo de acero en un movimiento fluido y depredador, acortando el escaso metro que nos separaba hasta que la punta de sus botas tácticas chocó contra mis pies descalzos.

Me obligó a levantar el rostro. Sus ojos escrutaron cada centímetro de mi piel, deteniéndose en la fina cadena de platino. Su respiración se volvió ligeramente más pesada.

—Tú eres la única constante que queda, Inés —murmuró, su voz bajando a un registro ronco, íntimo y devastador—. Dejaste que tu mundo ardiera por mí en la biblioteca. Me viste masacrar a mi propia sombra, y aun así, cruzaste el pasillo subterráneo y te arrojaste al mar abierto aferrada a mi pecho. Has demostrado tu valor.

Levantó su mano izquierda, intacta, y trazó la línea de mi mandíbula con el pulgar. El roce áspero contra mi piel me hizo cerrar los ojos involuntariamente. La Síndrome de Estocolmo seguía dictando la química de mi cerebro, transformando la amenaza de su cercanía en una necesidad física.

—Pero escúchame con atención —advirtió, sus dedos descendiendo hasta enredarse en la tela áspera de la manta de lana que yo sostenía contra mi pecho—. En Rusia, las reglas cambian. No serás la invitada cautiva en una mansión andaluza. Serás la sombra del zar en el infierno. Y si alguna vez descubro que tu sumisión es una actuación, si alguna vez intentas usar este exilio para escapar de mí... te prometo que desearás que Dmitry Ivanov te hubiera metido una bala en el corazón cuando tuvo la oportunidad.

Abrí los ojos. La letalidad de su promesa no era una figura retórica; era un hecho empírico.

Dejó caer la manta, arrancándola de mi agarre con un tirón seco, dejándome de nuevo absolutamente desnuda, expuesta a la luz parpadeante y al frío del acero. La taza de café tembló en mis manos, el líquido oscuro amenazando con derramarse sobre mis rodillas.

Aleksei no se inmutó ante mi desnudez. En su mirada no había la lujuria feroz de la noche anterior, sino la fría constatación de que yo era su territorio, un territorio que debía conquistar y mantener sin importar las fronteras geográficas.

—Vístete —ordenó, retrocediendo y devolviéndome el oxígeno, señalando hacia mis ropas húmedas con la barbilla—. En diez minutos subirás conmigo al puente de mando. El capitán necesita entender que tus órdenes tienen el mismo peso que una bala en su cabeza. Es hora de que asumas tu corona de ceniza.

Dio media vuelta y salió del camarote, dejando que la escotilla se cerrara con un golpe metálico.

Me quedé a solas con el zumbido de los motores diésel. El exilio había comenzado. Ya no era Inés Navarro, la periodista española. Ahora era un fantasma, una reina cautiva en tránsito hacia la tumba helada de San Petersburgo, armada únicamente con una nota manchada de sangre oculta en un colchón y el amor tóxico de un asesino de masas.

CAPÍTULO 33 EL LEVIATÁN Y LA REINA DE CENIZA POV: ALEKSEI VOLKOV

El puente de mando del carguero *Erebus* olía a gasóleo quemado, sudor rancio y miedo embotellado.

Apoyé ambas manos sobre la fría superficie de acero de la consola de navegación, ignorando el dolor sordo y punzante que latía en mi palma derecha, oculta bajo el vendaje blanco inmaculado que Inés había ajustado con tanta precisión. A través de los inmensos ventanales inclinados, manchados por la sal seca y el embate constante del agua, el mar de Alborán se abría paso hacia el Atlántico. Las olas, masivas y de un tono gris metálico bajo el cielo encapotado de la mañana, chocaban contra la proa oxidada del buque de ciento cincuenta metros de eslora, provocando vibraciones violentas que ascendían por la estructura hasta calarme los huesos.

A mi espalda, el silencio del capitán Mylonas y sus dos oficiales de guardia era ensordecedor.

Eran contrabandistas griegos. Hombres curtidos en el tráfico de armas y estupefacientes, acostumbrados a lidiar con cárteles sudamericanos y señores de la guerra africanos. Sin embargo, en mi presencia, el aire parecía abandonar sus pulmones. Sabían quién era. Sabían que el hombre que había abordado su barco en mitad de una tormenta, cargando con bolsas de lona repletas de dinero en efectivo y sangre seca en la ropa, acababa de ver arder un imperio en la Costa del Sol.

Y sabían que un león acorralado y despojado de su territorio es infinitamente más letal que uno saciado en su trono.

—Mantengan este rumbo hasta superar el Estrecho —ordené, mi voz grave, rasposa y carente de cualquier inflexión, cortando el zumbido de los motores diésel—. Una vez en aguas del Atlántico, viraremos hacia el norte. Bordearemos la costa portuguesa y francesa a una distancia de veinte millas náuticas fuera del límite de aguas territoriales. Evitaremos el Canal de la Mancha. Entraremos al Mar del Norte por la ruta larga y cruzaremos el Báltico.

El capitán Mylonas, un hombre obeso de barba canosa y piel cuarteada por el sol, tragó saliva de forma audible. Su nuez de Adán subió y bajó con lentitud. Se secó el sudor frío de la frente con el dorso de la mano antes de atreverse a contestar.

—Señor Volkov... esa ruta añadirá cinco días a la travesía. El combustible no será un problema, pero los radares de la OTAN en el Báltico son agresivos. Si las autoridades españolas han emitido una alerta roja de la Interpol, la Guardia Costera de cualquier país europeo podría exigir abordar el *Erebus* para una inspección rutinaria.

Giré la cabeza lentamente, fijando mis ojos translúcidos, vacíos de piedad, en el rostro del griego.

—Nadie va a abordar este barco, Mylonas —siseé, enderezando mi postura, dejando que mi altura y mi envergadura dominaran el espacio opresivo del puente de mando—. He pagado tres millones de euros por el flete exclusivo de este vertedero flotante. Su transpondedor AIS emitirá señales fantasma que mis informáticos en Asia ya están enrutando. Oficialmente, el *Erebus* se dirige a Róterdam cargado de piezas de automoción. Extraoficialmente, si una sola patrullera se acerca a menos de una milla náutica de nuestro casco, usted ordenará fuego real con las ametralladoras pesadas que esconde bajo las lonas de la cubierta de popa.

El capitán palideció bajo su bronceado permanente.

—Eso sería un acto de guerra, señor. Nos hundirían.

—Si nos interceptan, ustedes estarán muertos mucho antes de que la armada dispare el primer cañonazo —sentencié, acercando mi rostro al suyo, bajando la voz hasta convertirla en un ronroneo letal —. Porque yo mismo les vaciaré el cargador de mi Tokarev en el cráneo antes de permitir que un solo policía ponga un pie en este buque. ¿Nos entendemos?

—Cristalino, señor Volkov. Rumbo al Báltico. Destino final, el Golfo de Finlandia. San Petersburgo.

Mylonas asintió de forma espasmódica, retrocediendo hacia la mesa de cartas de navegación, aterrorizado.

San Petersburgo.

El nombre de la ciudad resonó en mi mente como el eco de una campana fúnebre. Diez años. Había pasado una década entera sin pisar las calles heladas que me vieron forjar mi brutalidad. Había huido del espectro de Yekaterina, del peso aplastante de una culpa que ahora sabía prefabricada por las mentiras de Dmitry. Había asesinado a mi sombra, al hombre que orquestó mi miseria, pero el veneno que él inyectó en el sistema seguía latiendo en mis venas.

Rusia no era un refugio. Era una fosa común. Las antiguas familias de la *Bratva* que yo había dejado a cargo de las operaciones orientales me respetaban por el flujo de dinero que enviaba desde España, pero mi presencia física en su territorio alteraría el equilibrio de poder por absoluto. Los lobos me estarían esperando, afilando los colmillos, ansiosos por ver si el zar exiliado había perdido la fuerza en su exilio dorado bajo el sol andaluz.

Pero yo no regresaba solo. Traía conmigo la prueba tangible de mi humanidad, y al mismo tiempo, el arma más letal que jamás había empuñado.

El crujido pesado de la escotilla de acero del puente de mando interrumpió mis oscuros pensamientos.

El sonido metálico rasgó la tensión de la cabina. Mylonas y sus oficiales giraron la cabeza al unísono.

Inés cruzó el umbral.

La presión barométrica en el puente de mando pareció desplomarse en una fracción de segundo. El oxígeno se evaporó. Los tres marineros curtidos se quedaron petrificados, con las miradas clavadas en la mujer que acababa de invadir su santuario de testosterona y óxido.

Inés no llevaba sedas rojas ni vestidos de lino blanco de alta costura. Llevaba la misma ropa con la que había saltado a la lancha *Stealth* bajo la tormenta: sus vaqueros oscuros, rígidos por la sal marina seca, y el jersey de punto negro que se ceñía a su torso, delineando la fragilidad de su estructura ósea. Estaba descalza, sus pequeños pies pisando la rejilla de acero del suelo con una firmeza que desafiaba el balanceo del barco.

Su cabello castaño, húmedo y revuelto, caía en una cascada salvaje sobre sus hombros. Y en el centro de esa composición de supervivencia cruda y belleza devastadora, la gargantilla de platino y la esmeralda cuadrada brillaban bajo los tubos fluorescentes, emitiendo destellos de un verde oscuro, tóxico y dictatorial.

Pero lo que me detuvo el corazón no fue la ropa, ni la joya que la marcaba como mía. Fue su mirada.

Los ojos castaños de Inés no mostraban rastro del terror ciego de las semanas anteriores. No había lágrimas, ni sumisión forzada. Caminaba con la espalda recta, la barbilla alzada y una frialdad gélida que me resultó perturbadoramente familiar. Se movía con la dignidad de una reina caminando hacia el cadalso, consciente de su condena, pero negándose en rotundo a pedir clemencia.

Era la consorte del diablo asumiendo su trono.

Se detuvo a mi lado, a escasos centímetros de mi cadera izquierda. Su hombro rozó mi brazo. El contacto físico, mínimo e imperceptible

para el resto, envió una descarga eléctrica a través de mi sistema nervioso central.

—Señorita —murmuró uno de los oficiales griegos, un hombre más joven, incapaz de apartar la mirada del escote de su jersey, donde el platino descansaba contra su piel pálida.

La bestia que habitaba en mi interior rompió las cadenas.

No hubo un aviso previo. No alcé la voz. Mi mano izquierda se movió con la velocidad de una víbora atacando. Agarré al joven oficial por la garganta, hundiendo mis dedos en su laringe con una fuerza brutal, levantándolo del suelo de acero hasta que las puntas de sus botas dejaron de tocar la rejilla metálica.

El marinero emitió un gorgoteo ahogado, sus manos aferrándose desesperadamente a mi antebrazo, los ojos desorbitados por la falta repentina de oxígeno.

—Baja la vista —siseé a milímetros de su rostro congestionado, mi voz un trueno oscuro que hizo vibrar los cristales del puente—. Si vuelves a mirarla, si tus ojos vuelven a posarse sobre su piel durante una fracción de segundo más, te arrancaré las retinas con mis propios pulgares y te arrojaré a las hélices del barco. ¿Me has oído, escoria?

El hombre asintió frenéticamente, gruñendo en señal de comprensión, las lágrimas del estrangulamiento asomando en sus ojos.

Lo arrojé contra la consola de radar. Chocó contra el metal con un estrépito sordo, cayendo de rodillas, tosiendo y llevándose las manos a la garganta amoratada. Mylonas retrocedió un paso, blanco como un cadáver, incapaz de articular una sola palabra en defensa de su subordinado.

Me giré lentamente hacia los tres hombres. La furia asesina que me consumía no estaba dirigida a ellos; era un muro de fuego que construía alrededor de Inés, un mecanismo de defensa primario y

visceral para asegurar que nadie en aquel infierno flotante dudara jamás del precio de su intocabilidad.

—Escúchenme bien, todos ustedes —ordené, mi tono gélido cortando el aire enrarecido de la cabina—. La mujer que está a mi lado es la extensión de mi propia voluntad. Si ella habla, es mi voz la que escuchan. Si ella da una orden, tiene el mismo peso que una bala salida del cañón de mi pistola. Ella camina por este buque con absoluta impunidad. Quien se cruce en su camino, quien le dirija la palabra sin su permiso expreso, o quien ose cuestionar su autoridad, no llegará a ver el puerto de San Petersburgo. Lo ahogaré en sangre y salitre.

El silencio en el puente de mando fue absoluto. El mensaje había sido tatuado en sus cerebros con violencia gráfica. Eran testigos del nivel patológico de mi obsesión. Comprendieron que Inés no era un simple botín de guerra; era la reina viuda de un imperio calcinado, y yo estaba dispuesto a masacrar a cualquier ser vivo que alterara su respiración.

Inés no se inmutó durante mi exhibición de brutalidad.

No ahogó un grito. No me apartó. Su cuerpo se mantuvo erguido a mi lado, recibiendo la devoción sangrienta que yo le ofrecía como un tributo macabro. Levantó la mirada hacia Mylonas.

—Queremos café en nuestro camarote. En cinco minutos. Solo —dictaminó ella, su voz suave, nivelada, pero imbuida de una autoridad de hielo que me provocó un escalofrío de puro orgullo enfermizo—. Y no envíe a ese hombre.

Mylonas asintió de forma espasmódica, el terror reverencial desviándose ahora hacia ella.

—Como ordene, señora. De inmediato.

Inés se giró hacia mí. Sus ojos ambarinos se encontraron con los míos, ignorando a la tripulación. Levantó la mano y, con una lentitud deliberada y pública, posó sus dedos fríos sobre la venda blanca de mi mano derecha, rozando la tela manchada con mi propia sangre.

—Vamos, Aleksei —susurró, utilizando mi nombre de pila frente a la tripulación, reclamando su propia soberanía sobre el zar, demostrando a aquellos hombres que ella era la única criatura viva que podía tocar al monstruo sin perder la vida en el intento.

Tiré de ella hacia mí, envolviendo mi brazo ileso alrededor de su cintura, aplastándola contra mi costado protector.

Salimos del puente de mando, dejando atrás a tres hombres que apenas se atrevían a respirar.

El descenso por las estrechas y empinadas escaleras de metal del carguero fue un ejercicio de sincronía. La fricción constante de su cuerpo contra el mío era el único fuego que me mantenía caliente en el laberinto de acero. Las paredes del pasillo inferior rezumaban humedad, el sonido de los motores V16 inundando nuestros oídos, aislando nuestras palabras del resto del universo.

Cuando llegamos a la escotilla de nuestro camarote, pasé el bloqueo manual y la empujé hacia el interior.

Cerré la puerta de acero, sellando el mundo exterior.

Inmediatamente, la tensión de su postura se quebró. Inés soltó un suspiro trémulo, largo, y sus hombros cayeron. La máscara de la reina de hielo se resquebrajó, revelando la vulnerabilidad extrema de la mujer que acababa de sobrevivir al derrumbe de su realidad.

Me acerqué a ella. No esperé a que se recompusiera. La agarré por la cintura y la empujé hacia atrás hasta que su espalda chocó contra el mamparo de acero pintado de verde. El sonido de su cuerpo contra el metal fue seco y definitivo.

Apoyé una mano a cada lado de su cabeza, encerrándola en mi gravedad.

—Eres una suicida —murmuré, mi rostro a escasos centímetros del suyo, el aliento rozando sus labios entreabiertos—. Subir al puente. Enfrentar a hombres que asesinarían por mil euros. Provocarme para que dejara claro a quién perteneces.

Inés alzó la barbilla. La esmeralda de platino brilló bajo la bombilla parpadeante de la jaula de alambre.

—Tenían que saberlo —respondió, su voz recuperando la firmeza, sus manos subiendo hasta anclarse en las solapas de mi chaqueta táctica—. Si vamos a ir al infierno de Rusia, Aleksei, no voy a ir arrastrándome como una esclava aterrorizada. Iré como la mujer que te curó la mano después de que mataras a tu sombra. Iré como tu igual en esta locura.

La declaración fue una puñalada directa a mi corazón anestesiado. Ella había aceptado la oscuridad por entero. Se estaba forjando su propia armadura a partir de mis cenizas, utilizando mi obsesión como un arma para asegurar su propia supervivencia y, de un modo retorcido, para asegurarme a mí.

—Rusia no tendrá piedad contigo, *ptichka* —advertí, acariciando la línea de su mandíbula con los nudillos de mi mano ilesa—. Los viejos lobos de San Petersburgo huelen la debilidad a leguas de distancia. Cuando vean que un hombre gélido regresa con una mujer del sur aferrada a su brazo, no verán a una reina. Verán una diana. Verán mi punto de quiebre. Intentarán arrebatártete solo para ver si sigo siendo capaz de sangrar.

—Entonces tendrás que demostrarles que sangras fuego —replicó ella, deslizando sus manos por mi pecho hasta mi nuca, enredando sus dedos en mi cabello rubio ceniza, tirando de mí hacia ella con una ferocidad que me robó el aliento.

Choqué mis labios contra los suyos. El beso no fue tierno; fue un choque de dientes, de desesperación y de adrenalina pura. Saboreé la sal de su piel, el amargor del café frío y la determinación de su alma corrupta.

La besé con la violencia de un hombre que sabe que camina hacia el patíbulo. Mis manos descendieron por su espalda, agarrando la tela de sus vaqueros húmedos, levantándola en vilo hasta que ella envolvió mi cintura con sus piernas. La estampé de nuevo contra el acero de la pared. Inés ahogó un gemido en mi boca, clavando sus

uñas en mis hombros, su cuerpo arqueándose para buscar la máxima fricción posible, demandando que la consumiera allí mismo, de pie, en medio del purgatorio de óxido y gasóleo.

La pasión que nos consumía no era erotismo; era un mecanismo de supervivencia. Era la necesidad biológica de fusionarnos, de asegurarnos de que la vida seguía latiendo en nuestros pechos a pesar del frío mortal del mundo que nos rodeaba.

Tiré del bajo de su jersey oscuro, buscando la calidez de su piel desnuda, trazando el contorno de su cintura, mis dedos rozando la cicatriz invisible de las cadenas que la ataron a mí en el primer día.

—San Petersburgo arderá antes de que alguien ponga un dedo sobre este collar —juré contra sus labios hinchados, mi pulgar rozando el frío del platino.

—Promételo —exigió ella, jadeando, aferrándose a mí como si fuera la única realidad tangible en el caos—. Prométeme que no dejarás que los fantasmas de esa ciudad nos destruyan, Aleksei.

La imagen de la nota manchada de sangre cruzó mi mente por una fracción de segundo, la culpa enterrada de Yekaterina alzando la cabeza en la oscuridad. Había ejecutado al traidor, pero el peso de los errores pasados seguía siendo una sombra larga que se cernía sobre el hielo báltico hacia el que navegábamos.

—Los fantasmas no sangran, Inés —murmuré, enterrando mi rostro en la curva de su cuello, aspirando su vida para llenar mi vacío—. Pero los hombres sí. Y yo vaciaré las venas de cada hombre en Rusia si eso es lo que cuesta mantenerte a salvo.

El sonido grave de los motores diésel del *Erebus* devoró mis palabras. Estábamos navegando hacia el corazón del invierno eterno, dos almas calcinadas que se aferraban la una a la otra en la penumbra de un camarote, ignorando deliberadamente que la mayor amenaza para nuestra supervivencia no eran los lobos que nos esperaban en San Petersburgo, sino los secretos que aún se pudrían en el silencio entre nosotros.

CAPÍTULO 34 EL FUNERAL DE HIELO POV: INÉS NAVARRO

—Es aquí, ¿verdad? —repetí, mi voz sonando apenas como un susurro hueco que amenazaba con astillarse al chocar contra las altas paredes forradas en seda burdeos.

Aleksei Volkov, el hombre que había reducido mi mundo a cenizas para luego reconstruirlo a su imagen y semejanza, permanecía de espaldas a mí. La luz de las llamas de la inmensa chimenea de mármol proyectaba sombras alargadas y danzantes sobre su camisa blanca, aún arrugada por la violencia de nuestro viaje. Su postura, habitualmente erguida con la arrogancia de un zar intocable, mostraba ahora una rigidez antinatural, como si el peso invisible de las vigas del palacio amenazara con partirle la columna vertebral.

No se giró de inmediato. El silencio se espesó, volviéndose denso, asfixiante, saturado con el olor a cera antigua, a leña quemada y al frío persistente que se filtraba a través de los pesados cortinajes de terciopelo.

—Compré esta propiedad en el invierno de 2007 —habló por fin. Su voz era un ronroneo bajo, áspero, desprovisto de su habitual cinismo letal. Sonaba agotado. Sonaba humano—. Iba a ser nuestro santuario. El lugar donde la aislaría del veneno de las calles de San Petersburgo. Ordené restaurar los frescos, importar el mármol de Italia... pero ella nunca llegó a ver el resultado final. La mataron dos semanas antes de que le entregara las llaves.

Cerré los ojos por una fracción de segundo, absorbiendo el impacto de su confesión.

La mansión de la isla Krestovsky no era una simple base de operaciones. Era un mausoleo. Un monumento faraónico erigido en honor a un fantasma. Y Aleksei, en su retorcido, desesperado y obsesivo instinto de supervivencia, me había traído al centro exacto de su mayor fracaso.

Me acerqué a él, mis botas apenas haciendo ruido sobre la gruesa alfombra oriental. La temperatura en la habitación era baja, pero el calor que irradiaba su cuerpo actuaba como un imán gravitacional. Me detuve a escasos centímetros de su espalda y, con una lentitud deliberada, deslicé mis brazos alrededor de su cintura, apoyando la mejilla contra el tejido tenso de su camisa, justo entre sus omóplatos.

El contacto lo hizo estremecerse. Un espasmo imperceptible cruzó su musculatura.

—No es un cementerio, Aleksei —murmuré contra su espalda, mi respiración cálida filtrándose a través de la tela—. Estamos vivos. Yo estoy aquí.

Él soltó un suspiro largo, un sonido roto que parecía rasgarle la garganta. Sus manos, inmensas y marcadas por cicatrices antiguas y recientes, se posaron sobre las mías, enlazando nuestros dedos con una fuerza posesiva que me cortó la respiración.

—Esta noche —anunció, su tono endureciéndose, el hielo siberiano regresando para sellar las grietas de su armadura—, el consejo de la *Bratva* vendrá a cenar. Makarov y los otros tres capitanes de sector. Creen que el león ha regresado a la manada lamiéndose las heridas tras perder España. Vendrán a oler la sangre. Vendrán a evaluar si sigo siendo digno de sentarme en la cabecera de la mesa, o si ha llegado el momento de cortarme el cuello.

La advertencia era clara. La guerra no había terminado al huir del Mediterráneo; apenas acababa de comenzar en la tundra rusa.

—Estaré a tu lado —prometí, mi voz firme, desprovista del pánico que me habría paralizado semanas atrás.

Aleksei se giró entre mis brazos. Sus ojos, dos pozos de agua translúcida y letal, me escrutaron con una intensidad devoradora. Bajó la mirada hacia mi cuello, donde la esmeralda engarzada en el pesado platino reposaba sobre mi piel, un símbolo inalterable de mi pertenencia. Levantó la mano derecha, la que llevaba el vendaje blanco que yo misma le había colocado, y rozó la joya con el nudillo de su pulgar.

—Te vestirás de luto, *ptichka* —ordenó, su aliento rozando mis labios con una mezcla de crueldad y devoción patológica—. Porque esta noche, alguien en esta casa va a morir. Y quiero que los lobos entiendan que mi reina es la que preside el funeral.

Las horas que siguieron fueron un ejercicio de preparación táctica camuflado de lujo opresivo.

El servicio de la casa, mujeres mayores de rostros pétreos y miradas evasivas, prepararon un baño de inmersión en una bañera de patas de león forjada en bronce. El agua hirviente, perfumada con aceites esenciales de cedro y pino negro, purgó el cansancio de la fuga, pero no logró derretir el núcleo de adrenalina que latía en mi pecho.

Sobre la inmensa cama de dosel, aguardaba mi armadura.

Un vestido largo de terciopelo negro, pesado y denso como la noche polar. De manga larga y cuello barco, su diseño era severo, casi clerical, hasta que la mirada descendía a la espalda, donde un escote abismal dejaba mi piel pálida al descubierto hasta el inicio de la cintura. Era una prenda diseñada para exhibir mi vulnerabilidad y, al mismo tiempo, exigir una reverencia absoluta.

Me vestí en silencio. El terciopelo acarició mis curvas con una suavidad pecaminosa. Recogí mi cabello castaño en un moño bajo y tirante, sin permitir que un solo mechón escapara. No usé maquillaje, salvo un rojo oscuro y mate en los labios, un color que recordaba demasiado a la sangre seca.

Y, dominando el conjunto, inamovible, la gargantilla de platino.

Hundí la mano en el bolsillo de los vaqueros sucios que descansaban sobre un sillón antiguo en el vestidor. Mis dedos rozaron el papel poroso. La nota de Yekaterina. El trozo de papel húmedo, con sus letras emborronadas por el agua de mar pero aún legibles, estaba doblado con extrema precisión.

«El frío de tus manos ya me ha matado antes».

Pero no era el reproche de una mujer muerta lo que latía en mi mente. Era el documento oficial que había leído en el despacho de Marbella antes de que el mundo estallara. La transcripción de la radio. *«Es una orden directa del Consejo. Retírense».*

Dmitry Ivanov no había actuado solo. Dmitry era un soldado de mentalidad matemática; ejecutaba órdenes por el bien del imperio. Y el imperio, en la Rusia de 2008, estaba gobernado por el "Consejo". Los mismos hombres que hoy venían a cenar a la isla Krestovsky. Los mismos capitanes que le sonreían a Aleksei, que le llamaban hermano, eran los arquitectos de su mayor pesadilla. Makarov y los suyos habían ordenado la retirada de la escolta de Yekaterina para forzar a Aleksei a convertirse en un monstruo desprovisto de piedad.

Guardé la nota en un pequeño bolsillo interior cosido en la falda de terciopelo. Mi corazón golpeaba contra mis costillas con una furia suicida.

Iba a incendiar Roma.

El reloj de pie del pasillo marcó las nueve de la noche cuando descendí la inmensa escalinata de mármol.

Aleksei me esperaba al pie de los escalones. Llevaba un traje de tres piezas de lana fría, absolutamente negro, sin corbata. Su presencia era un agujero negro que absorbía toda la luz de la estancia. Al verme descender, sus ojos se dilataron levemente. La devoción oscura, retorcida y hambrienta que sentía por mí brilló en sus pupilas por una fracción de segundo antes de que la máscara del zar volviera a sellar sus facciones.

Me ofreció su brazo izquierdo.

Apoyé mi mano enguantada en seda negra sobre su antebrazo. El contacto fue una promesa de destrucción mutua.

Las pesadas puertas dobles del comedor principal se abrieron de par en par.

La estancia era obscenamente grandiosa. Una lámpara de araña de proporciones titánicas iluminaba una mesa de caoba maciza, lo suficientemente larga para acomodar a cuarenta invitados, pero solo había cinco servicios dispuestos. La mantelería de lino blanco inmaculado contrastaba con la oscuridad de los paneles de madera de las paredes.

Cuatro hombres se levantaron al unísono cuando cruzamos el umbral.

El aire se llenó del hedor a tabaco negro, a vodka caro y a testosterona agresiva. Eran lobos viejos. Hombres corpulentos, con cuellos anchos, cicatrices visibles y miradas que diseccionaban el entorno buscando la más mínima debilidad.

Makarov presidía el grupo. El capitán de la cicatriz en el labio superior mantenía las manos apoyadas sobre la mesa, su actitud desafiando sutilmente la jerarquía.

Aleksei no se inmutó. Caminó hacia la cabecera de la mesa, pero en lugar de sentarse, retiró la silla a su derecha, indicándome que ocupara el asiento de mayor honor, el lugar tradicionalmente reservado para el segundo al mando. El lugar que Dmitry Ivanov había ocupado durante una década.

El gesto no pasó desapercibido. Un murmullo bajo, áspero, cruzó la sala.

Me senté con la espalda recta, la barbilla alzada, sosteniendo la mirada de Makarov con una insolencia de hielo. Aleksei ocupó la cabecera, a mi izquierda.

—Señores —saludó Aleksei, su voz profunda rebotando en los techos abovedados, utilizando el ruso natal que yo ahora escuchaba y

comprendía a la perfección—. Tomen asiento. El frío de la calle reseca la garganta y acorta la paciencia.

Los cuatro capitanes tomaron asiento con un ruido sordo de sillas arrastrándose.

El servicio, invisible y eficiente, comenzó a verter vodka helado en pequeñas copas de cristal tallado. Delante de mí, sirvieron agua mineral. Nadie hizo comentarios.

—Brindemos —rugió Makarov, alzando su copa, su mirada gris clavada en Aleksei—. Por el regreso del zar a su verdadera patria. España es un buen lugar para tomar el sol, pero la *Bratva* necesita hielo para conservar la carne.

—Por la supervivencia del imperio —respondió Aleksei, chocando su copa contra la de Makarov antes de beber el líquido de un solo trago.

La cena transcurrió en un ambiente de tensión asfixiante, camuflado bajo capas de cortesía brutal. Discutieron rutas de contrabando en el Báltico, aduanas corruptas en Estonia y el porcentaje de blanqueo a través de los astilleros locales. Aleksei dominaba la conversación, demostrando que la pérdida de su base en España no había mermado su capacidad táctica.

Pero yo sabía leer la marea subterránea.

Makarov no estaba convencido. Sus ojos volvían a mí una y otra vez, buscando la fisura en la armadura del zar. Para él, una mujer en la mesa del consejo era una aberración. Una debilidad que debía ser extirpada.

—Es una pena lo de Ivanov —comentó de repente el hombre sentado a la izquierda de Makarov, un tipo delgado con gafas de montura de alambre y aspecto de contable sádico—. Era un buen soldado. Disciplinado. Escuchamos que la policía española se le acercó demasiado.

Aleksei dejó los cubiertos sobre el plato de porcelana. El leve tintineo metálico fue el único sonido en la sala.

—Ivanov no cayó a manos de la policía —corrigió Aleksei, su voz cayendo en un registro tan letal que el aire acondicionado pareció congelarse—. Cayó a manos de su propia traición. Olvidó a quién le debía lealtad. Y fue ejecutado.

El silencio que siguió fue absoluto. La confesión directa de haber asesinado a su propia mano derecha pretendía ser una exhibición de fuerza, pero Makarov sonrió. Fue una sonrisa reptiliana, cargada de una suficiencia repulsiva.

—La traición es un concepto subjetivo, Aleksei —rebatió Makarov, girando la copa de vodka entre sus dedos gruesos—. A veces, un hombre debe tomar decisiones difíciles para proteger a su líder de sí mismo. Ivanov siempre fue leal al Consejo. A veces, las distracciones deben ser eliminadas para que el cerebro funcione con claridad.

El golpe había sido lanzado. Makarov estaba justificando a Dmitry. Estaba midiendo las aguas, dejando caer la insinuación de que el Consejo compartía la visión de que mi presencia era un cáncer para la organización.

Aleksei se tensó a mi lado. Pude sentir la irradiación de su furia, el calor de la violencia a punto de estallar, pero antes de que pudiera abrir la boca, yo tomé el control del tablero.

Deslicé mi mano hacia el pequeño bolsillo oculto en los pliegues de terciopelo de mi falda. Mis dedos rozaron el papel poroso.

—Habla usted con mucha propiedad sobre eliminar distracciones, capitán Makarov —intervine, mi voz, clara, cristalina y en perfecto ruso, cortando la atmósfera cargada de testosterona como un cuchillo al rojo vivo.

Los cuatro hombres giraron la cabeza hacia mí al unísono. La sorpresa de escucharme intervenir directamente en asuntos del consejo los paralizó. Aleksei giró el rostro, sus pupilas dilatadas clavándose en mi perfil, evaluando mi movimiento suicida.

No me amedrenté. Apoyé los codos sobre el mantel inmaculado y entrelacé los dedos frente a mi rostro.

—Me pregunto —continué, fijando mi mirada ambarina directamente en los ojos grises del veterano ruso—, si esa misma filosofía, esa necesidad de proteger al líder de sus propias emociones, es la que motivó la "Orden Directa del Consejo" la noche del 12 de febrero de 2008.

El tiempo se detuvo.

Si hubiera detonado una granada de fragmentación en el centro de la mesa, el impacto no habría sido tan devastador. Makarov palideció de golpe, el color abandonando su rostro curtido. El hombre de las gafas se quedó con la copa a medio camino de los labios, petrificado.

Aleksei, a mi lado, dejó de respirar.

—¿De qué estás hablando, Inés? —preguntó Aleksei, su voz un susurro rasposo, inestable, cargado de una confusión que empezaba a mutar en horror.

Saqué la nota del bolsillo y la desdoblé lentamente sobre el mantel blanco. Las letras emborronadas por el mar de Alborán, la mancha de sangre pálida, quedaron expuestas bajo la luz de las lámparas de cristal. Pero no era la nota lo que iba a destruirlos; era el conocimiento de lo que yo había leído en el despacho de Marbella.

—Leí el informe de seguridad, Aleksei —confesé, girando el rostro hacia él, mi voz cargada de una piedad feroz, ignorando por completo a los lobos que nos rodeaban—. El informe que Dmitry guardaba en tu caja fuerte. La transcripción de radio de la noche en que murió Yekaterina.

Aleksei se levantó de la silla con una lentitud aterradora. Su altura masiva dominó el comedor. Sus ojos no se apartaron de mi rostro. Estaba a punto de cruzar el umbral del infierno.

—¿Qué decía la transcripción? —exigió, la mandíbula tan apretada que parecía a punto de fracturarse.

Volví mi mirada hacia Makarov. El capitán estaba introduciendo disimuladamente la mano bajo su chaqueta de cuero, buscando su arma, pero el terror lo había vuelto torpe.

—Decía que la escolta solicitó confirmación para extraerla del callejón —recité, mis palabras golpeando el aire como martillazos en un ataúd—. Y Dmitry Ivanov, desde Control de Mando, respondió: *«El objetivo es una distracción inaceptable para el ascenso de Volkov. Los lobos necesitan carne para calmarse. Dejen que se la queden. Es una orden directa del Consejo»*.

El silencio que siguió a mi revelación fue el vacío absoluto que precede a la onda expansiva de una explosión nuclear.

Aleksei bajó la mirada hacia los cuatro hombres sentados a su mesa. Diez años de culpa. Una década convenciéndose a sí mismo de que su incapacidad para controlar a la mujer que amaba la había llevado a la muerte. Una década de pesadillas en las que sus manos estaban manchadas de sangre inocente. Y la verdad, desnuda, repulsiva y letal, estaba sentada frente a él bebiendo su vodka.

El Consejo había ordenado su muerte. Makarov la había entregado a los asesinos.

Makarov sacó su pistola de la funda de sobaquera, un acto desesperado de supervivencia ante la furia apocalíptica que acababa de despertar en los ojos del zar.

—¡Fue por la *Bratva*! —gritó el capitán, apuntando el cañón tembloroso hacia Aleksei—. ¡Eras un niño enamorado! ¡Íbamos a perder San Petersburgo por culpa de una zorra que te ablandaba el cerebro!

Aleksei no buscó cobertura. No parpadeó.

Su movimiento fue un borrón de violencia inenarrable. La pistola Tokarev apareció en su mano con una velocidad sobrehumana. No

hubo dudas, ni discursos.

El primer disparo reventó el cráneo del hombre de las gafas. El segundo y el tercero impactaron en el pecho de los capitanes sentados al otro lado de la mesa, arrojándolos hacia atrás con un estrépito de madera y porcelana rota.

Makarov disparó, pero el terror desvió su puntería. La bala destrozó el respaldo de la silla vacía junto a Aleksei.

El zar no devolvió el fuego de inmediato. Avanzó por el lateral de la mesa, su rostro convertido en una máscara de muerte pura, la encarnación del invierno más implacable que Rusia hubiera conocido jamás. Makarov intentó disparar de nuevo, pero la pistola se encasquilló.

Aleksei lo alcanzó.

Hundió su mano izquierda en el cuello del abrigo de cuero del capitán, levantándolo de la silla como si fuera un muñeco de trapo, y lo estrelló contra la pared de caoba. El crujido de la madera y el hueso se fusionaron. Con la mano derecha, aún vendada y sangrante por el esfuerzo, empujó el cañón de la Tokarev directamente contra el ojo abierto y aterrorizado de Makarov.

—Diez años —siseó Aleksei, su voz vibrando con una agonía que rasgaba el alma, un sonido gutural, saturado de lágrimas no derramadas y odio radiactivo—. Me hiciste creer que fui yo. Me envenenaste con mi propia culpa.

—El imperio... —balbuceó Makarov, la sangre goteando de su nariz —. El imperio requiere sacrificios...

—Yo soy el maldito imperio —rugió Aleksei.

Apretó el gatillo.

El disparo ensordeció la habitación. El cuerpo decapitado de Makarov resbaló por la pared, dejando una mancha espesa, oscura y brillante sobre la madera pulida, antes de colapsar sobre el suelo de mármol.

El comedor se sumió en un silencio cadavérico, interrumpido únicamente por el goteo rítmico de la sangre y el olor sofocante a pólvora quemada, carne destruida y vodka derramado. Cuatro de los hombres más poderosos de la mafia rusa yacían muertos entre platos de porcelana fina y copas de cristal destrozadas.

Aleksei se quedó de pie frente a los cadáveres, el brazo armado colgando inerte a un lado de su cuerpo. Su pecho subía y bajaba con respiraciones erráticas, irregulares. Estaba hiperventilando. La catarsis de la venganza había purgado la mentira, pero lo había dejado frente a la crudeza de su propia monstruosidad.

Me levanté de mi silla. El terciopelo negro rozó mis piernas.

Caminé hacia él, sorteando el charco de sangre que se expandía desde el cuerpo del hombre de las gafas. Mis tacones apenas hicieron ruido.

No sentí miedo. El terror había sido erradicado por entero de mi sistema, reemplazado por una devoción tan oscura y profunda que desafiaba toda lógica humana. Había desatado al monstruo. Le había entregado a sus verdugos en bandeja de plata, y él había ejecutado su venganza bañándose en su sangre para liberarse de las cadenas del pasado.

Llegué a su lado.

Aleksei dejó caer la pistola al suelo. El arma rebotó contra el mármol con un golpe metálico. Se giró hacia mí. Sus ojos translúcidos estaban desorbitados, vacíos, buscando un ancla en la tormenta de sangre que acababa de invocar. El hielo siberiano se había derretido por completo, revelando al hombre roto, aterrorizado por la oscuridad que habitaba en sus propias manos.

Levanté las manos y acuné su rostro manchado de pólvora.

—Se acabó, Aleksei —susurré, mi voz una caricia firme en medio del infierno—. El fantasma está muerto. Ya no hay culpas. Ya no hay Consejo. Solo quedamos nosotros.

Él cerró los ojos, cayendo de rodillas frente a mí. El gigante, el asesino, el zar de la *Bratva*, ocultó su rostro en los pliegues del terciopelo negro de mi vestido, aferrándose a mi cintura con una fuerza desesperada. Su cuerpo temblaba con sollozos secos, exhalando el veneno de diez años de tortura psicológica.

Acaricié su cabello rubio ceniza, mirando los cadáveres que adornaban el comedor de su mausoleo.

La jaula de cristal en España había sido destruida, sí. Pero la prisión en Rusia acababa de ser forjada con sangre y fuego. Yo había apretado los barrotes, había purgado a sus enemigos y me había coronado, de forma irrevocable y definitiva, como el único oxígeno que Aleksei Volkov jamás volvería a respirar.

CAPÍTULO 35 EL ZAR Y LA REINA DE LAS SOMBRAS POV: ALEKSEI VOLKOV

El silencio que envolvía la mansión de la isla Krestovsky no era la ausencia de sonido; era la presencia física, densa y abrumadora de la muerte asimilada.

El fuego en la inmensa chimenea de mármol del dormitorio principal se había consumido hasta quedar reducido a un lecho de brasas anaranjadas que latían con una luz moribunda. Más allá de los pesados cortinajes de terciopelo burdeos, la luz pálida y espectral del amanecer ruso comenzaba a filtrarse a través de los ventanales escarchados. Había nevado durante la madrugada. Una capa blanca, inmaculada y letal, cubría ahora los jardines de la propiedad, borrando las huellas de los hombres que habían entrado la noche anterior y que jamás volverían a salir.

Estaba despierto, sentado en el borde de la cama de madera tallada, con la espalda desnuda expuesta al aire frío de la inmensa habitación.

Levanté las manos frente a mi rostro. La luz mortecina del amanecer delineó los tendones, las cicatrices antiguas y el vendaje blanco que cubría mi palma derecha. Ya no temblaban. Por primera vez en diez años, el frío siberiano que habitaba en mis venas, ese invierno perenne que me había congelado el alma desde la muerte de Yekaterina, se había disipado.

Había asesinado a los arquitectos de mi culpa.

En el comedor de la planta baja, la sangre de Makarov y del Consejo ya debía de estar seca. Mis hombres de guardia, aquellos que no pertenecían a la vieja facción traidora, se habían encargado de limpiar la carnicería bajo mis órdenes estrictas. No hubo rebelión. Al ver los cadáveres de los líderes supremos de la *Bratva* a mis pies, y al escuchar la orden de que cualquier partidario del Consejo correría la misma suerte, los soldados simplemente bajaron la cabeza y juraron lealtad al único zar que quedaba en pie. El imperio se había purgado a sí mismo a través del fuego de mi Tokarev.

Pero la salvación de mi alma no provino del cañón de una pistola.

Giré el torso lentamente, sintiendo el roce de las pesadas pieles oscuras contra mis muslos desnudos, y miré hacia el centro del lecho.

Inés dormía.

Su figura frágil estaba medio envuelta en el edredón de plumas y las pieles de zorro negro, un contraste visual abrumador con la palidez sepulcral de su piel. Respiraba con una cadencia profunda, rítmica, la primera muestra de paz verdadera que veía en ella desde la noche en que la arranqué de su apartamento en Málaga. El cabello castaño se derramaba sobre las almohadas de seda en un desorden salvaje, enmarcando un rostro que había perdido la inocencia para ganar una belleza letal, forjada en la crueldad de nuestro encierro.

Y allí, brillando con una ironía macabra bajo la escasa luz de las brasas, descansaba la banda de platino macizo.

La esmeralda cuadrada se movía al compás de su pulso, posada sobre el hueco de su clavícula. Ese collar, que semanas atrás yo había concebido como un grillete para quebrar su espíritu, se había transformado en la alianza indestructible de nuestra locura compartida. Ella lo llevaba no como una esclava, sino como la deidad oscura que había descendido a mi infierno para encadenar al propio diablo.

Me acerqué a ella, gateando sobre el colchón con la cautela de un depredador que teme asustar a su única fuente de oxígeno.

Me recosté a su lado, apoyando el peso sobre mi antebrazo izquierdo. El olor a jazmín de su piel, mezclado con el aroma a humo y a la cera antigua de la mansión, me embriagó. Era un narcótico diseñado específicamente para paralizar mis defensas.

Alcé mi mano herida y, con el dorso de los dedos vendados, aparté un mechón de cabello que caía sobre sus labios entreabiertos. El roce fue minúsculo, pero la sensibilidad de Inés, afinada por el trauma y la adrenalina de los últimos días, la arrancó del sueño.

Sus párpados temblaron y se abrieron lentamente.

Los ojos ambarinos, líquidos y profundos, me encontraron en la penumbra. No hubo desorientación. No hubo pánico al despertar en una fortaleza de San Petersburgo con las manos del asesino a centímetros de su rostro. Me miró con una lucidez que me cortó la respiración, asimilando la realidad del nuevo mundo que habíamos creado sobre un mar de sangre.

—Estás despierto —murmuró, su voz ronca, espesa por el sueño, arrastrando las consonantes con una pereza que me encendió la sangre.

—No he dormido —confesé, mi voz bajando a un registro grave, un trueno contenido en la intimidad de la habitación—. No podía cerrar los ojos. Temía que, al abrirlos, esto fuera una alucinación y estuviera de nuevo en Marbella, pudriéndome por dentro, creyendo que la culpa me pertenecía.

Inés liberó un brazo de debajo de las pieles. Su mano, cálida y pequeña, se posó sobre mi pecho desnudo, justo sobre el tatuaje oscuro de las cúpulas ortodoxas que marcaba mi corazón. Sus dedos trazaron la tinta negra con una suavidad reverencial.

—No hay más fantasmas, Aleksei —susurró, su mirada fija en la mía, inquebrantable—. El Consejo está muerto. Dmitry está muerto. Y el investigador de Málaga...

—El investigador está persiguiendo sombras en una ciudad que ya no existe para nosotros —la interrumpí, cubriendo su mano con la mía, entrelazando nuestros dedos—. Mis informantes me han asegurado que las autoridades españolas creen que morimos en el Mediterráneo. La lancha *Stealth* fue encontrada destrozada contra los acantilados marroquíes. Plantamos restos biológicos. Para el mundo exterior, Inés Navarro es una víctima trágica que el mar se tragó junto a su secuestrador. Estás muerta para ellos.

Esperé su reacción. Esperé el golpe del duelo por la vida que le había arrebatado de forma definitiva. Le acababa de confirmar que jamás podría volver a pasear por las calles de su país, que jamás volvería a firmar un artículo, que su nombre sería un mero recuerdo en los archivos de casos sin resolver de la Interpol.

Pero Inés no lloró.

Una sonrisa minúscula, letal y de una belleza aterradora, curvó sus labios manchados por la intensidad de los besos de la noche anterior.

—Inés Navarro murió en el vestidor de tu mansión en España, cuando hice esa llamada telefónica —respondió, su pulgar acariciando mi piel, enviando descargas eléctricas a través de mi pecho—. La mujer que está en esta cama no tiene patria. No tiene nombre más allá del que tú quieras darle. Solo tiene esta jaula, y la llave la tiré al océano por mi propia voluntad.

La declaración de sumisión absoluta, pronunciada no con miedo, sino con la autoridad de quien sabe que controla cada latido de mi corazón, destruyó la última barrera de mi autocontrol.

Solté un gruñido gutural, un sonido primitivo que nació en mis entrañas. Retiré las gruesas pieles de zorro con un movimiento violento de mi brazo, exponiendo su cuerpo pálido y perfecto al aire gélido de la estancia.

Me posé sobre ella, apoyando las rodillas a ambos lados de sus caderas, encerrándola en mi gravedad masiva. Mis manos

descendieron por sus costados, trazando la curva de su cintura, subiendo por sus costillas hasta aferrar la carne de sus caderas con una fuerza que dejaría marcas amoratadas. Era un marcaje territorial, una reclamación física de la propiedad que ella me acababa de ceder por entero.

Inés no se encogió. Arqueó la espalda, ofreciéndose a mí, su respiración agitándose, los pezones endureciéndose por el contraste de temperaturas y la fricción inminente.

—Eres mía —siseé, inclinándome hasta que mis labios rozaron la esmeralda de su cuello, el metal frío contrastando con el calor volcánico de mi aliento—. Desde el primer segundo en que cruzaste la puerta de mi despacho en Marbella. Eras un problema que debía solucionar, pero te convertiste en el único enigma que deseo resolver durante el resto de mi miserable existencia.

—Resuélveme, Aleksei —suplicó ella, enredando sus dedos en mi cabello rubio ceniza, tirando de mi rostro hacia el suyo con una urgencia salvaje—. Consúmeme hasta que no quede nada.

El impacto de nuestras bocas fue una colisión de asteroides.

No hubo ternura. El Dark Romance no se forja en la suavidad de los cuentos de hadas; se forja en la sangre, el sudor y la posesión visceral. Mi lengua invadió su boca, reclamando su sabor, devorando sus gemidos ahogados. Inés respondió con la misma ferocidad, mordiendo mi labio inferior hasta hacerme saborear un rastro metálico, saboreando la sangre del asesino que la había coronado reina.

Bajé mis besos por su mandíbula, trazando un camino húmedo y abrasador por su garganta, bordeando la banda de platino. Mordí la piel sensible de su clavícula, marcándola de nuevo, asegurándome de que el dolor y el placer se fusionaran en una única sinfonía en su sistema nervioso.

Sus manos abandonaron mi cabello y descendieron por mi espalda, sus uñas arañando los músculos tensos de mis omóplatos.

Me incorporé ligeramente, agarrando ambas muñecas de Inés con mi mano izquierda y fijándolas contra el colchón por encima de su cabeza. La dejé inmovilizada, expuesta, vulnerable a mi escrutinio. Sus ojos ambarinos, oscurecidos por el deseo y la adrenalina, me miraron con una devoción que rozaba la herejía.

Mi mano derecha, vendada y dolorida, descendió por su abdomen liso. El roce de la tela blanca de la gasa contra su piel desnuda añadió una textura áspera e inesperada que la hizo jadear. Trazé el centro de su intimidad, encontrándola empapada, lista para la invasión, una prueba irrefutable de que su cuerpo reconocía al monstruo como su único dueño.

Introduje dos dedos en su interior con un movimiento seco, implacable.

Inés soltó un grito ahogado, cerrando los ojos con fuerza, sus caderas alzándose involuntariamente para buscar más fricción, para ahogarse en la presión que le infligía. Su cuerpo se tensaba alrededor de mis dedos, contrayéndose en espasmos prematuros, adicta a la tortura exquisita de la anticipación.

—Mírame —ordené, mi voz un látigo en el silencio de la habitación.

Abrió los ojos. Las lágrimas de placer acumulado brillaban en sus pestañas.

Me liberé de mis propios pantalones de combate que aún llevaba puestos desde la noche anterior, arrojándolos fuera de la cama. La urgencia era demasiado grande, el hambre acumulada tras la catarsis de la venganza me estaba volviendo loco.

Me posicioné entre sus muslos, abriendo sus piernas hasta el límite de su flexibilidad. El contraste de mi cuerpo marcado, lleno de tinta y cicatrices, sobre su blancura inmaculada era un cuadro de brutalidad renacentista.

Sin apartar la mirada de sus ojos, empujé mis caderas hacia delante, enterrándome en ella de un solo y profundo golpe.

El impacto nos arrancó un sonido sordo a ambos. Inés arqueó la columna, su pecho chocando contra el mío. El dolor agudo del estiramiento inicial fue barrido en milisegundos por una oleada de calor denso, asfixiante y perfecto. La estrechez de su cuerpo me envolvió como un guante de terciopelo hirviendo, anclándome a la realidad terrenal, demostrándome que estaba vivo.

Comencé a moverme.

El ritmo no fue una danza de amantes; fue la marcha militar de un conquistador reclamando los territorios quemados. Cada embestida empujaba su cuerpo contra el cabecero de madera tallada, haciendo crujir la estructura centenaria de la cama. El sonido de nuestra piel chocando resonó en las paredes forradas de seda burdeos.

Solté sus muñecas y la agarré por la cintura, levantando sus caderas para obtener un ángulo más profundo, más despiadado. Quería tocar su alma. Quería fundir mi genética con la suya hasta que fuera imposible discernir dónde terminaba la víctima y dónde empezaba el verdugo.

Inés envolvió sus piernas alrededor de mi torso, anclándome, atrayéndome más hacia el interior de su infierno personal. Sus manos vagaban por mi pecho, por mi rostro, por mi cuello, susurrando mi nombre como una plegaria profana en medio del éxtasis.

—Aleksei... por favor... —jadeaba, perdiendo la cordura, la cabeza balanceándose de un lado a otro sobre las almohadas, la esmeralda brillando errática bajo el movimiento frenético.

—Soy tuyo —gruñí, cada palabra acompasada por una estocada brutal—. Y tú eres mi corona. No hay Rusia sin ti. No hay imperio sin tu respiración.

La fricción constante, implacable y salvaje, nos empujó al borde del precipicio. Sentí cómo las paredes de su cuerpo comenzaban a contraerse de forma espasmódica, anunciando su caída. Inés soltó un grito prolongado, agudo, clavando sus uñas en mis hombros

hasta hacer sangre, mientras el orgasmo la asaltaba con una violencia que la hizo temblar de la cabeza a los pies.

El espectáculo de su rendición física, de su cuerpo deshaciéndose bajo mi dominio, quebró mi última resistencia.

Un rugido animal, profundo y ronco, escapó de mis labios. Enterré mis caderas con una embestida final, devastadora, vaciándome en su interior con una fuerza que amenazó con detener mi propio corazón. El placer me golpeó como una onda expansiva, borrando el mundo exterior, borrando los cadáveres del comedor, borrando el invierno de San Petersburgo.

Me desplomé sobre ella, aplastándola con mi peso masivo, incapaz de sostener un solo músculo.

Enterré el rostro en el hueco de su cuello, mi respiración agitada rozando el metal de la gargantilla de platino. Nuestros pechos subían y bajaban al unísono, cubiertos por una fina capa de sudor que comenzaba a enfriarse en el aire ártico de la habitación.

El silencio regresó a la mansión de la isla Krestovsky, pero ya no era un silencio de muerte. Era el silencio de una nueva era.

Horas más tarde, el sol logró abrirse paso tímidamente a través de las nubes plomizas, proyectando un rayo de luz pálida sobre la alfombra oriental.

Estaba de pie frente al inmenso ventanal, vestido con un pantalón oscuro y una camisa de lana negra. Sostenía un vaso de cristal con dos dedos de vodka beluga en mi mano izquierda. Miraba hacia el horizonte de la ciudad. El río Neva estaba congelado, una serpiente de hielo sólido que serpenteaba a través de la arquitectura monumental.

Sentí sus pasos detrás de mí antes de que me tocara.

Inés se había puesto mi bata de seda oscura, una prenda inmensa que le quedaba como un manto real y que olía a mi propia esencia.

Deslizó sus brazos alrededor de mi cintura, abrazándome desde atrás, apoyando la mejilla contra mi espalda.

—La nieve lo cubre todo —dijo, su voz sosegada, carente de cualquier traza de arrepentimiento.

—La nieve borra los pecados de los hombres débiles, Inés —respondí, bajando la mirada hacia el jardín inmaculado, donde la ceniza de mi pasado había sido enterrada para siempre—. Pero no los nuestros. Nosotros sobreviviremos por encima de ella.

Me giré entre sus brazos y la contemplé.

Era la imagen misma de la ruina victoriosa. La periodista española había desaparecido de la faz de la tierra. En su lugar, se erguía la reina del imperio subterráneo más peligroso de Europa. La mujer que había descifrado los códigos de mi mente, que me había arrancado la piedad y que había ordenado la muerte de mis enemigos sin derramar una sola lágrima de compasión.

Acaricié la esmeralda de su gargantilla con el índice.

—¿Te arrepientes? —pregunté, una última vez, buscando la más mínima grieta en su locura.

Inés sonrió. Una sonrisa lánguida, oscura y perfectamente aterradora. Sus ojos ambarinos, más fieros que el sol naciente, no titubearon.

—Me arrepentiría si la jaula se abriera —susurró, alzándose de puntillas para besar la comisura de mis labios—. Yo te forjé de las cenizas, Aleksei Volkov. Y gobernaré el infierno a tu lado hasta que el hielo nos consuma a los dos.

El mundo creía que la bestia había devorado a la bella en las aguas del Mediterráneo. Lo que el mundo ignoraba era que la bella había domesticado a la bestia, le había puesto una correa forjada en obsesión, y ahora, juntos, sostenían las riendas del abismo.

La puerta del despacho se cerró, y el invierno ruso dictó su sentencia final: la eternidad no pertenece a los justos, pertenece a

los que están dispuestos a arder juntos en el frío.

FIN.

ESCENA EXTRA EL INVIERNO ETERNO POV: INÉS NAVARRO

Cinco años después. San Petersburgo.

El palco privado del Teatro Mariinski olía a champán añejo, a cera derretida y al inconfundible aroma de la sumisión absoluta.

Abajo, en el escenario iluminado por cientos de focos cálidos, la primera bailarina ejecutaba el tercer acto de *El Lago de los Cisnes*. La música de Chaikovski llenaba la inmensidad del teatro imperial, elevándose hasta las cúpulas doradas y los palcos forrados en terciopelo rojo. Era una exhibición de gracia, de fragilidad y de tragedia.

Pero la verdadera obra maestra, la danza de poder más letal de toda Rusia, no se estaba librando en el escenario. Se estaba librando en la penumbra de nuestro palco.

Apoyé los codos sobre la barandilla tapizada, sosteniendo unos pequeños prismáticos de ópera de nácar y oro. Llevaba un vestido de seda negra, ceñido como una segunda piel, que dejaba mis hombros y mi espalda al descubierto, desafiando el frío gélido que azotaba las calles más allá de los muros del teatro.

Y allí, brillando bajo la tenue luz del palco, reinaba la gargantilla de platino y la esmeralda cuadrada.

Cinco años.

Media década desde que la mansión de Marbella ardió hasta los cimientos. Media década desde que el carguero griego nos vomitó en las costas del Mar Báltico y Aleksei ahogó en sangre la rebelión del antiguo Consejo en el comedor de la isla Krestovsky.

El mundo exterior, la Interpol y el gobierno español seguían creyendo que Inés Navarro y el infame líder de la *Bratva* en la Costa del Sol se pudrían en el fondo del Mediterráneo. Habían cerrado los expedientes. Habían archivado el caso.

Y mientras ellos daban carpetazo a mi muerte, yo había resucitado en la madre Rusia como la zarina de las sombras.

Escuché el siseo de la pesada puerta de caoba del palco abriéndose a mis espaldas. No me giré. No necesité hacerlo. La caída de la temperatura en la pequeña estancia y el olor a madera de *oud*, mezclado con el frío de la nieve recién caída, anunciaron su llegada.

Aleksei Volkov entró en el palco, seguido por el leve crujido de sus zapatos de cuero italiano.

La música de la orquesta pareció amortiguarse. El aire se volvió un diez por ciento más denso. Sentí el peso de su mirada, esa intensidad azul y translúcida, clavándose en la curva de mi cuello antes incluso de que me tocara.

—Llegas tarde —murmuré en perfecto ruso, sin apartar los prismáticos del escenario, mi voz destilando una arrogancia tranquila que solo una mujer intocable podía poseer.

—Los nuevos tenientes del puerto de Kronstadt requerían una lección sobre los márgenes de beneficio, *ptichka* —respondió él, su voz grave, rasposa y envuelta en esa oscuridad que seguía poniéndome la piel de gallina—. Uno de ellos creyó que podía desviar un dos por ciento de la mercancía sin que la aduana, que ahora nos pertenece por entero, lo notificara.

Bajé los prismáticos y me giré lentamente hacia él.

Aleksei estaba de pie en la penumbra. Los cinco años no habían suavizado sus facciones; las habían esculpido en granito. Vestía un esmoquin negro impecable, sin pajarita, el primer botón de la camisa desabrochado. El vendaje de su mano derecha había desaparecido hacía mucho tiempo, dejando una cicatriz pálida e irregular que cruzaba su palma, una marca que yo misma besaba

cada noche en la oscuridad de nuestra habitación como un recordatorio del día en que el monstruo cayó de rodillas por mí.

—¿Y qué has hecho con el teniente? —pregunté, acercándome a él, la seda de mi vestido susurrando contra la moqueta del palco.

Aleksei sonrió. Una sonrisa letal, depredadora, que reservaba única y exclusivamente para las ejecuciones y para mí.

—Le he recordado por qué el hielo del río Neva es de color rojo en invierno —contestó, restándole importancia con un ligero encogimiento de hombros—. Sergei se está encargando de limpiar los restos.

Me detuve a un palmo de su pecho. La ferocidad de su imperio ya no me asustaba. Me alimentaba. Había absorbido su toxicidad hasta convertirla en mi propia sangre.

Levanté las manos enguantadas en encaje negro y las posé sobre las solapas de su esmoquin. Él bajó la mirada hacia mis labios, pintados de un rojo tan oscuro que rozaba el negro. Su mano izquierda subió hasta mi nuca, sus dedos largos y ásperos rozando el borde frío del platino de mi gargantilla.

El tacto del metal y de su piel actuó como el detonador de siempre. El mundo exterior se evaporó.

—Te aburres con el ballet —ronroneó Aleksei, acercando su rostro al mío, su aliento cálido chocando contra mi boca—. Veo en tus ojos que el cisne no te resulta suficiente.

—El cisne es débil —susurré, rozando mi nariz con la suya, desafiando a la bestia en el santuario del teatro—. Llora porque está atrapada en un cuerpo que no desea. Yo, en cambio, elegí mi jaula. Y el monstruo que me encerró en ella es mucho más entretenido que la orquesta.

Un gruñido sordo, cargado de posesividad pura, vibró en el pecho de Aleksei.

No le importó que estuviéramos en un lugar público. No le importó que, a través de los cristales del palco, cientos de aristócratas rusos y miembros de la alta sociedad pudieran desviar la mirada del escenario. Me agarró por la cintura, levantándome en vilo con una fuerza brutal, y me sentó sobre la barandilla tapizada, de espaldas al vacío del teatro y de frente a su abismo personal.

Chocó sus labios contra los míos. El beso fue una invasión, una declaración de guerra y de propiedad absoluta. Mi lengua se enredó con la suya, saboreando el vodka helado y la violencia implícita de su jornada. Mis manos se aferraron a su cabello rubio ceniza, atrayéndolo con desesperación.

La música de Chaikovski alcanzó su clímax, un *crescendo* atronador de violines y timbales que ocultó el sonido de mis gemidos cuando la mano derecha de Aleksei —la mano marcada por mis cuidados— descendió por mi muslo, apartando la seda negra con una urgencia que no admitía demoras.

—Rusia es tuya, Inés —juró contra mis labios, su voz ahogada por el deseo y la obsesión inquebrantable, mientras me reclamaba una vez más en las sombras del balcón imperial—. El invierno es tuyo. Y yo seré tu verdugo y tu esclavo hasta que los huesos se nos conviertan en polvo.

Cerré los ojos, entregándome al fuego que derretía la nieve a nuestro alrededor. El mundo creía que Inés Navarro había muerto, pero estaban equivocados. Solo había dejado de ser humana para convertirse en una leyenda forjada en platino, sangre y oscuridad.

NOTA DE LA AUTORA / AGRADECIMIENTOS FINALES

A vosotras, las almas valientes que os habéis atrevido a cruzar el umbral.

Habéis llegado al final de este viaje. Cuando empecé a trazar los barrotes de esta jaula de cristal, sabía perfectamente que os estaba pidiendo algo peligroso: os estaba exigiendo que abandonarais vuestra brújula moral en la puerta, que silenciarais la lógica y que caminarais conmigo hacia la más absoluta oscuridad.

Y lo habéis hecho. Habéis descendido a los infiernos de Marbella, habéis sentido el terror de la huida en el Mediterráneo y os habéis congelado en las calles ensangrentadas de San Petersburgo sin soltar mi mano ni una sola página.

Escribir la historia de Inés y Aleksei no ha sido simplemente redactar una novela; ha sido un descenso visceral a la psique humana, una exploración de hasta dónde estamos dispuestas a llegar cuando el pánico se funde irremediablemente con la devoción. Este libro nunca trató sobre cuentos de hadas o príncipes salvadores. Trató sobre monstruos que sangran, sobre traumas que asfixian y sobre reinas que eligen coronarse con la ceniza de su propio pasado. Trató sobre una gargantilla de platino que, al final, pesaba más que el mundo entero.

Gracias por no juzgar a Inés cuando decidió quemar sus propios puentes para proteger a su captor. Gracias por entender su Síndrome de Estocolmo no como una debilidad, sino como su arma de supervivencia más afilada. Y gracias por amar a Aleksei Volkov

incluso cuando sus manos estaban manchadas por la violencia de su imperio.

Vosotras sois la razón por la que este abismo ha conquistado la cima, convirtiéndose en el refugio oscuro de miles de lectoras en el Kindle España. Vuestra pasión febril, vuestras reseñas apasionadas y vuestra entrega patológica a esta trama son el verdadero motor que mantiene vivo el fuego en la tundra siberiana. A quienes creyeron que el *Dark Romance* era solo una lectura pasajera, les hemos demostrado juntas que la seducción de las sombras es eterna e implacable.

Que el frío de Rusia os acompañe siempre en la memoria, y que nunca olvidéis la lección primordial de este libro: a veces, la única forma de sobrevivir al invierno eterno es aprender a arder junto al lobo.

Con toda mi oscuridad y mi más feroz gratitud,

Valeria R. M.
